
EL
SEDUCTOR
desafío
DEL CEO
HUGO SANZ

EL SEDUCTOR *desafío* DEL CEO

HUGO SANZ

Primera edición.

El seductor desafío del CEO

©Hugo Sanz

©noviembre, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Epílogo

Capítulo 1



Mi nombre es Chanel y soy escort de lujo. Supongo que ya lo sabréis, pero escort y prostituta no son sinónimos.

No me tengo por una pretenciosa y si deseo aclararlo es para que se sepa bien de lo que estamos hablando. Para ser prostituta a ciertos niveles estratosféricos, te basta con tener un atractivo sexual de escándalo. Para ser escort, la cosa cambia y a ese atractivo le tienes que unir un nivel educativo muy alto que te permita ser la compañía perfecta en cualquier lugar al que tu cliente desee llevarte.

No fue cosa de un día que me convirtiese en una de las escorts más solicitadas de todo Nueva York. Se necesitan años hasta lograrlo y, teniendo en cuenta que mi profesión cuenta con una vida efímera, a mis 28 me definía con una sola palabra: ambiciosa.

Si estaba en ese mundillo, si no me bajaría de la cresta de la ola hasta que la cifra que pusiese en mi documento de identidad me obligase a ello, era por dinero. Cuanto más ganase, mucho mejor, y reconozco que cuando me estaba arreglando para acudir a la cita con un cliente, lo que veía a la hora de maquillarme los ojos al detalle era el símbolo del dólar reflejado en ellos.

La pregunta del millón que algunos se hacen es si una escort, además de ser una chica de compañía, practica el sexo o no. ¿Quién quiere negarlo? El sexo mueve el mundo y todo lo que tenga que ver con él genera un morbo total.

Sí, las escorts también cobramos por sexo, pero no necesariamente. Es decir, a la hora de pactar con un cliente debe quedar fijado si mantendremos o no relaciones sexuales. Y si tiene intención de que así sea, la cantidad que habrá de soltar será mucho mayor que si tan solo quiere presumir de ti a su lado.

Luego entramos también, porque merecen un comentario aparte, en los indecisos, como califico a esos que en principio niegan categóricamente que deseen irse a la cama contigo y, cuando te tienen delante, comienzan a temblar de ganas.

A los indecisos siempre les cobré más. Por eso justamente; por indecisos. Me gusta la gente

que va segura por la vida y no esos pusilánimes de “ahora sí y ahora no”. ¿Qué no tienes ni idea de si se te antojará follar conmigo? Pues cuando te hayas aclarado, te costará el doble.

Si podía actuar así, si sabía que ninguno de mis clientes se echaría atrás cuando subiera mi tarifa en el último momento, no era solo porque cualquiera de ellos contaba con una cuenta corriente de lo más abultada, sino porque, momento que me tenían al lado y mis curvas despertaban su deseo, habrían vendido su alma al diablo por poseerme.

Otra de las preguntas clásicas es esa de cómo llegué a acabar ejerciendo la profesión. No, no es algo que pensara desde niña cuando acudía a aquel elitista colegio al que me llevaron mis padres, con uno de esos uniformes tan pintones con chaqueta con emblema grabado incluido. Una especie de Howarts, aunque sin magia de por medio, porque si algo aprendí con los años es que la vida consiste más en hacer trucos que magia.

No, como ya digo no es eso lo que solía decirles a mis muñecas cuando las estaba peinando. Tampoco cuando jugaba a los bomberos, a polis o a pistoleros con mi hermano Nick, al que hacía años que no veía, lo mismo que a mis padres.

Nací y me crie en Nueva York en el seno de una familia adinerada, aunque muy estricta. Mi padre era un abogado bien posicionado y mi madre una médica reputada. En casa nunca nos faltó de nada a mi hermano y a mí, salvo tiempo con ellos. Ni Jude ni Daisy nos pudieron dedicar demasiado porque sus respectivas profesiones les absorbían.

Además, mis padres siempre fueron muy severos con mi hermano y conmigo. Sus normas eran inamovibles y desde muy pequeña me tocaban la moral.

Digamos que ellos vivían muy de cara a la galería, cuando lo cierto es que su matrimonio hacía mucho que dejó de ser un ejemplo y cada uno hacía su vida como le venía en gana.

No por ello abrieron la mano con Nick y conmigo al alcanzar la adolescencia, para nada. Al contrario, el primer gran disgusto llegó cuando tuvimos que elegir carrera. Sí, yo estudié una carrera que, como comprenderéis, nada tiene que ver con la profesión de escort. Me decanté por hacer un módulo de Márquetin y ellos se echaron las manos a la cabeza. Qué tontería, cuando luego me vino genial a la hora de vender mis servicios.

Soy consciente de que puedo estar transmitiendo una imagen muy frívola. Y tampoco voy a negar que lo fuese en aquel momento. Tenía mis objetivos y ya… Para mí, ser escort significaba que mi cuenta corriente creciese cada día. Y eso me acercaba a esos objetivos de los que hablo.

Siguiendo con lo que estaba contando, mientras que Nick se hizo abogado, yo opté por ese otro camino que no fue en absoluto del agrado de mis padres. Ahí comenzaron mis problemas reales con ellos, en la etapa de elegir cuál sería mi futuro y eso que todo lo gordo estaba por llegar.

Con el tiempo, salieron de mi vida y yo de las suyas. No me las apañé mal, ellos me vaticinaron una vida pobre como las ratas lejos del núcleo familiar, sin su apoyo, y nada más lejos de la realidad.

Aquel día, como tantos otros, iba a hacer un servicio mañanero. Hay quien piensa que mi profesión está asociada al glamur de la noche y no es así necesariamente. Los tipos casados o esos ejecutivos estresados a quienes les revienta la cabeza al llegar a sus despachos requieren servicios a primera hora de la mañana, en sus propios centros de trabajo y de la manera más discreta posible.

¿De locos? ¿Y qué no lo es en este mundo en el que vivimos? Repito, me llamo Chanel y esta que os voy a contar es mi historia…

Capítulo 2

—Muy temprano, ni una gota de maquillaje ni de perfume para no dejar rastro, pinta de ejecutiva estirada sin un ápice de tu sedoso escote a la vista y cara de avinagrada… ¡Servicio de mañana con un CEO! —apostó y no perdió Liam, mi compañero de apartamento.

Y vosotros diréis, ¿ganando la pasta que ganaba y necesitaba compartirlo? Pues lo cierto es que no era una cuestión de pasta, sino de compañía… Claro, las señoritas de compañía también la necesitamos. Y como yo en el amor hacía mucho que dejé de creer, encontré en Liam al amigo ideal con el que compartir espacio físico; mi lujoso apartamento, en el que vivía en el corazón de Manhattan.

Liam, que es bróker, era vecino mío. Él vivía de alquiler cuando le conocí y nos enrollamos una noche. Acababa de llegar a mi glamuroso rascacielos y desde el mismo instante en el que nuestras miradas se posaron en la del otro, surgió la química.

Lo nuestro, eso quiero aclararlo, era solo sexo. Un sexo que surgió en la primera ocasión en el mismo ascensor y que nos llevó de cabeza a la cama.

Yo siempre lo definía como un flechazo en toda regla. Pero no un flechazo romántico, para nada. Lo de Liam y lo mío iba de darnos el mejor sexo posible y echarnos un cable en todo en la vida.

Nunca nos habíamos considerado nada más y así seguiría siendo. Mientras nuestras vidas transcurrían, él seguía buscando el amor al mismo tiempo que yo lo esquivaba. Así de sencillo. Y no solo no nos traíamos problemas, sino que éramos los mejores colegas.

Por esa razón, al poco de conocernos, decidimos que lo más práctico sería vivir en uno solo de los apartamentos. El mío, que compré como inversión, era amplio y decorado de forma minimalista, con grandes espacios. Contaba con unas zonas comunes muy bonitas y con sitio de sobra, así como con dos dormitorios con dos baños, por lo que la privacidad estaba garantizada.

Cada uno dormía en su dormitorio y, cuando saltaba la chispa, compartíamos un rato de cama y punto. Por lo demás, nos queríamos muchísimo y no sabría qué habría hecho en la vida sin él,

pues ya era bastante el tiempo que llevábamos compartido y nadie me serenaba como Liam.

Como escort, contaba también con una amiga, que se había convertido para mí en la mejor y que se llamaba Violet.

A Violet la conocí al principio de ejercer, en una agencia de la que ella también dependía y que nos llamaba de vez en cuando para hacer servicios conjuntos.

Esa parte todavía no la he mencionado. Había hombres que nos llamaban a las dos a la vez e incluso alguno que ni siquiera deseaban hacer un trío, sino simplemente ver cómo nos enrollábamos nosotras dos mientras él se tocaba o no, depende de lo rarito que fuese.

Con el tiempo, ambas pasamos de pagarle comisiones a la agencia, por lo que nos lo montamos por nuestra cuenta. Y decidimos no invertir en un espacio en el que recibir clientes, sino acudir siempre a sus citas en hoteles, lugares de trabajo u otros en los que nos quisieran citar, pues resultaba más rentable y hasta más seguro.

En resumidas cuentas, que nos lo teníamos muy bien montado. Aquella mañana me había citado un ejecutivo japonés llamado Kenji, un auténtico pez gordo que me pagaba genial por un servicio exprés consistente en una felación lo más rápida posible.

¿Os lo podéis creer? Así era… Aquel generoso y millonario ejecutivo le daba tanto valor a su tiempo que me pagaba más cuanto antes terminase. Y yo, qué queréis que os diga, encantada de la vida. Es más, estaba especializada en ese tipo de felaciones que terminaban en ocasiones en cuestión de un minuto o menos, dependiendo del cliente. De vez en cuando, en algo más, pero a veces ni eso.

No por eso dejaba de practicar otro tipo de felaciones y cantidad de variantes sexuales, por supuesto. Pero que os hablo de las felaciones exprés para que entendáis que hay gustos para todo. Y en mi mundo, como que ya no me espantaba nada.

Salía de mi apartamento cuando Liam se me acercó.

—¿No se te olvida nada, preciosa?

—¿Es que quieres que te dé un beso? No me digas que al final te enamorarás de mí—bromeé.

—Podría, podría… Ten presente que, al fin y al cabo, eres la mujer de mi vida.

—Soy la que tienes más a mano, capullo. Y el día que rebases la delgada línea que hay entre eso y quedarte colgado de mí, te capo.

—Joder, pues no sé si me sale a cuenta.

—Por eso te lo digo.

—Oye, ten cuidado, ¿vale? Y coge esto—me dijo dándome mi maletín, ese con el que simulaba ser una ejecutiva cuando trabajaba a esas horas.

—Estás en todo, me flipa.

—Claro que sí, ¿por quién me has tomado? Y ten cuidado—me repitió.

—Voy a uno de los edificios más lujosos de Manhattan, a plena luz del día y a verme con un tipo que me paga una cantidad indecente de dinero porque le haga una felación exprés, ¿me quieres contar dónde está el peligro?

—El peligro está en ese meneo de caderas tuyo, que es capaz de volver loco al más frío de los mortales.

—¿Por qué serás tan sensible? —negué con la cabeza.

—Lo dicho, ten cuidado—repitió de nuevo. No podía ser más cuidador.

Bajé y ya tenía el taxi en la puerta. El portero, Ryan, siempre salía a la calle para abrirme la puerta del taxi.

—Buenos días, señorita Chanel.

—Buenos días, Ryan.

—¿Ya va usted para la oficina?

—Así es. Te deseo una buena mañana, Ryan.

—Y yo a usted más.

Ryan, que era muy largo, sabía de sobra que yo no trabajaba en ninguna oficina, pero fingía que así era. Y todos tan contentos.

Capítulo 3

Me subí en el taxi y le di la ubicación al amable taxista. Nunca conducía. El hecho de que no lo hiciera tenía que ver con algo de mi pasado, con una asociación mental que hacía y que me impedía ponerme al volante de un coche.

Por esa razón, no tenía ningún auto. Todo mi dinero lo invertía en pagar cuanto antes la astronómica hipoteca de mi apartamento y en dejar ciertas cantidades en manos de Liam para que, como bróker, me las moviera, consiguiéndome una alta rentabilidad.

Llegué al rascacielos que en parte era propiedad de Kenji, junto con otros socios, y ya me esperaba en su despacho, que contaba con unos cuantos cientos de metros y unas vistas de Manhattan absolutamente espectaculares.

Por suerte, tanto Violet como yo podíamos elegir. Por eso dejamos la agencia y nos quedamos con una selecta cartera de clientes que incluía únicamente a los que nos agradaran a nivel físico y de modales. A esas alturas no pensábamos pasar un mal rato por mucho que en ese tipo de sexo solo viéramos dinero.

Kenji se acercó. Era un asiático con unas facciones muy atractivas y un saber estar impresionante.

—Buenos días, Kenji—le saludé.

—Buenos días, Chanel. Tan guapa como siempre—me dijo.

Natural, pero guapa, sí señor. Mis facciones rubias y mis grandes ojos verdes eran totalmente de su gusto. Mi cuerpo, tan cuidado y mimado como lo tenía, le entusiasmaba también, aunque en realidad a Kenji, que era muy fetichista, lo que en realidad le llamaba poderosamente la atención eran mis sensuales, gruesos y sedosos labios.

Como buen japonés que era, siempre se trataba del mismo ritual. Ni que decir tiene que no me besaba porque esa era una norma de oro para mí: mis labios no los rozaba ningún cliente. Me refiero a con los suyos, claro. Para otras cosas, siempre estaban preparados.

Me desvistió con lentitud. Le flipaba hacerlo. Yo llevaba un vestido de punto que cayó al suelo y entonces acarició mis hombros. Sabía que era cuestión de segundos nada más. No le gustaba perder el tiempo.

Mi delicado conjunto de ropa interior no me lo retiraba en ningún momento. Kenji estaba casado, pero su mujer sufría una enfermedad que le impedía mantener relaciones sexuales. Me lo contó la primera vez que me citó.

Según él, siempre que no me viese totalmente desnuda, que no me besase en los labios (cosa que tampoco le hubiese permitido) y que no me penetrase, como que su mente no lo asimilaba a ponerle los cuernos, y no se sentía mal.

Sinceramente, eso no lo entendía, pero no iba conmigo. Conmigo solo iba que me pagase una cantidad muy alta por un servicio muy corto.

Se sentó en su confortable sillón y se relajó como solía hacer. Tampoco él se desnudaba ni nada parecido. Desabroché su cinturón y se reclinó, elevando sus brazos, los cuales cruzó detrás de su nuca.

Cerró los ojos, tomé su miembro y, antes de introducírmelo en la boca, lo masajeé de forma vertiginosa con mis manos. Sus ojos comenzaron a volverse. Su vida se desarrollaba con mucha rapidez y el sexo lo tenía asociado a lo mismo.

Enseguida, en cuanto le vi así, me lo llevé a la boca. Era cuestión de dar con el ritmo rápido que él necesitaba y yo el truco se lo tenía más que pillado. A menudo, apenas se mantenía más de unos segundos en mi cavidad bucal y un chasquido de sus dedos me decía que estaba a punto de pasarle.

De inmediato, me retiraba. No había dinero en el mundo por parte de un cliente que me hubiera llevado a saborearle tras el clímax. Eso no entraba en mi cabeza ni en mi tarifa.

Un rugido por su parte y todo estuvo hecho. Mantuve mi mano hasta el último momento y él mismo, abriendo los ojos tras el orgasmo, me ofreció una toallita húmeda que tenía al lado.

—Puedes pasar al baño, Chanel—me indicó.

Le conocía muy bien, como al resto de mis clientes. Y sabía que ese gesto no solo obedecía a su mucha cortesía (que también), sino al hecho de que cuanto antes me asesase, antes me marcharía, como era su deseo.

Antes de hacerlo, me pagó. Siempre me entregaba una gratificación extra porque yo le venía igual de bien que él a mí. Le había cogido el punto y estaba encantado con mis servicios.

El dinero que llevaba en mi bolso a la salida era mucho más de lo que algunos cobran en un mes, a menudo puteados por sus jefes y demás.

Antes de salir del bloque, una parada obligatoria. Al portero siempre había que gratificarle por su colaboración y su discreción. Todos salíamos ganando con ese tipo de operaciones. Conocía muy bien las reglas del juego. Ya he dicho que soy ambiciosa, pero también inteligente.

Miré mi teléfono y tenía un mensaje de Violet.

Ella: "Bombón, ¿te hace un café? Sé que tenías cita exprés con Kenji, seguro que ya te lo has ventilado. Un día de estos le abres los ojos del todo".

Yo: "Afirmativo a ese café. Te veo donde siempre".

Cuando quedábamos por la mañana, lo hacíamos en una cafetería de lo más exclusiva del centro. En una en la que ponían unos cruasanes que eran mi verdadera debilidad, unos con una deliciosa crema por dentro.

Me gustaba el olor de la mañana. Me pasó de siempre. Pese a que me encanta salir de noche como a cualquiera para disfrutar de un buen restaurante y de unas copas en un lugar de marcha de moda, también disfruto mucho del aire puro de las primeras horas del día; de esas que huelen a vida.

Me fui caminando hasta la cafetería porque tan solo estaba a unas calles de distancia. Pisaba fuerte con mis zapatos de tacón, como era mi costumbre.

Hacía mucho tiempo que decidí que nadie me pisaría en esta vida y así sería.

Capítulo 4



—Mírala, si parece una de esas ejecutivas con pinta de amargada, qué sosa—me dijo al verme aparecer con ese *outfit* que, como digo, no incluía ni maquillaje ni una gota de perfume, para no dar el cante ni dejar huellas del delito en el cliente.

—Bien se nota que tienes la mañana libre, amiga.

—Ya sabes que no suelo trabajar mucho por la mañana. Todo lo que suene a exprés y a esas prisas, me estresa. Y chica, vengo de la pelu, que yo paso de estreses.

—A mí me activa para comenzar el día.

—Pues que sepas que el día va a ser largo porque tenemos un servicio esta noche. Ha llegado Pol a la ciudad.

—¿Pol está aquí?

—El mismísimo… Seguro que nos ha traído alguna monería. Ya le conoces.

—Es el tío con más gusto del mundo.

—El gay con más gusto, que ya sabes que dice que ha hecho de ser gay su profesión.

—Yo es que me tiro al suelo con él, te lo juro.

—No, si al suelo nos tendremos que tirar y donde nos pida. Qué tío, es que le gustan los servicios más variados.

—Bueno, variados, variados… Nos liamos entre nosotras, eso fijo. El cómo ya lo decidirá él, que siempre tiene ideas nuevas en la cabeza. O no, que a veces nos deja improvisar.

—¿Tú has conocido a otro gay al que le guste ver cómo se lían dos tías hereros? Porque

seguimos siendo heteros tú y yo, ¿no? —rio.

—Seguimos, seguimos… Y no será porque tú no me hagas disfrutar, la verdad.

—Y tú a mí. Algunas veces pienso que lo mejor que podría hacer es irme a vivir contigo.

—Claro, ¿y qué hacemos con Liam?

—Anda, Liam, ¡¡pues un trío, evidentemente!

Nos lo tomábamos todo a guasa porque la vida es mejor no tomarla demasiado en serio.

Lo de Pol era flipante. El tío era marchante de arte y mostraba gran inclinación por todo lo que le resultase bello. Por mucho que fuese gay hasta la médula, apreciaba mucha belleza en las relaciones lésbicas y de ahí que nos pidiera ese tipo de servicios.

Pol, todo hay que decirlo, era impotente. Un accidente le había dejado en una silla de ruedas y lo peor no fue eso, sino que no solo le privó de poder caminar, sino que sus genitales se vieron también afectados en el sentido de que no podía mantener una erección.

Esa fue la razón de que, a partir de entonces, se hiciese *voyeur* y disfrutase con la visión de relaciones sexuales de todo tipo, incluidas claramente las lésbicas.

De todos los servicios que nos pudiesen encargar, ese era uno de los más cómodos… Con Violet sentía una compenetración total y nos acompasábamos muy bien, deleitando sus ojos con unas escenas sensuales y sexuales que le sacaban el brillo.

Mi amiga venía divina con su melena pelirroja recién alisada y sus vivos ojos verdes (del mismo color que los míos). Esos nos servía en ocasiones para hacernos pasar por hermanas, porque como hay gustos para todo, a algunos clientes montárselo con un par de ellas les volvía loco de deseo.

El resto de la mañana la dedicamos a ir de *shopping*. Las dos éramos unas fanáticas de la moda y siempre íbamos a la última. Al fin y al cabo, vivíamos de nuestra imagen y la mostrábamos impecable.

Elegimos algunos vestidos de noche porque nos venían ciertos eventos nocturnos con altos ejecutivos de la ciudad. En esas ocasiones, gastábamos cantidades desorbitadas de dinero en lucir como pinceles, pero ya lo teníamos en cuenta a la hora de pasarles la factura.

Violet y yo habíamos, con el paso de los años, aprendido a rentabilizar al máximo nuestro negocio. Sí, porque quien no vea nuestra actividad como un negocio está equivocado, y además que lo era muy lucrativo.

Tras hacer un receso y tomar algo de nuevo, nos metimos en una tienda de lencería fina a la que estábamos prácticamente abonadas.

Rose, la dueña de la tienda, era una francesa que llevaba muchos años en Nueva York, pero que seguía trayendo esa serie de monísimos conjuntos del mismísimo París, los cuales nos enamoraban.

Le comentamos que venía Pol. Ella nos vendía desde hacía años y la cosa era muy simpática porque conocía los perfiles de nuestros clientes y así nos podía asesorar mejor.

Lo más curiosos fue que un día Pol, maravillado por nuestros conjuntos, nos comentó que quería conocerla, ¡¡y salimos a cenar los cuatro!!

Si algo había aprendido de aquellos años como escort era que se daban las circunstancias más rocambolescas posibles. Podría decirse que habíamos conocido a gente muy interesante, alguna de la cual terminó en una relación casi de amistad, como nos sucedía con Pol. También habíamos visto lugares increíbles, tipo palacetes y demás, y viajado a cantidad de lugares fascinantes.

Nuestra vida era un lujo y además nos reportaba grandes beneficios económicos. Violet solía decirme que solo nos faltaba que cotizáramos en Bolsa, rollo empresa. Tenía un gran desparpajo y un sentido del humor de lo más avispado e inteligente. Era un gusto trabajar con ella.

Rose nos enseñó la última mercancía que había recibido y nuestras tarjetas debieron echarse a temblar. Todo nos gustaba y salimos de allí que parecíamos un par de percheros andantes.

Terminamos almorzando juntas y nos despedimos hasta la noche. Cuando hacíamos un servicio nocturno siempre procuraba descansar al mediodía porque nunca se sabía cuánto podría durar.

Al final de la tarde, me vestí con mimo. Cuando se trataba de un cliente como Pol, no regían para nada las reglas de los casados o de aquellos que nos pedían discreción máxima por el motivo que fuese.

A Pol podíamos ir a verle divinas, por lo que afiné tanto en el maquillaje como en el resto del *outfit*. Me vi ideal delante del espejo. A nivel físico, me encontraba en el mejor momento de mi vida. Para eso cuidaba mucho mi alimentación y me dejaba la piel en el gym. Así podía darlo todo.

Capítulo 5



Me encontré con Violet en la puerta de la casa de Pol. Aquel marchante de arte poseía una de las mansiones más bonitas de la isla, una que valía varios millones de dólares.

Él mismo nos recibió. Venía en su silla de ruedas y con un aspecto impoluto, derrochando estilo.

Alguien como Pol nunca iba vestido de estar por casa. Nos abrió con un esmoquin y suerte que no despintamos lo más mínimo, yo con un vestido negro y Violet con uno bicolor, también en negro y blanco.

—Queridas, qué alegría—nos saludó.

—Lo dices como si no nos esperases, Pol.

—Os espero con ansia, ya lo sabéis. Siempre os lo digo: de las muchas obras de arte que hay en esta casa, vosotras sois las más valiosas. Y las que me reportan más satisfacciones, que debo reconocerlo—nos besó.

Nos hizo pasar directamente al comedor. Era de esperar por su parte, pues ya le conocíamos.

Pol no era amigo de las prisas y, al contrario de Kenji, valoraba a tope todo lo que tuviera que ver con que las relaciones humanas (fueran sexuales o no), se cocieran a fuego lento.

El salón, en el que habíamos estado en más ocasiones, era una verdadera maravilla. Y nada más entrar en él, vimos aquel derroche de canapés y otros entrantes de lo más exclusivos, cualquiera de los cuales nos hicieron la boca agua.

—Lo primero, una agradable cenita, que para eso ya somos amigos, ¿no es así?

—Claro que sí. ¿Hace mucho que has llegado, Pol?

—¿Mucho? ¿Mucho y sin ver a mis chicas? He llegado esta misma mañana. Y que sepáis que me esperan asuntos en Nueva York, pero que uno de los principales motivos por los que he venido sois vosotras.

—¿Por nosotras? Será que no puedes conseguir buen sexo en París—le sonreí.

—Claro que puedo, pero no como el vuestro. Me fascina cómo funcionáis juntas. Tenéis algo… Duende lo llamarían en Andalucía, en España, ¿habéis estado alguna vez allí?

—No, nunca.

—Pues ese es un destino imperdible. Los andaluces son como seres de luz y con una gracia… Pues bien, de ciertas personas dicen que tienen duende. Y eso es lo que tenéis vosotras.

—No entendemos muy bien, pero si tú lo dices, así será.

—Sí, la experiencia es un grado. Y este que está en la silla de ruedas ronda ya los 60, aunque mi estirado cutis me haga parecer un mentiroso cuando lo digo.

—Porque nos enseñaste una vez tu documentación que, si no, no me lo creería ni borracha—le comentó Violet.

—Ni borracha, dice. Alguna vez nos pillaremos una buena borrachera todos juntos. Antes de que siga cumpliendo años y resulte patético.

—¿Tú patético? Pero si te pareces tela a Brad Pitt y te conservas igual de bien que él.

—Ay, chicas, ojalá pudiera llevarme por delante todo lo que se lleva él. Aunque me tuviera que hacer hetero. Pues me lo haría. Total, todo el mundo tiene su cruz.

No se lo dijimos por decir. El parecido era grande. La belleza de Pol era impresionante y el brillo de sus ojos no se lo había apagado aquel desgraciado accidente que lo postró en una silla de ruedas.

Sin duda, afectó a sus piernas y a su forma de poder practicar sexo, pero no a su sentido del humor, el cual dejó intacto. Pol era un hombre muy especial, tanto que estar allí con él era una maravilla.

Solo alguien como él sería capaz de bromear con el hecho de que su cruz sería hacerse hetero y no haberse quedado parapléjico.

Nos sentamos a cenar y nos preguntó por nuestros servicios. Su curiosidad era tremenda y le fascinaba saber qué tipo de cosas nos pedían otros clientes.

—Pues ella ha estado esta mañana con uno de esos caga prisas japoneses que todo lo que quieren es una felación exprés.

—Se están perdiendo los valores—entrecerró él los ojos.

—¿Qué dices de valores, Pol? Si, lo mires por donde lo mires, hablamos de contratar los servicios de una escort.

—¿Y qué? Se pueden contratar sin perder ningún valor. Los míos están intactos porque yo no soy de esos que, cuando no le valen, los cambian por otros.

—En eso tienes toda la razón. Y también en eso otro que dices de que en tu casa se come como en ningún sitio, ¿este caviar es iraní? —le pregunté antes el sabor impresionante de aquella *delicatesen*.

—¿Me veis cara de poneros sucedáneos? A ver, yo lo que quiero saber es la que se le queda al nipón cuando paga un pastón por un servicio de unos minutos.

—A veces de menos. Chanel está especializada en despacharlos de lo más rapidito.

—Me troncho. Os juro que pagaría por verlo.

—Tú seguro, con lo que te gusta mirar.

—Es para lo que he quedado. De todas las cosas que la jodida vida me podría arrebatar, me quitó una de las más valiosas para mí: el sexo. Pero como hay que ser optimista, me dejó una vista de lince. Ni gafas tengo con mi edad, eso es por contrarrestar y por no perderme un solo detalle de esas imágenes tan sensuales y bellas que me regaláis. Y, por cierto, hablando de regalos…

—Ya la has liado otra vez, ¿no? Que no hace falta que nos traigas regalistas cada vez que vengas.

—Claro que no hace falta pero ¿y la satisfacción que a mí me da? Os he traído unos pañuelos de seda ideales para esos finos cuellos vuestros. Venid, venid—los sacó de un paquete que tenía en la silla de al lado y nos los entregó.

—De verdad que es un regalo precioso. Gracias.

—No me las deis. Lo primero que quiero tras el postre es que desfiléis para mí con ellos puestos, solo con ellos.

—Pues mira que traemos una lencería que es para quitar el hipo. Se la hemos comprado a

Rose, quien te envía saludos.

—Pues le vais a decir de mi parte que está invitada a una cena que celebro aquí en casa con unos amigos dentro de unos días. Y vosotras también.

—¿Con tus amigos? Esto ya tiene poco que ver con una relación de trabajo, Pol.

—Claro que tiene poco que ver, como que ya formáis parte de mi selecto círculo.

—Es que si nos sigues tratando así de bien, no te vamos a poder cobrar—le comentó Violet.

—Niña, el negocio es el negocio. Ya os confirmaré el día y la hora. Y os quiero a las tres aquí, no me podéis fallar.

Capítulo 6



Terminamos de cenar y nos quedamos en el salón. A Pol le gustaba hacerlo allí. Para contar con toda la privacidad, le dio la noche libre al servicio.

Pese a estar aún en otoño, las temperaturas habían descendido mucho esa noche y, aunque la casa contaba con un sistema de calefacción centralizado, a su dueño le encantaba encender la chimenea en situaciones así.

—No hay nada más romántico que el crepitar del fuego—decía con los ojos entrecerrados.

—Es que eres un romántico empedernido, Pol—murmuré.

—Es que la vida no sería vida sin el romanticismo, querida.

—Yo es que no creo en eso ni tampoco en el amor.

—Eso es lo que piensas. Ya cambiará.

—Ni en broma, ya te digo yo que no. No me interesa para nada.

—A ella todo lo que le interesa es el dinero. De lo demás, ni le hables.

—Violet, calla un poco, que no hemos venido a contarle nuestras vidas a Pol.

—¿Cómo que no? Vuestras vidas me interesan mucho, pequeñas.

Nos estábamos acompasando, ambas nos quitamos la ropa y, tras juguetear unos segundos entre nosotras mostrándoles nuestros sugerentes conjuntos, a una indicación suya nos los quitamos y nos enroscamos el cuerpo de una forma súper sexy con los pañuelos que nos había regalado.

Pol tragó saliva. Se excitaba muchísimo viéndonos juntas. Ambas nos fuimos hacia él y en sus

mismas narices comenzamos a besarnos. Yo no lo hacía con los clientes, pero sí con Violet. Con ella no era sexo, era como un juego suave que, en ocasiones, subía mucho de intensidad.

Nuestros besos le aceleraron el pulso. Se le notaba muchísimo. Nos dejó improvisar. Le gustaba lo inesperado, salvo cuando quería algún capricho especial, que pasaba a menudo.

Como ya he explicado antes, él no intervenía en ningún momento. No tenía el más mínimo interés en tocarnos ni en que le tocáramos. Pol era muy gay, gay hasta el tuétano, como solía decir, de manera que lo que le llamaba la atención de vernos juntas era la mucha belleza que trasmitíamos.

Tras unos besos de lo más fogosos entre ambas, ella me tumbó en la gran mesa de cristal. Por unos segundos, me estremecí, ya que sentí el frío, el cual enseguida contrarrestó mi amiga con unas lamidas en mi sexo que me hicieron entrar en combustión espontánea.

La lengua de Violet era especialmente afilada y no solo para soltar todo lo que pasaba por su mente, sino para hacerme vibrar con un sexo femenino que me solía llevar al orgasmo.

Ni siquiera me considero bisexual, si bien hay cosas que no tienen vuelta de hoja. *Un cunnilingus* bien practicado da igual de quien venga; te hará elevarte por encima de tu cuerpo hasta sentir un irrefrenable orgasmo que acabe en gritos de placer.

Si, además, quien te lo practica tiene una boca como la de Violet y un cuerpo perfecto y sugerente como el suyo, ese orgasmo está garantizado.

Pol se recreaba con la vista. Mi amiga le miraba de lado y yo también. El contacto visual para él era muy importante. Su cara, esa bella cara suya, se transformaba cuando nos veía así.

Por dentro, debía estar retorciéndose de placer. Sin embargo, Pol era elegante y guardaba la compostura hasta en momentos como esos, hasta en momentos en los que otros darían rienda suelta a sus más bajos instintos. Pero no él.

La lengua de Violet me quemaba por dentro. Me agarré a los laterales de la mesa porque yo también me estaba retorciendo. Me estaba retorciendo de placer mientras ella recorría mi sexo de arriba abajo, mientras el calor salía a borbotones de mi interior y notaba que no tardaría en hacerme correr.

Su mirada era lasciva al máximo. Me refiero a la de ella, si bien en realidad estaba en total sintonía con la de él. Pol nos miraba como quien mira una obra de arte, que para eso era su especialidad.

—Qué plasticidad, me estremece—decía.

No hacíamos mucho caso a sus comentarios porque a veces nos resultaban tan excéntricos que hasta nos daba por reírnos a ambas y, aunque él no se lo tomaba a mal ni mucho menos, estaba pagando una cifra de lo más llamativa, de manera que había que ser profesionales.

Cuando me iba a correr, se lo anuncié entre gritos a Violet. Podía hacerlo de otras formas. Algunos clientes, de hecho, preferían la discreción incluso en esos momentos. Correrse entre susurros era la clave para ellos. No así para Pol, quien se definía como un ser visceral que se movía por impulsos: y sus impulsos le llevaban a querer que nos comportásemos en su presencia de la manera más pasional posible.

Cuando me hube corrido, me acodé en la mesa y entonces le tocó el turno a mi lengua. No fue su sexo el primer destinatario de sus caricias, sino sus senos.

Los encontré tan ardientes como su propia lengua, la de Violet, por lo que le pedí a Pol que nos acercase hielo de la cubitera en la que tenía el champán, puesto que él decía que sería un pecado disfrutar con los ojos de una escena así mientras que el paladar se quedaba sin premio.

Me acercó un par de cubitos de hielo que tomé cada uno con una mano con la intención de estimular más aún sus pezones. Y digo más aún porque ya estaban duros, erectos y sobresalientes… Parecían desafiarme, mirándome, y yo no estaba para desafíos… Yo solo deseaba darle el mismo placer que ella me había dado a mí.

Poco a poco, el hielo se fue derritiendo entre mis dedos y al contacto con su hirviente piel. Violet era un ser de lo más sexy y su forma de contonearse podría haber calentado al más frío de los mortales.

Me llamaba la atención de ella, lo mismo que a Pol por lo que veía en sus ojos, la forma tan sugestiva en la que abría la boca y cómo colocaba su lengua entre sus dientes en el momento de jadear.

La hice jadear mucho, muchísimo, gracias a esas pequeñas lamidas y posteriores mordisquitos que di en cada uno de sus pezones mientras su cuerpo al completo se arqueaba.

Los ojos de Pol, que de por sí eran preciosos y muy vivos, cobraban especial vida en esos momentos en los que la lascivia y la lujuria se instalaban entre ambas.

Cuando hube terminado de estimular sus senos, ella me tomó el relevo y replicó cada uno de mis movimientos. En esas succiones fuertes que me practicaba, se me iba la vida, y entonces buscaba la entrada de su sexo para juguetear con esa lubricación que era seguro que ya asomaba por él.

Para entonces, ya nos habíamos retirado los pañuelos y lucíamos desnudas por completo. Mi mano se empapó al asomarla por ese sexo suyo que pedía a gritos ser penetrado por mis dedos.

No dudé en absoluto en hacerlo, no dudé en proporcionarle ese placer y ella tampoco lo dudó, buscando con sus propios dedos, la entrada del mío. Cuando ambas nos encontramos al mismo nivel, siendo penetrada por la otra, ella subió en la mesa igualmente. Lo hizo con aires felinos y a cuatro patas.

No había ningún riesgo pese a ser de cristal, puesto que era uno especialmente grueso y carísimo que no solo soportaría nuestro peso, sino diez veces más.

Sobre esa mesa, Violet comenzó a follarme. Lo hizo con total soltura, buscando la posición idónea de nuestras piernas para lograr que su clítoris se rozara con el mío y que me hiciera palpitar desde el mismo segundo en el que se encontraran.

Vibrando, sentí que mi cuerpo saltaba debajo del suyo. Era mucha la química que había entre ambas y se notaba especialmente en esos momentos en los que el contacto piel con piel era de lo más estrecho.

Mi pecho, estando como estaba de espaldas, subía y bajaba a su antojo a consecuencia de la gran excitación que sentía, a consecuencia de eso que lograba mi amiga, como si lo hubiera reducido a brasas.

También Violet estaba muy excitada. Sus jadeos se encadenaban uno con el otro. Para lograr una mayor belleza y que Pol la disfrutase, me estiró los brazos y me tomó por las manos, creando una silueta de lo más sugerente en la penumbra de un salón en el que su dueño había graduado a conciencia la luz. Y en el que lucían los troncos llameantes en una chimenea que parecía una metáfora de lo que estaba pasando entre ambos.

Violet se movía a conciencia hasta lograr que ambas nos corriéramos al mismo tiempo. Para Pol, constituía el sumun y, aunque su rostro apenas se alteró, apreciamos en él síntomas de su evidente excitación.

Tras unos segundos en los que ambas quedamos laxas, ella comenzó a recorrerme de nuevo con su lengua y, bajando de la mesa, fue a buscar algo en la bolsa que ambas llevamos hasta allí.

Comenzaba entonces otra parte del show que le montamos a Pol y que no dejaba de ser un show, como he mencionado. Yo estiré el brazo y le pedí el arnés con el consolador que había sacado.

Violet se recogía el pelo con movimientos que eran pura sugerencia mientras que, a cuatro patas, esperaba mi embestida. Mientras, nos miraba tanto a Pol como a mí.

Por mi parte, me iba colocando el arnés con cuidado, sin ningún tipo de prisa, para que él pudiera saborear más la escena que estaba por llegar.

Ella seguía sobre la mesa y yo, una vez que me hube colocado el arnés, me situé enfrente y la agarré suavemente por el pelo. Con Pol todo era suave, no así con otros clientes que nos pedían un sexo más extremo entre ambas, el cual también practicábamos, solo que añadiendo un buen plus económico en la factura.

Como digo, con Pol no había nada de eso, sino más bien un total deseo de que todo fluyera con tanta belleza como armonía, por lo que ella succionó a placer de ese consolador que le ofrecí.

A continuación, le indiqué que se diera la vuelta, acercándome su trasero y, comencé a penetrarla vaginalmente.

En ese instante, el gesto de Pol varió aún más. Sus manos se cogían a la silla y el brillo de sus ojos indicaba una excitación difícil de superar.

Un jadeo por parte de Violet y mi mano que se fue a su clítoris mientras que seguía embistiéndola con el arnés. En ese momento, se levantó, quedando arrodillada en la mesa y ambas jadeamos al mismo tiempo.

Mi amiga se corrió unos minutos más tarde y, justo entonces, me tocó el turno a mí. Ella tomó mi posición y me penetró con el arnés mientras buscaba mi orgasmo ayudándose con sus dedos.

Cuando por fin me sucedió, dimos por terminada una sesión que fue del total gusto de Pol.

—Nos vemos en unos días. Ni se os ocurra faltar ni venir sin Rose, advertidas quedáis—nos dijo mientras nos daba un abrazo a cada una al despedirnos.

De entre todos nuestros clientes, Pol era de los más generosos. Cuando encuentras a alguien con quien te entiendes así de bien y puedes pagarlo, el dinero no suele ser ningún obstáculo.

Según confesaba, le dábamos vida durante aquellas sesiones en las que el sexo entre ambas le inspiraba, porque siempre decía que le servíamos de fuente de inspiración. Y que alguien como él, necesitaba estar inspirado para poder apreciar más lo bueno que la vida nos depara.

Capítulo 7

Llegué a casa y me encontré a Liam chateando. A esas horas solía estar dormido y me sorprendió.

—¿Estás desvelado? —le pregunté.

—Sí y aquí tienes el motivo de mi desvelo. Su nombre es Ángela, es de origen brasileño, azafata de vuelo y llegará a Nueva York en breve—me contó.

—Porque aún falta, que si no, te preguntaría que si se la has pedido a Santa Claus.

—No, me la he pedido de regalo de cumpleaños.

—Anda, pero si no queda casi nada… Este año se me había olvidado—pretendí hacerle rabiar un poco.

—Di lo que quieras, sé que no es cierto. Es más, juraría que ya tienes mi regalo comprado o que al menos ya le has echado un ojo, ¿qué tal con Pol?

—Con Pol genial. Tan lindo como siempre. Nos ha regalado un pañuelo como este a ambas…

—Guau, es muy bonito y elegante.

—Pues como yo…

—Perdona, que no me había dado tiempo—levantó las manos en señal de inocencia—, que te lo iba a decir ahora mismo.

—Pues hay que ser más rápido en la vida o se pierden oportunidades. Aunque, si te digo la verdad, no veo que tú pierdas muchas, ¿de verdad crees en el mito ese de que existe la mujer de la vida de un hombre?

—¿Qué dices de mito? Pues claro que existe. La gente se sigue casando todos los días.

—Y divorciándose y divorciándose.

—A veces no me creo que seas tan insensible.

—¿Insensible yo? Solo soy realista, cariño.

—El amor existe, Chanel.

—Claro que existe, en las pelis. Y también si te lo compras. Mira, Pol ha comprado un poquito del nuestro esta noche.

—Eso es sexo. Yo te hablo de amor verdadero.

—Y después dices que no me hablas de mitos. En fin, si quieres seguir engañándote, apuesta por conocer a esa chica, a la tal Ángela.

—Es que la voy a conocer, ¿qué te has pensado?

—Me lo temía. Que sepas que eso me hace sufrir, te lo digo siempre.

—No hay quien te entienda. De mí solo quieres sexo y mimitos esporádicos, y si te planteo una relación eres capaz de arañarme, pero cuando quiero conocer a alguna te me pones mustia como una flor que lleva unos días arrancada.

—A ti sí que te arrancaba las orejas, por lerdo.

—¿Qué les pasa a mis pobres orejas? ¿Es que te han hecho algo?

—Más bien no me lo han hecho. Siento que no me escuchas… Eso es lo que siento siempre.

—Yo flipo… Las nuestras son como broncas de enamorados, pero sin que permitas que haya amor de por medio.

—A ver si me hago entender; que no sufro por mí, que es por ti.

—¿Y por qué tienes que sufrir por mí?

—Porque te partirán el corazón. Es lo que hacen siempre a todo el que cree en esa chorrada del amor. Y después seré yo quien tenga que aguantarte llorar a moco tendido. Y eso si no te da por comerte las tarrinas de helado de chocolate de dos en dos y la que se va a la mierda es tu tableta, también de chocolate, por cierto.

—Qué dulce todo, salvo tú, Chanel.

—Sabes lo que hay. No soy dulce y no lo voy a ser. Aun así, te viene de perilla vivir conmigo, di que no…

—Claro que sí, lo cual no significa que renuncie a encontrar el amor solo porque tú no crees en él. Ese es tu problema, no el mío.

—Ya estamos con los problemas…

—Si los creas tú. Yo estaba aquí chateando con Ángela. Por cierto, que me ha puesto que se ha acostado, que está muerta de sueño.

—Seguro que te ha mentido y en realidad está hablando con otro.

—Pero, ¿se puede saber por qué eres tan desconfiada? Te juro que muchas veces me dan ganas de coger la puerta.

—Sí, claro, con lo que pesa. Menudo portón de seguridad que puse.

—Tú y tu obsesión por la seguridad, ¿de dónde te viene?

—Déjame, no busques gresca.

—¿Yo he buscado gresca? Si estaba aquí tranquilamente chateando hasta que has llegado.

—Y luego dices que no buscas gresca. Claro que la buscas, si te lo diré yo…

—Me acuesto, no puedo más. Cuando te pones así eres de lo más pesada.

—Pues comprueba que he cerrado el portón y te metes en el sobre, así no haces más tonterías.

—Compruébalo tú. Y no son tonterías, solo estaba chateando.

—¿Y eso te parece inteligente? Un bróker como tú, que debería ser un tío racional y buscándose la ruina de esa forma.

—¿De qué me estás hablando? ¿Es que un bróker no tiene derecho a enamorarse? La mayoría de mis compañeros lo están.

—Pues te vas a quedar a solo, al final se te rifarán los inversores porque a todos los demás se les van a morir las neuronas una a una.

—Yo sí que me muero contigo, Chanel.

—Te mueres en la cama, es verdad, ¿echamos un polvo y nos dejamos de discusiones? Es que me estás poniendo la cabeza como un bombo.

—¿Yo a ti? Si has empezado tú. Hasta que has llegado, estaba aquí muy tranquilo.

—Muy tranquilo y buscándote la ruina, ¿por qué no puedes dejar las cosas como están? ¿Qué te falta a ti?

—¿Por ejemplo una mujer que me bese en la boca? Lo echo de menos. Como follamiga no lo haces.

—Claro que no. Hay límites que no se rebasan. Punto. Que lo sepas.

—Solo te falta darme un contrato con mil cláusulas, como el de Sheldon Cooper a su pareja.

—¿Me estás comparando con el friki ese? Y encima se supone que es una eminencia, ahí con pareja y todo.

—¿Tampoco los listos pueden tener pareja según tu teoría?

—Nadie que esté en su sano juicio debería tenerla, eso por supuesto.

—Algunas veces me dan ganas de darme contra la pared cuando me expones tus teorías.

—Pues date, que igual se te recolocan las neuronas y te das cuenta de que el amor es una ruina.

Capítulo 8



Cuando recibimos la invitación a la fiesta de Pol, caímos en que se trataba de una de esas en las que los invitados serían de muy alto nivel.

—Pues normal, a ver si te crees que Pol se codea con cualquiera, ¿te imaginas la cantidad de pasta que tiene ese hombre? Si en París vive en un castillo—me recordó Violet—. Oye, ¿me estás escuchando? —chasqueó los dedos porque ciertamente estaba muy dispersa.

—Que sí, que es el dueño de un castillo—repetí en plan zombi.

—Pero ¿quién? ¿De quién te estoy de hablando?

—Espera, que se me ha astillado una uña—me hice la despistada porque sabía el coraje que le daría.

—A ti sí que te voy a astillar la cabeza de un golpe como sigas pasando de mí de esa manera.

—Que no paso, que estás hablando de un castillo… Entonces será…

—El conde Drácula, será ese mismo, ¿no? Oye, préstame más atención, que voy a coger complejo.

—Complejo tú, ¿de qué?

—Pues también es verdad, niña. Si con un cuerpazo y un salero como el que tengo no se puede tener complejo de nada.

—Y con una modestia como la tuya, tampoco.

—¿Quieres que la saque? Sería muy falsa. La modestia, digo.

—No, no, déjate de falsedades, que nosotras siempre hemos sido muy sinceras la una con la

otra.

—Eso es cierto, de manera que ya lo estás soltando, ¿qué se supone que te pasa?

—Que estoy en un momento raro, Violet.

—¿Te va a bajar la regla? Mira que no te toca todavía. Trata de atrasarla para que coincidamos las dos, que nos trae más cuenta.

—Que no, tontona y, además, que muchos de nuestros servicios no incluyen sexo, ¿o es que te lo tengo que recordar?

—No, que perdí en su día la vergüenza, no la memoria. Y entonces, si no es eso, ¿qué te pasa?

—Es que resulta que parece que Liam ha ligado por una App de esas, que las carga el demonio.

—¿Qué dices del demonio? ¿Me hablas de una App de ligue? ¿Y para qué se mete ahí Liam si le sobra de todo para ligar cara a cara?

—Eso, tú mejóralo.

—¿No quieres que te diga la verdad? Espera, ¿te estás enamorando de él?

—No y rotundamente no. Pero no quiero que se lo lleve otra.

—Me meo, es lo que me faltaba por escuchar. No quieres que se lo lleve otra, pero tú no quieres tener nada con él.

—Sí, quiero tener sexo, ¿o es que eso no es importante?

—Es egoísta, es justamente eso.

—¿Significa que yo también lo soy? Egoísta, digo.

—Obvio. Lo eres y bastante.

—Joder, ¿por qué?

—¿Tú te escuchas? ¿Por qué va a ser?

—Es que yo a Liam no lo quiero en plan pareja, aunque sí lo necesito.

—¿Te repito lo de egoísta o tú solita recapacitas y lo captas?

—Es que me viene muy bien tenerlo en la vida. Nunca me siento sola cuando estoy con él.

—Es para darte de palos, ¿y qué hay de él?

—Pues tampoco creo que se sienta solo porque cuando estoy en casa lo lleno todo con mi presencia.

—Tú eres un poquito egocéntrica. Luego hablas de mí, pero lo eres.

—Pero solo un poquito—suspiré.

—No, eres bastante. Lo de un poquito te admito que lo digas porque te sientes mal.

—¿Y entonces por qué me lo refriegas por la cara?

—Porque tú lo que le ofreciste a Liam es un apaño temporal. Y reconozco que ni tan mal, oye. Lo habéis llevado bien todo este tiempo.

—Y yo podría seguir llevándolo bien para siempre.

—Porque con él todo son ventajas y no tienes la necesidad de enamorarte, como te pasaría con otro.

—¿Enamorarme yo? No me hagas reír.

—Es que tampoco es lógico, Chanel.

—¿Qué no es lógico? —le pregunté porque me estaba volviendo un poco majara.

—Que, aparte del trabajo, que no cuenta a esos efectos, solo te acuestes con Liam.

—Es que no capto ninguna necesidad más. Con él tengo cubiertas muchas facetas, me da buen sexo y no tengo que complicarme, ¿qué parte es la que no entiendes?

—Que igual a ti te va de maravilla así, pero que eres muy fría con él y que Liam quiere otra cosa. Es más, merece otra cosa.

—Y ahí es donde entra su exótica mulata—suspiré.

—Por ejemplo. Ahí es donde entra cualquiera que le dé vidilla y que no le haga sentir que es un consolador con patas.

—Oye, no te pases, que conmigo fijo que no se siente así.

—Claro que no. Me lo he inventado yo. El chaval se tiene que sentir cosificado a tope.

—¿Te lo ha dicho él? ¿Se ha quejado por algo?

—¿Liam? Si es tan encantador que no habla por no ofender.

—No creas, que a veces se queja de cosas.

—¿A veces? Demasiado pocas serán. Si haces con él lo que te da la gana.

—Tampoco es eso. No te pases.

—No te pases tú con él, que te pasas mucho.

—Si tiene un chollo conmigo. Le doy gratis eso por lo que los demás pagan una fortuna.

—El chollo lo tienes tú con él. Y encima no lo dejas ligar. Manda narices. Eres peor que una ama sado…

—Ese rollito no me va y lo sabes. Vale que practiquemos sexo por dinero, vale que no crea en el amor, pero tampoco me apetece ponerle una correa a un tío y sacarlo a pasear, me da pereza.

—¿Solo porque te da pereza? ¿Ese es todo el motivo? Yo me doblo en dos de la risa contigo, palabra. Por cierto, y cambiando de tema, ¿qué te vas a poner para la cena de Pol?

—Contenta, iré con una evidente sonrisa de oreja a oreja porque nos ha invitado con toda la ilusión.

—Las hay ceporras y luego estás tú, que qué te vas a poner de ropa.

—Ah, eso. Pues un vestido negro con un hombro al aire y gran volante. Una cucada total. ¿No es una cena de etiqueta? Pues eso.

—Para etiquetas las que nos pasamos la vida quitando nosotras. Qué nos gusta un trapito.

Capítulo 9



Me estaba arreglando y Liam se acercó.

—Deslumbrante, sencillamente deslumbrante.

—Súbeme la cremallera—le pedí junto con un guiño de ojo.

—Si me lo pides así, no te puedo negar nada.

—¿Te puedo pedir entonces cualquier cosa?

—Que te veo venir. Cualquier cosa menos que deje de hablar con Ángela.

—Pero ¿qué te da esa chica? Y encima con ese nombre, ¿de qué va? ¿En serio es como un angelito? A ti eso no te molaría.

—Es un angelito con unas caderas impresionantes, eso lo cambia todo.

—¿Y qué hay de mis caderas?

—¿Me vas a venir con celos? Es lo más desternillante que he escuchado en mi vida.

—No son celos, solo estoy siendo práctica.

—Sé sincera: te intereso como follamigo, pero nunca te enamorarás de mí. Más que nada porque, si no lo has hecho en estos años, no sé qué posibilidades tendría ya de enamorarte.

—¿Y para qué quieres eso?

—Para formar una familia, por ejemplo.

—Estás colgado, quítate de mi vista, que me haces sombra y estoy con el ahumado de los

ojos.

—Estás preciosa, así es como estás.

—No me digas esas cosas, no sea que le molesten a tu Ángela.

—Por favor, ya, ¿somos adultos o no somos adultos?

—Yo sí, eres tú quien se está comportando como un crío.

—Te prometo que flipo. Me largo y te dejo.

—Eso, corre a darle a la tecla, no sea que te la quiten.

—¿Quieres un consejo, Chanel?

—Por supuesto que no.

—Sabía que me contestarías eso. Pues bien, te lo daré igualmente; ábrete.

—¿Más todavía? ¿Tengo que recordarte que el centro neurálgico de mi empresa está entre mis piernas?

—Que abras tu mente, no tus piernas, jodida.

—Jodida sí, pero por dinero, siempre por dinero.

—No hay quien pueda contigo.

—Eso es evidente, no ha nacido quien pueda conmigo. Estoy empoderada y cada vez más.

—No es broma, Chanel. Tienes mucha vida social, pero como siempre estás pensando en cómo monetizarla, no te fijas en nadie.

—Y así seguirá siendo.

—Así seguirá siendo hasta que le toques demasiado la moral a Cupido. Ese día, ya veremos lo que pasa.

—No, yo no necesito angelitos que vengan a resolverme la vida. No soy como tú—le solté con evidente coraje.

—No es eso lo que busco en Ángela. La vida la tenga resuelta. Lo que quiero es alguien que desee complementarla. Salir al campo, hacer deporte juntos, ir al cine los domingos por la tarde…

—Nada de lo que has dicho requiere compañía. Todo puede hacerse solo, yo lo hago.

—¿Y qué si yo lo prefiero así? ¿Acaso es pecado?

—No, querer el cuento de hadas no te convierte en un pecador, pero sí en un pusilánime.

—De verdad que cuanto te pones así eres insoportable.

—Pues no me soportes, ¡¡largo de aquí!!

—Oye, no hemos hablado nada sobre mi cumple.

—¿Todavía sigo invitada? Creí que lo celebrarías a solas con tu Ángela, que saldrá de una tarta rollo reina del Carnaval de Río.

—Ya vale, no te burles de ella.

—Si todavía no he empezado. No seas tiquismiquis.

Al rato, salí y apenas me paré a su lado.

—Ve con cuidado, ¿eh?

—Que sí, pesado, no me lo digas siempre.

—Te lo he dicho cada uno de los días que hemos compartido en este apartamento y nunca te ha importado. De hecho, tú eres la obsesa de la seguridad.

—Eso último haré como que no lo he escuchado. En cuanto a lo otro, hablas como si esos días hubieran tocado a su fin. Y ni siquiera conoces a esa chica. Me asombra.

—Es que igual no es ella, pero será otra. Es cierto que siento que empieza una nueva etapa para mí, Chanel. Necesito enamorarme de alguien.

—El amor no se necesita y no se busca. Fluye o no fluye.

—Habló la experta.

—Me voy, que no quiero discutir.

—Ok, no bebas mucho. Y aconseja a todos que vayan con gafas de sol o los deslumbrarás.

—Muy simpático. Que te den.

Le dejé allí y ya me esperaba el taxi abajo.

—Si me lo permite, le dará que va increíble, señorita Chanel—me abrió Ryan la puerta.

—Un comentario así se permite siempre, Ryan. Y se acepta con mucho agrado.

—El que usted tiene.

—A ratos, no me mientas—le guiñé el ojo y vi la emoción en los suyos.

Le dije el taxista de recoger a Violet y luego fuimos a por Rose. Las tres íbamos ideales. Violet llevaba un mono en color burdeos que era una verdadera virguería y en cuanto a Rose, que era mayor que nosotras, llevaba una falda larga negra con una delicada blusa con las mangas transparentes también en negro.

Llevamos a la mansión de Pol y nos encontramos con que había aparcacoches y todo. Cantidad de personas accedían a su interior.

—¿Qué te pasa a ti que vas con el hocico arrugado? —me preguntó Violet— Divina de la muerte, pero con el hocico arrugado.

—Que me ha dicho Liam que me tengo que abrir al amor, ¿a ti qué te parece?

—Que es un tío valiente, ¿le abriste la cabeza como si fuera un melón?

—No, se la he dejado de una pieza, aunque no habría estado mal para ver qué tiene dentro. Yo no necesito eso ni lo voy a necesitar nunca.

—¿Y por qué no? —me preguntó Rose, un tanto asombrada.

—Es alérgica al amor, Rose, eso es lo que le pasa.

—Chica, pues yo de ti buscaría quien me vacunase—me sonrió.

—Sí, con una buena inyección, sería lo mejor. Pero que se niega, Rose, que se niega—se reía la otra.

Capítulo 10



—Este no es el salón en el que nos suele citar a nosotras, niña—le comenté nada más entrar a Violet.

—Ya te digo que no, pero que es normal. No me veo comiendo con toda esta gente en esa otra mesa en la que tú y yo nos comemos…

—Calla, loca, que nos van a oír. Y se supone que esta gente pensará que somos ejecutivas como ellos o ricas herederas o al saber…

—Herederas igual no sois, pero ricas os haréis seguro. Ya lo sois, no hay más que ver cómo lucís y los lugares donde vivís—nos comentó Rose muy complacida por ello, pues sabía que también mi amiga había invertido en un impresionante apartamento.

El mismo Pol nos recibió cogiéndonos a las tres por la cintura.

—Mi precioso ramo de flores. No se lo digáis a nadie, pero es que sois mis preferidas—nos abrazó.

—Normal, ¿no vamos a serlo? Si es que el resto de las sosas y sosos que asistan a esta fiesta seguro que no te hacen disfrutar como te hacemos nosotras—le soltó Violet.

—A mí sacadme del pack, que yo no participo en eso—se sonrojó Rose.

—Será porque no quieras, ya que tienes un cuerpazo también—observó él.

—Lo que me faltaba. Meterme a escort a mis años.

—Todavía podrías aprovechar unos cuantos, que no eres para nada mayor y lo que dice Pol es cierto: tienes un cuerpazo.

—¿Me estáis proponiendo un negocio, locas? A mí dejadme que os siga trayendo cositas divinas de París para que las luzcáis, ese será todo el negocio que hagamos.

—Venid, venid, que os presento a mis amigos… Es decir, a mis otros amigos—carraspeó Pol.

—O sea, con los que no te acuestas—maticé.

—No creas, que con alguno sí que me acosté en su día, chicas. Aunque me salió más barato que vosotras—nos sonrió con todo el cariño.

Uno a uno nos fue presentando a sus amigos. Ya os digo que de un barrio pobre como Brownsville no había salido ninguno de aquellos pijos.

Ya creí que habíamos terminado de saludar en aquel impresionante salón con cabida para más de cien personas cuando escuché el carraspeo de aquel moreno de intensos ojos negros como una noche cerrada que contrastaban con su amplia y blanca sonrisa.

—Por favor, si me dejaba al más apuesto de la noche, ¿dónde se supone que estabas, Carter? Casi te pierdes a las más bonitas—le preguntó.

—Estaba atendiendo una llamada, Pol—le contestó el que debía ser un cuarentón, con unas facciones de lo más varoniles y un embriagador aroma a…

—Ese perfume es de Jean Paul Gaultier, concretamente…—me tiré a la piscina.

Se lo dije sin ser consciente de que no era lo más lógico para una presentación. No cuando no le conocía de nada. Me salió y punto. Y a Violet lo que le salió fue una sonrisilla.

—Siempre los lleva de él o su amigo se cabreará más que un mico—nos comentó Pol.

—¿Conoces a Jean Paul Gaultier? —le pregunté asombrada porque es un personaje carismático de renombre mundial que, además, siempre me llamó la atención.

—Sí, es un buen amigo. Por cierto, me llamo Carter Lennox, ¿y tú eres?

—Soy Chanel…

—Un nombre distinguido para una chica que también lo es—me contestó de inmediato dándome un beso en la mano, un gesto que hablaba de lo elegante y educado que era.

—Más que a perfume, aquí huele a flores, a las que os estáis echando—matizó Pol, que era un bromista de mucho cuidado.

—Mira, ellas son mis amigas Violet y Rose—cambié rápidamente el tercio.

—Vale, y nos queda a un montón de gente a la que presentaros. Venid, venid—nos pidió Pol

—. Se siente, esto va a ser peor que una recepción de esas de los *royals*, aunque ellos viven de eso y nosotros no.

—Por cierto, ¿a qué os dedicáis? —nos preguntó Carter en ese momento.

—Emprendedoras, son emprendedoras las tres. Cada una tiene su propio negocio—le aclaró Pol y nos sacó del atolladero, aunque nosotras estábamos acostumbradas a salir de él solitas en casos así.

Nos acercamos al resto y Pol nos sonrió. De veras que éramos las más llamativas de la reunión y eso al anfitrión como que le produjo bastante satisfacción.

—Y este es Henry—nos presentó el último y arqueé una ceja—. Sí, niña, no me interrogues con la mirada. Es mi Henry, mi amor de juventud, de ese del que os he hablado y que se me terminó escapando como agua que intentas recoger con las manos.

—Le ha quedado muy poético, aunque lo cierto es que Pol siempre fue… ¿Puedo decirlo? —le preguntó su ex.

—Lo vas a decir igualmente, ladrón. Y te querré igual. Te querré hasta mi último suspiro, hasta que este pecho deje de latir—le confesó él de lo más melodramático.

—Ahí donde lo veis, de lo más pasional, era también el más promiscuo del mundo, por eso le terminé dejando—nos contó.

Las tres estallamos en risas y también Carter, quien se había situado estratégicamente a mi lado.

—Sí, lo reconozco, mira si soy bueno… Pero en el fondo solo te quería a ti.

—Solo me quería a mí, pero se acostaba con todo lo que se menease, ¿es cierto o no, Pol?

—Solo para adquirir mucha experiencia y convertirme en el mejor amante para ti. No tengas mala lengua.

—¿Lo estáis escuchando? Pues así era mi vida con él… Cuernos sobre cuernos—rio Henry, que era otro marchante de arte de lo más rico y a quien se veía que le unía un cariño muy especial a Pol.

—Nuestra vida juntos, ¿eso en qué siglo fue? Me siento nostálgico…

—Fue en esta, Pol. Y no digas nada más al respecto que estás estupendo. Conservas esa cara con la que lograbas que no se te resistiera ni uno….

—No es cierto. Me veo marchito y decrépito.

—Hoy no tiene el día—resopló el otro.

—Pol, no aparentas más de 45 y tienes una cara que ya la quisieran muchos actores de Hollywood. Además, eres el anfitrión de esta fiesta—le recordé.

—Muy cierto. Una que está a punto de comenzar—tocó una campanilla y elevó los brazos hacia el techo como si todas aquellas exquisiteces que se servirían fueran a caer de él.

Las chicas nos miramos y fuimos a tomar asiento. Los demás ya estaban sentados y quedaban cuatro sillas vacías.

—¿Me haces el honor? —me preguntó Carter mientras separaba la mía de la mesa y me invitaba a tomar asiento a su lado.

—Gracias—me aclaré la voz.

Violet me miró y, mientras que él saludaba al señor que le caía al otro lado, me habló por lo bajini.

—Este va flechado por ti, Chanel.

—Ya lo he visto. Pues se va a dar contra un muro. Si se ha creído que voy a jugar a las cositas del *cuore* con él va de culo y cuesta abajo.

—Y vaya culo, ¿se lo has visto? A mí me ha puesto mala.

—Y tú me estás poniendo mala a mí. Haz el favor de callarte.

—Y conoce a Jean Paul Gaultier, con lo que a ti te mola ese personaje, ¿de dónde ha salido este tío?

Enseguida nos miró y ella se calló de golpe, volviéndose hacia Rose, quien también estaba encantada mirando el lujo y la elegancia que se derrochaban en aquella mesa.

—Y bien, Chanel, ¿hace mucho que conoces a Pol? —me preguntó mientras me servían una copa de vino.

Respiré algo más tranquila porque creí que la primera pregunta iría relacionada con mi trabajo. Y no, no lo hizo. Eso me gustó.

—Hace años, sí. Le conocí por casualidad y me unen a él ciertos lazos… empresariales—me

aclaré la voz de nuevo— ¿Y tú? ¿Hace mucho que le conoces?

—También… Y mira que nuestros principios no fueron los mejores—me sonrió.

—¿No me digas? Es que Pol es un amor, pero siempre he sospechado que cuando saque el genio debe convertirse en una furia.

—No lo sabes bien… Él nos había encargado un coche. Una edición limitada que, no es porque saliera de mi fábrica, pero era una auténtica virguería, la sensación del momento.

—¿Vendes coches? ¿Te dedicas a eso? —le pregunté.

—Sí, vendo coches—comentó con cierta humildad.

—Espera, ¿pero has hablado de tu fábrica?

—Puede que los venda a gran escala, digámoslo así.

—O sea, que tienes un imperio automovilístico de coches de todo lujo—traté de aclarar.

—Bueno, podríamos decirlo así. Y también ejerzo como CEO en él. Quise hacerlo, no delegar en otra persona.

—¿Cuál es la marca? —le preguntó Violet, quien se unió a nuestra conversación en un momento.

Él nos la nombró y entonces ella se puso directamente bizca. Y eso que estábamos acostumbradas a tratar con gente de mucha pasta.

—Si esos son la competencia directa de aquellos otros…

Yo no entendía nada de coches porque, como ya dije, no me interesaba conducir. A Violet sí que le gustaban y flipó.

—Son una pasada. Yo estoy deseando comprarme uno.

—Pues, cuando quieras, me pides una cita y os recibo en mi despacho. Pásate con Chanel—le sugirió.

—No, gracias, a mí es que los coches no me interesan—le frené.

—¿No te interesan los coches? Lo dices como si te provocasen algún tipo de reacción alérgica —observó.

—Más o menos. Ella es alérgica a varias cosas—se sonrió Violet.

—La primera a los coches, que no tiene sentido, ¿y la segunda? —le preguntó directamente a ella.

—Al amor—le espeté yo antes de entrar en mayores especulaciones.

Rose le habló y ella se volvió en ese instante. Él se me quedó mirando fijo.

—¿Lo del amor es una broma? ¿La típica que te conchabas con tu amiga para que soltéis las dos lo mismo y al tipo se le quiten las ganas? ¿Es una especie de código que activáis cuando alguno no os gusta?

—Qué retorcido—suspiré.

—Solo trato de indagar un poco.

—¿Eres del FBI?

—No, claro que no. Tengo bastante trabajo con los coches, no necesito más.

—Cualquiera que te escuche pensará que los fabricas pieza a pieza.

—Quien se dedica a eso en mi fábrica tiene menos quebraderos de cabeza que yo.

—Y también una cuenta corriente que no es ni la millonésima parte de la tuya—no me lo pensé.

—También, también. No me quejo en absoluto, era una mera apreciación—tomó un sorbo de su copa.

—No me has contado todavía lo que sucedió con Pol—reconduje para que no indagara sobre mí.

—Ah, eso… Fue sensacional. Él vino a recoger su coche a una de mis fábricas, la de aquí de Nueva York.

—Luego tienes varias y seguro que repartidas por todo el mundo.

—Así es. Y resulta que, al ser una edición limitada, contaba con la opción de personalizarse…

—Y como no tiene personalidad ni nada, al saber lo que os pediría…

—Sí, Pol nos pidió algo muy particular. Su coche no pasaría desapercibido precisamente…

—Oye, antes de que sigas, ¿ese fue el coche con el que sufrió el accidente?

—No, por suerte no. Y digo por suerte porque me habría sabido muy mal, esa es la realidad.

—Sigue entonces, por favor.

—Pues que resultó que el día que vino a recogerlo, me entregaban un premio justo delante de mi fábrica, pues nos pareció el mejor sitio para recibirlo. Y él no quedó del todo contento con la personalización, pues llevaba una serie de símbolos relacionados con el arte y decía que uno no era correcto.

—Otro tiquismiquis—resoplé.

—Lo entiendo, ¿eh? Te gastas una millonada en un coche y lo quieres absolutamente perfecto. De eso poco hay que añadir…

—Ya, ya, es comprensible, sí.

—Pues lo es, aunque te adelanto que boicoteó la entrega de premios.

—O sea, que te montó un pollo de mucho cuidado.

—Pero que de muchísimo cuidado, sí.

—Cosas de ricos…

—¿Cómo que cosas de ricos? Lo dices como si me hubieras metido en el mismo saco.
—¿Acaso no eres rico?

—¿Y tú? ¿Lo eres?

—Yo soy una superviviente. No es lo mismo.

—Ah, vale, ya me queda más claro. ¿Y de qué exactamente?

—Mira la pinta que tiene la langosta. Es una delicia para el paladar, ¿no crees? —le volví a dar un parón.

—Lo que creo es que manejas muy bien las situaciones, Chanel.

—¿Brindamos por ello? —le guiñé un ojo.

—Brindemos, brindemos por ello y por bailar luego hasta que nos duelan los pies.

—A mí me dolerán antes, es evidente.

—¿Lo dices por tu altísimo par de zapatos de tacón de aguja? Ese que lleva insertado una perla.

—Veo que te has fijado.

—Sería un auténtico pecado no fijarme en él y, sobre todo, en las piernas que los lucen.

En ese instante, Pol requirió nuestra atención, pronunciando unas palabras de agradecimiento de lo más divertidas para todos sus amigos.

—Le admiro, lleva lo suyo muy bien. Yo no sé si podría—apreció.

—Supongo que la procesión irá por dentro, aunque desde luego que es digno de admirar.

—¿Es la primera vez que asistes a una de sus cenas?

—Así es…

—Entonces no le habrás visto bailar.

—Me imagino que lo hará en su silla. Y de maravilla.

—Mejor que muchos con dos piernas sanas, te lo aseguro.

—No hace falta que me lo jures. Con el arte que tiene… Y con lo pato mareado que es más de uno.

—A ti te gusta bailar—me miró fijamente.

—Sí que me gusta, sí.

—No es una pregunta, es una afirmación.

—Ya lo veo. Eres directo…

—Sí, lo soy. Y por eso te diré que hace mucho que alguien no me acaparaba en una mesa

llena de gente tan interesante como esta.

—¿Me estás acusando de algo? ¿Me has llamado acaparadora? —le pregunté abriendo la boca bastante.

—Un poco, me has acaparado un poco.

—Y encima me vacilas, ¿eres un chulillo?

—Eso nunca. Que me busque picarte, puede ser.

—Si no me conoces, cómo te va a gustar hacer eso.

—Pues para no conocerte ya sé dos cosas.

—La primera que te gusta picarme y la segunda, ¿cuál es?

—Que es solo contigo con quien quiero que me duelan los pies bailando esta noche.

—Flechado, lo que yo diga.

—¿Eso es bueno o es malo?

—Eso es arriesgado. Sobre todo, porque no sé lo que esperas de mí, pero no lo lograrás.

—Déjame descubrirlo…

—¿Descubrir que no lo logras? De eso te vas a encargar tú solito.

—No, descubrir qué espero de ti exactamente. Si no te conozco mejor, no puedo saberlo.

—Ese señor te está llamando—le señalé al que le caía al otro lado y enseguida Violet me habló.

—Te está tirando flechas indiscriminadamente, ¿a que sí?

—Ya ves, como si por eso fuera a conseguir algo. No me conoce, cariño. Es evidente.

—Es evidente que no, cierto. Pero también es evidente que se trata de tu prototipo de hombre.

—¿Qué dices de prototipo de hombre? Si yo no tengo de eso.

—No lo has confesado nunca, pero lo tienes como cualquiera.

—¿Y tú por qué sabes eso?

—Lo sé porque llevo años haciendo servicios contigo y, aunque no hables de ello, conozco tus gustos. Sé de sobra qué tipos de tíos te tiran más.

—Qué tontería; los que más paguen, claro.

—No todo es dinero en la vida, ni siquiera para ti.

—Habla por ti, para mí sí.

—Algún día tendrás que claudicar.

—¿En esta vida? No lo creo.

Todo esto lo hablábamos en voz bajita. Desde su asiento, Pol nos prestaba atención, mucha. A él no se le veía ni una. Y por su sonrisa entendí que estaba haciendo de casamentero cuando nos presentó a Carter con tanta pompa.

Llegó la hora del baile y, como si se tratase de una boda, nos resultó de lo más emotivo cuando Pol tomó la palabra.

—Amigos, amigas, esta noche me vais a permitir que abra el baile porque tengo el placer de comentaros que el amor de mi vida se encuentra aquí presente.

Todos fueron ovaciones y rompimos en aplausos.

—No le hagáis ni caso—pidió Henry con el mejor de los talantes.

—¿Y a ti quién te ha dicho que eres tú? Será engreído, el tío—bromeó—. Bueno, pero ya que has dado un paso adelante te invito a que vengas y bailes conmigo, porque igual sí que eres tú un poco… Igual sí.

A todos se nos cayó la baba cuando les vimos bailar juntos. Era una de esas relaciones supuestamente rotas, pero en la cual el amor pervive y lo hará siempre, si bien ya de otro modo.

Carter no se había equivocado en que daba gusto ver bailar a Pol, aunque fuese en su silla de ruedas. El arte es que lo llevaba en las venas y todo lo que hacía tenía que ver con él.

Sonaba *"I'm yours"* de Jason Maz y yo me derretí. Y luego, cuando nos tocó el turno a los demás, Carter me tomó de la cintura y me llevó a la pista, donde sonaba *"Rest of muy life"* de

Matt Johnson.

Vi cómo también Violet y Rose eran invitadas a bailar y mi amiga me hacía algunos gestos con los ojos, de esos tan locos suyos, y yo debía aguantar la risa. Lo hacía a duras penas y a Carter no se le escapaba.

—Te lo estás pasando bien, me alegro mucho.

—Sí, me lo estoy pasando genial.

—Me alegra tener algo que ver en eso… Algo que ver con que tu amiga no pare te enviarte señales. Estáis muy compenetradas, eso me gusta.

—Ya veo que no se te va una.

—Quien no quiero que se vaya eres tú.

—Pero eso es porque estás muy marchoso esta noche—le indiqué.

—Una chica muy directa también—me guiñó un ojo.

Lo de "marchoso" se lo había dicho porque cierta parte de su cuerpo parecía pedir marcha. Inevitablemente, lo había notado al acercarse tanto a mí como lo hizo.

—Siempre, ¿para qué vamos a andarnos con rodeos?

—Tampoco le veo ningún sentido si te puedo mirar a los ojos y decirte que te deseo.

—Pues yo te miraré a los tuyos, en ese caso, y te advertiré de que te olvides.

—No me quiero olvidar.

—Pues lo siento, pero tendrás que hacerlo.

—¿Qué tendrá que hacer mi amigo Carter? —me preguntó Pol en ese momento, quien parecía venir directo a bailar conmigo.

—Supuestamente, hacer como si ella fuese transparente, Pol, ¿crees que es posible?

—Por supuesto que no, aunque te recomiendo que no le lleves la contraria. Dile lo que quiera escuchar y haz lo que creas que tienes que hacer, querido. Y ahora, si te la puedo robar unos minutos…

—Pol, no soy suya—me quejé.

—Permítele la ilusión de que lo crea por una noche, querida—me dijo tomándome por la cintura.

Comencé a bailar con él. Las melodías románticas estaban muy bien seleccionadas y el ambiente era ideal en aquel glamuroso salón de baile presidido por una lámpara de cristal gigantesca, una de esas que solo se ven en los palacios.

—Es magnífica, ¿verdad? —me preguntó Pol con la vista fija en ella.

—Absolutamente extraordinaria, cierto.

—Pues nos podría dejar a los dos tiesos si se cayera ahora mismo, ¿lo has pensado?

—Qué cenizo, Pol. Claro que no.

—Mi accidente me enseñó que hay que beberse la vida a sorbos muy grandes por si un día no puedes dar ninguno más. Hay que vivir cada instante como si fuese el último, pues sería una pena que una copa del mejor champán quedase intacta por la indecisión de unos labios.

—A mí no me gustan los indecisos, siempre lo digo—carraspeé.

—Pues Carter no lo es. Los dos sois jóvenes y no te está pidiendo matrimonio, ¿por qué no te vas a la cama con él y le das una alegría al cuerpo?

—Yo ya se lo doy. Tengo alguien fijo en mi vida para eso—le dije en referencia a Liam—. No tiene nada que ver con mi trabajo y me sirve.

—Mírame a los ojos y calla un momento—entró como un trance—. Lo que yo me temía; esa persona no te genera ninguna pasión.

—¿Y qué tiene que ver la pasión con el sexo?

—¿Me lo preguntas en serio?

—Claro…

—Tú sabrás mucho de sexo, pero no tienes ni idea de la vida. Ahora, cuando vuelvas a bailar con Carter, porque está deseando hacerlo contigo, le miras a los ojos y me dices si no es la pasión lo que mueve el mundo.

—A mí no me lo vendas como un príncipe azul.

—Yo no estoy haciendo eso. No te digo que te cases con él, sino que vivas, que vibres, que te revuelques con él y que, cuando te despiertes, te rías y le des un almohadazo… Esa es la sal de la vida. No dejes que un día un médico te ponga a dieta y te la quite. Que puede pasar—suspiró.

—Es que yo no creo en los príncipes azules, Pol.

—Ni nadie te dice que creas. Eso ya es cosa tuya, pero date la oportunidad de disfrutar. Deja los negocios y el dinero a un lado… El puto dinero se quedará aquí un día y solo te llevarás lo que hayas vivido.

—Es que los jodidos príncipes azules destiñen… Y se convierten en celestes… Eso en el mejor de los casos, porque luego igual con el tiempo…

—Menuda inquina le tienes tú a los príncipes. Vale, eres republicana… Chica, con el glamur que tiene una corona. Y ya ves, te lo digo yo que soy francés y tampoco tenemos reyes. No hoy en día, pero bueno…

—A ti tendrían que nombrarte nuevo rey de Francia.

—¿A que sí? Con lo que me gusta a mí un bastón de mando.

La canción dejó de sonar y me condujo hacia Carter.

—Aquí la tienes. Es una rebelde sin causa, pero buena chica.

A él lo abordó Henry. Qué feliz se le veía cuando hablaba con él. Era curioso porque Pol siempre nos dijo que, si volviera a nacer, lo haría todo exactamente igual, que cuanto había vivido formaba parte del hombre que era, pero por el camino perdió a Henry.

Cuando los miraba, sus ojos emitían unas señales inequívocas; seguía enamorado de él, del que debía gustarle hasta el dedo meñique del pie. Lo tiró todo por la borda, quizás en un momento en el que no supo apreciarlo.

Lo podía entender muy bien; tampoco estaba en mi mente el hacer ningún sacrificio por amor. Es más, no tenía el más mínimo pensamientos de que el amor se entrometiese entre mis objetivos y yo.

Carter me tomó por la cintura y comenzamos de nuevo a bailar.

—Dime una cosa, Chanel.

—Venga, dispara.

—Jamás lo haría. No podría ante la vista de ese impresionante escote.

—Pues mírame a los ojos.

—Me pides un imposible, el verde que desprenden, deslumbra demasiado.

—Vaya por Dios, pues entonces no me mires y dime qué estás pensando.

—Pienso que, de cero a cien, ¿cuántas posibilidades tengo de que terminemos la noche juntos?

—Eso es fácil. Tienes menos diez posibilidades.

—Eres cruel conmigo.

—Soy cruel con todo aquel que piense que me dará coba—le aseguré.

—Yo no pretendo darte coba. Te lo estoy diciendo claro y desde el principio; te deseo.

—Pues tendrás que poner el ojo en cualquier otra chica de este salón. Por su forma de mirarte, hay muchas que se cortarían un brazo por pasar esa noche contigo.

—Pues mejor no te digo lo que veo yo en los ojos de muchos de los hombres.

—No hace falta que me lo digas; ya lo veo yo solita.

—No eres de esas que se dejan cuidar, ¿verdad?

—En absoluto, nunca…

—Ay, Chanel, Chanel—me dio un abrazo.

—Venga, a bailar y a callar si no quieres que cambie de pareja de baile.

—¿Y por qué no lo has hecho ya si tanto te molesto?

Capítulo 11



Liam iba a tope con su fiesta de cumpleaños. Siempre le hizo ilusión cumplirlos. A mí me sorprendía cuánto. En ese sentido me parecía algo crío. En realidad, era en el único, puesto que si había un hombre con la cabeza bien puesta, ese era mi compañero de piso.

—¿Qué tal la fiesta de anoche? —me preguntó mientras desayunábamos en aquella mañana de domingo.

—Genial, genial. Oye, yo llegué a las tantas pero tú no sueles trasnochar y también se te han pegado las sábanas, ¿qué tal tu noche?

—Estuve hablando hasta tarde con Ángela, si es lo que quieres saber.

—*Istibi hiblndi histi tirdi cin Íngili*—me mofé, diciéndole lo mismo con la "i".

—Mira que te gustará fastidiarme, ¿y tú no ligaste?

—Sí, con el rey del automovilismo nada menos.

—Claro ni que hubiera sido Carter Lennox.

—No me jodas que me estuviste espiando.

—Venga ya, que no cuela. Ese tipo es el hombre de moda en el sector. Ha llevado su marca a lo más alto. Está compitiendo con otras que eran mucho más grandes cuando la suya apenas había nacido.

—¿Hablamos del mismo Carter? Que sí, que entendí que era un ejecutivo grande, pero de ahí a lo que me estás diciendo… La verdad es que me quedo con las patas hechas trancas.

—Que no, que sé que te estás quedando conmigo. Siempre me lo haces y siempre se me queda una cara de idiota que no es normal. Esta vez no pasará.

—Pues te has lucido. Para una vez que te cuento la verdad… Mira, aquí aparecemos juntos— le enseñé una foto.

—¡¡Joder!! Es cierto…

—Pues claro que es cierto. Estaba en la fiesta de Pol.

—Ese Pol es un portento. Vaya clientes los tuyos.

—¿Pol? Es un auténtico crac. Para que lo hubieras visto bailando con su silla de ruedas. A la fiesta asistió Henry, su ex, al que adora… Todavía sigue enamorado de él, creo que le gustan hasta sus amígdalas.

—¿Y por qué no están juntos?

—Porque Henry no se fía de él ni un pelo. Pol fue una buena pieza en su día.

—Pues vaya lástima. Si lo quiere tanto, debería estar con él. El amor es esa palanca que mueve el mundo.

—Sí, claro. ¿Y qué cuenta tu chica exótica?

—Que tiene ganas de conocerme, lo mismo que yo a ella.

—Qué bonito es el amor…

—Cuánto te gustará burlarte, niña.

—Venga, que quiero saber cuándo llega.

—Pues el día de mi cumpleaños, justo ese aterriza aquí.

—¿No es una broma?

—Va a ser que no…

—O sea, regalito tropical para el niño. Aunque supongo que siendo azafata no estará aquí mucho tiempo, ¿no?

—Pues lo cierto es que le cuadran quince días. Por eso entró en la App, porque quería conocer a alguien para pasarlos.

—Anda, mira qué lista.

—Sí… Aparte es que ella tiene la idea de cambiarse a una aerolínea de aquí que le permita hacer viajes más cortos y pasar más tiempo en casa. Su sueño es terminar viviendo en Nueva York.

—Vaya, eso no me lo habías contado…

—Tampoco tú me lo has preguntado. Te has burlado más que interesarte por nada.

—Nada de burlarme, solo que no entiendo por qué tiendes a complicarte tanto la vida. ¿No te da pereza?

—¿Pereza? Lo que me hace es cantidad de ilusión. Nada de pereza…

—¿Tanta ilusión te hace? No entiendo nada, la verdad.

—Es que no tienes nada que entender. La ilusión se siente o no se siente. Oye y tú con Carter, ¿qué?

—Pues nada, él quería llevarme a la cama, yo le paré los pies y vuelta a empezar… Así cien veces en la noche.

—Muy tú.

—Claro, muy yo.

—¿Y no le darás una oportunidad?

—Sí, claro, cómo no. Le daré una oportunidad de que se aparte de mi lado y así no tendrá que escuchar que le diga ninguna fresca.

—¿No te hace ni un ápice de ilusión?

—¿Decirle una fresca? Lo cierto es que sí, pero como es amigo de Pol…

—No, animal, que no me refiero a eso.

—Ah, vale, yo qué sé. Pues explícate mejor…

—Que si no te hace ilusión conocerlo.

—Si ya lo conocí anoche. Oye, a mí no me líes, que antes del primer café sabes que no soy persona y aún no me lo he terminado.

—Conocerlo mejor, Chanel, conocerlo mejor…

—Ah, no. Eso no me interesa en lo más mínimo, ya lo sabes.

—Pero tienes que ampliar círculo, conocer gente.

—Tengo mis amigos, no me hace falta más.

—Violet y yo. Para de contar… Apenas te relacionas con el mundo, ¿por qué?

—Tú no quieres que tenga más amigos. Lo que quieres es que me eche novio y todo porque me has traicionado.

—¿Cómo que yo te he traicionado?

—Teníamos un acuerdo y lo has roto por la brasileña.

—No, no… Por ahí no vayas. No era ningún acuerdo. Solo nos ha venido bien mientras ambos hemos estado solos, ni siquiera lo hablamos abiertamente nunca.

—Pues lo hablamos ahora.

—No, Chanel. Quiero conocer a Ángela. No te voy a negar que me estoy ilusionando con ella.

—¿Y si echamos uno polvo y te das cuenta de que todo lo que tenías era una paja mental?

—Es que no es ninguna paja mental. Me gusta lo que escucho de ella, me gusta lo que me escribe, me gusta las canciones que me manda, me gustan sus vídeos y me gustan sus fotos.

—¡¡Pack completo!!

—Pues sí, no tiene nada de malo.

—Ni de bueno tampoco.

—Ah, por cierto. No te he comentado una cosilla, espero que no te importe.

—Por la cara que estás poniendo de culpable intuyo que no me hará ni pizca de gracia.

—Si es una tontería… Le he dicho que se puede quedar aquí en casa esos 15 días.

—¿En qué casa?

—Pues, ¿en qué casa va a ser? En esta…

—Pero si esta es mi casa.

—Yo te pago un alquiler por mi parte, ¿no lo recuerdas? Y eso me da derecho, como siempre me has dicho, a disponer de ella a mi antojo.

—Sí, porque ya veo que antojadizo lo eres tela.

—¿Qué te pasa, Chanel? Si nosotros nunca hemos discutido.

—Porque éramos dos. Ahora somos tres y eso lo cambia todo.

—Todavía no somos tres. Eres tú quien lo estás diciendo.

—¿No somos tres?

—No, claro que no.

—Pues entonces vamos a echar un polvo, que antes bien que lo has esquivado. Y yo tengo ganas.

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Cómo que no puedes? Pues anda que no tienes energía por la mañana. Cientos de veces te he buscado y te he encontrado bien palote, que te levantas con una potencia que no veas…

—Que no puede ser porque Ángela y yo hemos acordado que, de momento, no vamos a estar con nadie más hasta que nos conozcamos.

—¿Y después sí? Qué modernos. Un punto a su favor, ya me cae mejor.

—No… Quiero decir que hasta vernos cara a cara y comprobar si hay química, no estaremos con nadie más. Y si surge la chispa, pues naturalmente que tampoco. Entonces menos, como es lógico.

—Un poco raritos sois los dos… Me parece a mí.

—No entiendo dónde está la rareza.

—En que la monogamia no puede ser sana. Háztelo mirar.

—Hazte mirar tú lo tuyo, ¿esperas a alguien? —me preguntó.

—¿A quién voy a esperar? Si te parece, cito aquí a un cliente, en mi propia casa, en mi templo…

—¿Lo del templo lo dices porque estás un poco endiosada, cariño?

—Si vas a abrir la puerta, te librarás de escuchar la respuesta.

Lo hizo sonriente porque había sonado el timbre y al poco volvió con una enorme caja de bombones de una marca súper exclusiva que costaban una fortuna. Yo los había tomado en alguna ocasión en ciertas fiestas de las altas esferas donde se manejaban presupuestos muy altos.

—¿Tu chica te envía eso? Pues habrá tenido que pedir un préstamo. Claramente te quiere engatusar y, ya de paso, cebarte. Qué lista, así no te mirará ninguna otra.

—¿Qué dices de mi chica? Estos bombones han llegado para ti. Aquí tienes la nota.

—¿Para mí? Es la primera vez que recibo un regalo así sorpresa. ¿No me digas que has sido tú para compensarme por la fechoría que me has hecho?

—Ni te he hecho ninguna fechoría ni regalo bombones cuyas cajas cuesten lo mismo que le entrada de un apartamento, bonita.

—Ah, vale. Pues entonces no has sido tú. Esto es cosa de Pol, ¿cómo se le ocurre? A Violet le habrá llegado otra—lo pensaba mientras abrí el sobrecito con la tarjeta.

"Para la chica más sexy de todo Nueva York. ¿Si te endulzo el paladar aceptarás cenar conmigo?"

—No ha sido Pol, ¿verdad?

—No, no ha sido él. Son de Carter.

—¿Dice que tiene apariencia de bombón y te manda unos de los más caros del mundo? Pregúntale que si le valgo yo y explícale que contigo lo tiene jodido. Igual cuela…

—¿Quieres que se lo diga? Venga, envíame una foto tuya y se la paso.

—Que no, loca, que es broma…

—Ya, porque si le vas a poner el trasero a Carter porque sea multimillonario y a mí ya no me tocas ni con un palo… Tú verás, el palo igual te lo parto en la cabeza.

—Te noto un pelín agresiva.

—Eso es por la evidente falta de sexo.

—Perdona si te resulto un poco grosero, pero si hay algo que no te falta por tu trabajo es sexo.

—Eso no es sexo como tal, para mí es como si practicase gimnasia. Como una mezcla entre yoga y…

—Pues anda que es una mezcla como para impartirla en los gimnasios—me interrumpió.

—Muy bien que les vendría a muchos en realidad, que hay cada avinagrado por ahí…

—En eso tienes razón. ¿Qué le vas a contestar a Carter?

—¿Y por qué tengo que contestarle nada?

—Mujer, por esto—me señaló a la caja de bombones.

—No, no, por esto no… Él los ha enviado porque le ha dado la gana. Pues ahora, que apechugue.

—Chanel, se llama empatía. Deberías mostrar un poco.

—Y entonces lo tendría detrás de mí.

—¿Tú sabes de quién estamos hablando? Si ese tío dice que quiere acostarse con alguien, le salen mujeres hasta debajo de las piedras.

—Pues que vaya poniendo un anuncio.

—¿En serio me estás diciendo que echarías un polvo hoy conmigo y no con él? Me vas a hacer engordar unos kilos… Entre eso y los bombones, ya verás.

—Los bombones te los puedes comer cuando quieras, no me interesan.

—Mira, qué pinta—me pasó uno por delante de las narices.

—Está bien, trae.

—¿No vas a aceptar su invitación? Solo es una cena, no te hará ningún mal.

—Depende de lo que coma…

—Venga ya. Si tienes un tipo de infarto, déjate de tontunas.

—Que no, que paso. Que no es una cena, que es una cita. Y que llevo sin tener una…

—Yo no te he visto acudir a una jamás.

—Ni me verás.

—Chanel, te prometo que a veces me encantaría meterme dentro de ti y comprobar…

—Pues métete. Si te estoy diciendo que mi cuerpo necesita marcha.

—Mujer, que iba a decir dentro de tu cabeza, no de… Déjalo, eres tremenda, palabra.

Comenzó a degustar uno de los bombones con cara de deleite total. Yo también me metí uno en la boca y enseguida recordé por qué eran tan desorbitadamente caros.

—Es orgásmico, este chocolate lo es—murmuró.

—No, este chocolate está de vicio, pero no sustituye a lo otro por mucho que te empeñes. Oye, ¿qué planes tienes para hoy?

—Pues anuncian tormenta para esta tarde, no pienso salir en todo el día.

—¿Tarde de peli, mantita, sofá y palomitas?

—Me parece el mejor de los planes, sí.

—¿Lo ves? Tú no necesitas nada más en tu vida.

—Chanel, ya está bien. Te lo pido por favor…

Ese fin de semana no trabajé. De vez en cuando, me pillaba uno libre. En ese sentido me sentía la reina del mundo. Llegó un momento en el que elegía cómo, cuándo, dónde y con quién aceptar un servicio. Y lo normal era que se me agolparan, porque el dinero me llamaba demasiado. Eso sí, también necesitaba un descanso.

Capítulo 12

Había pasado toda la tarde viendo pelis con Liam y me acosté. Me sentía arder por dentro…

No tenía fiebre, simplemente estaba excitada. Él siempre me tuvo muy bien acostumbrada en ese sentido y siempre que requerí sexo, lo tuve antes incluso de abrir la boca.

Liam había sido para mí una especie de *gigoló* en mi propio domicilio que, de golpe y porrazo, me había cerrado el grifo. Y eso le dolía a mi ego bastante.

Me acosté en mi gran cama. La mía era una de esas XXL. Descansar bien para mí se había convertido en una verdadera necesidad, dado mi trabajo. Y por eso me hice con una de las mejores camas del mercado y con un tamaño impresionante.

Llevaba años durmiendo mal. Descansar bien para mí era una odisea y debía hacer todo lo posible para tratar de hacerlo mejor.

Me acosté y lo hice únicamente con un salto de cama de lo más sexy que me había puesto tras ducharme. Tenía esa costumbre, la de lucir bella incluso a solas. Puede que tuviese que ver con la importancia que le daba a mi imagen debido a mi trabajo.

Abrí la parte superior del salto de cama, la cual estaba cerrada a través de un sugerente lazo negro, encontrando mis senos con una mano. Con la otra, retiré mi tanga hacia un lado y busqué notar la lubricación en la punta de mis dedos, los cuales no dudé en introducir.

Mientras resbalaban hacia mi interior, solté lentamente el aire y gemí. Fue un gemido intenso y sentido, uno que necesitaba como preludio de un alivio que no tardaría en llegarme.

Cuando saqué mis empapados dedos de mi sexo me fui directa en búsqueda de mi clítoris, el cual parecía desear esas caricias circulares que estaba por darle. Una vez lo estimulé y sobresalió bastante, eché mano al cajón de mi mesilla de noche y palpé en la penumbra mi succionador.

Nada más escuchar el ruidillo de su motor mientras lo ponía en marcha, ya me sentí de lo más excitada, con el corazón latiendo a toda velocidad y con el pulso a tope.

Aposté por un ritmo fuerte desde el primer instante. En mi vida había pocos grises, yo era más de blancos o de negros. Y en el sexo era de apostarlo todo a caballo ganador.

Nada más llevarlo a mi clítoris, donde lo enchufé, sentí que mi cuerpo entero botaba. No sé si os ocurrirá que en ocasiones os pongáis tanto que notéis cómo todo vuestro cuerpo se remueve desde el interior, al mismo tiempo que parece que el aire os falte y que el pecho os duela, dándoos la impresión de que el corazón se os saldrá por la boca.

Yo estaba así, con una capa de sudor que perlaba mi frente al completo y con un aparatito diseñado para llevar mis sensaciones al límite, pues cuando le echaba mano no era de conformarme con un solo orgasmo.

Una recomendación: tened vuestro succionador siempre cargado, porque no hay nada más fastidioso que comenzar a darle el tema y que, de pronto, se pare. Por esa razón, por si alguna vez se me olvidaba, siempre tenía un par de ellos. Y eso que hasta el momento también contaba con Liam, aunque parecía ser que eso pasó a la historia.

Mientras me lo apretaba fuerte al mismo tiempo que iba tratando de controlar el ritmo de mi respiración, me acordaba de los muchos ratos de cama compartidos con él y, entre ellos, se me vino a la cabeza también el perfecto y varonil rostro de Carter, del hombre que parecía haberse encaprichado de mí.

De no ser porque estaba cerrada en banda, me lo habría llevado a la cama la noche que le conocí. Pero hacía tiempo que renuncié a ciertos placeres porque no quería líos en mi vida.

Necesitaba mantener la cabeza fría, aunque otras partes de mi cuerpo se mantuviesen tan ardientes que temí que la boquilla del succionador se me quedara fundida con mi propio sexo.

Las caricias a mis senos tampoco pararon en ningún momento mientras me estimulaba como lo estaba haciendo. Mi clítoris vibraba y sentía hasta una sensación de electricidad en él que me gustaba mucho, que disfrutaba a tope y que me llevó al orgasmo en cuestión de poco más de un minuto.

Ese primer orgasmo solo sería el pistoletazo de salida. Lo tenía cargado a tope y no pensaba parar hasta que realmente sintiese que las fuerzas me abandonaran.

El sexo de calidad ayuda a encontrar un gran alivio no solo físico, sino mental. Y el que una se practica a sí misma siempre lo es. Tras ese primer alivio, busqué un segundo y un tercero… Y al final, cuando me dolía incluso tocarme el clítoris, tomé el más grueso de mis consoladores y, haciéndolo resbalar desde la entrada hacia dentro, me lo introduje de golpe.

De un solo estoque, aquel potente trozo de silicona de la mejor calidad con forma fálica sirvió de nuevo para asegurarme un nuevo orgasmo, en ese caso vaginal, que me hizo convulsionar por

dentro al ir acompañando de unas fuertes pulsaciones en mis paredes.

Cuando por fin esas pulsaciones cesaron, quedé tendida en la cama, con mi cuerpo ya al completo perlado por el sudor y precisando una nueva ducha que me di de inmediato.

Una vez en la cabina, me dio por encarar el chorro de la alcachofa hacia mi clítoris y sonreí excitada al darme cuenta de que me volvería a pasar. Los latidos de mi corazón sonaron casi tan fuertes como ese último gemido que solté en alto en el momento en el que ese orgasmo me asaltó.

Capítulo 13



Me levanté con la intención de hacer un servicio mañanero. En aquella ocasión, me tocaba con Fred, un cincuentón musculoso que, cómo no, también era fetichista.

He de decir que la mayoría de mis clientes lo eran. En el caso de Fred, un millonario que se dedicaba al negocio inmobiliario en el corazón de Manhattan, lo suyo eran los panties. Las medias finas y de seda, lisas o estampadas, con raya vertical en la parte trasera o no, con topos o sin ellas, enterizas o de las que van cogidas con ligueros y se aguantan a la pierna con tiras de silicona…

Además, que era de morro fino, como se suele decir, y no le valían unos panties cualquiera. Los que utilizaba con él se los compraba siempre a Rose y por descontando que los incluía en el precio de la factura porque en cada sesión, que solía durar una hora, me partía varios, por lo que no hubiera ganado para panties de no cobrárselos.

Por el camino me iba riendo porque cierto que cada persona es un mundo y mis clientes eran de lo más variopintos. Eso sí, todos ellos me trataban como si fuese una princesa y eso era algo que me hacía sentir bien. Se trataba de dinero, de ganar mucho dinero de hecho, pero no a cualquier precio.

A esas alturas no, porque tenía ya seleccionada mi clientela, lo mismo que Violet, y si incluíamos a alguien más era por expresa referencia de uno de nuestros clientes, pero sí os cuento que al principio de los tiempos me llegaron ofertas suculentas por practicar sexo extremo que deseché de inmediato.

En este mundo, como en todos, existen líneas rojas que es mejor no traspasar y así lo hice siempre. Y no me podía quejar. Me fie de mi instinto y escalé tantos peldaños que me situé en la cúspide de las escorts de Nueva York. Pero eso sí, como comento, era impresionante lo diferentes que podían ser los gustos de unos clientes de los de otros. Raro era el que te llamaba para un servicio normal.

Dicho esto, que conste que también realizaba muchos servicios de acompañamiento de tipos pudientes que querían lucir una bonita compañía a su lado sin necesidad de riñas de pareja ni de

cualquier inconveniente que el estar comprometido le pudiera suponer. Lo que sucede es que me centro más en contar estos otros servicios, los sexuales, porque los considero más jugosos.

Llegué a la oficina de Fred. En su caso, también lo hice de la forma menos llamativa posible, sin maquillaje y sin perfume, porque ese hombre estaba casado. Es más, aunque él se había hecho millonario con los años, gracias a su buen olfato para los negocios inmobiliarios, al principio de los tiempos quien tenía dinero era su familia política. O sea, que fue su boda la que le situó en el trampolín que le hizo rico.

Fred me contó en una ocasión que nunca había querido a su mujer y que sabía que ella hacía su propia vida igual que él, pues tampoco sentía gran cosa por su marido.

Yo no entendí muy bien de qué iba la cosa y él me la explicó. Su esposa, March, odiaba a su padre, que era un ricachón de lo más tirano. Y para fastidiarle, se casó con un mindundi. Eso sí, Fred demostró su valía para los negocios en cuanto contrajo matrimonio, así que todos salieron favorecidos.

Nunca se habían planteado el divorcio y él me contó también que el fetichismo por las medias le vino curiosamente a raíz de que su mujer no quisiera ponérselas nunca, pues por lo visto era muy poco femenina.

Por ese motivo, se moría por vérselas en las piernas a otras féminas, hasta llegar a pagar por ello. Cómo sería la cosa que la primera vez que requirió mis servicios lo hizo solamente para que desfilase con ellas puestas, con distintos pares que me fui colocando. Él ya me había dado las instrucciones de lo que debía llevar y yo llegué hasta allí con un arsenal.

Con el paso de las semanas, se fue entusiasmando con estos encuentros y entonces ya la cosa cambió. La primera vez que me tocó, lo hizo con timidez, si bien poco a poco la fue perdiendo hasta que un día me arrancó un par con la boca.

No os miento si os cuento que fue tal la excitación que sintió en ese momento que se corrió. Se avergonzó muchísimo, pues le ocurrió con los pantalones puestos. A mí ni fu ni fa, no es que me extrañase tanto, puesto que se me ha dado el caso de clientes que se han excitado tanto al verme en ropa interior que se han corrido por el simple hecho de que les chupara un par de dedos de la mano.

A partir de ese día, Fred descubrió un filón y se aficionó tanto a llamarme que se convirtió en uno de mis mejores clientes. Como ya digo, había sesiones en las que se cargaba un buen número de panties de lo más caros. Tras eso, el sexo que me pedía no era nada del otro mundo, por lo que me lo hacía todo bastante fácil.

Llamé a la puerta de su despacho. Tan solo llevaba una gabardina puesta porque el día estaba nublado, amenazando lluvia, y a él le gustaba ir al grano. Por esa razón, tras saludarle, vi el destello en sus ojos con el simple hecho de que me fuese desabrochando con lentitud y

sensualidad el cinturón de la gabardina para luego dejarla caer sobre mis pies.

Por su parte, lo que dejó caer sobre mí fue la más libidinosa de las miradas. Fred no era un hombre especialmente hablador, aunque hablaba con los ojos. Era tal la pasión por ese fetiche suyo de los panties que no podía negarlo en ningún momento. Lo dicho, que hay gustos para todo y que para él ver mis piernas enfundadas en esos sedosos panties eran garantía de llegar al clímax.

La lujuria se instalaba en ese hombre nada más ver esas delicadas piezas en mis piernas. En aquella ocasión, llevaba puestas unas que estaban rematadas por un exclusivo liguero que supuse que también acabaría hecho jirones. Y supuse bien.

Su verdadero objetivo eran los panties. Conocía a muchos tipos de hombres y puedo asegurar que, uno como Fred, no hubiera disfrutado ni la décima parte conmigo de no ser por la posibilidad de verme con ellos.

La voz no se solía salir del cuerpo mientras yo los tenía puestos en el mío. Curioso, un tipo rico y poderoso como él, atractivo y acostumbrado al éxito, enmudecía ante esa imagen.

Habitualmente, cuando terminaba el servicio y me entregaba un buen plus respecto al precio pactado, me aseguraba que lucía como una diosa con ellos puestos, con esa voz varonil que tenía y que entonces sonaba alta y clara.

Con total sinceridad os diré que había una parte de mi trabajo que me daba mucha vida y que no era otra que esa; la de comprobar cómo los hombres caían rendidos a mis pies y ante mis encantos.

Desfilé para Fred con mi ropa interior puesta y con unos altísimos zapatos negros de tacón de aguja a conjunto, pues ese *outfit* íntimo nada tendría que ver con el que era de no ser por esos zapatos que le otorgaban el más sexi de los remates.

Me pidió que me diese la vuelta varias veces. Lo hice con tanta soltura como sensualidad. En mi trabajo, todos los movimientos están estudiados y cada uno de ellos se destina a despertar en el cliente el mayor número de sensaciones relacionadas con el morbo y el erotismo posibles.

El truco, uno de los muchos trucos que utilizamos, es el de hacer tal derroche de sensualidad que siempre se queden con ganas de más. Es como si, aparte de poseer tu cuerpo, quisieran poseer también una parte de tu alma, llegar a lo más profundo de ti, adueñarse de tu persona al completo y ahí es donde pinchan en hueso duro.

El lenguaje corporal del sexo es una verdadera joya. Si lo dominas, dominas una parte muy jugosa del pastel en el que está dividido el mundo.

Durante unos minutos, quizás algo más, le haces creer que está logrando su objetivo; que es tu dueño. Y luego, con un solo gesto, con una mirada, con el más mínimo de los detalles, le retas y entiende que no es así, que quiere más.

Forma parte de la naturaleza humana optar al todo. .. Y para tratar de hacerlo, un cliente se enganchará a ti como otros lo hacen a una máquina tragaperras.

Fred nunca se saciaba de tratar de hacerme suya, de tratar de hacerse a la idea de que esa imagen sexy a rabiar que le ofrecía era suya y solo suya. Lo notaba en cada uno de sus movimientos…

Cuando desfilaba para él, llegaba un momento en el que no solo su entrepierna emitía señales: la forma en la que tragaba saliva, sus manos apretadas y hasta un cierto temblor nervioso que le delataba y que se manifestaba en distintas partes de su cuerpo también apuntaban en el mismo sentido.

Cuando hube desfilado lo bastante y la taquicardia se debió instalar en su pecho, me pidió que me tumbase sobre la mesa de su despacho. Menudo desayuno que se iba a tomar el colega. Si quieres desayunar algo tan exquisito, te saldrá caro. Y aquellos hombres estaban dispuestos a pagar cualquier cantidad con tal de que sus fetiches fueran satisfechos.

Para algunos, como sucedía en el caso de Fred, se trataba casi de una adicción. No soy sexóloga ni quiero jugar a serlo. La experiencia es un grado, eso sí, y de esa me sobraba pese a mis pocos años.

Fred se acercó hacia mí y, de un bocado, destrozó uno de los panties mientras que la presilla del liguero saltaba por los aires. Lo hizo con tal énfasis que la dichosa presilla, negra y metálica, no le dio en un ojo de milagro.

Hay algo de lo que no os he hablado todavía: en mi trabajo; a veces tienes que aguantar la risa. Y no pocas, entre tanto cliente excéntrico y fetiche.

Ni que decir tiene que, si eres una profesional y yo lo era, controlas ese tipo de situaciones. Sin embargo, no niego que me lo imaginé tuerto a consecuencia del impacto de una de esas presillas en su ojo y hasta, por unos segundos, tuve que apartar el rostro para que no adivinase en él que estaba reprimiendo la risa.

Él no debió intuir el peligro porque hizo lo mismo con el otro panty. En esa ocasión, no saltó la presilla del liguero, el cual arrancó también a bocados a continuación.

Fred se volvía un depredador en esos momentos. Su erección era evidente. Pese a ello, yo sabía que no me follaría en ese instante, no cuando todavía se podría asegurar una satisfacción mucho mayor.

Con los ojos desencajados por tanta excitación, me pidió que sacase de mi bolsa otro par de panties para el total deleite de su vista. Lo hice con mucha calma. Al contrario que a Kenji, mi cliente japonés, a Fred no le preocupaba nada el tiempo. Él se lo tomaba con total calma. Y, cuanto más pasase allí, más rentabilizaría yo el servicio.

No solía poner música erótica, pero sí de, cuando lograba relajarse un poco, tararearla él mismo. Esa era su costumbre, otros clientes tenían las suyas propias.

Cada cliente es un mundo, eso resulta innegable. Y yo hacía maravillas con las fantasías de todos ellos. Mientras, veía imaginariamente cómo los billetes entraban en mi cuenta corriente y no pensaba en nada más.

En resumidas cuentas, que mi fetiche, mi verdadero fetiche, era el dinero. Y mientras lo amasaba, cumplía los de todos esos hombres que, al igual que Fred, me veían como a una diosa del sexo.

Capítulo 14



—Tú te lo estás pasando bomba—le comentaba a Liam—, pero a mí no me hace ni pizca de gracia.

—Porque te cuidas mucho y no quieres caer en la tentación con tantos bombones, que si no… Que te esté enviando una caja de estas a diario no es algo habitual precisamente; está loco por cenar contigo.

—Está loco por follar conmigo, que no es lo mismo… Si fuera solo cenar, igual habría hasta ido ya para que dejase de hacer el ganso con tanto bomboncito.

—Tenemos cajas ya para poner una tienda online, ¿cómo no se te ha ocurrido a ti que lo monetizas todo?

—Déjame de vainas, que tengo muchas cosas en las que pensar.

—Como en mi regalo de cumpleaños, ¿no? Dime que ya lo tienes—se frotó las manos.

—Pues va a ser que no y, te advierto que, como te pongas muy pesado, este años te quedas sin él…

—Eres mala, insensible y cruel. Sabes que mi corazoncito sufre cuando dices esas cosas y te importan un bledo mis sentimientos—dramatizó poniendo un puchero.

—Que ya estoy en ello, pesado. He quedado con Violet.

—No, no… Un trío con ella no es una opción. En otro momento me hubiera parecido la mismísima panacea, pero en este, paso.

—Estás como una cabra, palabra, ¿qué dices de un trío? He quedado con ella para comprarte algo, a ver si así cierras la boca.

—A ver si te aclaras: antes no querías que cerrara nunca la boca, ahora que no la abra…

—Pero eso era porque el *cunnilingus* no se te daba mal, que todo hay que decirlo.

—Tú siempre tan directa, bonita.

—Directa y ¡al lío! ¿Nos acostamos?

—Sabes que no puedo.

—Eres tonto—resoplé.

Quedé con Violet como le había dicho.

—Pues no sé, chica… Mira, yo esta gabardina la veo ideal para él—me indicó delante del escaparate de una prestigiosa tienda de moda masculina.

—Me da la risa…

—¿Qué dices de risa? ¿Por qué? Si es una prenda súper elegante para su trabajo…

—Es que a mí las gabardinas en los tíos me recuerdan siempre a los pervertidos esos que no llevan nada debajo y que se la abren en cualquier lado. En nosotras es otra cosa. Yo las utilizo hasta para el trabajo.

—Qué loquita. Liam no es ningún desesperado, ¿eh? Pero para nada. Más bien eres tú quien está desesperada ahora por echar un polvo con él. Y no por nada, sino por demostrarle quién manda en vuestra relación, la cual ha caído como un castillo de naipes. Deberías aceptar la invitación de Carter. A ti te mola, estoy segura.

—No digas sandeces. Carter no me mola.

—Porque significa abrirte al mundo, a relaciones y no estás dispuesta.

—Pues vale. Que sí, que el tío está que cruje, ¿y qué? Yo paso de líos y de tíos.

—Sí, sí, no sea que se te complique la vida y dejes de hacer un servicio. Igual te quedas en la calle entonces.

—¿Qué estás queriendo decir, Violet?

—Que estás demasiado obsesionada con la pasta, amor. Es así. Yo también me quiero asegurar una buena jubilación, esta profesión tiene una vida muy corta, pero lo tuyo no es

normal.

—Vamos a entrar y comprar la gabardina. Prefiero imaginarme a Liam como un pervertido que aguantar que me des la chapa sobre con quién me tengo que acostar o dejar de acostarme.

La pedimos para regalo. Se trataba de una pieza muy exclusiva y él, como bróker, lucía ese tipo de prendas con mucha elegancia. Al salir, almorcé con ella.

—Tenemos un servicio para dentro de un par de noches, así que anula cualquier otro de tu agenda porque pagan que te cagas.

—¿Algo rarito? Cuidado, ¿quién es el cliente? ¿Alguno de los tuyos?

—No, me ha llegado por referencias de uno de los míos, claro. Es un millonario saudí que viene de vez en cuando a su palacete y monta unas fiestas de la hostia.

—¿Y quiere que le acompañemos?

—No, quiere que hagamos un baile erótico con final de lo más *hot.*

—¿Y eso les gustará a sus mujeres?

—Va a ser que se trata de una fiesta de hombres nada más.

—Ya, eso lo explica todo. No sé qué decirte, sabes que bailar en el trabajo no es lo que más me mola. Lo hemos hecho alguna vez, pero no somos estripers.

—Nos quiere a nosotras, tiene las mejores referencias y ahora lo mejor y que terminará por convencerte; esa es la cifra que nos paga—me la enseñó en su móvil y era de aúpa.

—Joder…

—No, joder con nosotras no quieren ni él ni ninguno de sus selectos invitados.

—Ya, ya… Esa cifra por bailar y montar el numerito caliente contigo. Realmente es irresistible.

—Ya sabía que te convencería.

—Dile que sí a ese tío.

—Ya se lo he dicho—me aclaró.

—¿Lo has confirmado sin decirme nada? La madre que me parió, no me lo puedo creer.

—Ya sabía que no te resistirías.

—Qué tonta eres. Me dan ganas de decirte que no solo por listilla.

—Pero no lo harás porque ya has echado cuentas mentales y ganamos con ese servicio tanto por una hora como un futbolista de élite.

—Si no fuera por eso iba a calentar al personal quien yo te diga.
—No te rayes. Es un servicio súper fácil. Tranquila.

—Vale, vale, y ahora a comer.

—Oye, que me tienes que contar cómo va lo de Carter y los bombones, ¿o ya ha optado por otra estrategia de conquista?

—¿De conquista? ¿Se llama así a tratar de llevarte a una tía a la cama?

—Tú qué sabes lo que quiere exactamente. Le flipaste cuando te vio, Chanel.

—Le flipó la posibilidad de verme abierta de piernas.

—No siempre es así…

—No vengas a hablarme del dichoso cuento ese que ni le sale a nadie ni me interesa lo más mínimo.

—Algunas veces quisiera saber qué tienes en esa mollera aparte de serrín.

—Pues apúntate a la cola, nena.

Capítulo 15

Carter seguía insistiendo día a día. Y las risas en casa por parte de Liam eran cada vez mayores.

—Estoy estudiando lo de la tienda online de los bombones. No damos abasto a guardar cajas, ¿te importa si me llevo una al trabajo e invito a los compis?

—Como si quieres llevártelas todas… Ah, no, que en breve llega tu chica y querrás regalárselas. Por mí no hay problema, a ver si se los come todos y se pone como una foca—reí.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

—Dirás lo que quieras y, aun así, es un evidente síntoma de celos.

—¿Celos yo de tu brasileña? Debes estar borracho. Échame el aliento, venga.

—Me voy, que pases buena noche.

—¿Dónde vas? Si tú no sueles salir y menos desde que esa te ha abducido, que te vas a quedar pegado a la tecla.

—Voy a una fiestecita con amigos. Me lo dijeron y en principio no me apeteció. Sin embargo, me he animado a última hora.

—¿A qué fiestecita? Tú no te mueves de aquí—le solté en tono imperativo.

—¿Perdona? Oye, tú lo de los celos te lo estás tomando muy en serio, ¿no? ¿A qué viene esto?

—Que no es por celos tarado, ¿no me digas que tu amigo es un millonario saudí?

—¿Tú me has visto cara de salir en la revista Forbes como empresario del año? Mi amigo es Daniel, ¿te acuerdas de él?

—Ah, vale—respiré aliviada—. Entonces puedes ir.

—Gracias por el permiso, ¿y a qué ha venido eso?

—Es que yo bailo esta noche con Violet en una fiesta. Y pensé que era la misma.

—¿Bailar para tíos? Si eso no te gusta.

—Ya, es que no sabes lo que paga.

—Y eso te gusta más. Supongo cómo acabará el bailecito.

—Echando humo, claro. Por lo que paga…

—Si tú, que sueles cobrar burradas, lo dices así, al saber cuánto será.

—No quieras saberlo o desearás cambiar de profesión.

—Estaría monísimo bailando para esos tíos. No me jodas. Dame un abrazo y ten…

—Mucho cuidado, ya.

—Sí, por favor. Cuídate, que no sabes lo que vales.

—Si en el fondo me quieres tela, ¿para qué meter a otra en tu vida? Piénsalo, tonto—le guiñé el ojo y se marchó negando.

Comencé a arreglarme. Una ocasión así merecía un arreglo de lo más especial.

Me había puesto de acuerdo con Violet en la ropa. Las dos coincidimos en la necesidad de ir de rojo pasión. Ella optó por un vestido estrecho y corto sin mangas, de escote corazón, mientras que yo me decanté por otro también corto, asimétrico y con unos flecos de lo más llamativos en el bajo de la falda.

Altos zapatos de tacón, ropa interior también en rojo pasión, maquillaje de fiesta y un semirecogido informal en el pelo para, a la hora de desnudarnos, tirar de él y sacudir nuestras melenas, creando un efecto muy seductor que solía poner mucho a los hombres.

Llegamos a la casa y nos recibió una chica de servicio que cogió nuestros abrigos. A continuación, el secretario del dueño salió a saludarnos y a recordarnos tanto lo que cobraríamos como las condiciones del trabajo.

Nos solía ocurrir a veces, sobre todo en ocasiones como esas en las que no se trataba de un servicio para una persona en concreto, sino algo especial para un grupo.

—Está bien, pero el cobro por adelantado. En cuanto tengamos el dinero en nuestras respectivas cuentas corrientes, comienza el show—le pedí y mi amiga me miró.

—Está bien—asintió el tipo y, sobre la marcha, hizo un par de transferencias que vimos reflejadas de momento en nuestras respectivas Apps bancarias.

A renglón seguido, nos dejó a solas para que nos preparásemos. Repasamos un poco lo que íbamos a hacer y nos dispusimos a salir a lo que debía ser un salón palaciego. Ya en su puerta, divisé a un grupo de invitados y frené en seco.

—¡¡Me cago en todo!! —exclamé en ese instante.

—¿Qué te pasa, cariño? No jodas que se te ha roto una uña con esa preciosa manicura que me traes…

—Que no, que no es eso…

—Ah, menos mal, porque además es que podrías arañarme, que tengo la piel muy fina.

—Te voy a arañar si no te callas… Yo me largo de aquí.

—¿Qué dices? No nos podemos ir—me empujó para que siguiera andando.

—¡¡Que me largo te he dicho!!

—¿Qué bicho te ha picado? ¡¡Eso es imposible!!

—Nada es imposible, ven…

Tiré de su mano y me la llevé corriendo. No era fácil hacerlo con esos altos tacones, si bien lo hice y terminamos refugiadas en un cuarto de baño en el que nos permitieron retocarnos y que tenía una ventana de salida al exterior.

—¿Qué hacemos aquí? Yo no voy a irme, eso es incumplimiento de contrato.

—Aquí no hay firmado ningún contrato.

—No me vengas con esas. Es verbal, tiene la misma validez. Y encima ya hemos cobrado por adelantado.

—Claro, no los conocemos y no quería arriesgarme a que no nos pagaran.

—Eso, y ahora que lo hacen, nos largamos nosotras, muy bonito.

—No puedo salir a ese salón, lo siento mucho.

—Pues sal solo un momento y di que estás indispuesta.

—No me da la gana de salir.

—¿Tú has bebido? Échame el aliento.

—A mí no me trates como yo trato a Liam, te lo advierto.

—Ya, porque tú eres muy madura. Lo estás demostrando en este momento. ¿Es que te ha entrado el pánico escénico? Vale que bailar delante de tíos no es lo que más te mole, pero esto es demasiado. Si no lo veo, no lo creo.

—No es por bailar, joder…

—¿Y entonces por qué es?

—¡¡Porque Carter está entre los invitados!! Lo he visto con mis propios ojos, con estos dos…

—Ya, con el tercero se suele ver menos. Al menos en ciertas situaciones, porque en otras… También es mala suerte. De todos modos, ¿qué más te da? Si tú no quieres nada con él. Venga, sal—me empujó.

—¡Que no! Pol nos presentó como emprendedoras y no voy a defraudarle ante un amigo suyo.

—Buena estrategia, como todas las tuyas. Utilízala con otra, eso sí. Yo no te creo. No es por Pol, es por Carter.

—Piensa lo que te dé la gana, yo de aquí me voy. Y a ti no te dejaré sola.

—O sea, que me voy o me voy también… Te prometo que esto solo lo hago por ti, te lo prometo.

—Ya lo sé—le di un abrazo—. Y muchas gracias.

Nos sentíamos como dos fugitivas. Ambas nos ayudamos a salir por la gran ventana y, quitándonos los zapatos de tacón, corrimos hasta el coche de Violet.

—No sé cómo te hago caso. Mañana hablaré con ese tipo y le devolveremos hasta el último dólar, ¿me has escuchado?

—Sí, te he escuchado. Venga, arranca…

Lo hizo y no sé de dónde salió alguien de servicio. Lo vi entre las sombras y me asusté.

—¡¡Da marcha atrás, que lo atropellas!! —le chillé y lo hizo sin pensar. El estruendo fue de impresión cuando la parte trasera de su coche impactó contra el morro de un Ferrari impecable que se quedó temblando.

—Ups…

—¡¡Joder!! —chillé.

—Nos lo hemos cargado, ese va para el desguace—Violet se echó las manos a la cabeza.

—Mierda, mierda, ¡¡ten cuidado!!

Se había puesto tan nerviosa que, al tratar de arrancar, la dirección se le fue e impactó lateralmente contra un Bugatti que también parecía nuevo del paquete.

—¡¡Ahora sí que estamos jodidas!! —chilló.

—Céntrate, que te vas a llevar por delante todo el parque móvil, Violet.

—Y será mi culpa. Todo esto lo has orquestado tú.

—Sí, pero porque no sabía que estás borracha…

—Menos coñas. Te llevo en coche desde que te conocí, que quisiera saber por qué no puedes conducir, y ahora me vienes con estas.

—No es lugar para riñas, arranca, que salen de la casa.

Arrancó no sin antes darle un topetazo a algunos de aquellos carísimos autos más y, para colmo, al tratar de salir nos encontramos con la imponente verja cerrada.

—Pisa fuerte el acelerador, ¡¡que nos están persiguiendo!! —le chillé.

—No me pongas más nerviosa. Yo no puedo darle a la verja, no puedo…

—¡¡Claro que puedes!!

Tomé el volante desde mi asiento y le pedí que no parase. Fue un trabajo en equipo que acabó con el morro de su coche destrozado y con la lujosísima verja de la casa del millonario saudí volando por los aires, apliques de oro incluidos.

Menos mal que su coche, pese a todos, nos terminó sacando de allí.

—Te pagaré el arreglo, no te preocupes—le dije cuando nos dejó tiradas a unos kilómetros de allí y esperábamos a la grúa.

—No, harás algo mejor. Total, este ya lo iba a jubilar.

—¿Y qué quieres que haga entonces?

—¿Recuerdas que le dije a Carter que quería comprar uno de su marca?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues vendrás a verle conmigo. Me comentó que me pasara, pero sé que saldré mejor parada

si vamos juntas.

—Eres una jodida chantajista. Está bien, iré.

—Eso lo puedes jurar… Iremos la semana que viene sin falta.

—Ok, ok. Tarda la grúa, ¿no?

—La acabamos de llamar, impaciente, que eres una impaciente.

—Por cierto, te invito a una fiesta este finde.

—Para fiestas estoy yo.

—Que sí, que es el cumple de Liam y no quiero verme sola.

—¿Sola en una fiesta? Venga ya.

—Tú me entiendes. Estarán todos sus amigos, pero yo solo os tengo a él y a ti. Y él va a estar ocupado con su chica.

—Ya, bueno… Iré, vale. No sé cómo me convences siempre de todo.

—¿Qué dices? Si me cuesta la misma vida…

—¿Me lo estás diciendo de verdad? He destrozado medio parque móvil, me he cargado mi coche, hemos dejado tirados a un ricachón que venía de parte de uno de mis mejores clientes, ¿y todavía lo pones en duda?

—Dicho así, puede que seas mi mejor amiga—la abracé.

—Y dicho de otra manera también, manda narices…

Esperamos a la grúa, que nos terminó llevando a casa. No es que terminásemos la noche de un modo muy glamuroso, otras habían sido mejores.

Me di una ducha mientras esperaba a Liam. Estaba acostumbrada a trasnochar y no me costaba hacerlo. Además, que al día siguiente no tenía ningún servicio hasta la noche, cuando debía acompañar a un diplomático a una recepción. Sí, hasta los diplomáticos requerían nuestros servicios, qué cosas. En ese caso, no habría sexo de por medio. El tipo tan solo quería llevar una cara bonita a su lado con un buen cuerpo enfundado en un elegante vestido.

Liam llegó y le conté. Se quedó a cuadros, mudo.

—¿Y ahora qué? En menudo lío te has metido y también a Violet.

—Venga ya… Esos tipos deben tener aseguradas hasta las bolsas de ropa que metan en sus carísimos coches, ¿qué les supone un pequeño arreglo?

—¿Pequeño? Por lo que cuentas van a declarar siniestro total a más de uno.

—Siniestro te pones tú cuando me recriminas las cosas, ¿no dices siempre que no me lo puedo tomar todo a la tremenda?

—Depende, Chanel. Esta vez la habéis liado parda.

—Un poco, aunque el dinero del servicio lo vamos a devolver.

—Lógico… De verdad que estás muy rara. Si no quieres nada con Carter Lennox, ¿por qué has hecho eso?

—No me jodas tú también, Liam. O sí, jódeme, vamos a la cama—tiré de su mano.

—Ya te he dicho que no. Ángela está al llegar y no pienso fallarle.

—Entonces me fallarás a mí, ¿no es mejor que me folles?

—No me vas a convencer porque eres muy lista, cautivadora e inteligente y, pese a ello, ese es un argumento de pacotilla. Buenas noches, espero que descanses. ¿Estás bien?

—Me duele un poco el cuello, poca cosa.

—¿Quieres que te lleve a la clínica?

—No, ya te digo que es muy poca cosa. Duerme y que sueñes con tu Angelita—me burlé.

Capítulo 16



Al día siguiente llamaron a mi puerta a primera hora. Me desperecé y fui a abrir.

—Me presento. Soy John Bush y vengo en representación de mi cliente, un jeque saudí al que usted conoce. Su nombre es…

—No hace falta que me diga su nombre, que me lo sé muy bien. Dígale a su cliente que le devolveremos hasta el último dólar que nos pagó su secretario, tanto mi amiga como yo.

—A su amiga voy a verla ahora, y eso denlo por sentado. No obstante, se enfrentan a una demanda millonaria, ambas—recalcó.

—¿Qué dice de una demanda millonaria? A usted le falta un tornillo y a su cliente otro. En esta zona, que es muy elitista también como ve, no hay ferreterías, pero seguro que…

—Déjese de bromas, Chanel.

—John, pongamos las cosas en su sitio… Nosotras no hemos hecho nada mal. Nos sentimos amedrentadas en esa casa—me inventé—, y tratamos de huir. Solo somos dos mujeres indefensas, cualquier juez se pondrá de nuestra parte.

—¿Amedrentadas? Según me han comentado saben negociar como si fueran dos mafiosas y cuentan entre su clientela con lo más selecto de Nueva York, prestando todo tipo de servicios. Saben muy bien lo que se hacen.

—Ok, somos algo más que simples aficionadas y, aun así, nos sentimos cohibidas.

—Se está excusando por el motivo que sea. Conozco muy bien a mi cliente y puede que tenga ciertos gustos extravagantes, lo cual no incluye en absoluto amedrentar a mujeres. Ni tampoco sus invitados. Yo mismo estaba entre ellos y observé que sembraron el caos en el parque móvil.

—Ah, eso… Puede que diéramos algún golpecito al salir. De todos modos, el peor parado fue

el coche de mi amiga. Mejor lo dejamos en tablas, porque si nos ponemos con las denuncias cruzadas…

—¿Denuncias cruzadas? Aquí lo único que se ha cruzado ha sido un cable suyo en esa cabeza loca que tiene.

—Oiga, sin ofender.

—Es usted quien me ofende tratando de convencerme con sus argucias. Ya la llamarán del juzgado.

—¿Por lo de los coches?

—Por lo de los coches y por todo, ¿la verja no le suena? —me preguntó con ironía—. Debe sonarle, porque el estruendo se escuchó en todo Manhattan cuando cayó al suelo.

—Es cierto, que nos despistamos al salir.

—No he visto menos vergüenza en mi vida. Se les caerá el pelo a las dos.

—No deja de ser una verja, tampoco valdrá tanto…

—Fabricada a mano y con una cantidad de apliques de oro que suman más que todo el que tienen algunos países…

—¡¡Toma exageración!!

—Si usted dice pamplinas, yo también... Lo que le aseguro es que se trata de una verdadera obra de artesanía que vale una millonada. Y que esto no se quedará aquí. Se van a enfrentar a un marrón que no se lo creerán ni ustedes. Mi cliente no tiene buen talante para la gente sin palabra y mucho menos para quien se burla de él y de sus invitados, destrozándolo todo a su paso, ya para rematar.

—Entiendo que esté molesto. Le ofrezco ir a hablar con él si eso le tranquiliza.

—A partir de este momento, solo hablaremos con su abogado.

—Dígale de mi parte a su cliente que hay que empatizar, hombre, que no hay derecho.

—Mire, vamos a dejarlo porque mi paciencia tiene un límite y no quiero rebasarlo. Que tenga suerte porque la va a necesitar.

Se marchó con viento fresco y llamé de inmediato a Violet.

—Guapi, buenos días…

—¿Qué pasa? Si es muy temprano, ¿ya ha salido el sol?

—Qué poquito te gusta madrugar.

—Y con el dolor de cuello menos. ¿No ha sido una pesadilla? Ay, Dios, no, lo hicimos de verdad.

—La verdadera pesadilla va de camino a tu casa y viste de abogado. Ni le abras la puerta, que te va a poner muy mal cuerpo.

—¿Mal cuerpo? Lo que me faltaba…

—Es un decir, mujer. Que el tipo va de farol y se cree que nos desplumará.

—¿Desplumarnos? Si yo me lo temía.

—Tranquila, que ya estoy yo para solucionártelo todo.

—Sí, tú y tus magníficas soluciones. Será mejor que me encargue yo.

—No, va en serio. Te debo una…

—Me debes dos. La semana que viene me acompañarás a ver a Carter.

—Eso también, vale. Ya están tocando a la puerta y como no creo que sea el abogado quien me envíe bombones, serán los diarios de Carter, que parece que le has invocado en vez de nombrarle. Luego me paso a verte, cuando salga del abogado, y te llevo una caja.

—No, no. Te acompaño, no me fío de la que puedas liar.

—¿En serio? ¿Cuándo te he metido en un lío?

—¿De verdad me lo preguntas? Flipo, te prometo que flipo.

La recogí al rato en taxi. Antes de subir al despacho de mi abogado, que era uno de esos multidisciplinar donde llevan todo tipo de casos, me tomé algo con ella.

—Enajenación mental transitoria por tu parte, eso es lo que podemos alegar—le comenté.

—Tú sigue liándolo más. Haremos lo que nos diga tu abogado, ¿es bueno?

—Sí, tiene mucha experiencia. Es un hombre mayor y encantador. Siempre me ha llevado muy bien todos los temas.

—Lo va a flipar cuando le contemos. Me da una vergüenza…

—No, no, que con la pasta que nos va a cobrar quien se debería avergonzar es él.

—¿Y me lo cuentas tú con la que cobramos nosotras por cada servicio?

—Eso es distinto, cariño.

—Claro que es distinto, ya que cada uno va a lo suyo menos yo que voy a lo mío, ¿no?

—Venga, subamos. Que ya verás cómo nos dice que llegaremos a un acuerdo rapidito. El tío es un crac. Se llama Oliver, te caerá bien. Es como un padre, pero como un padre en condiciones.

—Nunca me hablas de los tuyos, ¿no lo son? ¿No te gustan tus padres?

—Paso palabra, Violet. Vamos a solucionar esto cuanto antes.

Capítulo 17



Entramos en el bufete, uno de los más prestigiosos de Nueva York, y Clara, la recepcionista nos atendió. Yo la conocía de otras ocasiones.

—Hola, vengo a hablar con Oliver, es urgente, por favor.

—¿No lo sabe? Oliver sufrió un infarto la semana pasada. No se encuentra en el despacho.

—Lo siento mucho, no tenía ni idea.

—Comprendo, ¿le está llevando algún caso?

—Ahora mismo no. Quería encargarle uno, eso sí.

—Pues no va a poder ser y ni siquiera es previsible que vuelva a trabajar a su edad. Oliver se ha ganado una jubilación de oro sin más sobresaltos.

—Estoy totalmente de acuerdo. ¿Y qué puedo hacer ahora?

—Sus casos los ha cogido un abogado joven, un verdadero lince con mucho olfato. Si ha entrado aquí es porque se ha labrado una reputación impresionante. No le defraudará, cuéntele.

—¿Y podría atenderme ahora?

—Ahora mismo es imposible, está a tope.

—Por favor, es que se trata de algo muy urgente. Oliver siempre llevó mis casos y…

—Está bien. Si se lo cuentan con cierta rapidez, podría darles cita para dentro de un par de días.

—¿De un par de días? Imposible. Habría de ser de un par de horas.

—Ahora soy yo quien les repite que imposible. Ojalá pudiera meterlas en agenda, pero no tengo ningún hueco.

—Pero es que estamos en un verdadero aprieto—le dije con determinación.

—¿No decías que era pan comido? —me preguntó Violet por lo bajini.

Escuchamos pasos que venían hacia nosotras mientras ella nos seguía hablando.

—Deme su nombre, por favor y veré lo que puedo hacer.

—¿Pasa algo Clara? —le preguntaron en ese momento.

—Pues justo que estas señoritas querían cita con usted, Nick…

Entre la voz que escuché y el nombre, no tuve ni que volverme; el abogado para el que estábamos cogiendo cita era mi hermano.

Me volví lentamente. Hacía mucho que no le veía y me temblaron hasta las pestañas. No es fácil enfrentarte de golpe a un pasado que dejaste atrás. En Nueva York viven más de 20 millones de personas y no me había vuelto a cruzar con ninguno de los míos.

—Chanel—murmuró emocionado al verme.

—Nick, Nick—repetí mientras vi que los ojos se le aguaron.

Se adelantó y me abrazó.

—No sabía que se conocieran, Nick, de otro modo…

—Es mi hermana—le anunció él.

—¿Su hermana? Lo siento mucho.

—No hay problema, no lo hay. ¿Podrías acompañarme a mi despacho? —me pidió.

—Yo os espero aquí—se ofreció Violet, quien también estaba muy sorprendida. Nunca le hablaba de mi familia y, al nombrarlos, nuevamente pareció tratarse de una invocación.

Entré con Nick en su despacho, el mismo que ocupaba Oliver.

—Siento que no esté reformado del todo, estoy en ello—me dijo porque no sabía cómo romper el hielo.

—Nick, no tenía ni idea…

—Yo tampoco Chanel, he salido de casualidad. Mírate, estás espléndida… Nunca devolviste mis llamadas, no lo entendí.

—Quise romper con todo y lo sabes.

—¿Y eso me incluía a mí? Hubiera querido seguir en tu vida. Te he echado mucho de menos.

—Y me seguirás echando, porque tras este encuentro fugaz, me volveré a marchar de la tuya.

—No hagas eso, Chanel. Lo que haya entre nuestros padres y tú no debería afectarnos.

—Quise romper el cordón umbilical del todo y no deseo injerencias en mi vida. Lamentablemente, eso te incluye.

—Sé que no son unos padres perfectos, que contigo lo hicieron rematadamente mal.

—No tienes ni idea, ni idea de por todo lo que tuve que pasar—le dije dando un golpe encima de la mesa.

—Lo entiendo. Tranquilízate, por favor.

—Tú no entiendes una mierda, Nick. Siempre les obedeciste y todo estuvo bien. El problema lo tuve yo. Mi rebeldía no encajaba en esa puta casa.

—Lo sé y lo lamento, Chanel. Está bien, está bien. Cuéntame al menos, ¿cómo te va?

—Me va de perlas, ¿acaso no se nota?

—Sí que se nota, sí… Creí que te había tragado la tierra, no tienes redes sociales, nada…

—No las necesito. Y te repito que me va muy bien.

—¿Montaste alguna empresa de lo tuyo? —me preguntó refiriéndose al Márquetin.

—Eso es. Monté una empresa de lo mío—le contesté con retintín.

—He buscado en listados mercantiles, preguntado a mucha gente y nada… Nadie supo darme noticias de ti.

—Igual terminé siendo transparente, como ocurrió siempre a los ojos de nuestros padres.

—Detecto mucho odio en tu interior, mucho…

—No sabes cuánto, no tienes ni puta idea.

—Chanel, no desaparezcas de mi vida, por favor. Si no quieres saber nada más de ellos, te prometo que guardaré silencio. Nunca se enterarán de que nos vemos.

—Es que no nos vamos a ver… Quiero que este encuentro quede entre tú y yo para siempre. No ha ocurrido. Lo has soñado.

—No es un sueño y lo sabes.

—Ellos convirtieron mi vida en una pesadilla, así que esto puede quedar como un sueño.

—Me encantaría ayudarte.

—No necesito ayuda, si algo he aprendido en este tiempo es a cuidarme sola.

—Ya me lo imagino. No obstante, me encantaría que, al menos, me dejes tu teléfono.

—No lo necesitas para nada.

—Ok, me queda clara tu postura. ¿Puedo ayudarte entonces como abogado?

—No, no puedes… Y sí, sé que estarás pensando que tenéis mis datos en mi ficha de cliente. Destrúyela, por favor. Y olvídate de mí, Nick.

—No voy a olvidarme, Chanel. Quiero que sepas que estaré aquí para cualquier cosa que necesites en el momento que quieras.

—Gracias.

—No me las des, soy tu hermano.

—Lo siento, Nick. Yo no tengo familia, así que no puedes ser mi hermano.

Noté cómo tragó saliva y se quedó con ganas de decirme más. No estaba dispuesta a escucharle porque el encuentro ya me había dolido lo suficiente y solo quería largarme de allí a toda velocidad.

Pese a la insistencia de Violet no le conté nada. Quedamos en que buscaríamos otro abogado y así lo haríamos.

Capítulo 18

Al final de semana seguíamos en un lío inmenso. Esa noche tenía un servicio con George, otro de mis clientes habituales.

Lo primero que tenía que hacer era acompañarle a una fiesta. George era un tipo muy adinerado y también muy especial. En su caso, le había acompañado decenas de veces a fiestas y nunca se atrevía a pactar conmigo sexo posterior. Hasta que un día dio el paso y, a partir de ahí, no se lo perdía.

Se trataba de un hombre con mucha sensibilidad. Le gustaba la música clásica, era cultísimo y, ya en nuestra primera cita íntima, supe lo que le iba de verdad.

Yo había estudiado francés en mi adolescencia y dominar ese idioma fue algo que terminé haciendo por gusto. A menudo, veía películas en versión original y tenía conocidos franceses con los que hablar en su idioma nativo, Pol entre ellos, por supuesto.

La primera noche que pasé junto a George comprendí que a él, lo que le excitaba de verdad, era que le hablara en francés, más aún que se lo practicara, porque en el sexo era de lo más clásico.

Resultó que me escuchó hablar en una fiesta a la que acudí junto a él en ese idioma y noté que se excitó de golpe. Y esa misma noche me propuso que me fuera a la cama con él. Fue la primera de muchas.

Llegamos a su casa, cuya decoración clásica me impactaba siempre. George tenía 44 años y, pese a ello, parecía que su existencia estaba anclada en el pasado. Era uno de mis clientes más originales, pese a que tenía una colección en la que más de uno se tendría que hacer mirar lo suyo.

Puso la música clásica mientras que me fui desnudando. En la intimidad con George su iniciativa era cero. Yo tenía que tomar el mando y no me costaba hacerlo.

Lo normal era que me desnudase alrededor de él, quien permanecía inmóvil, de pie y con sus

ojos clavados en mí. En esos momentos, comenzaba a murmurar frases cortas en su oído que le iban excitando. Era tan sencillo…

—*"Je te veux"* —le decía por ejemplo, es decir, te deseo.

No necesitaba mucho más. Con él estaba chupado, como se suele decir. Sus gustos eran de lo menos sofisticados una vez que su mucha excitación le llevaba a tumbarme sobre la cama.

A partir de ahí, poco más que la postura del misionero. Yo trataba de incluir algo más de chispa y esa noche, por primera vez, me permitió practicarle una felación.

Lo hice por él, porque George me trataba muy bien y porque intuía que, si no me pedía nada más, era porque su timidez se lo impedía.

Le noté temblar cuando me introduje su miembro en la boca. Incluso, dados sus evidentes nervios que se notaban mucho, se me vino abajo por unos momentos.

—Creo que no va a poder ser, pero muchas gracias.

—¿Tienes prisa, George?

—No, Chanel, ninguna.

—Pues entonces, me vas a permitir que cree el clima necesario.

—No quiero darte más trabajo. Soy un hombre de gustos muy sencillos, lo sabes.

—Me he encontrado con mucho hijo de puta en mi vida que me dio mucho trabajo. No me cuesta tratar de que te lo pases bien.

—¿Y sigues tratando con ese tipo de hombres?

—No, hace tiempo que puedo elegir. Me quedé con mis mejores clientes, los que merecen la pena y me resultan atractivos, además.

—¿Te resulto atractivo? —noté que se sonrojó.

—Claro que sí.

Se me vino a la cabeza Carter en ese momento. Ese hombre estaba metido en mi día a día porque no había ninguno en que dejase de sonar mi puerta para entregarme una caja de esos selectos bombones, muchos de los cuales terminaba regalando por no poder comérmelos todos.

Si me pasó eso fue porque los ojos de George también eran negros, si bien los de Carter eran mucho más vivos. Traté de apartar esos pensamientos que no me hacían bien y me centré en darle placer a mi cliente.

Me gustan las cosas bien hechas en todos los ámbitos de la vida y en mi trabajo también. Por ese motivo me acuclillé y, para no imponerle más, entrecerré los ojos mientras que George comenzó a gemir a la vista del aterciopelado tacto de mi boca.

Nunca le había visto disfrutar tanto. Ya digo que era un hombre al que le costaba dar pasos, al que había que empujar…

A raíz de ahí, cuando ya le tuve a punto de caramelo, le invité a tumbarse y ser yo quien le cabalgase. Al principio, la idea le chirrió en la cabeza, si bien un rato más tarde era él quien me estaba pidiendo que le cabalgase fuerte y hasta me silbaba.

Nunca había experimentado una transformación similar de un cliente en la cama y me sentí más que satisfecha. George, además, quiso premiar mi entrega y lo hizo pagándome una cantidad muy superior a la pactada.

Se ofreció a llevarme a casa en coche, como hacía siempre. Nunca había aceptado su ofrecimiento porque se trataba de un ser tan noble que consideraba que, de darle un poco de bola, se podría enamorar de mí. Y solo me hubiera faltado.

—No, George, te lo agradezco mucho, pero me marcho en taxi como es habitual.

—El agradecimiento es mío—besó mi mano y ese gesto también me recordó al de Carter en el salón de Pol.

—¿Te veo en un par de semanas?

—Bueno, en un par de semanas tengo prevista la cena que te comenté y necesito que me acompañes. Sin embargo, ¿crees que podrías tener hueco para venir aquí antes? Me refiero a para, para…

—Para mantener sexo. Claro, te haré hueco.

Se había embalado. Puedes vivir de una determinada manera y un día llegas y, de sopetón, todo te cambia.

Eso mismo le había pasado a Liam, a quien me encontré chateando con Ángela al llegar.

—Te tiene espantado el sueño, yo no es por nada—le di un beso en la mejilla.

—¿Y eso?

—Solo ha sido un beso fraternal, solo eso.

—De los que no sueles gastar, ¿todo bien con George?

—Todo bien. Y no te cuento lo que le he hecho porque entonces te lavarás la mejilla con lejía.

—No puedo contigo, Chanel.

—Como diría Shakira "se te quedó grande La Bichota" —le hice el bailecito sugerente.

—Ya, es que tú igual que ella, haces dinero como deporte—me cantó mientras se levantaba a bailar conmigo.

—Qué contento estás, ¿no? Se nota que te quedan dos días para que tu angelita revoloteé alrededor de tu cabeza. Y no te digo de cuál.

—No seas mala y no la llames así, te lo pido por favor.

—Si nosotros ya no nos hacemos favores…

—Qué tontita estás, ¿tú sabes que te quiero?

—Yo también te he cogido cariño con los años.

—Lo dices como si fuera un cachorrito…

—No, a un cachorrito le tendrías más.

—De verdad que eres única.

—Y me has perdido por tonto.

—Yo nunca te perderé porque siempre me llevarás en tu corazón.

—¿En mi corazón¿ ¿Y eso qué se supone que es? Si yo no tengo de eso.

—Ya lo sé, es que me las busco solo.

Capítulo 19



A la vista de los acontecimientos, fue Violet quien se encargó de buscar un abogado que nos representara a ambas.

Me había quedado un poco tocada tras encontrarme con mi hermano Nick y de una forma tan inesperada. Prefería no pensarlo y olvidarme de un encuentro que no me produjo tanto dolor como sorpresa, porque llevaba una coraza puesta y de las gordas.

Mi vida se había descontrolado un poco tras la aparición de Carter, la escena de la huida en la casa del jeque saudí y, para colmo, con ese encuentro.

El fin de semana no pintaba mejor. El cumpleaños de Liam, que solía celebrar con una bonita fiesta para todos sus amigos, solía ser un motivo de alegría para mí que, sin embargo, en aquella ocasión no me hacía ni pizca de gracia.

Caía en sábado y ese día me levanté tirándole de las orejas.

—*"Happy birthday to you…"*—le cantaba mientras le tiraba de ellas.

—Estate quieta, que me las vas a agrandar y no es plan.

—Las orejas no se agrandan, tranquilo. Ninguna parte del cuerpo lo hace para disgusto de muchos. Yo te podría contar mogollón de cosas sobre eso…

—Ya lo sé, lo que sucede es que no tengo tiempo. Me voy ya para el aeropuerto.

—Pues nada. Coge a tu amigo Cupido y te lo llevas de copiloto. Y ve por la sombrita, bombón.

—Deséame suerte.

—Eso va en contra de mis intereses, no pienso hacerlo.

—En el fondo, sé que te alegrarás por mí.

—Paso… Vete ya. ¿Sigue en pie lo de que esa chica se quede aquí? —le pregunté arqueando una ceja.

—Claro que sigue en pie.

—¿Y si no te gusta?

—Claro que me gustará.

—Eso no puedes saberlo. La química de una persona proviene de muchas más cosas; de cómo se mueve, de cómo se atusa el pelo, de cómo huele…

—Olerá genial. Ella cuida mucho su imagen. Te recuerdo que es azafata no perrofllauta.

—¿Y si le huele el aliento? Eso no se puede controlar.

—¿Y si dejas de decir chorradas? Porque eso sí que puedes controlarlo. Tú, me refiero.

—Vale, vale, que no quiero disgustarte en el día de tu cumpleaños.

—Ok. Mira, llaman al timbre, ¿te imaginas quién será?

—¿Más chocolate? Al final me plantearé lo de la tienda online.

—No sé cómo no lo has hecho ya, con la rentabilidad que le sacas a todo. Chao.

Se marchó y, al cerrar la puerta, sentí que una etapa quedaba atrás para mí. Había compartido muchas cosas con Liam durante años, siempre nos llevamos fenomenal y, al no ser pareja, ni siquiera discutimos.

Me alegraba por él, no se lo reconocía, lo cual no significaba que no me alegrase. Necesitaba más, no era como yo. Nuestra relación como amigos con derecho a roce y compañeros de piso se le había quedado muy corta.

Recogí la caja de bombones y sonreí. Carter era insistente y el polvo que deseaba echar le iba a costar caro. Ya he dicho más de una vez que no me gustan los indecisos por lo que verle así de decidido sí que me molaba.

Cogí la caja de bombones y la apilé con las demás. Después, me decidí a salir a hacerme mi rutina de belleza de algunos fines de semana; peluquería, uñas…

Ese día iba a conocer a Ángela, quien seguro que venía divina, y yo quería estarlo igualmente. Tenía mucho orgullo y no concebía que nadie me superase en nada.

Pensándolo fríamente, yo podría haber tenido algo con Liam de no haberse puesto un escudo de varios centímetros de espesor. Él se hubiera llegado a enamorar de mí, pero esa idea la rechazaba por completo porque el amor no entraba en mis planes. Y, si por esa razón tenía que perderle del todo, le perdería.

No. "Del todo" no sería correcto. Yo sabía qué quería decir. Como amigo nunca le perdería. Él siempre estaría para mí, solo que ya de otra manera.

Liam me había enseñado algo que no quería reconocer; que hay hombres que no fallan. Me había vuelto tan desconfiada… Pero él nunca me soltó de la mano y estuvo para cada uno de mis problemas.

Me tocaba apoyarle y no poner trabas a su relación, porque me daba en la nariz que esos dos se harían novios en cuanto se vieran. Si le apreciaba de verdad debía desearle lo mejor… Y lo mejor para Liam era volar con su compañera y formar su propio nido.

Me costaría hacerlo y, sin embargo, debía asumir que todo tiene un precio. El tipo de vida que escogí marcaba uno muy alto y, pese a ello, decidí seguir adelante. Lo pensaba camino del centro de belleza donde me darían mimos a tutiplén.

Capítulo 20



Tocaba hacer de tripas corazón cuando Ángela entró por la puerta. Ni que decir tiene que aquella brasileña, al ser azafata, hablaba inglés a la perfección. Y seguro que debía hablar francés también como yo. Y, para rizar el rizo, se lo practicaría a Liam.

Cuando la química salta a borbotones no hay manera de controlarla. Y a él se la vi saliendo de los ojos. Encontrarse cara a cara con ella no hizo sino confirmarme eso que ya sabía de antemano; se había enamorado.

No era de extrañar. Aquella chica de piel morena, que sin llegar a ser mulata lucía un color espectacular, contaba también con una melena rizada tipo leona que era una verdadera maravilla, en tono castaño y con unos grandes y profundos ojos azules que le hacían un contraste francamente digno de alabanza.

—Ella es Ángela, Chanel—me la presentó.

—Tanto gusto, Ángela.

—El gusto es mío. Liam me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien, aunque siendo hombre, no sé yo—arrugué la nariz.

—Por supuesto que bien. Liam te adora, ¿sabes? Creo que no puede tener una amiga mejor—me dio un abrazo directamente.

Me sentó como un tiro de mierda y eso que me estaba intentando halagar. Una cosa era que entendiese que Liam tenía que hacer su vida y otra que su novia me abrazara. Eso como que me indignó un poco.

Él me miró y solo le faltó suplicarme con la mirada que mantuviese la compostura. No pensaba perderla y eso que la tal Ángela se había cubierto de gloria nada más llegar, ¿acaso creía que era mi amiga o algo? En fin, que hay gente para todo, eso es así.

Ella venía con su uniforme de azafata y había que reconocer que le hacía un cuerpazo que valía más que una de esas cajas de bombones que me enviaba Carter cada día, sin relajarse para nada y sin tirar tampoco la toalla.

Todo ese entramado era la prueba viviente de que la vida seguía para los demás, en lo sentimental, excepto para mí, que no me lo permitía.

Ángela fue a tirar de su maleta en dirección al dormitorio, a una indicación de Liam, y él no lo consintió. Con rapidez, le dio el relevo en un gesto de lo más caballeroso.

Al rato salieron decididos a invitarme a almorzar, lo cual les honraba, pero ni en broma pensaba estar en medio de esos gestitos de cariño que se profesaban y que me revolvían el estómago.

—No, no, gracias. Si yo he quedado para almorzar con Violet—me inventé porque no nos veríamos hasta la tarde, cuando acudiese a la fiesta de cumple que, para más inri, se celebraría en casa.

—¿De verdad? —lo dudó un poco Liam.

—Que sí, que sí, ¡¡largo!!

No quise quedar en evidencia, por lo que la llamé y la cité. Total, estaba divina con mi rutina de belleza y no era plan de quedarme en casa.

—Es que si salgo luego me viene fatal salir también ahora—me comentó tras mi invitación.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso eres una monja o algo? Mira que, entre las pocas cosas que no nos han pedido, está esa.

—Lo que hubiera faltado. Por ahí sí que no paso; nos han pedido aparecer de polis, de bomberas, de enfermeras sexis y no sé de cuántas chorradas más, pero por ponerme el hábito no paso ni muerta.

—Venga, tira ya para la calle.

Me puse monísima y le di el encuentro. Seguía sin coche, obviamente, y me lo recordó en cuanto me vio.

—La semana que viene sin falta vamos a ver a Carter, que no se te olvide.

—Que no se me olvida, aunque tampoco te hagas ilusiones, que no creo que te lo regale.

—A mí no, si fuera a ti, ya cambiaría la cosa.

—Tampoco me regalaría un coche de lujo. Vamos, digo yo…

—No qué va… Si con los bombones que te lleva enviados ya habría pagado la mitad de uno.

—Es verdad. Luego te llevas una caja, que las tengo apiladas.

—No, que me trajiste una el otro día y no quiero engordar.

—Pues un par de kilitos más no te creas que te vendrían mal. Te has quedado un poco chupada últimamente.

—Lo de quedarme chupada, ¿es coña? Porque dadas las circunstancias…

—Qué va. Lo he dicho sin pensar.

—Como todo lo que sueltas por la boca. Valiente lío en el que me has metido con lo del queje.

—No ha sido para tanto, no le des más vueltas.

—Qué va. Casi causamos un conflicto internacional, pero para tanto no ha sido. Te juro que me quedo loca contigo.

—Pues no te quedes tan loca, que seguro que salimos indemnes.

—Ya lo veremos. Albert, nuestro abogado dice que John Bush es como un perro potencialmente peligroso.

—Venga ya, otro exagerado.

—Lo conoce bien, son colegas.

—Y está exagerando, obviamente.

—Lo dudo. Dice que, si todo va bien, igual no llega a morder, pero que si lo hace, tiene una mordida tal que mejor nos demos por jodidas.

—¿Y tú le has explicado que a nosotras nos joden día sí y día también?

—Déjate de bromas, que la cosa es seria. ¿Por qué no le das importancia a asuntos como esos?

—Porque la vida me ha enseñado que hay otros más importantes—sentencié.

—Lamenté mucho tu encuentro con tu hermano. Vi que te sentó fatal.

—Vamos a dejarlo. ¿Vale?

—¿Por qué nunca me cuentas tus cosas? Yo te cuento las mías… Siento como si fuese tu amiga, pero tú mía no tanto. No confías en mí.

—No confío en nadie, Violet. Solo en mí. No es una cuestión personal.

—Ojalá pudiera ayudarte con eso.

—No necesito ayuda.

—No, si tú no necesitas nada, eso también lo sé. Excepto dinero, cuanto más, mejor.

—Exacto, en esa parte me conoces bien.

Capítulo 21



Llegamos a casa a primera hora de la tarde. Liam me sonrió al comprobar que era cierto que estaba con Violet. Nada sabía de que tuve que improvisar, claro.

Ángela le ayudaba a colocar todo el decorado en el salón. Estaba subida en una escalera, con unas botitas de pelo muy monas y una faldita vaquera rematada en un volantito blanco de encaje.

En cuanto a él, que le sujetaba la escalera, parecía estar bizco.

—Se va a quedar tonto sin remedio. Espero que le salga porque, como lo deje, te prometo que no cargo con él así.

—Tú no cargas con nadie de ninguna manera, mona.

—Vale, pero así menos, Violet.

Liam me miraba. Sabía de sobra que cuchicheaba algo relacionado con él y se la traía al pairo. Estaba radiante, feliz, nunca le había visto así… Por un lado estaba encantada, pero por otro sentía que perdía una parte de mi vida; nada romántico relacionado con el amor, pero una parte al fin y al cabo.

Un par de horas después comenzaron a llegar los invitados. Todos amigos suyos y algunos de ellos solteros que ya habían tratado de tirarnos la caña a Violet y a mí otros años cuando coincidimos en el cumple de Liam.

—Pues ese tan alto, el que tiene la barba cobriza, ¿cómo se llamaba? Tiene su punto…

—Adrian, ese es Adrian y a ti te mira pensando que tienes un puntazo, que no es lo mismo— le comenté a mi amiga mientras me servía una copa.

—Oye, nena, ¿no es muy temprano para que empieces con el alcohol?

—Ni que yo tuviera un problema con la botella. Trae, que un día es un día. Me siento melancólica.

—Si al menos sirve para que te desahogues conmigo, entonces bebe y me cuentas.

—Déjate de rollos. Si quieres un desahogo, ve a buscar a Adrian, que ese seguro que te da lo que le pidas. Como si quieres que te desatasque los bajantes—opiné con guasa.

—Sí que me está mirando, sí, ¿no te importa si me acerco?

—Ni que fuera tu madre. Lárgate. Pero si te lo vas a montar con él, en mi dormitorio no te metas. Entrad en el de Liam, que igual terminái*s* siendo *"Felices los 4…"*—le canté.

—¿Liarme con él aquí? Ni que estuviera desesperada o tuviera 15 años, guapa. Que tengo mi apartamento.

—Cosas más raras se han visto.

—Tú y yo hemos visto de todo, pero…

—Déjate de cháchara y acércate, que lo estás deseando.

Se acercó a él, que pareció hacerle la ola. Vincent, otro amigo de Liam, se me acercó en ese instante, pero tras saludarle le enseñé la botella y entendió que no quería más compañía, por lo que se marchó sobre sus propios pasos.

Pese a estar en mi propia casa, me sentí sola. Y más bebí. Cuando comenzó la fiesta, ya llevaba varias copas.

Liam me miró con tono recriminatorio y no le hice una peineta de milagro. Todos parecían muy contentos, salvo yo.

A la hora de sacar la tarta, Ángela le dio una sorpresa. Pese a no ser de allí, se lo había currado encargándola en una pastelería de lo más lujosa que le hizo un diseño exclusivo que incluía una imagen de ambos en chocolate. Un montaje que envió días antes de conocerse con las caras de los dos mirándose embelesados y que correspondían a la captura de pantalla del momento en el que se vieron por primera vez a través del móvil.

La gente aplaudió y yo reprimí las arcadas. Y no solo porque ese pasteleo me las producía (que también), sino porque el alcohol me estaba revolviendo el estómago.

Tenía ganas de ir al baño, pero tras soplar las velas de la empalagosa tarta llegó el momento de entregarle los regalos.

—El mío, el primero—le pidió y a él se le cayó todo mirándola.

—Ay, Dios, esto es infumable—dije por lo bajini.

—Contrólate, Chanel, que estás pasada de copas—me sugirió Violet.

—¿Que me controle? Si tengo unas náuseas que no veas y aquí estoy, sin vomitar y sin nada.

—Es que ya sería el colmo, nena.

—No, eso no sería el colmo. El colmo es que todo el mundo esté contento y yo con ganas de llorar.

—Chanel, no estás bien.

—Violet, cállate. Mira, ahí está la pavisosa dándole el regalo. Yo la siguiente, ¿eh? Y después me acuesto.

—¡¡Me cago en todo!! —exclamó mi amiga en ese momento.

—Pues en mi baño no, que cada vez tengo más ganas de vomitar.

—No, si no lo digo por eso. No es literal—dirigió mi cara hacia la escenita de la entrega del regalo entre los tortolitos.

—¡¡Yo me cago en ella!! —solté al ver que le había regalado una gabardina idéntica a la que le compré.

—Es de una firma internacional, quién lo iba a decir…

—Paso, yo no se la doy después de esto, que no—le decía por lo bajini también.

—¿Y qué le vas a decir entonces?

—Que al final se me olvidó comprarle nada, ¿no se olvidó él de mí? Pues eso.

—No se lo va a creer.

—Yo tampoco me puedo creer todo este circo que se está montando en mi casa y mira, tragando quina que estoy.

—No, estás tragando ron a litros, te lo quito ahora mismo.

—Toca esa botella y mueres. Me la llevo a mi habitación, de hecho.

Me levanté y menos mal que no estaba en mis cabales y apenas noté que iba dando tumbos. Liam vino detrás de mí hasta mi dormitorio para ver qué me pasaba.

—Que estoy un poco indispuesta, que me dejes—le solté.

—Lo que estás es borracha, Chanel.

—Los borrachos son los que van a reuniones, yo asisto a fiestas, en todo caso podré estar afectada por el alcohol. Un poco—le dije dando un botecito porque me asaltó el hipo de inmediato.

—Ok, pues te dejo que duermas la mona. Si te hace falta algo… Por cierto, no me has dado mi regalo.

—Ya te puedes olvidar. No te voy a explicar por qué, pero te has quedado sin él. Y cierra la puerta ya, ¡¡largo!!

Capítulo 22

Hacía años que no bebía como lo hice esa noche. La botella me la terminé a morro en mi cama. Ni siquiera me enteré de que Violet viniese a despedirse ni de que Liam entrase a ver cómo estaba antes de irse a la cama.

De eso me enteré al día siguiente cuando me lo contaron. Ambos me debieron pillar en el primer sueño. En ese que no te despiertas ni a tiros.

De lo que sí me enteré, a partir de medianoche, fue de los gritos que comenzó a dar Ángela. Y no, no me llevé ninguna alegría porque estuvieran discutiendo. Eran más bien otros gritos de placer que me sobresaltaron.

No me lo podía creer… Gritaba como una posesa, claro que si lo pensaba bien la estaban poseyendo, haciendo el jueguecito de palabras. Por sus gritos, era evidente que Liam se lo estaba dando todo.

Mi compañero de piso era muy buen amante, por eso lo mantuve como tal durante años. Y encima estaba tan enamorado de ella que se notaba. Y ella estaba idiota con él, por lo que la escenita era de peli porno total.

No me lo podía creer. La cabeza me dolía como si me la estuviesen martilleando por completo, como si me la quisieran abrir en dos igual que la cáscara de una nuez.

Si hubiera tenido aliento para ello, habría gritado para mandarlos callar. Pero no, la voz no me salía del cuerpo. Estaba borracha como un piojo y la habitación me daba vueltas como si se tratase de una atracción de feria.

Me encontraba francamente mal e interiormente maldije todo lo que tuviera que ver con la brasileña y con esas caderas suyas que debían estar moviéndose en lo alto de Liam como si le estuviese bailando una samba.

No podía más, me sentía fatal… Tenía ganas de ponerlos a los dos de patitas en la calle. Quería enganchar el sueño de nuevo y sus gritos no me lo permitían.

Por si todo eso fuera poco, no recordaba nada de lo que había hecho la noche anterior, como si hubiera atravesado por uno de esos agujeros del tiempo y estuviese más oscuro que la boca de un lobo. Así era como estaba mi dormitorio, porque cerré las ventanas a cal y canto antes de meterme en la cama.

Quise darme la vuelta y entonces noté que algo cayó al suelo y rodó. Sin duda que era la botella de ron, de la cual no dejé ni una gota.

Traté de cogerla en un gesto absurdo, bajando el brazo y tocándola con la punta de los dedos. No tenía sentido porque estaba vacía y porque, aunque no lo hubiera estado, mi cuerpo no admitía ni una gota más de alcohol. Capaz que entraba en coma si lo intentaba.

Al tratar de cogerla, perdí el equilibrio y caí al suelo también. No encima de la botella, por suerte, si bien el coscorrón que me di fue de categoría.

Me lamenté bastante, pero como la niña tenía una sinfonía porno que servía de hilo musical a toda la casa, me dieron por donde amargan los pepinos y nadie vino a socorrerme. Lo digo en sentido metafórico, porque estaba como para un meneo fuerte.

No obstante, y como no se callaba, noté que me estaba poniendo. Sí, es cierto que primero me puso de los nervios, pero luego me puso cachonda.

Supongo que de haber estado sobria no me hubiera pasado con el coraje que le tenía, pero el alcohol nos cambia la perspectiva de todo o, directamente, nos la anula.

La punta de mis dedos fue avanzando a través de mi tanga hasta alcanzar mi clítoris, el cual recibió sus caricias. Lo noté muy receptivo y hasta crucé mis piernas porque me sentí muy excitada de golpe, y como que para sentir un mayor placer.

—Carter—murmuré entonces porque se me metió su cara en la escena. Solo en la escena, aunque yo hubiese querido que lo hiciera en mi sexo, esa es la realidad.

Llevaba días negando que le deseaba y el alcohol me ayudó a reconocerlo. Tan excitada como estaba, seguí tocándome, primero a toquecitos y luego con movimientos más contundentes. Y, mientras, me metía los dedos de la otra mano hasta el fondo mientras suspiraba, gimiendo.

Sus labios, su sonrisa, esa ristra de dientes blancos, la forma de mover su mata de pelo negro, la intensidad de lo oscuro de sus ojos… Era un tipo cien por cien atractivo y capaz de arrancar los suspiros de cualquier mujer. Y quería llevarme a la cama.

No me permitía nada. No lo hacía porque, aunque parecía muy viva, en el fondo estaba bastante muerta. La frialdad que dominaba mi vida me llevaba a un estado parecido a la catalepsia emocional, lo admitiese o no.

Me quedé allí, tocándome a placer, describiendo movimientos sobre mi clítoris y reprimiendo un grito cuando me corrí porque no deseaba que me escuchasen. Aunque no sé cómo iban a hacerlo, si ella gritaba cada vez más.

Una sonrisa se me dibujó en la cara en ese instante. El alcohol me tenía trastornada. Me volví y vi el rostro de Carter.

—Ya estarás contento, ya lo has conseguido—le comenté a ese imaginario compañero de alfombra, puesto que estaba tirada bocarriba en la del lateral derecho de mi cama—. Eso, y ahora encima no me digas nada. ¿Se te ha comido la lengua el gato? Sácala, que yo sí te la voy a comer… Y no, no me refiero a la lengua, ¿sabes por qué? Porque no beso a nadie, solo a Violet haciendo servicios. Y a ti tampoco te voy a besar, Carter Lennox, eso que se te quite de la cabeza. Te quiero follar, pero no besar, ¿me oyes?

Capítulo 23



Me desperté por la mañana cuando Liam tocó con los nudillos en mi puerta.

—Un momento—le dije tratando de incorporarme porque seguía tirada en el suelo, donde terminé durmiéndome de nuevo al ser incapaz de levantarme.

Me cubrí tirando de la sábana y pensando en que era un poco imbécil, puesto que él me había visto hasta la campanilla en todos aquellos años y, aparte, que no estaba en mi postura más sexy tampoco. O sea, que no pretendía provocar.

Me encontró así y corrió hacia donde estaba.

—¿Qué te ha pasado? Vaya pregunta la mía. Si huele a alcohol desde el pasillo.

—Qué buen olfato tienes, ¿no? Y otras cosas también. Menuda candela le has dado a la brasileña toda la noche, a ver si os cortáis un poquito.

—¿La has escuchado? Vaya, me pareció que gritaba un poco, sí.

—¿Que gritaba un poco? Como si la estuvieras matando. Y sí, la debías estar matando, pero de gusto.

—Venga, que te ayudo a levantarte.

—A buenas horas, menudo golpe que me di. Me podría haber muerto y no apareces. Cómo ha cambiado el cuento.

—Estás fatal, deberías meterte en la ducha. Ven que te ayudo.

Se volvió a abrir la puerta en ese momento y se asomó la otra.

—¿Os puedo ayudar yo también? —nos preguntó.

—No, no, lárgate… Ni que nos fuéramos a montar un trío. Por cierto, bien a gusto te has quedado. Qué manera de gritar, guapita.

—¿Se me ha escuchado? Lo siento, Chanel—se excusó, pero tampoco es que se muriera de vergüenza. Enseguida se echó una risita.

—Ríete, bien te ha dado lo tuyo este. Y no me extraña, es empotrador… Te lo digo porque a mí me lo ha dado durante años—se me escapó. No estaba muy lúcida todavía.

Hubiera sido para que me mandasen a hacer puñetas los dos y, sin embargo, solo le dio por reír más a la niña.

—No, si no pasa nada. Me río porque ya lo sabía. Entre Liam y yo no hay secretos. Solo espero que no me tomes inquina por eso. Me encantaría ser tu amiga.

—Mira, yo es que ahora mismo no estoy para conversaciones profundas. Me voy a duchar. Largaos los dos y cuidado con montar otro número que me duelen las sienes como si me las hubiese pisoteado un caballo, ¿me oís?

—Si eres de lo más simpática, qué graciosa. Seguro que terminaremos siendo las mejores amigas—añadió.

—Mucho lo dudo y ahora, ¡¡largo!!

Esa se había convertido en mi palabra favorita, por lo visto. Echaba a todo el mundo de mi lado.

Me di esa ducha que tanta falta me hacía y después salí, sentándome en el filo de la cama. Me dio entonces por coger mi móvil y vi un mensaje de Carter que me llamó la atención porque hasta el momento solo se comunicó conmigo a través de las notas que incluía en las cajas de bombones.

Sin abrir el canal, le di a su mensaje y decía así:

Él: "Perfecto. ¿Mañana domingo por la noche entonces?"

De qué me estaba hablando, ¿había perdido el juicio? Aunque para juicio el que tenía pendiente junto con Violet por culpa del jeque saudí. Como no llegásemos a un acuerdo, nos tocaría soltar una pasta.

Lo que me había puesto Carter, su mensaje, parecía una contestación y cuando caí en ello me entraron sudores fríos, ¿para qué me habría duchado?

Abrí entonces el canal y sí… Para mi desgracia, había un mensaje por mi parte que le envié al poco de meterme en la cama y antes de despertarme a medianoche, en ese rato del que nada lograba recordar.

Yo: "Ok, te saliste con la tuya. Cenemos".

Me dio un ataque de risa nervioso y entonces apareció Liam por la puerta.

—¿Es que te has vuelto loca del todo? ¿Qué te pasa ahora? ¿Le estás haciendo vudú a Ángela o algo y eso te hace tanta gracia?

—Ni puñetera gracia me hace, pero no lo puedo controlar. Mira esto—le enseñé el canal.

—Al fin te decidiste, ¿qué hay de malo en eso? Muchas mujeres darían años de su vida por pasar una noche con ese tipo.

—No, no de eso nada.

—Que sí, que te lo digo yo, ¿le preguntamos a mi chica a ver qué opina?

—¿Ya es tu chica? Ay, mi madre… Y que no, que te decía que no me decidí yo, que lo hizo el alcohol por mí.

—Ya, que te lo bebiste todo y le escribiste sin control alguno. Pues ya está hecho, tú veras. No puedes echarte atrás.

—Claro que puedo y lo haré.

—Pero ¿no tenías pensado ir a verle mañana con Violet? Por lo de la compra de su coche.

—Sí, se lo prometí, ¿y qué?

—Piensa, esta noche le dejas tirado y mañana vas a pedirle un favor.

—No es un favor, ella se lo pagará.

—Sabes que la tratará muy bien, sí es un favor.

—Vale, pues lo hará así, ¿y qué?

—Que no puedes perjudicar a tu amiga. La dejaste sin coche la otra noche y ahora vas a boicotear su entrevista con Carter. Esos coches valen un dineral, cualquier gesto que tenga con ella le ahorrará un pico.

—Siempre pensando en dinero, Liam.

—¿Yo soy el que siempre pienso en dinero? Mira, porque estás resacosa que si no…

—Dime, dime todo lo que me tengas que decir, no te cortes.

—Pues que ya va siendo hora de que te des la oportunidad de vivir.

—Oye, que solo estamos hablando de una cena, niño.

—Pues más a mi favor, no te compromete a nada.

—Bueno, de una cena y si se encarta…

—Te gusta, quieres un polvo con él.

—¿Y qué si lo quiero?

—¡¡Que es estupendo!!

—Eso ya lo veremos, igual es impotente.

—Venga ya, no le des más vueltas. Vente a desayunar, Ángela está preparando zumo de naranja natural para todos.

—Qué apañada es Ángela, ¿no? Pues si quieres que lo siga siendo, dile que apague el exprimidor eléctrico o la exprimo a ella. Que lo haga a mano, que seguro que para otras cosas bien que las utiliza.

Capítulo 24



Desayunaba con ellos sin ganas de mirarme a la cara. Y eso que habían preparado de todo. Parecía un banquete la mesa. Y esa felicidad que irradiaban… Como que me daba asquito.

—El día está precioso, Chanel—me decía ella.

—Pues ya verás que viene alguien y lo jode.

—No me dijiste que fuese tan simpática—miró amorosa a Liam.

—Es más bien graciosilla—le sonrió él y ella le besó la punta de la nariz.

Tanta manifestación dulzona me levantaba el estómago. Estaba a punto de retirarme cuando fue ella quien dijo de hacerlo.

—¿Os importa si voy a meditar un poco a la terraza?

—No, no, guapa… Medita. Para una cosa coherente que dices… Medita dónde te estás metiendo. Como mujer, entenderé que salgas corriendo. El compromiso es una lacra que…

—Qué chistosa, Chanel.

—Sí, voy ahora a hacer monólogos yo, ¿dónde me has visto lo de chistosa?

—Te lo digo muy en serio, mujer. Nunca he conocido a nadie así, como tú, sin ningún tipo de filtros.

—Ni lo conocerás. A mí me habéis soltado el pico entre los dos, entre tanto pasteleo y luego gritos, que primero parece lo vuestro es una peli de esas románticas para potar y luego una porno para chillar lo más grande. Así no hay quien viva.

—Ok, meditaré también sobre ello—me soltó ella mientras me guiñaba el ojo y se marchaba.

—Oye, yo hay cosas en las que tengo hecho un máster, ¿a esta qué le pasa con tanto guiñito? No me digas que le gustan también las tías.

—Joder, Chanel, no se te escapa una. Pues resulta que es bisexual, sí.

—Qué completa la niña… Te vas a llevar un pedazo de joyita.

—Pues sí, considero que es así.

—Y yo considero que eres un tontolaba. Pasemos al siguiente tema.

—¿Qué siguiente tema?

—De mí que se olvide, ¿eh? Ya sería lo último; que se quisiera quedar con los dos.

—No, no… Si ella dice que no cree en los tríos para convivir, solo en la cama, que eso enriquece a la pareja.

—Tócate las narices, ¿todavía no ha construido la pareja y ya está pensando en enriquecerla?

—Que no, que son divagaciones… Ya te dijo que entre nosotros no hay secretos, que lo hablamos todo con mucha libertad.

—Pues ten cuidado, que una cosa es la libertad y otra el libertinaje.

—¿Y me lo estás diciendo tú? La madre que me recontraparió, Chanel, como dicen los argentinos. Con todo lo que te cabe en…

—¿En dónde?

—En la cabeza iba a decir, pero no me hagas hablar o, al final, me sacarás de mis casillas.

—Muy pronto se te saca a ti. Y ahora, lárgate a meditar con ella que voy a arreglar la cagada de anoche.

—¿No vas a ir a cenar con él?

—Pues no, porque resulta que lo estaba dudando mucho, pero como el universo a veces nos saca de dudas, me acaba de llegar una petición de un servicio suculento que no puedo rechazar. De manera que, evidentemente, Carter se queda tirado.

—Vaya por Dios, ¿y no te lo estarás inventando para que no te dé la tabarra?

—Lo que no debes darte es tanto bombo. A mí me importa un mismo bledo lo que pienses de lo que hago o dejo de hacer. Lo del servicio es real, míralo—le enseñé el mensaje.

—Pues sí. Chica, si es que tienes la agenda de un congresista.

—No, esos no doblan el lomo ni la cuarta parte que yo.

—Ahí le has dado—rio—. Porque en tu trabajo haces hasta contorsionismo.

—No lo sabes bien. En fin, que voy a escribirle a Carter.

Lo hice. Le envié un mensaje diciéndole que un compromiso de trabajo me impedía acudir a la cena y él empeñadito en volver a fijar fecha. Lo dejé en visto y, al poco, ¡¡me telefoneó!!

—Buenos días, Chanel, como no te veo mucha intención de contestar a mi último mensaje, me he decidido a llamarte.

—No te pongas tan bien puesto que tú haces lo que te sale del alma, por no decir de otro sitio… No hay más que ver la pila de cajas de bombones que me has enviado.

—¿Te gustaron? ¿Te los has comido todos?

—No he dejado ni uno, solo que en sueños, ¿tú te crees que mi tipo se puede mantener comiendo semejante barbaridad de bombones?

—Entiendo. Espero al menos que los disfrutases como disfrutarás de esa cena, ¿a qué hora paso a recogerte?

—Eso es lo que tienes que hacer, pasar, pero de mí.

—Chanel, quiero cenar contigo. Además, que ya me habías hecho ilusiones. Sabes que no es justo.

—Eres más pesado… Que no puedo.

—No acepto un no por respuesta y no me pongas más excusas.

—No es una excusa. Sin embargo, mañana te daré una sorpresita mañanera.

—¿Desayunamos juntos?

—A eso no te diré que no. Pasaré a verte con Violet.

—¿Por lo que me comentó ella del coche?

—Evidentemente, buena memoria—observé.

—La tengo para todo lo que me interesa. Quiero invitarte a esa cena.

—Y yo quiero que no me salgan patas de gallo y, de momento, formidable, pero cuando tenga el doble de edad seguro que he de pasar por el quirófano, ¿y qué le hacemos?

—Reírnos, porque tus cosas no son para menos.

—Otro con la risa…

—¿Quién más se ríe?

—Ángela, la lacia de novia que se ha echado mi compañero de piso.

—No pareces muy contenta con eso.

—¿Lo estarías tú si asaltaran tu casa? Lo que ha hecho ella es allanamiento de morada, por lo menos. 15 días se queda la tipa.

—Pues haz las maletas y te vienes esos días a la mía.

—Claro que sí y la convertimos en la mansión del Playboy, que es lo que quieres.

—Pero solos tú y yo.

—¿Crees que me vas a seducir con esas pamplinas? Ni con esas ni con nada, por cierto. Nos vemos mañana en tu despacho.

Capítulo 25



Quien me había llamado era Elizabeth. Sí, sé que es un nombre de mujer. Normalmente cuento lo de mis clientes en clave masculina. Sin embargo, había algunas excepciones.

Me explico. Ella, a quien le gustaba que la llamaran Eli, era una rica heredera a quien le dio por casarse con un golfo que durante años le puso los cuernos.

Los dos rozaban ya los cuarenta, habían construido una vida en común y Eli seguía muy enamorada de él. Tenían, nada más y nada menos ¡¡que seis hijos!! Unos eran biológicos y otros adoptados. En eso y en el físico también me recordaba a Angelina Jolie, porque era muy guapa.

Eli no quería separar su familia por nada en el mundo, de manera que un día llegó a un acuerdo con su marido. La mayoría de la gente se haría cruces al respecto, pero cada pareja es un mundo. Decidió que podría acostarse con otras, pero siempre bajo su supervisión.

Yo no juzgaba a nadie porque bastante tenía con lo mío para meterme en esas, pero había de reconocer que el tema era, cuando menos, curioso.

No se trataba de hacer un trío ni mucho menos porque sentía repulsión por las relaciones sexuales con otras chicas. Eran, simplemente, una especie de cuernos consentidos que, según ella, no eran tales cuernos al saberlo.

Solía pasarme por su enorme casoplón una vez al mes. Resultaba raro porque hasta me había cogido aprecio y me trataba como a una amiga. Me costaba digerir ese sentido de la lealtad hacia Mark, su marido, que era de origen alemán y más frío que un témpano. Con el tiempo, yo fui a la única chica a la que llamaron porque me convertí en su preferida.

El amor es ciego, eso es lo que dicen. Para mí, además era idiota porque tú puedes estar ciego y desarrollar más el resto de los sentidos, pero su enamoramiento hacia él parecía habérselos hechos perder todos, empezando por el sentido común.

Si pienso así es porque Mark, a mi entender, no valía un centavo a su lado. En el físico, no es que fuese feo ni mucho menos, de hecho era atractivo, pero ella valía bastante más. Y en lo

demás, ni comparación había entre ambos.

Yo consideraba, si os digo la verdad, que mi clienta era ella. Y si me quedé haciéndoles esos servicios era porque, cuando hice "limpieza" de clientes según me lo pude permitir, me pidió por favor que no les dejase, que para ella era un problema tener que buscar a otra persona y que le caía bien. Además, que el dinero no le supondría ningún problema y que me pagaría una cantidad bastante indecente por servicio.

Llegué a su casa y me esperaba en el vestíbulo, como siempre.

—Hola, guapa, ¿cómo estás? —me preguntó dándome un par de besos.

—Muy bien, ¿y tú?

—Yo genial, también, gracias.

—¿Y los niños?

—Los niños sensacionales. Es que esta noche los he colocado en casa de mis padres y por eso te llamé. No esperaba que se los pudiesen quedar. Espero no haberte pillado demasiado a contrapié.

—No, para nada. Tranquila por eso, querida.

Con los años, habíamos aprendido a tratarnos como dos amigas. La situación era extraña, ya digo.

Mark nos esperaba en el salón. Si os soy sincera, para mí era un chulo. Ya digo que, si estaba allí, era por su mujer.

Siempre repetíamos el mismo ritual. Ella tomaba asiento con una copa. Mientras se la preparaba, yo notaba cómo él me miraba con esa lujuria que en realidad le hubiera correspondido a su esposa.

Me daba algo de rabia la situación, si bien también confieso que la tenía que mirar desde la profesionalidad y no entrar a valorar nada más.

Al principio de los tiempos establecimos unas reglas: Mark no me practicaría sexo oral y yo tampoco a él. La relación sexual se ceñiría a la penetración, no habría preliminares que le pudieran calentar más la sangre a Eli.

Cada uno veía en el sexo las cosas a su manera, eso ya lo he comentado. Y sí, ella consideraba que si únicamente me penetraba y no se recreaba en otras cosas era como si ese tipo encontrara el

alivio a sus más bajos instintos de ese modo y, por tanto, no tuviera necesidad de tontear más con otras en la calle, algo que le dolería más.

En aquella ocasión, por tanto, igual que en otras, fuimos al grano. Él me desvistió, yo también a él y, cuando terminamos de hacerlo, su mujer ya había apurado la primera copa.

Eli afirmaba que no lo llevaba mal, pero las varias copas que se tomaba mientras su marido y yo nos liábamos me indicaban que, cuando menos, no me contaba toda la verdad. Pese a ello, y como digo, me insistía mucho en que no dejara de prestarle el servicio.

Esa noche pasó algo poco habitual. Él me estaba penetrando desde arriba, con los brazos estirados y disfrutando mucho de cada una de esas estocadas que me daba con fuerza, cuando le sonó el teléfono a ella. Era su madre, que necesitaba comentarle algo de uno de los peques.

—Seguid vosotros, por favor—nos pidió tapando el teléfono con la mano y, a continuación, salió del salón para poder hablar con más tranquilidad.

En cuanto salió, vi sus ojos libidinosos clavados en los míos y, entonces, hizo ademán de bajar hacia mi sexo y lamerlo. Me puse en alerta de inmediato.

—Tranquila, si te va a gustar—murmuró y sentí que se me revolvía el estómago.

No llevaba un día muy fino por la resaca y encima aquello. Es que no me lo podía creer.

—Sabes que hay unas reglas, Mark. Las acordamos en su día.

—Ella no nos está viendo ahora. Por lo que te paga, deberías mostrarte más complaciente conmigo, ¿no crees?

—Lo que creo es que eres un auténtico cabrón, eso es lo que creo. ¿No tienes bastante ya con lo que has conseguido? Vives como un rey a su costa y encima te acuestas conmigo delante de Eli.

—No es mi culpa si es tonta—me espetó.

—Y no es la suya si te quiere demasiado, ¡¡vete al infierno!! —me levanté de un salto.

—No creo que seas capaz de marcharte, ¿has valorado lo que te paga?

—El dinero lo saco yo de donde me dé la gana y cuando me la dé, ¿me has oído?

Ella entró en ese momento en el salón y no dio crédito.

—¿Dónde vas, Chanel? ¿Qué te pasa? Pareces airada.

—A mí no me pasa nada, Eli. Por desgracia, te pasa a ti, que es a quien le está dando coba. Le ha bastado con que salieras un momento para querer bajarse al pilón, creo que ya me entiendes, pasándose por el arco del triunfo lo que acordamos. Este sinvergüenza no tiene palabra y otra cosa te voy a decir...

—¡No! Ya está bien, ¡¡te marchas ahora mismo!! —me chilló él ante su desconcierto.

—Mark, déjala hablar, por favor.

—Amor, no. Por favor, no la escuches. Se lo está inventando todo. Lo que en realidad me ha dicho cuando has salido es que me vaya con ella. Se ha enamorado de mí a lo largo de estos años y no entiende la relación tan bonita que hemos construido. Se la quiere cargar.

—¡¡Es el puto demonio y no lo sabía!! —le chillé a ella zarandeándola para que recapacitara.

—Estoy aturdida, creo que me estoy mareando, Chanel.

—¿Has visto lo que has logrado? ¿Lo has visto? —me preguntó él.

—So ingrato, ¿crees que me vas a amedrentar? Esto lo has provocado tú con tus maldades, ¡¡que te quede bien claro!! —le chillé—. Y tú, Eli, no se lo consientas más—le aconsejé.

—Eres una maldita y nadie para decirle a mi mujer lo que tiene que hacer—me retó.

—Déjala que hable, Mark. Yo la creo.

—¿La crees? Si ya te he dicho que todo se lo está inventando porque se ha enamorado de mí.

—Yo es que me meo con este tío, hay que tener morro. Y yo lo que tengo es ganas de partírselo—le comenté a ella.

—Sí, la creo porque no te mira con ojos de enamorada. Lo sé porque conozco esos ojos y son los mismos con los que te he mirado yo durante muchos años. Hasta ahora…

—¿Cómo hasta ahora, amor? Tú me sigues queriendo como yo a ti, ¿no?

—Si me siguieras queriendo no me harías pasar por esto, ¿o no ves lo que bebo para poder soportarlo?

—¡¡Ole tú, Eli!! —exclamé.

—No. Yo creí que bebías para relajarte y disfrutarlo más.

—So cabrón, aquí el único que disfruta de esto eres tú y lo sabes muy bien—le aclaré.

—¡¡Tú no te metas, maldita!!

—Me meto porque veo la injusticia y porque estoy dando saltos de alegría.

—Déjala, Mark, la metimos nosotros en esto y me interesa su punto de vista.

—¡¡Lo que me faltaba!! No deberías escucharla, te lo estoy diciendo…

—Pero resulta que ella quiere. Pues mira, Eli, yo te diría que esto que haces no te sirve de nada. Ha tratado de saltarse las normas en cuanto saliste del salón. Te hubiera engañado en eso, se ha inventado que he tratado de seducirle y seguro que te engaña en todo lo demás.

—¡¡No le hagas ni puto caso!! —le chilló.

—¡¡Calla, Mark!! ¿A qué te refieres, Chanel?

—A que seguro que te engaña igualmente con otras. Tu marido no es de tener las manitas quietas, ya te lo aseguro yo. Y de esto entiendo, te lo garantizo.

—¡¡Amor, quiere acabar con nosotros!! Dile que se vaya, por favor—se vino abajo y hasta comenzó a lloriquear viendo que la otra táctica no le valía.

—Ya os dejo, Eli. Piénsatelo, por favor. Y no dejes que esta sabandija se siga saliendo con la suya.

—Espera, Chanel, voy a pagarte.

—No, esta vez invita la casa por ser la última, porque por aquí no vuelvo.

Giré sobre mis talones. Ya me había ido vistiendo mientras hablábamos. Con mis altos zapatos de tacón y pisando fuerte como siempre, salí de aquella casa con la frente bien alta. No volvería por allí, pero tenía la satisfacción de haber hecho una buena labor por ella. Al menos, ya sabría con qué clase de tipo estaba casada.

Me fui para casa y allí estaban Ángela y Liam, de lo más acaramelados y en el sofá.

—¿Te quedas a ver una peli con nosotros? —me ofreció ella.

—¿Y tragarme una sobredosis de azúcar? Paso—le sonreí porque en el fondo no es que me

cayese mal.

—Si no es romántica, es de suspense.

—Si no lo decía por la peli, lo decía por vosotros—le contesté en los mismos términos.

Liam se levantó un momento y se vino hacia mi dormitorio.

—¿Qué ha pasado, Chanel? Has vuelto muy pronto.

—Qué control, niño.

—Sí, siempre he calculado el tiempo de tus servicios, lo sabes.

—Ven aquí, anda—le di un abrazo.

—¿Me has abrazado? Habrá sido sin querer, ¿no?

—Más o menos. Oye, que me alegro de lo tuyo. No se me nota, porque no me da la gana de que se me note, pero me alegro.

—Gracias, bonita. Si sé que en el fondo tienes un corazón muy grande.

—De grande nada, estándar.

—¿No quieres ver la peli con nosotros?

—Qué va, duchita y cama, no ha sido un día fácil.

—¿Ese tipo te ha creado algún problema? ¿El tal Mark?

—Hasta todos los nombres de mis clientes te sabes.

—Pues claro, si los he investigado—me soltó.

—¡¡Es una trola!!

—Sí. No me hizo falta, con escucharte siempre los fui conociendo.

—Ok, sé que me escuchaste siempre, sí.

—Y tanto que lo hice. Te quiero mucho, niña.

—Y yo a ti. No te preocupes, ese tipo no me hizo nada malo. Más bien me hizo un favor y yo espero habérselo hecho a su mujer.

—Me imagino por dónde van los tiros…

Capítulo 26

El lunes por la mañana, Liam me confirmó que le habían dado unos días libres que pidió para poder pasar más tiempo con su chica.

—Por cierto, ¿cuándo me contarás lo que pasó con mi regalo de cumpleaños?

—Ah, eso… Tómalo y lo descambias—resoplé resignada dándole el paquete.

—¿Y por qué lo voy a descambiar si ni siquiera he visto lo que es? Igual me encanta. Ya sabía que no podrías haberte olvidado.

—No seas presuntuoso. Y sí, sé que te va a gustar—le sonreí.

—¿Y entonces?

—Pues que sé que te va a gustar porque Ángela te regaló otra igual.

—¿La misma gabardina? Me troncho.

—No te tronches tanto que a mí me hace menos gracia.

—No pienso descambiarla. Es cierto que me encanta y me quedaré las dos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Claro que lo tiene. Ambas la comprasteis pensando en mí y teniendo en cuenta mis gustos. Y eso hay que valorarlo.

—Menos filosofía y más práctica, Liam.

—Di lo que quieras, pero me las quedo.

—Ok, cabezota.

Violet me esperaba en un taxi para ir a ver a Carter.

—Buenos días, preciosidad. Buah, esos jeans te sientan que es una brutalidad—me dijo en cuanto tomé asiento.

—¿Estos de campana? Los voy estrenando, sabes que es mi estilo preferido de jeans.

—Lo sé, te conozco muy bien. Y con la cinturilla baja. Si hasta este hombre se te ha quedado mirando que no veas—rio señalando al taxista.

—¿Yo? Señorita, disculpe…

—No se preocupe, que mirar es gratis—le contesté porque le vi apurado y no merecía la pena.

Llegamos a la empresa de Carter y ella silbó.

—Pedazo de edificio moderno, ¡¡qué locura!! Mira, Chanel, ¿ves todo esto? Pues podría ser tuyo el día de mañana, con lo que te gusta el dinero—rio.

—Eres más tonta… No sé por qué te acompaño.

—Ni me lo recuerdes, ¿eh? Me acompañas porque la que me debes es del tamaño de un meteorito.

Entramos y nos recibió Candy, su secretaria. Le dijimos nuestros nombres y enseguida nos hizo pasar.

—Las está esperando—tocó en la puerta y él se levantó.

—¡¡Por fin!! —se le notó en la cara la alegría—. Bienvenidas.

—Hola, Carter, solo espero que a partir de ahora dejes de enviarme bombones porque al final tendré que tirarlos por la terraza y que lluevan—le solté de entrada mientras me daba un par de besos.

—Dejaré de hacerlo en cuanto cenes esta noche conmigo.

Estaba muy desconcertada. En plena borrachera hice cosas muy relacionadas con él y cuando me toqué sentí alta tensión, visualizando ese cuerpazo que tenía, con esa sonrisa irresistible y con esa forma de moverse y de comportarse tan varonil que me estremecía.

—¿Esta noche? Imposible—carraspeé.

—No le hagas ni caso, que sí puede—intervino mi amiga y no miento si digo que me hubiese tirado a su yugular.

—Lo discutiremos en otro momento, Carter. Resulta que ella quiere comprarse un coche. ¿Lo hablamos y dejamos las tontunas para otro momento?

—Es que es así de práctica, te lo advierto—resopló.

—Me da igual. Me gusta siendo práctica y todo, ahora que no nos escucha—bromeó.

—Para largo, tendremos aquí para largo. Venga, ¿podemos centrarnos en lo del dichoso coche?

—¿Dichoso ha dicho?

—Ya sabes que no le gustan, ella es así de rarita.

—Ah, sí, ya lo recuerdo… Por lo de su alergia, pobre.

—Si llego a saber que os vais a reír de mí, no aparezco por aquí.

—¿Reírnos? Solo estamos analizando la situación, preciosa.

—Pues analiza con ella lo que le va a costar el coche nuevo.

—Sí, vamos a hablar de eso—le propuso Violet.

—Te costará mucho menos de lo que piensas. Te lo dejaré a precio de coste por ser su amiga.

—Pero eso supone una rebaja sustancial—se le abrieron mucho los ojos.

—Más alguna otra que buscaremos para que se te acumule. No te preocupes por el precio, va en serio.

—Pues muchas gracias, eres muy generoso.

—No, que esto no te saldrá tan a cuenta; tienes que convencer a tu amiga de mis muchas ventajas.

—Mi amiga es que es un poco rebelde, pero yo me encargo.

—Tu amiga te está escuchando. Qué pesadez. Vale, que cenaré contigo—asentí porque se estaba portando genial con Violet.

—Ok, paso a buscarte esta noche—me sonrió.

—Tú no eres de perder el tiempo, ¿eh?

—Mira, no te quejes que no sé cuántos bombones le ha costado—me miró ella en plan recriminatorio.

—Eso, tú ponte más de su lado…

—Ni caso, Violet, si la tengo en el bote—sonrió él.

—No te las prometas tan felices, que me echo para atrás.

—No, no, que tiene palabra, doy fe. Por cierto, ¿podemos mirar el modelo? Y otra cosa que me preocupa es el tiempo de entrega porque me he quedado sin coche—le comentó.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? ¿Has sufrido algún accidente?

Violet me miró antes de contestar y cuando lo hizo fue con sarcasmo.

—Sí, digamos que me vi envuelta en un accidente con múltiples colisiones.

—En el centro de la ciudad—me inventé de inmediato atemorizada por la idea de que pudiera atar cabos.

—Si es que hay gente que no mira por dónde va—le comentó y yo pensé que luego estaba él, que solo me miraba a mí. Tenía una capacidad impresionante para mantener esa conversación sin quitarme ojo.

—Sí, sí, van como locos. Por eso es mejor que yo no conduzca.

—Pero lo dices por los demás, no por ti, ¿no?

—Ya, Violet, no te pases, que soy muy responsable.

—Carter, ni puto caso.

—No te preocupes, Violet. Si no necesitas que te lo personalicemos, me encargaré de que lo tengas en muy pocos días.

—No, no necesito nada de eso.

—Pues entonces cuenta con ello. Y ahora vamos a escogerlo.

Se estaba portando de maravilla y Violet parecía encantada. Dado que la pifié con ella, al menos poder ayudarla un poco con lo de Carter era lo mínimo.

Capítulo 27



No le pregunté dónde iríamos a cenar. Una mujer de recursos como yo sabía que ese tipo de preguntas sobran cuando tienes la certeza de que determinados *outfits* pueden resultar ideales para todo tipo de lugares, pues son muy versátiles.

Elegí un mono negro muy favorecedor con chaqueta en el mismo tono y complementos en plateado. Unos botines muy modernos y un pequeño bolso le daban el toque de distinción sin llegar a ser en absoluto estridentes.

Liam y Ángela también habían salido a cenar. Crucé el vestíbulo y cogí el ascensor.

—Pues nada, Chanel, tu primera cena con un tío en cuánto, ¿en dos siglos? Porque las de Liam no cuentan—murmuré.

Cuando se abrieron las puertas, Ryan me vio y, como siempre, fue tan cortés y halagador.

—Si me lo permite, quiero decirle que luce deslumbrante esta noche.

—Será porque eres un sol, Ryan. Muchas gracias.

—La acompaño fuera, como siempre. No he visto llegar el taxi todavía.

—Esta noche no voy en taxi, Ryan, Vienen a recogerme.

—Perdone, no lo sabía.

—Nada que perdonar, gracias.

Salí y Carter me esperaba. El modelo de coche que llevaba se podría calificar poco menos que de galáctico, un prodigio de la ingeniería. Y no es que yo entendiera de coches, sino que hay cosas que saltan a la vista.

También saltaba a la vista lo contento que estaba y lo guapísimo que venía con un traje de chaqueta de corte muy juvenil en azul oscuro con camisa blanca y complementos en negro, a juego con la tapicería de su coche, que también era negra.

La vi al entrar y después de que me diese dos besos y me abriese la puerta del coche, puesto que me esperaba de pie y a su lado. Más de una mujer se le quedó mirando porque parecía un verdadero monumento, como un modelo. Estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de hombres, muchos de ellos muy apuestos, pero él tenía algo distinto; un aire seductor que lo envolvía todo a su alrededor.

—Espectacular—me dijo al verme.

—Espectacular es la que me has montado para lograr una cita—le respondí junto con un par de besos.

—Hubiera puesto el mundo patas arriba con tal de lograrla, aunque me alegra haberla conseguido antes.

—Y en lunes, pero bueno.

—¿Qué más da? Lo importante es la compañía, no el día.

—Eso lo dices porque no trabajas en una obra ni tienes que ir a picar piedra mañana—le recordé.

—Tampoco tú tienes aspecto de obrera, precisamente.

—Por supuesto que no. No soy una abeja y si lo fuera…

—Serías la reina. De eso tienes más pinta.

—Lo vas captando, ¿dónde se supone que vamos a cenar?

—En un restaurante muy íntimo que conozco.

—¿Por qué dices íntimo? Ya, que te conocerá mucha gente y no te gusta estar en sitios muy concurridos.

—No solo por eso. Como te digo es íntimo y espero que sea de tu gusto.

—Ya te lo contaré.

Vi que nos íbamos desviando del centro y mi curiosidad creció. No me percaté de la jugada

hasta que llegamos a aquella urbanización de mansiones con seguridad privada en la puerta.

—¿En tu casa? ¿Vamos a cenar en tu casa?

—¿Y a ti qué te parece?

—Eso te lo diré luego. Ahora lo que me parece es que nos están siguiendo. Verás, ese coche que viene detrás, lo llevo viendo largo rato…

—Tranquila, son mis hombres.

—¿Tus guardaespaldas?

—Exacto.

—Cómo no habré caído antes…

—Porque no tienes que preocuparte de nada de eso. Eres mi invitada y estás aquí para disfrutar.

—Al saber el tipo de disfrute que quieras darme tú. Que sepas que solo he venido a cenar.

—No he dicho lo contrario.

Llegamos a la puerta de su mansión y era la más impresionante de todas las que servían de casa a una serie de multimillonarios que debían vivir allí, porque hipoteca no tendría ninguno de esos propietarios.

La mansión de Carter era realmente para alucinar, me dejó embobada. Estaba acostumbrada a codearme con gente con mucha pasta e incluso Pol era el dueño de un imperio del arte. Sin embargo, de Carter no solo me sorprendió el lujo, sino la distinción, la moderna decoración de su casa, con un estilo inconfundible. Todo era muy original y parecía llevar su sello propio.

La casa estaba construida en una sola planta y rondaría los mil metros, más unos diez mil de jardín. Un derroche de glamur repartido en unas estancias abiertas y de impresión. Y todo rodeado por unas vidrieras de suelo a techo que daban acceso al jardín, el cual la rodeaba por completo.

Una piscina de enormes proporciones fuera, otra climatizada dentro, sauna, jacuzzi, gimnasio…

En el salón, en el cual podríamos haber jugado al pilla pilla perfectamente, ya estaba dispuesta la elegantísima mesa.

No vi a nadie de servicio y eso me tranquilizó. No me sentía demasiado cómoda con gente desconocida alrededor. Y en una situación como aquella, todavía menos.

—Pedí que lo dejasen todo preparado para poder servir la cena nosotros mismos, ¿te parece buena idea?

—No soy una princesa, conmigo no tienes que andarte con tantas contemplaciones. La mesa es una joya, tanto en sí como su decoración, y la cena huele que alimenta.

—Me alegra que tengas apetito.

—No he dicho eso; he dicho que huele que alimenta—le corregí.

—Espero que me comas bien—carraspeó quitándole hierro al asunto porque estaba un poco tensa y se me notaba.

—¿Cómo has dicho?

—Es una broma. Comenzaré sirviendo la sopa antes de que se enfríe, ¿te parece?

La noche estaba muy fría y, a pesar de que la temperatura en la casa era ideal, yo lo llevaba metido en el cuerpo. Por esa razón, la sopa de marisco me sentó fenomenal. Además de que estaba exquisita.

Carter no paraba de darme conversación. Eran tan inteligente como educado y refinado. No incidía en nada y no insistía demasiado en saber sobre mi trabajo más allá de eso que le contase, inventándome una aventura empresarial que nunca emprendí de la manera que él hubiera podido pensar.

Sabía llevar la conversación a puntos de lo más divertidos con todo tipo de argucias. Me contaba también muchas de sus anécdotas y me hacía reír.

—¿Otra copa de vino?

—No, por favor, aún tengo. Además, que ayer estuve con resaca—le conté.

—¿Y eso?

—Celebramos el cumple de mi compañero de piso, Liam, y se me fue la mano con el alcohol.

—Me hablaste de él en la fiesta de Pol, lo recuerdo.

—Sí, es un encanto. Ahora tiene novia; relación incipiente.

—¿Y te importa? —carraspeó.

—¿A mí? ¿Bromeas? Entre nosotros no hay nada…

—¿Nada de nada?

—Vale, hubo sexo durante un tiempo, pero eso ya se acabó, ¿y por qué te estoy contando esto? No te conozco de nada.

—Por la misma razón que estás cenando conmigo; porque te gusto.

—¿A que me levanto y me voy?

—No quieres hacerlo. ¿Nada ya con Liam entonces?

—Que no, que ese ceporro se ha echado novia. Y aparte, ¿a ti qué más te da eso?

—Me da.

—¿Eres de esos que solo echan un polvo con gente que no tiene sexo con nadie más?

—Qué pregunta más enrevesada—me sonrió.

—Me has entendido. Si quieres echar un polvo conmigo, porque es lo que quieres y me lo dijiste la primera noche, ¿me vas a pedir exclusividad?

—No es eso lo que he dicho.

—Pero lo estás pensando.

—Estoy pensando muchas cosas.

—Ya lo sé, te lo veo en los ojos.

—Muchas cosas que tienen que ver con otras que estás pensando tú—añadió.

No se equivocaba. A lo largo de la cena, me había ido calentando mucho. En ciertos momentos, noté cómo me invadía un calor que hervía, un calor que me hacía removerme en mi silla y resoplar buscando un soplo de aire fresco con disimulo.

Se acercó a mí con la clara intención de besarme y mi cobra fue total. Por ahí sí que no pasaba.

—Captado—murmuró y no por eso desistió de su intención de tocarme.

Comenzó a hacerlo por mi cintura, tomándome por ella. Los vellos se me estaban poniendo de punta y la sangre acudía a mis mejillas a borbotones. Lo notaba, notaba que me ardían y comencé a inhalar y exhalar el aire poco a poco, controlando.

Carter me tomó entonces en brazos. Sin pensarlo, tiró de la mesa aun a riesgo de que cayese cuanto había en ella y la hizo más grande. En la parte libre, me subió y me miró con un ansia incontenible.

Mi mono no era la prenda que más fácil se lo pondría en ese sentido. Miento si digo que no lo había pensado. En el fondo, mi subconsciente no tendió a simplificarle nada. Era como si quisiera que cualquier paso conmigo le costase.

Tampoco fue para tanto. Me puso de espaldas a él y dio un fuerte tirón de la cremallera. A continuación, me acodó en la mesa y me despojó del mono al completo.

Al ser ancho por debajo, no tuvo que deshacerse de mis zapatos de tacón. Mejor así, me gustaba follar con ellos puestos, me daba más glamur.

El delicado conjunto de ropa interior en negro que llevaba, de la última colección parisina que le llegó a Rose, le encendió por completo. Era muy sexy y me hacía parecer exuberante al máximo.

Noté cómo se deleitaba disfrutándome de arriba abajo con sus manos. Aún lo tenía puesto en el cuerpo cuando me comenzó a acariciar de ese modo tan sensual, estimulando cada centímetro de mi piel primero con sus dedos y luego con su lengua.

Era muy sugerente, Carter lo era… Con la yema de mis dedos, alcancé los botones de su camisa y se la desabroché.

—¡¡Al diablo!! —exclamé tirando de ella y dejando su musculoso torso al aire.

—El diablo no está invitado a esta fiesta.

—¿Y qué me dices si te confieso que creo que tienes mucho de diablo?

—Entonces te diré que eres mi diablesa.

No pude decir mucho más porque enseguida alcanzó mi tanga y, tras tirar de él, degustó mi clítoris con su lengua. A punto estuve de rayar los cristales con mis uñas de la mucha excitación, la misma que le notaba.

Colocó mis manos sobre sus brazos entonces y le hice un gesto como indicándole que podría hacerle daño. Lo ignoró por completo, sabía bien lo que se decía.

Su lengua comenzó a hacer maravillas, a dar lo mejor de sí, y noté que mi vientre se levantaba solo, como separándose del resto del cuerpo al mismo tiempo que el pulso se me aceleraba hasta el infinito y el corazón me botaba en el pecho.

—Así, Carter, me voy a correr—le anuncié.

Estaba siendo muy rápido y precipitado. Tenía experiencia en correrme, el sexo formaba una parte importante de mi vida, si bien esa rapidez me sorprendió tanto como le contentó a él.

No se retiró lo más mínimo. Se quedó disfrutando de su obra, de eso que había creado mientras las piernas me temblaban y mi clítoris no paraba de vibrar.

Quería saborearle también y no tardé en hacerlo. A pesar del temblor de mis piernas, me sobrepuse y me volví a acodar sobre la mesa pidiéndole que se acercara.

No utilicé las manos en ese momento. Me sobraba experiencia para que sus ojos se volvieran de gusto con solo engullir ese pene suyo con un solo gesto. Ya lo tenía dentro y era hora de que actuase mi lengua.

Notaba su pene caliente y palpitante, fundiéndose con esa lengua mía que estaba decidida a hacerle disfrutar. Lo hice despacio. Sabía por experiencia que, por muy duro que esté el pene al principio (y el suyo lo estaba como una roca) todavía se puede alcanzar una mayor erección si se sabe cómo conseguir que la sangre se mueva hacia los genitales.

Jugué a hacerle cosquillas con mi lengua en el glande. Se trataba de una técnica infalible para conseguir la máxima de las erecciones. Con él traté de potenciar, de sacar partido al máximo, a toda la experiencia que acumulé durante años en las camas de muchos hombres.

Cuando noté que ya no podía más, que ya estaba repleto de sangre, comencé a chupar con más fuerza. Primero lo hice solo con la boca y el efecto fue alucinante a juzgar por el modo en el que se movían sus ojos y por cómo jadeaba. No obstante, enseguida quise subir de nivel y entraron en acción también mis manos.

Notaba no solo las palpitaciones de su pene subir, sino que observaba el modo en el que lo hacía también su pecho, bajando después. Su excitación era total y, al jadear, la voz se le volvió más ronca.

Supo muy bien que era momento de cortar y lo hizo. De no haberlo hecho, me hubiera estallado en las manos y eso no parecía entrar en sus planes. Quería darme placer, mucho, y pasaba por llevarme a la cama mientras mis piernas se cogían a su cintura.

Me resultaba increíblemente atractivo, mi pecho pegado al suyo y parecíamos latir de un modo sincronizado. Al tumbarme retiró un mechón de mi cabello que, mojado, me molestaba en la cara.

No solo era mi pelo lo que estaba mojado, me sentía chorrear por dentro. Él también lo sintió al asomar los dedos, los cuales terminaron acariciándome la vagina de un modo circular de lo más estimulante.

Chillé porque estaba a punto de causarme otro orgasmo y entonces decidió entrar. Un orgasmo, si es vaginal, puede llegarte a sentir como ningún otro. Él lo sabía muy bien, tampoco era nuevo en esos juegos. Y me corrí con su pene dentro, aprisionándolo, mientras jadeaba a la par que yo gemía un placer de lo más alto.

Me agarré de nuevo a sus brazos y comprobé que lo había arañado. Me mordí entonces el labio inferior y su sonrisa me demostró que ni lo había notado. Era muy viril y fuerte. Y me ponía mucho, muchísimo…

Siguió explorando mi vagina con su pene. Sus movimientos eran de lo más firmes y resistentes. Parecía que me taladraba y, cada una de sus embestidas, me producía un placer difícil de calibrar.

Me pidió entonces que colocara mis piernas encima de sus hombros. Para ello, salió de mí y, antes de volver a entrar, pasó de nuevo su lengua por mi clítoris de tal manera que me dejó temblando. Chillé y chillé.

—¡¡Me corro, Carter!! ¡¡Me corro!! —grité mientras notaba primero esa sensación de hormigueo que luego me llevó a experimentar una sacudida que a punto estuvo de hacerme convulsionar.

Complacido y notando lo que me estaba pasando, paró durante unos segundos en los que me permitió disfrutarlo mientras que él también disfrutó de su visión, pues esas cosas se ven y su disfrute fue total.

Enseguida, al ver que me recuperaba y le sonreía lasciva, entró de nuevo en mí. Esa vez no lo hizo con lentitud, sino que recorrió en una milésima de segundo la distancia que le separaba de mis entrañas.

Tal estocada me llevó de nuevo al delirio, así como la forma decidida en que empezó a embestirme a partir de ese momento. Mi excitación iba subiendo por momentos, era brutal y, agarrada a él, me deslicé hacia fuera para tomar las riendas.

Me sonrió lujurioso al ver que me colocaba al mando. Provoqué que entrase en mí poco menos de un salto, pues aguanté su pena y, de un bote, ya le tenía dentro, cabalgándole.

Mi cuerpo se arqueó hacia atrás y jugué coqueta con mi pelo mientras le ofrecía mis senos. Carter supo ocuparse muy bien de ellos, succionando hasta hacer que la voz no me saliera del cuerpo de tanto gemir. Y supo hacerlo además hasta que me corriera una vez más, porque esa noche iba a ser gloriosa en ese sentido.

Caí laxa y arqueada cuando me volvió a pasar. Él me recogió y me tumbó en la cama mientras prácticamente veneraba mi duro trasero. Después de mirarlo como una obra de arte de las de Pol, lo palmeó y subí de inmediato, quedando en la postura del perrito delante de él.

Carter aprovechó entonces para volver a acariciar mi clítoris mientras me follaba. Sus terminaciones nerviosas sucumbían a unos dedos que las estimulaban como ninguno. Mi clítoris volvería a estallar, era un hecho.

Solo quería que el último de mis orgasmos coincidiera con el suyo y estaba segura de poder lograrlo. Me las sabia todas y, cuando llegase el momento, mi forma de acariciarle, de mirarle, de chillarle… Todos nos llevaría a alcanzarlo a dúo. No me equivoqué. Lo sabía desde el principio. Y cuando le escuché gritar junto a mí caí sobre el colchón y su cuerpo sobre el mío tras una sesión maratoniana de sexo en la que me corrí un número incontable de veces.

—¿Qué deseas hacer ahora? —me preguntó cuando nos aseamos y me vio de pie.

—Irme a casa, evidentemente.

Lo preguntó con tacto. Decirme que me fuera no le resultaría muy cortés y pedirme que me quedase igual me molestaba. Así que lo hizo de un modo tan elegante como él.

—Está bien, te llevaré en un rato. Túmbate aquí, por favor. Soy bueno con los masajes, ¿quieres uno?

—No, gracias. Quiero irme ya.

—Ok. Oído cocina. Una chica clara y directa.

—Siempre. Además, que te has salido con la tuya.

—Por esta noche, ¿cuándo vuelvo a verte?

—Pues yo qué sé, nos veremos cuando nos encontremos. Quizás en unos años…

—Chanel, te ha gustado y me ha gustado, ¿hay algún problema en repetir?

—Y en no repetir tampoco lo hay. Se me está haciendo tarde.

—Está bien, te llevaré ahora mismo.

—Sí, por favor.

Él no lo sabía. O sí, porque era muy listo. Yo sí que tenía problema en repetir porque me gustaba. Carter Lennox me estaba gustando y eso no era algo que me pudiese permitir.

Capítulo 28



Al día siguiente, Violet me citó para desayunar.

—¡¡Te lo has tirado!! —me señaló nada más verme en la cafetería.

—¿Lo puedes decir un poco más fuerte? El que hace los cruasanes en la cocina creo que no se ha enterado.

—No me reproches nada que estoy más cabreada que un mico y trato de disimularlo.

—Suelta, ¿por qué?

—No, antes tú. ¿Qué pasó?

—Pues lo que tenía que pasar si quedaba con él. Vale, lo admito, me pone ese tío.

—¡¡Lo sabía!! ¿Dónde cenasteis?

—En su casa. Ya te digo que sabe mucho. Iba a tiro hecho.

—Normal, guapa, con lo que le ha costado quedar contigo yo también me aseguraría de quedar en un sitio del que no te pudieras escapar.

—Tampoco traté de escaparme, lista.

—¿Y cómo fue?

—Espectacular, la verdad que espectacular.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. No tengo pensamiento de volver a verle.

—Chanel—resopló.

—Ni Chanel ni hostias, que parece que se te va la vida en esto. Es la mía y si no quiero quedar más, pues no quedo. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Es que no te ha gustado el resultado de tus mechas o qué?

—Ya quisieras que fuera eso… ¡¡Tenemos un problema!!

—¿Qué mierda es eso? —le pregunté a la vista del chorro de papeles que colocó en la mesa.

—Míralo tú misma. El jeque saudí exige una indemnización millonaria.

—Y yo quiero salir al espacio en cohete, pero vale una millonada.

—La misma que nos exige él. En un cohete nos tendremos que largar del planeta como se salga con su propósito.

—¿Por una puta verja?

—Que es una obra de arte, además de que en la demanda incluye las peticiones de todos los propietarios de los coches, sus amigos ricachones… Si es que hicimos una buena escabechina.

—Ya, ya, ¿y qué dice Albert?

—Que estamos jodidas.

—¿Es que le has hablado de nuestra profesión?

—No, lo dice sin saberlo. Cuanto y más…

—Joder, yo estoy segura de que esto se va a arreglar.

—Pues yo no lo veo ni mínimamente claro, niña. Bien la hemos liado. Y todo porque no te viera Carter allí. Me fastidia, ¿sabes?

—Ya, porque te he metido en un lío.

—Porque me has metido en un lío y encima porque eres una indecisa. Si fuera para protegerte de lo que piense el tío con el que quieres algo, te lo compro, pero es que encima pasas de su culo. Y eso jode.

—En realidad, paso porque me gusta. Vale, ya te lo he reconocido, ¿contenta?

—Para nada. Entonces lo entiendo menos. Si te gusta, ¿por qué no decides seguir viéndole? Es por nuestra profesión, ¿no? ¿Te acompleja con los tíos?

—¿Tengo yo cara de acomplejada?

—No, claro que no.

—Pues entonces.

—Pues entonces, eso digo yo, me lo podrías explicar.

—¿Y si nos vamos a comprar ropita interior donde Rose?

—¿Y si nos apretamos el cinturón por lo que pueda pasar?

—No, hace mucho que no tenemos necesidad de eso.

—Pero ahora nos han interpuesto una demanda millonaria. Ese tío nos quiere sacar los ojos.

—Ya se nos ocurrirá algo. Seguro que sí.

—El universo te escuche, porque si no…

—Yo te digo que lo que le ha jodido, en realidad, no es ni la verja ni los coches de los colegas ni nada…

—Eso ya lo sé. Ese tío no está acostumbrado a que nadie le deje colgado y le jodió.

—Ya ves que sí, ¿no nos suelen joder a nosotras? Pues nosotras le jodimos a él.

—No trates de hacerme reír porque estoy muy mosqueada. En menudo lío me has metido. No sé lo que hacer, igual debería anular el pedido del coche.

—Ni se te ocurra. Vamos a salir de esta, ya se me ocurrirá algo.

—Pero es que si no…

—Tú el coche lo recoges en unos días como acordamos.

—Vale, pero vienes conmigo, que ese descapotable lo quiero estrenar con mi mejor amiga.

—¿De verdad me consideras tu mejor amiga? —estuve a punto de que se me empañasen los

ojos.

—Pues claro que sí. A ver si te crees que las cosas que comparto contigo las comparto con alguien más.

—Ya, ya, y hablando de compartir, ¿qué pasó la otra noche con Adrian?

—Ah, pues que terminé compartiendo un buen intercambio de fluidos también.
—¿Y volverás a verle?

—Pues creo que no, no hemos quedado en nada.

—¿Y entonces yo por qué tengo que volver a citarme con Carter?

—Porque te gusta y tú a él. Lo mío fue un calentón.

—¿Y eso qué más da? No cambia nada.

—¿De verdad me lo estás diciendo? Lo cambia todo, niña.

—Bueno, recogeré el coche contigo. Seguro que hacer por verme en ese momento.

—¿Un momento? Se trata de que vuelvas a verle una noche, de que te cites con él, no de que le veas de pasada.

—Uff, me estás poniendo de los nervios.

—Porque él te pone, a secas. Bueno, a secas no, seguro que te pone chorreando.

—Ya, no sigas…

—Si es verdad. Y tienes que aguantar el chaparrón de todo lo que me dé la gana, ¿me oyes?

—Pues sí que me va a costar cara la huida de la casa del jeque.

—Es que tú llevas huyendo toda la vida. Te juro que no sé de qué… Pero llevas huyendo años.

—Son cosas mías, no quieras inmiscuirte, por favor.

—Luego es verdad.

—Cada cual tiene sus objetivos en la vida, Violet.

—Sí, yo tengo el de ser feliz, ¿y tú?

—Todos queremos ser felices, es así.

—Pues a ti no se te nota mucho. Permítete amar, Chanel.

—El amor duele, Violet.

—¿Qué dices? El amor es maravilloso.

—No quiero hablar más de esto.

—Vale, pero termínate el cruasán mientras me parto el coco sobre qué podemos hacer con lo del tío este.

—¿Con lo del jeque? Déjame pensar. Yo te metí en ese lío y yo te pienso sacar.

—Ok, a ver si se te ocurre algo porque a mí me tiene la cabeza caliente.

—La cabeza, dice—le sonreí.

Capítulo 29



No me lo pensé demasiado. Al mediodía llamé a John Bush, su abogado, y le dije que quería entrevistarme con su cliente.

Siempre fui impulsiva y ya sabéis que detesto la indecisión con toda mi alma.

El jeque me recibió con toda la soberbia que se pueda recibir a una persona, como si yo fuera una misma mierda. Entendía que estuviese molesto, pero pese a todo no había atentado contra su familia y así se lo hice saber.

—¿Y te parece poco haber atentado contra mi propiedad? —me tuteó directamente. Si no me tomé la misma libertad fue porque estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de hombres y sabía que a uno tan altanero le sentaría fatal.

—Perdone, es que no sé qué me pasó. Sentí como una especie de pánico escénico—me excusé —. Mi trabajo no es fácil de llevar algunas veces—puse cara de víctima.

—Pues entonces, no te dediques a esto. No tienes ni idea del estatus de muchos de mis invitados. En esas reuniones no solo se pasa bien, también se hacen negocios. Tenía mis miras y de pronto, ¡¡boom!! Todo saltó por los aires porque a una niñata como tú se le fue la cabeza.

—Entiendo su disgusto.

—No se trata de un disgusto, sino de un tremendo enfado. Siento ira y quiero que se imparta justicia. Una condena ejemplar, eso es lo que busco.

—Vaya por Dios, ¿y no podría contemplar otra posibilidad? Ya le hemos devuelto lo que nos pagó.

—Eso es una mierda al lado de lo que perdí, ¿no lo entiendes? Porque lo más importante que se me fue es la credibilidad.

—Ya, ya… Por favor, me gustaría que esto no siguiera adelante. Estoy segura de que podremos llegar a un acuerdo.

—Pues yo no lo veo.

—¿Y si al menos saca a mi amiga de la demanda? Pídame mi mitad, la mitad de lo que exige. Toda la culpa la tuve yo.

—De eso nada. Nadie le puso un puñal en el pecho para que saliera corriendo contigo.

—Es que puedo ser muy persuasiva, de verdad.

Se me quedó mirando. Por muy iracundo que se mostrase, se notaba que le gustaba, que le gustaba mucho. Y entonces debió pensar…

—Está bien, déjame que me lo piense. ¿Estaríais dispuestas a participar en una fiesta privada a cambio de que retire la demanda?

—¿Qué tipo de fiesta? —me removí incómoda porque, si tenía que ver con Carter, me volvía a joder viva.

—No me andaré por las ramas; se trataría de una orgía para unos cuantos amigos, pocos, y para mí.

—Olvídese de mi amiga… Estoy segura de que ella no—le dije de inmediato porque las orgías no eran algo que hubiésemos trabajado nunca ni que nos planteásemos.

—O sea, que la otra es de pico fino. Pues piénsatelo tú.

—¿Yo sola con varios hombres?

—Seremos un total de cinco. Es eso u os saco los ojos en el tribunal. No pararé hasta que John Bush os destroce.

—Así me gusta, poder decidir sin presión.

—Pues decide fuera. Tienes 24 horas para pensártelo. Si no me contestas nada, entenderé que no aceptas y seguiré adelante con la demanda.

—Déjelo… Aceptaré con una sola condición.

—No estás para exigir, te lo recuerdo.

—Vale, pero es por mi seguridad—me excusé.

—Tú dirás entonces…

—Necesito las otras cuatro identidades de los hombres que le acompañarán. Cuando las conozca, le contestaré.

No sabía quién era Carter Lennox ni la relación que le unía al jeque. Y me habría rematado acudir a esa orgía y encontrármelo allí, ¿Sería uno de los participantes? ¿Le irían esas cosas? El jeque me parecía repulsivo, si estaba muy unido a él, me jodería.

Salí de allí con la promesa de que me pasaría los nombres esa misma tarde.

Llegué a casa y me encontré a Liam cocinando con Ángela.

—El almuerzo estará enseguida, querida. Mira lo que estamos preparando—me comentó él.

—No tengo apetito, cielo, pero gracias—le dije entrando en mi dormitorio porque el estómago lo llevaba revuelto.

Sentía que el jeque me tenía cogida por los ovarios. Yo tampoco hubiera aceptado jamás intervenir en una orgía con cinco tíos de no ser porque podía perder todo lo que gané en aquellos años, que para eso apuntó alto. Y también lo que ganó mi amiga, que me dolía más aún.

—Tienes que probarlo, por favor—me pidió Ángela—. Ven por aquí y lo hueles…

—Si huele en toda la casa…

—Pero bien, ¿no?

—Sí, bien—suspiré y me acerqué.

—Mira es un plato tradicional brasileño a base de frijoles negros, costilla de cerdo ahumada, chorizo portugués, morcilla y carne seca. Y se llama…

—Se llama bomba de calorías, ¿no?

—Qué graciosa eres. No. Se llama *feijoada.*

—No, de veras que desayuné tarde y no quiero probar todo eso. No traigo muy buen estómago. Pero gracias de todas maneras.

—Es cierto que no traes buena cara y a ti te duele el estómago cuando te disgustas, ¿te ha

pasado algo? —me preguntó él, que me conocía mejor que a la palma de su mano.

—Bueno, me ronda una cosilla que me inquieta un poco.

—No te estarás metiendo en ningún lío, ¿al final te ha demandado el tipo ese?

—Un poco, me ha demandado un poco. No te preocupes, Liam. Sabes que siempre salgo de todos los líos.

—Eres una superviviente sí, pero un día te puedes meter en uno muy gordo y a ver cómo sales de él.

—Siempre salgo de todos. No te preocupes.

Picaron la puerta y volvían a ser bombones. Negué con la cabeza. Volvíamos al punto de partida, solo que ya me había acostado con él y me gustó mucho, muchísimo…

Sin embargo, no sabía Carter todo lo que traía entre manos. Entre otras cosas, la recepción de una lista que, si contenía su nombre, me haría cogerle asco. Tampoco me hubiera extrañado tanto. No confiaba en los hombres. En realidad, casi que no confiaba en nadie. De las únicas cosas que tenía por ciertas, una era que me dolía el estómago como si me lo hubiesen pateado.

Capítulo 30



Me tumbé en mi cama. El caso es que cuando me ponía nerviosa, sentía ganas de tocarme. Y si pensaba en Carter más…

No quería sucumbir a la tentación. Mis ratos de placer conmigo misma siempre me pertenecieron en exclusividad y no quería meterle en ellos.

Traté de resistirme cuando empecé a tocarme y fue en vano. Relajarme me ayudaría a que me doliese menos el estómago, pues el dolor me lo provocaban los evidentes nervios.

Cada vez que colocaba mis dedos en mi clítoris y comenzaba a gemir, veía su sonrisa seductora revoloteando alrededor. Como flases, me venían las imágenes de la noche, con él riéndose o tratando de acercarse a mí. También la de la cobra que le hice sin que supiera que, en realidad, sí que tenía ganas de besarle.

Me estaba tocando cuando me entró un mensaje de un número desconocido. Esa gente se guardaba bien las espaldas. No hacía alusión a nada, tan solo me hacía llegar los nombres de esos cuatro tipos.

Lo miré sobre la marcha. No soportaba la curiosidad y me sentí muy aliviada cuando vi que el de Carter no aparecía.

No me gustaba nada la idea de esa orgía. Nunca me había dedicado a esas cosas y me inquietaba muchísimo. Pero no tenía más remedio que sucumbir, que rendirme a la evidencia de que ese tipo tenía la sartén por el mango, aunque no veía yo cocinando a semejante ricachón.

Terminé de tocarme ya algo más aliviada y cuando acabé, salí de mi dormitorio en busca de algo que comer, pero más liviano que lo que prepararon.

Pasé de puntillas por el salón, pues se habían quedado dormidos en el sofá. No me extrañaba, después de darse semejante panzada de comer. Liam la abrazaba muy amoroso y no pude menos que sonreír. Mi amigo se estaba enamorando mucho de Ángela y ella le correspondía.

Entré en la cocina y me preparé un sándwich. Me había costado mucho comprar aquel apartamento y llegar donde llegué en mi profesión como para perderlo todo por una mala decisión.

Si sentía más coraje, si estaba tan enfadada conmigo misma, era porque siempre me dije que ningún tipo interferiría en mi negocio, en mi forma indiscriminada de ganar dinero. Y si no me hubiese sentido atraída por Carter, hubiera salido con Violet a hacer el show, ahorrándome aquel marrón.

Qué poco sabía él lo que había detrás de todo aquello. Carter no lo sabría nunca. Y lo mejor para evitarlo sería no volver a salir con él, darle carpetazo a esa historia. Además, así podría continuar mi camino con total frialdad, sin preocuparme por nada ni por nadie.

Así debería hacerlo. Poco sentido tendría seguir acostándome con él, ¿y si un día me pedía más? No se lo podría dar… Mejor quitarme de en medio cuanto antes.

Esa tarde decidí salir un rato. Me gusta la fotografía y había una bonita exposición que me recomendó Pol en su día.

Las exposiciones me relajaban. Dar vueltas por ellas, ver la cara de admiración de la gente ante una obra de arte del estilo que sea… Eso me lo había enseñado el parisino que ya era amigo, más que cliente.

Estaba pensándolo mientras pululaba entre esas fotos cuando vi a Eli, a Elizabeth, la mujer de Mark. Para mi sorpresa, iba del brazo de un hombre que no era su marido y me quedé con la boca abierta.

—Hola, Eli—le dije porque me la encontré de frente. De haber sido de otro modo, y dado que era clienta, la habría esquivado.

—Hola, Chanel, te presento a Enzo.

Me quedé a cuadros. El chaval, que era monísimo y más joven que ella, me saludó y fue un momento al baño.

—Seguro que estás sorprendida, ¿verdad?

—Mucho. Y gratamente.

—Yo ya estaba enamorada de Enzo, que es profesor de uno de mis hijos, antes de que me hablaras tan claro la otra noche.

—Caray, qué alegría… Porque con Mark te has quitado un buen muerto de encima.

—Sí. Enzo me había lanzado muchas señales que no me eran indiferentes, pero tenía un pacto con Mark. Un pacto que suponía que mi familia siguiera unida. Yo seguía siéndole fiel al muy desgraciado.

—Lo sé, lo sé…

—Fíjate qué idiota. Pensaba que, a su manera, él me era leal porque no lo transgredía, porque para mí que también respetaba el pacto.

—Hubiera sido lo mínimo pero su parte, pero ni siquiera eso.

—Le eché de casa en cuanto te fuiste. Se puso chulo y me cogió por el brazo. Me hizo daño y le amenacé con llamar a la Policía si no se largaba.

—Y se largó.

—Sí. Y entonces a quien llamé fue a Enzo, ¿puedes creer que muchas veces antes estuve por marcar su número, con el teléfono en la mano? Durante meses.

—Lo puedo creer y me alegra. Eso indica que te gusta de verdad.

—Mucho. Es todo lo contrario a Mark.

—Ese témpano de hielo de tu ex.

—Exacto. Enzo es cercano y cariñoso. Además, su familia es adinerada y, aunque eso no me importe, tengo la seguridad de que no está conmigo por mi dinero.

—Pues chica, con lo mono que es, menuda bicoca entonces.

—Y encima le encantan los niños y conoce a mis hijos porque todos van al mismo cole.

—Redondo, entonces te ha salido redondo.

—Gracias a ti, Chanel. Gracias por demostrarme que, a veces, vivimos metidas en un pozo que no parece tener salida. Y un día te pones a escalar y mira tú por dónde, sales con facilidad y rapidito.

Me hizo pensar y me alegré muchísimo por ella. Su chico llegó y nos despedimos. Tanto tiempo metida bajo el ala del otro imbécil, sin ver por sí misma, y de pronto abría los ojos al mundo.

Seguí mirando aquellas fotos con los míos. Trataba de relajarme. Recibiría instrucciones por

parte del jeque. Y era seguro que a no tardear demasiado, porque le vi muchas ganas a ese tipo y la impaciencia se reflejaba en sus pupilas.

Capítulo 31



La citación por parte del jeque me llegó al día siguiente a primera hora de la mañana. No me solía pasar con temas de trabajo, pero en aquella ocasión sentí escalofríos. Había algo en todo aquello que no me gustaba un pelo y no era de extrañar; la idea de la orgía me causaba un gran impacto y no sabía cómo podría desenvolverme con aquello.

Me cité para desayunar con Violet. Nos estábamos viendo bastante en las últimas semanas, igual porque íbamos las dos en el mismo barco y ella se encontraba muy preocupada por lo de la demanda. No era para menos.

—No te preocupes que la va a retirar, ese tipo la va a retirar. Te lo prometo.

—¿Qué dices, Chanel? De lo último que tiene pinta en este mundo ese mandamás es de tirar la toalla y darnos el gusto. Ni siquiera podremos llegar a ningún acuerdo con él, ya lo verás. Lo que quiere es sangre.

—No, tampoco es para tanto. Para mí que el jeque ladra más que muerde.

—No, no lo creo. Tenemos las peores referencias de su abogado. Si es así quien lo representa, imagínate él. A mí me impactaría hasta que nos entrevistásemos con él, fíjate.

—No es para tanto. Ya te digo que no.

—¿Es que has hablado con él, Chanel?

—Sí, he hablado. Así que quédate tranquila ya.

—¿Has ido sola a hablar con ese tipo? ¿Cómo se te ocurre?

—No me ha comido ni nada. En todo caso con la mirada, ya está.

—¿Te ha ofrecido acostarte con él? ¿Es eso? Porque no me creo que la demanda la vaya a

retirar por su cara bonita.

—Sí, es eso, quiere que me acueste con él—le dije una verdad a medias, porque no le conté que también era con otros cuatro tíos.

—Pero, ¿y si te hace algo?

—Pues claro que me hará algo, a ver si te crees que dejará las manitas quietas—le sonreí tratando de quitarle importancia.

—Digo algo malo. Ese tío me da mala espina.

—Que no, cariño, que no. Que no me hará nada malo.

—Joder, Chanel, que eso no lo puedes saber. Yo iré contigo, lo haremos las dos juntas.

—Qué va, lo siento, me dijo que en la cama no le iban los tríos y, aparte, entre tú y yo, es que creo que se ha encaprichado de mí—me inventé para protegerla.

—Vaya por Dios, ¿y yo no le gusto?

—Chica, cada uno tiene su gusto—me encogí de hombros.

—Chanel, pues no me quedo tranquila.

—Tienes que quedarte, no le des más vueltas. Será un simple servicio y retirará la demanda.

—Que la retire antes o no vas. Díselo así. No sea que encima te quiera dar coba el muy listo de él.

—No estoy en condiciones de negociar y lo sabes. Lo mejor será zanjar por fin este asunto tan desagradable.

—Pues sí. También es mala pata, ¿a qué tipo no le van los tríos? Me quedaría más tranquila yendo contigo.

—Hay tíos para todo.

—No, si eso ya lo sé. Te tengo que contar lo que me pasó anoche, que te vas a doblar en dos de la risa.

—Dime. Me dijiste que verías a un cliente nuevo.

—Sí, sí, recomendado porque el tío tiene pasta para reventar, lo que no sabía su amigo, que es mi cliente y quien me lo recomendó, es del palo del que va el otro.

—¿No querría arrearte o algo así? Que solo de pensarlo se me ponen todos los vellos de punta.

—No, no, qué va… El tío se metió en su dormitorio, ¡¡y salió disfrazado de Bugs Bunny!

—¿Del reguetonero? Ay, que me da… Llego a estar allí y me tiro al suelo, de verdad.

—¿Qué dices de reguetonero? No, de Bad Bunny no. De Bugs Bunny, del conejito de la suerte, el mítico de los dibujos animados.

—¿Qué dices? Ay, por favor, que me meo…

—Que sí, que por lo visto es uno de esos tíos fetichistas a los que les da por vestirse como animalitos de peluche.

—¿Y tú qué hiciste? Porque ese igualmente querría compartir contigo su zanahoria.

—Chica, pues yo no sé ni lo que pretendía en realidad, porque me dio la risa y es que no podía. Vamos, que me tuve que ir.

—No me extraña. Si es que los tíos cada día piden cosas más raritas.

—Desde luego que sí. Y yo por todo no entro… ¿Cómo me iba a liar con ese tío así? Vamos, que no. Ni tíos tan raritos ni súper viciosos de esos de orgías ni nada. Tengo mis límites y no los pienso rebasar.

—Y haces bien, cariño—le dije con la piel erizada porque había tocado el tema estrella sin saberlo.

—Bueno, ¿y si almorzamos hoy juntas?

—Me parece buena idea. Además, que en mi casa parece que están todo el día esparciendo amor con un difusor y como que me intoxico.

—A esos dos les ha dado bien fuerte.

—Pero fuerte, no lo sabes bien. Así que prefiero quedarme contigo y así me despejo un poco.

—Sí, no sea que se te pegue algo y te dé un telele, por lo de tu alergia.

—Tienes mucha guasa con eso tú, ¿eh?

—Venga, vamos a dar un paseíto. Y mira que le sigo dando vueltas a que no me apetece que le hagas un servicio sola al jeque.

—Tonta, ni que me fuera a comer.

—Se envenenaría, no sabe lo bichito que eres—me dijo cogida de mi brazo y tirando hacia la calle.

Ella también era un bichito, en su caso muy cariñoso y no se merecía el marrón en el que la metí. La quería mucho, era lindísima.

Capítulo 32



La semana fue transcurriendo. Durante ella, me acordé mucho de Carter y de ese encuentro sexual en su casa. Pero no solo de eso, también de lo genial que lo pasamos durante la cena, de su risa inteligente y de lo rápido que se me pasó el tiempo en su compañía.

Aquella mañana íbamos a recoger el coche de mi amiga y nos dijeron que nos esperaba, que nos pasásemos por su despacho.

Se puso de pie en cuanto nos vio y, aunque a ella la saludó con dos besos y muy amable, conmigo se mostró mucho más cariñoso y hasta me dio un abrazo que corté cuando me pareció que ya estaba bien, pues no esperaba tanta efusividad por su parte y me abrumó.

—Ya lo tienes listo, estarás deseando verlo—le dijo él.

—No lo sabes tú bien. Y más cuando estuve a punto de cancelar el pedido—la miré porque era un poquillo bocazas.

—¿Y eso por qué? ¿No estabas convencida después de encargarlo?

—Sí, sí… Si el coche me flipa, de verdad, pero he estado a punto de sufrir un tremendo desfalco económico, cosas mías, no me hagas caso.

—¿Un tremendo desfalco? ¿Y eso?

—No le hagas ningún caso, que es súper exagerada esta niña. Vamos a ver el coche.

—Pero, ¿vosotras no trabajabais juntas? ¿Te afecta eso a ti también?

—A mí qué me va afectar, no hay nada en el mundo que pueda tocarme la economía. Con lo que me ha costado salir a flote…

—Cómo me pone que digas esas cosas. Eres una guerrera.

—¿Qué dices? Déjate de fantasías que ni me conoces. Igual si me conocieras no volvías ni a mirarme a la cara.

—¿Y perderme esos ojazos? No existiría motivo para ello. Ni aunque atentaras contra mi vida.

—Ten cuidado con lo que dices, que todavía atenta—le advirtió ella.

Salimos a recoger ese descapotable rojo y deportivo que era una verdadera maravilla. Para enamorarse de él. De hecho, mi amiga lo hizo.

—Por favor, pero si es el coche más bonito del mundo, la culminación de un sueño—se volvió y le dio un abrazo.

—Me alegra muchísimo que estés tan contenta.

—Y cómo no voy a estarlo… Mira qué acabados, ¡son de ciencia ficción! —pasó la mano por la guantera con lentitud. Estaba realmente emocionada y yo muy contenta de verla así, igual que él, quien parecía alegrarse mucho por su reacción.

—Nuestra marca no tiene la reputación que tiene por casualidad. Los precios son los que son, pero responden a un motivo.

—Eso no hace falta ni que lo digas. De verdad que me he enamorado a primera vista.

—Ella es así, se enamora con facilidad—reí.

—¿Y tú? —me preguntó él.

—¿Yo? Yo me enamoraría solo de una docena de estos que me regalases. Porque así los vendería y sacaría…—hice cuentas mentales.

—Ella es así, puro romanticismo para todo, ya te lo dije—rio Violet.

—Ya lo veo, ya… Chicas, me gustaría invitaros a almorzar para celebrarlo. Siempre que no queráis hacerlo a solas, claro, y yo os sobre.

—No, claro que no, dejamos que nos invites en el mejor restaurante de la ciudad—le contestó ella.

—¡Eso está hecho!

—Así me gusta, que me lo consultéis todo.

El descapotable era biplaza, de modo que él vino en su coche tras nosotras. Pocas veces había visto a Violet tan contenta y me alegraba muchísimo por ella. Iba cantando, gritando… Nos encontramos con un coche de Policía que se colocó a nuestro lado, en un atasco, y ella les hacía graciosas señas hasta que bajaron su ventanilla.

—¿Le pasa algo, señorita?

—Me pasa que acabo de recoger esta preciosidad, chicos—les soltó con toda la familiaridad porque ambos agentes eran muy jóvenes.

—Es una verdadera monería. Tenga cuidado con él porque puede que no gane para multas. Tiene pinta de rugir mucho eso.

Mi amiga les hizo también un rugido como una leona y ellos se rieron. Era muy ocurrente y ese día estaba que se salía. Mientras, yo notaba cómo desde el coche de atrás, Carter me seguía con la mirada. Cualquier movimiento por mi parte era observado por él.

Su atractivo era tal que a punto estuve de pedirle a ella que pusiera el aire acondicionado, algo que no pegaba nada en aquella fecha del año, pero era lo que había.

Cuando llegamos al parquin del restaurante, Carter hizo un gesto como si fuera a golpear el coche de Violet y ella se quedó blanca.

—Perdón, perdón, era broma.

—Me lo llegas a arañar y no tienes Nueva York para correr, te lo digo.

—Él es muy graciosillo también, ¿es que no lo sabías? —le pregunté.

—¿Y tú cómo eres? Aparte de escurridiza.

—Camaleónica, ella es camaleónica. Y pesada como el plomo cuando se le mete algo en la cabeza.

—Así que pesada como el plomo, no me lo pareces tanto—me dijo y, sin más, me cogió en brazos como para comprobarlo.

Violet se reía porque entramos así en el restaurante para sorpresa del metre, quien se quedó a cuadros al vernos.

—Señor Lennox, ya tiene preparada su mesa, como siempre—carraspeó—. Me alegra verle en tan buena compañía.

Nos fuimos hacia la mesa y comprobamos que era la mejor de toda la terraza, con unas vistas espectaculares.

—Así que tu mesa—le comenté.

—Eso parece. No la tengo en propiedad, no creas. Pero siempre me la reservan cuando vengo, es un lujo.

—Es lo que tiene ser uno de los hombres más poderosos de la ciudad—le comentó Violet.

—No le digas eso que solo falta que se le suba a la cabeza—le recomendé divertida.

—Eso no es algo que me quite el sueño. Sé que hay cosas en la vida más importantes. Lo material hoy lo tienes y mañana puede ser que no.

—Ya tendrías que ser bala perdida o vicioso para perder todo lo que tienes—opinó ella.

—No me tengo por ninguna de las dos cosas, eso desde luego, pero que aprendí que en la vida hay cosas más importantes—pronunció con la mirada puesta en mí.

A continuación, vio a un conocido a quien se levantó a saludar, momento que Violet aprovechó para cotillear.

—Lo tienes loco. Ya sabía yo que cuando te metieras en la cama con él no podrías salir… De su cabeza.

—Pues conmigo la lleva clara. Para romances estoy yo…

—Manda narices que seas así, ¿no le puedes dar una oportunidad?

—Claro que no.

—Pues a mí, como me aparezca uno sí, me agarro a él hasta hacer ventosa—hizo el gesto.

Me pilló riéndome todavía cuando se sentó de nuevo.

—¿Qué es eso que te hace tanta gracia? —me preguntó.

—Nada, las majaderías de mi amiga, que ya sabes cómo es. No, en realidad tú no te has enterado, quien se ha enterado he sido yo.

—Y bien encantada que está, que no te diga lo contrario. Ella es así, lo que más le atrae, hace como que le repele.

—¿No me digas? ¿Y podrías contarme algún secreto más de ella? —le preguntó.

—También podrías morir en el intento—le aseguré mirándola.

—Pues que es un poco mandona y que no duda mucho en amenazar si viene al caso, ya lo estás viendo. Así tengo que vivir yo, totalmente cohibida.

Nos reímos. Él pidió todo lo que le pareció y un poco más. Era viernes y se le notaba el relax. Tenía la sensación de que era un hombre que lo daba todo de sí con su negocio mientras que debía hacerlo, pero que luego sabía desconectar y vivir la vida.

Durante algunos momentos de la agradable y cómica conversación, porque los tres dijimos más de un disparate, pensaba en que de haberle conocido en otra vida, en otras circunstancias, quién sabía… Las mías eran las que eran y eso no lo cambiaría nadie. Yo dejé de creer en el amor viniese de la mano del mismísimo Carter Lennox o no.

Mi mucha experiencia con los hombres me decía que mi amiga tenía razón y que él ya no solo me miraba como un polvo. Eso me haría ser aún más precavida, o al menos intentarlo, porque cuando posó su mano en mi muslo por debajo de la mesa me sentí arder.

No por ello la quité y eso que lo pensé. Había una fuerza irresistible que me llevaba a dejarla ahí puesta, mientras que él acariciaba mi muslo.

Llegaron los postres y seguía de cháchara. También seguía con esas sugerentes caricias que me dejaron embobada y que provocaron que incluso le perdiera el hilo a la conversación.

—Nena, que te está preguntando a ti—le escuché decir a mi amiga.

—¿Qué? ¿Quién?

—Pues Carter, quién va a ser… Que dice que si quieres tiramisú o tarta de cinco chocolates… Yo opto por el chocolate, siempre.

—Yo también, tarta de cinco chocolates.

—Espero que no sea como sustituto de… Ya sabes.

Muchas veces había bromeado en casa de eso con Liam. Parecía como que todo hubiese quedado muy atrás, como si fueran compartimentos estancos de dos vidas distanciadas en el tiempo, cuando no hacía nada, apenas semanas, la mía era otra.

Terminamos el almuerzo y Violet me comentó de ir a enseñarles el coche a sus padres.

—Yo puedo llevarla a casa o, si se pone muy pesada, dejarla en la parada de cualquier autobús —le comentó.

—Opta por lo segundo, te traerá más cuenta—le guiñó el ojo y se esfumó.

Capítulo 33



—No quieres que te lleve a tu casa—me comentó nada más arrancar.

—Eres tú quien no quiere llevarme—traté de esclarecer enseguida.

—En realidad, somos los dos. Ninguno queremos—añadió él.

No dijo nada más. Mientras su mano se deslizaba de mi muslo a la entrada de mi sexo, él se bebía las calles en su cochazo. Podía conducir con una sola mano, era un gran conductor.

Yo lo miraba y notaba cómo la excitación iba creciendo en mí, cómo tenía que ir administrando con cuidado la entrada y salida del aire de mis pulmones. Aparte de la compañía, también era una profesional del sexo y no estaba acostumbrada a esos nervios que me recordaban a la chiquilla que un día fui y que no quería volver a ser.

Llegamos a su casa y las ganas eran acuciantes por parte de ambos. Eso no lo podía esconder tampoco yo, pues era algo que saltaba a la vista.

Nada más entrar en su dormitorio, pues nos fuimos flechados para allá, comenzó a desvestirme. Tenía la misma intención que yo, pues mis manos se fueron corriendo hacia su camisa y ambos nos desvestimos al mismo tiempo.

Las ropas de los dos terminaron regadas alrededor de su inmensa cama. Carter me cogió por los aires y me colocó sobre su boca, en dirección contraria a la de su cuerpo. Ello permitió que me encontrase de cara con su sexo y no dudé en tomarlo para metérmelo en la boca y comenzar a succionar mientras él se regodeaba lamiendo el mío.

Al cogerlo, noté sus palpitaciones y me salió la sonrisa al comprobar que también me latía fuerte el corazón. No estaba acostumbrada a que me sucediese, todo era una novedad que me arrastraba, viéndome inmersa en aquel torrente que ardía y que me llevaba directa a un nuevo asalto sexual en el que los dos bandos nos convertíamos en uno solo.

Carter respiraba entrecortadamente también cuando hundió su cabeza en mi sexo. Notaba su

piel sobre la mía mientras que su lengua tomaba sus propias decisiones, recorriéndome primero por dentro y luego comenzando a deleitarse con un clítoris, el mío, que no tardó en abultarse mucho, sobresaliendo de mi sexo y constituyendo un segundo postre que tomó con mucho más ahínco que el primero.

Yo tampoco me quedaba atrás. Disfrutaba de él, disfrutaba de cada uno de los segundos en los que su sexo latía en el interior de mi boca, ensanchándose, endureciéndose, tomando una consistencia difícil de explicar, rozando la del acero.

Carter no tardaría en hacerme correr para penetrarme. Estaba deseando que lo hiciera, que me levantase, que me empotrase contra la pared. Lo estaba deseando todo con él y con una impaciencia que llamaba mi atención. Sin duda que la llamaba.

Cuando me corrí, se apartó un momento de la cama y entonces sacó unas esposas. No lo esperaba y mi gesto le hizo sonreír.

—Me cuesta tanto que vengas, que ya que te tengo aquí tendré que asegurarme de que no te marches—me sonrió también, aunque lascivo.

—Así que me estás secuestrando, ¿sabes que esto podría costarte caro?

—Sobre todo si te alimento con bombones de esos que te envío.

—Ya puedes dejar de hacerlo. Es más, te lo pido por favor porque no sé dónde meterlos.

—Yo sí que no sé dónde meterte a ti, pequeña.

—No me llames pequeña, no soy de ese tipo de tipo de chicas.

—¿De qué tipo de chicas hablamos exactamente?

—Pues de ese tipo que necesita protección; de ese exactamente.

—Ya… Pues igual hoy la necesitas porque estás supeditada a mí—bromeó.

—No te lo crees ni tú. No he nacido para ser la sumisa de ningún tío.

—¿Y por qué será que ya me lo había imaginado?

Hizo ademán de besarme y le hice la segunda cobra desde que nos conocíamos. Parecía no enterarse de que mis labios no estaban dispuestos a besar los de ningún hombre.

—¡Y otra cobra que me llevé para el bote!

—Si es que parece que te gusten…

—Te tengo maniatada, podría tratar de robarte un beso.

—Y entonces yo podría utilizar estas piernas que Dios me ha dado para liarme a patadas.

—Esas piernas tan largas y bien torneadas. Correcto.

—Pues no quieras probar cómo patean.

—Está bien, ya lo capto. No me interesa.

—No, no te interesa en absoluto, eso te lo aseguro, Carter Lennox.

Suponía toda una tentación, Carter la suponía. Era el atractivo hecho hombre, al mismo tiempo que me resultaba tan seductor y varonil que me costaba mirarle a los ojos y no pensar en cosas en las que no debía pensar.

Parece que me leyó el pensamiento porque me tomó por el pelo e hizo que su mirada y la mía no perdiesen el contacto. Quería que le mirase, sabía que le interesaba, era demasiado inteligente.

—Te voy conociendo muy bien, Chanel.

—No sabes una mierda de mí, Carter.

—Sé más de lo que piensas porque me lo dicen tus ojos.

—Cada uno ve lo que quiere ver en la mirada del otro. Es un viejo truco. No hay más.

—No se trata de trucos, se trata de magia. Y tú la tienes.

—¿Ahora soy maga? No, yo puedo ser muchas cosas menos eso.

—¿Y qué puedes ser?

—Puedo ser sensual, mucho—comencé a acariciarle con mis pies, pues en esa ocasión él se aseguró de quitarme los zapatos de tacón.

Dejó primero que le acariciase y luego tomó esos pies míos. Primero los acarició y lo masajeó al completo, centímetro a centímetro. Si algo no tenía, era prisa. De eso no había ni rastro en él.

Tras el masaje, miró mis pies con ojos de deseo. Me gustaba comprobar en él esa mirada que me dirigió. Lo hacía en todo momento. El contacto visual no renunciaba a mantenerlo conmigo

ni un solo segundo.

Me ensalzaba con la mirada. No es algo fácil de explicar. En todo momento sentía como si me mimase cantidad, como si hubiera algo especial en su mirada que también me llevase a posar mi vista en él sin remedio.

Con uno de mis pies en sus manos, comenzó a chupar mis dedos uno por uno. En un primer momento noté un cosquilleo que me recorrió de arriba abajo, removiéndome por dentro, causándome una tremenda excitación. Enseguida, noté un gran calor también y sentí que podría llegar a correrme así. No era sencillo, no me había pasado nunca y, sin embargo, Carter estaba tocando teclas de mí, sacando partes que ni yo conocía, pues quizás habrían estado demasiado tiempo latentes en mi interior.

Todo me estaba sorprendiendo, todo me estaba haciendo sentir que se creaba una conexión tan potente como peligrosa para mí.

Mi asombro fue a más cuando sus insinuantes lamidas a cada uno de los dedos de mis pies dieron sus frutos y terminé corriéndome mientras gritaba. Él no parecía sorprendido, pero sí encantado. Parecía pensar que mi potencial en ese sentido era grande o quizás fuese que confiase lo suficiente en su poder de seducción como para entender que me acabaría pasando.

Mi vientre se movía solo de manera involuntaria a consecuencia de ese orgasmo que, una vez más, sacudió mi cuerpo al completo. Me sentí muy sorprendida y confusa a la vez. Lo había logrado con una rapidez inusitada y de un modo que no esperaba que pudiera hacerlo así.

—¿Tienes calor? —me preguntó mientras se tumbaba encima de mí y me refrescaba echándome aire en la cara.

—Ni te lo imaginas…

—Refrescaré algo la habitación.

Creí que lo haría seleccionando la temperatura. No fue así. Simplemente abrió los enormes ventanales de suelo a techo que conectaban con el jardín. La tarde estaba espléndida y una corriente de aire fresca entró en ese momento y nos envolvió.

Yo seguía esposada al cabecero de la cama y él se notaba que tenía muchos planes para mí.

En ese momento quise acercarme a su sexo y saborearlo al completo. Ya veníamos de hacer la postura del 69 al comienzo, si bien me había quedado con ganas de más.

Dado que estaba esposada, no podía hacer nada para evitar esa rol de dominación que adoptó al privarme de margen de maniobra.

Se acercaba y luego se apartaba, dejándome con la miel en los labios. Su truco, pues él los tenía, era hacerme desearle para que me entregara sin reservas. Yo tenía mucha psicología al respecto, había experimentado mucho en el sexo y con las más diversas psiques. La de Carter era una de esas potente que a tantas mujeres volvían locas.

Me relamí de gusto esperando su sexo y viendo cómo lo apartaba de mí. Entonces, cuando se hubo recreado también con el deseo que detectó en mis ojos, tomó una cinta de seda y se vino hacia mí.

—No creo que vayas a hacerlo—murmuré.

—Si en el fondo lo estás deseando.

—No sé yo, ¿eh? —le dije porque así era. No estaba acostumbrada a quedarme anulada en el sexo, pues a mis clientes nunca les entregaba ese poder.

—Déjate llevar, Chanel. Estás tan deseosa como tensa. Si logras destensarte, comprobarás las bondades de estar privada de vista y sin libertad de movimiento.

—No sé yo qué bondades pueden ser esas—le hice una mueca burlona.

Tenía ganas de comprobarlas, esa es la realidad. Tenía muchas ganas y por eso me dejé llevar envolviéndome en un mundo de sugerencia que él había creado para mí.

Al no ver, el olfato me iba guiando. Su penetrante perfume parecía invadirlo todo en un espacio que había preparado para mí, era evidente.

Después de hacerme correr, me tumbó sobre la cama y escuché cómo abría un frasco cuyo agradable olor me embriagó. Enseguida noté que se embadurnó las manos con su contenido, pues las colocó sobre mi espalda.

Se disponía a darme un masaje con la yema de sus dedos, uno de lo más estimulante y que me hizo suspirar profundamente.

Me sentí relajada, muy relajada… Lo normal era que en el sexo, al hacer de él mi negocio, tuviera que estar con los cinco sentidos puestos. No fue el caso de ese día en el que, además, noté cómo había colocado una vela perfumada que también distraía mis sentidos.

Conforme se acercaba a mis zonas más erógenas, como que se recreaba en ellas. Sabía muy bien cómo hacerlo para que mi piel se erizase y le pudiera ofrecer la versión más excitada de mí.

Se notaba su mucha experiencia. No era la primera vez que Carter daba un masaje de ese tipo. En un momento dado, paró. Me quedé huérfana de sus manos y mis suspiros fueron a más. Me

estaba encendiendo del más fogoso de los modos y necesitaba sentirle.

Escuché la fricción de la toalla en sus manos. Es muy cierto que, cuando te privan de un sentido, se te agudiza el resto. Una vez las tuvo limpias, se fue hacia la cocina y volvió con una bandeja, como pude comprobar por el sonido al soltarla sobre la mesilla de noche.

Antes que nada, sus dedos recorrieron mis labios. Lo hicieron como si fueran de seda, milímetro a milímetro. Se notaba que lo estaba disfrutando. Podía imaginar su sonrisa lujuriosa, aunque no la viese.

De pronto, olí a chocolate. Ese dulce olor se esparció a través de mi nariz. Se notaba que acababa de abrir un recipiente en el cual lo traía. A continuación, hizo un movimiento y noté cómo me abría los labios. Y que conste que me estoy refiriendo a los de la boca.

Noté que me introducía algo y que un sabor dulce se mezclaba con otro un pelín más ácido. Mis papilas gustativas se pusieron a trabajar a tope y me dijeron que se trataba de una fresa envuelta en ese chocolate líquido que había traído.

Carter estaba dispuesto a potenciar cada uno de mis sentidos. La fresa era de tamaño mediano y la tenía entera en la boca. La mastiqué entre gemidos, pues me supo deliciosa. Quería más y no solo me refiero a fresas.

Se lo hice saber y me complació. Sus ganas de hacerlo eran evidentes. Una a una, iba eligiendo las de menor tamaño y, cuando alguna era más grande, me la colocaba previamente entre los dientes para que le diese un mordisquito y la partiese en dos.

Comenzó entonces a soltar los más picantes de los susurros en mi oído, mientras seguía saboreando aquella exquisitez y sacando una morbosa sonrisa para él.

Me gustaba, me gustaba todo lo que estaba sucediendo y he de afirmar que perdí la noción del tiempo entre sus brazos y entre sus sábanas. Al mismo tiempo, me iba acariciando con la mano que le quedaba libre y comenzó de nuevo a masajear mis senos y mi sexo.

Me tenía absolutamente entregada en el momento en el que liberó mis ojos y su sonrisa se encontró con la mía. La relajación en mi cuerpo era total, me encontraba laxa y dispuesta a jugar cuando él quisiera.

No me había sucedido en mi etapa adulta… Nunca me deje llevar de ese modo por un hombre y encima lo hacía con Carter, alguien a quien apenas conocía. Sin embargo, en la cama la química entre ambos era bestial y parecía que llevásemos toda la vida haciéndolo juntos.

Carter me tomó por las axilas como si fuese una muñequita. Notó en mi rostro las ganas que tenía de volver a aprisionar su pene con esos mismos labios con los que me relamía por la

explosión de sabores que supo crear en mí.

Se trataba de un mago de la sensualidad al que tomé por la cintura mientras le aprisionaba con los labios. Sus ojos se voltearon por la fuerza con la que succioné. Quería devolverle al menos una parte de ese placer que me había regalado. Lo hacía con total devoción, lo mismo que él a la hora de entregarme todo lo que me entregaba sobre esa cama que se había convertido en el escenario de una sesión tan erótica como intensa.

Una vez le hube degustado hasta hacer que sus rodillas se tambaleasen sacando un rugido de su garganta, estuvo presto para penetrarme. Para ello, me empujó contra el colchón y buscó la entrada de mi sexo con la yema de sus dedos, la cual tenía ya arrugada por la mucha humedad con la que se había encontrado.

Expuesta ante él, yo misma me abrí los labios vaginales para facilitarle esa penetración que acometió poniendo una de sus manos en la parte posterior de mi cuello, como si quisiera asegurarse de que no me escaparía. Con ese movimiento, logró también que sus ojos y los míos entrasen en contacto directo y pude notar el crecimiento de su excitación mientras me penetraba.

Dentro de mí, comenzó a poseerme con ansia.

—No sabes cuánto te deseo, no tengo ni idea, Chanel—susurraba en esos momentos y sus palabras sonaban a verdad.

En mi caso, también le deseaba mucho, solo que no le decía nada al respecto. Él seguía penetrándome de un modo tan fuerte como rítmico y mis jadeos se hacían música.

—Quiero bailar encima de ti—le dije cuando me lo hubo dado todo, tras llevar un buen rato entrando y saliendo de mí.

No quiso abandonar mi interior para eso y tan solo con un movimiento por su parte invertimos los papeles. Ya estaba encima de él y era cierto que deseaba bailar… Deseaba danzar la más insinuante de todas las danzas en su vientre, ese tan definido que tenía, con unos abductores marcados que inspiraban al máximo mis movimientos.

Coqueteando con mi melena, comencé a bailar sobre él mientras que mi sexo y el suyo parecían hacerse uno solo. Me sentía sexy, rabiosamente sexy, y sentía que él miraba sintiéndome igual.

Ardía, ardía y eso se dejaba notar a través de cada poro de mi piel. Él también ardía. Nuestras pieles, de cabeza a pies, estaban perladas de gotas de sudor. Me cogía a su cuerpo, me empapaba con él, respiraba su mismo aire… Lo sentía muy dentro de mí.

Carter me miraba embelesado, como si fuera una diosa del erotismo que poder esculpir con

sus manos, con esas mismas manos que me estaba recorriendo. La emoción se reflejaba en sus pupilas. Yo hacía palanca con mis manos sobre su vientre y él me tomó por mi delgada cintura. Se veía que le gustaba mucho esa parte de mi cuerpo que apretó y apretó mientras subió la libido entre ambos.

Me acariciaba y yo le mostré mis senos duros y deseando encontrarse con su boca. Se los acerqué a los labios y los lamió primero para darles un mordisquito luego. Me ponía muchísimo que jugara así y lo notó, por lo que se convirtieron en los destinatarios de sus siguientes caricias linguales.

Me iba a pasar y, cuando se percató de ello, succionó sacando de mí no solo un orgasmo sino un fuerte grito que contestó con un gruñido. También le estaba pasando.

Nos quedamos así; yo encima de él, cansada y encantada a la vez. Permanecimos unos minutos de ese modo hasta que se levantó al baño. Mientras yo entraba, cuando él salió, fue a coger del frigorífico un zumo que me ofreció.

—Gracias, estoy deshidratada.

—Pues recupérate, que dentro de un rato habrá más. Esto no ha hecho más que empezar.

—No, no, yo me tengo que ir, lo siento.

—¿Es obligatorio? ¿Tienes algún compromiso hoy?

—No, no es eso, pero tampoco puedo quedarme. Ya no pinto nada aquí.

—Pánico al compromiso, ¿lo tienes diagnosticado? —me susurró besando el lóbulo de mi oreja.

—Pamplinas, no es eso. Es solo que ya hemos terminado y…

—No pienso dejarte ir, Chanel.

—A ver si voy a pensar que estoy secuestrada de verdad.

—Evidentemente no.

—Ya, tampoco hay ningún motivo por el que deba quedarme.

—¿Toda tu vida se mueve por motivaciones? Porque me cuesta trabajo pensar que sea así.

—¿Cómo por motivaciones?

—Me refiero a que te puedes quedar sin más, ¿te apetece? Lo haces. El mundo es mucho más sencillo. A veces lo complicamos todo.

—A veces la vida nos lo complica todo sin más—asentí.

—Eso es cierto, pero si la vida nos complica las cosas y nosotros actuamos igual… Al final todo es muy difícil. Nos corresponde simplificarlo, ¿no crees?

—Yo no suelo filosofar tanto, la verdad.

—No es filosofía y si lo fuera, sería barata. Solo son reflexiones de un tipo a quien le gustaría pasar la tarde contigo y ya, de paso, también la noche.

—Pides demasiado. Te doy la mano y me pillas hasta el hombro.

—Tú me has dado algo más que la mano, ¿necesitas que te lo recuerde? —me preguntó risueño y pícaro, invadiendo peligrosamente de nuevo mi espacio personal.

—¿Por qué me da que si me quedo un rato tomándome el zumo te lo cobrarás?

—Porque sabes que estoy deseando cobrármelo, igual que tú de que me lo cobre.

—Vas demasiado allá en las cosas, no tiene por qué ser así.

—Demasiado que no me dejas besar esos labios y me contengo.

—Es que no tienes más remedio que contenerte y lo sabes.

—Es que me gustas demasiado y también lo sabes. Desde el mismo momento en el que te vi no puedo dejar de pensar en ti, Chanel.

—Igual es que tienes algún tipo de trastorno, ¿tú te lo has hecho mirar?

—¿Y tú te has hecho mirar este cuerpo?

—No, pero tú me lo miras tela. No veas si miras…

—Demasiado poco lo hago con las pocas ocasiones que me das.

—¿Demasiado poco? Si me vas a gastar…

—No te gasto, no, preciosa.

—Pues poco faltará. En serio, tengo que irme a casa.

—¿Y cuándo volveré a verte?

—No lo sé. Ya veremos.

—No creo que estés pensando en que espere a que tu amiga tenga que comprarse otro coche.

—O sí—le sonreí porque me costaba trabajo ocultar eso que me salía cuando le miraba.

—Va, va, ¿te recojo mañana por la noche? Podríamos cenar juntos.

—Mira que tus cenas me las conozco ya muy bien…

—¿Y no te gustan?

—No me tires más de la lengua. Además, que mañana por la noche no puedo, me es imposible.

—¿Tienes un compromiso ineludible?

—Tú lo has dicho, totalmente ineludible.

—¿Y se puede saber de qué se trata o es mucho preguntar?

—Es mucho preguntar, lo siento—le contesté porque contarle que pensaba hacer una orgía con cinco hombres no creí que le hiciera excesiva gracia.

Capítulo 34

No me quedé el viernes en su casa y no por falta de ganas de hacerlo, sino porque no tenía la más mínima intención de meterme en líos con Carter y era consciente de que podía hacerlo en el caso de seguir viéndolo.

Además, estaba preocupada por lo del tema de la orgía del día siguiente. Nadie podía saber el tipo de servicio del que se trataba, pues ni Violet ni Liam hubiera estado de acuerdo en que me metiese en semejante berenjenal.

A mi amiga ya la tenía engañada y con Liam haría lo mismo. Era mi costumbre, de siempre y por seguridad, darle la dirección del lugar y la identidad de la persona a la que le haría el servicio. Él tenía un listado, pues era muy metódico y siempre lo ordenaba todo.

En el desayuno de aquella mañana de sábado, que tomamos los tres en la terraza, Ángela terminó por levantarse después de que le sonara el teléfono. Y yo me quedé charlando con él.

—Trabajo esta noche, Liam—carraspeé.

—Vaya novedad. Ni que te tomaras los findes libres de nunca.

—¿Tomármelos libres? Buena parte del dinero que he ganado en estos años ha sido a base de trabajar los fines de semana y lo sabes. La gente es más generosa cuando se trata de ir despacio y compartir su tiempo libre.

—O sea, que esta noche te pagarán muy bien, al menos que me quede con eso.

—¿Por qué te molesta? Si nunca lo ha hecho. Siempre has entendido que es mi trabajo y punto.

—Porque la perspectiva de las cosas cambia. Mírate, Chanel.

—Muy mona que me veo con mi pijamita de recién levantada, ¿qué me pasa?

—Que vales tu peso en oro y, en lugar de buscar un tipo de vida en el que se te valore de verdad, vendes el tesoro que eres a porciones pequeñitas al mejor postor.

—No me toques la moral, Carter. Nunca me ha ido mal con lo que he hecho.

—Hasta que un día te vaya. Nunca he insistido, pero ahora que veo cómo nos puede cambiar la vida a todos de un día para otro me veo en la obligación de hacerlo.

—¿De qué demonios me estás hablando? Espero que no sea de lo que te ha cambiado a ti a consecuencia del amor, no creo que seas tan estúpido como para venirme con esos argumentos.

—¿Y por qué no? ¿Tú sabes lo feliz que estoy con Ángela?

—Eres un cretino, ¿a mí qué me cuentas de eso? Me alegro por ti, de veras que me alegro, me alegro de corazón. Pero tu vida es tu vida y la mía es mía. Y deja que te recuerde que no se parecen en nada.

—De eso ya me estoy dando cuenta, Chanel, ya me estoy dando cuenta.

—¿Y entonces? ¿Por qué me vienes con esas?

—Porque tengo la sensación de que, si continuas así, nunca conocerás a alguien, nunca comprobarás lo bonito que es el amor, ¿por qué no le das una oportunidad a Carter?

—Porque no me da la gana. Tú tienes tus objetivos en la vida y yo tengo los míos. Punto.

—A veces eres tan fría que me congelas con la mirada.

—Y a veces eres tan moñas que no me gustaría estar en el pellejo de tu novia, porque ya lo es, ¿no?

—Claro que lo es. Estoy encantado con Ángela, de veras que lo estoy.

—Pues enhorabuena a los premiados, ¡te ha tocado la lotería!

—No me vengas con sarcasmos, por favor, baja la voz.

—Ya, no sea que nos escuche y se escandalice. No creo que sea una santa tampoco. Habrá vivido su vida como cualquiera.

—Por supuesto que no es una santa, ¿acaso lo soy yo? Bueno, aunque a veces he llegado a pensar que sí por soportarte, que no es fácil.

Estaba muy irascible y con su comentario logró sacarme la sonrisa. Siempre tenía ese don.

—Vale, vale, ya… Que todavía me harás reír y no quiero.

—No, no sea que te permitas hacer algo con lo que no ganes dinero.
—Tampoco lo es todo para mí. El dinero, digo.

—¿A mí con esas? Engaña a otro que no te conozca, conmigo no te valdrá.

—Va, va… Está bien. Dejemos esta discusión, que no tiene ningún sentido.

—En eso estoy totalmente de acuerdo. Oye, ayer sí llegaste con una sospechosa sonrisa en la cara, ¿venías de estar con Carter?

—Puede y solo puede, que sí.

—Ya, doña misteriosa. Pues puede y solo puede que te haga bien, que Carter te lo haga.

—Me da igual, no me lo pienso permitir.

—¿Te das cuenta que descartas a los hombres como si fueran un par de zapatos carísimo?

—No, no te confundas. Esos sí que me los puedo permitir, a Carter no.

—Si algún día llegase a comprenderte, me daría por satisfecho.

—Y si algún día llegase a comprenderte yo a ti… No sé por qué te preocupas tanto por mí.

—Puede y solo puede, como dirías tú, que porque te quiera un poquito. Pero solo un poquito, tampoco te hagas muchas ilusiones.

—Está bien, merluzo. Hoy voy de pelu y demás. Oye, una cosa, los días van pasando, ¿cómo llevarás que tu angelita lance el vuelo?

—No te hagas ilusiones porque ya lo tiene decidido: tendrá que marcharse en una semana, sí. No obstante, ya lo tiene todo preparado para pedir traslado y espero que tenga suerte y no tengamos que esperar demasiado.

—Y luego dicen que el amor verdadero no existe—ironicé.

—Pues claro que existe y algún día lo experimentarás en tus propias carnes.

—He escuchado amenazas que me han erizado la piel menos que esa.

—Con lo difícil que es erizártela a ti, bonita.

Me callé porque en eso no tenía razón. Carter me la erizaba, si bien eso era algo que no le reconocería a nadie. Más bien era algo que tendría que quitarme de la cabeza.

Entré en mi dormitorio y entonces escuché a Ángela a hablar con una amiga. Me sonaba el nombre de habérselo escuchado en alguna conversación. La chica se llamaba Adriana y debía ser compañera de profesión.

Ángela estaba muy risueña y yo no pillaba lo que decía del todo porque estaba a una cierta distancia, aunque de pronto se acercó a la puerta para cerrarla y entonces la oí mejor.

—Ni de coña, mi marido no puede enterarse de esto hasta que me interese. No insistas—le dijo y encima lo hizo en un tonito burlón que me dejó fría.

¿Su marido? Ángela estaba casada y jugando a dos bandas. Sin duda que no quería dejarlo hasta que tuviese atado al bueno de Liam. Y encima se las daba de santa, eso era lo que me jodía.

No me considero quién para juzgar a nadie y nunca lo he hecho. Pero a Liam le adoraba y no permitiría que jugase con él de ese modo. El problema no era que estuviese casada. El suyo podía ser un matrimonio que hiciese agua y ella haberse enamorado de Liam. El problema era que le estaba mintiendo de la forma más descarada.

Me retiré de inmediato porque no quise que me viera. Le tendería una trampa o la investigaría y le enseñaría fotos a él… Cualquier cosa para abrirle los ojos. Tenía que presentarle las pruebas evidentes de que aquella tipa que se las daba de buena buenísima era en realidad una farsante que estaba moviendo los hilos de esos dos hombres a su interés.

Era lo que me faltaba por escuchar, aunque en realidad, podría venirme de perlas. Por el cariz que estaban tomando los acontecimientos, si algo tenía que hacer era apartar a Carter de mi camino. Y en ese escenario, me vendría bien recuperar a Liam solita para mí y que la vida continuase como hasta entonces.

Sé que debe sonar egoísta y no hay vuelta de ojo; lo era. Me comportaba con un egoísmo que rozaba la insolencia. No había más.

A partir del día siguiente lo haría. A pesar de todo, me dolería por él, ya que estaba muy enamorado de ella. Sin embargo, tenía derecho a saber la verdad; que le estaban mintiendo en toda su cara. No, en toda su cara no, en la espalda, con el dolor que eso conlleva. A nadie le gusta que le mientan, a mí la primera.

Capítulo 35

Me fui a la pelu, me hice la manicura y me preparé lo mejor que pude para afrontar una noche que no tenía visos de ser en absoluto fácil. Pero ningunos visos.

Volví a casa y los tortolitos no estaban. Mucho mejor, porque no sabía cómo afrontar el ver a esa mentirosa que estaba jugando con mi querido Liam como si tal cosa.

Llegaron a media tarde. Me estaba haciendo un arreglo de lujo porque el jeque había sido muy explícito al respecto. No es que me hiciera falta que lo fuera, pues era una profesional como la copa de un pino y sabía muy bien cómo lucir en cualquier ocasión. Pese a ello, el muy prepotente me envió instrucciones.

Ropa interior negra, liguero, altos tacones… Un vestido sin hombros en el mismo color, raja en la falda… Menos mal que tenía un vestidor como para vestir a la mitad de las mujeres de Nueva York y, pidiera lo que pidiese, estaría allí.

Liam pasó a verme y me encontró arreglándome.

—Ahora estoy contigo, que me suena el teléfono—le comenté.

Era Carter y yo estaba decidida a acabar con él de una vez y por todas. Era lo mejor, lo que surgía cuando estábamos juntos no se podía cronificar. Debía cortar por lo sano.

—Hola, preciosa. Sé lo que me vas a decir y aun así insisto en cenar contigo esta noche. Si no lo haces, amenazo con seguir enviándote bombones hasta el día del juicio final.

Sonreí porque me hizo gracia su expresión, aunque no estaba en absoluto por la labor de hacérselo saber.

—No insistas más. Además, que ya te dije que hoy tengo…

—Un compromiso ineludible. Sin embargo, soy de los que piensa que todo se puede eludir, si

uno quiere…

—No, no. Las cosas no son tan fáciles y no empieces con tu filosofía barata, que no me convencerás.

—Si es barata…—rio sin terminar de decir la frase.

—Será lo único que tengas barato. Soy consciente. Vale, ¿y qué?

—Que vengas a cenar conmigo, por favor.

—Que no puedo, Carter, ¿en qué idioma te lo debo decir para que me entiendas?

—El francés me pone mucho y me dijiste que lo dominas.

—¿Hablado o practicado? —me burlé.

—De las dos formas…

Me acordé de George, ese cliente que me quería para que le hablase en francés, algo que obviamente no le comenté.

—No puedo, de verdad, vamos a dejarlo ahí.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Chanel?

—Si lo estás deseando y eres tan pesado que no pararás hasta lograrlo.

—Vale, ¿es porque hay otro? ¿Tienes a otro hombre en tu vida?

Vacilé en mi contestación durante unos segundos. Me dolía, me dolía darle esa respuesta que le alejaría de mí y, a pesar de ello, lo hice.

—Sí, Carter, es por eso. Lo siento, siento mucho si no te lo he dicho antes, pero tengo a otro y lo mejor será que no volvamos a vernos.

—Entonces, ¿tu supuesta alergia al amor no es cierta? ¿O es que ya no estás enamorada de él pero te interesa continuar con una relación muerta? Si es así, sea quien sea, yo podría volver a hacerte vibrar de nuevo.

—Tú no sabes nada de mí. Ya lo estás comprobando. Te dije que si seguías rascando no te gustaría. No paras de insistir, no paras, y al final te lo he tenido que soltar.

—Vale, Chanel, está bien. Dejamos aquí la conversación—me indicó con la voz quebrada.

—Lo siento, no he pretendido hacerte daño.

—He dicho que vamos a dejarlo aquí—murmuró antes de colgar.

Liam entró al poco en mi dormitorio y me encontró con los ojos vidriosos mientras preparaba la ropa para esa pesadilla de servicio del que estaba deseando olvidarme y todavía ni había llegado.

—Ey, guapa, ¿qué te pasa? Hoy no tienes tu mejor día, ¿eh?

—No. De hecho, es un día de mierda, de mierda total—le solté.

—¿Es por nuestra discusión de esta mañana? No, qué tontería acabo de decir, si a ti te gusta discutir conmigo…

—No tanto, no creas. Liam…

—¿Qué?

—Me siento un poco cansada hoy.

—Pues échate en el sofá. Nosotros vamos a salir a cenar en un rato. Te dejamos la casa entera para ti.

—¿Has visto esto? —le señalé mi peinado y mis uñas.

—Vaya, que tienes un servicio. ¿Y por qué no lo anulas? Tienes derecho como cualquiera a echarte para atrás.

—No, este servicio no lo puedo anular, es importante.

—¿Y por qué es importante? ¿Te va a dejar un dineral? ¿Es eso?

—No, no es por eso… Relájate un poco, ¿vale? No quiero más conflictos hoy. Bastantes tengo ya en mi cabeza.

—No me hablas de un cansancio físico, ¿no es así? Lo tuyo es algo más profundo—me hizo una caricia en la mejilla.

En ese momento le di un abrazo. Lo necesitaba y permanecí con él como un minuto.

—Le he dicho a Carter que no volveré a verle.

—¿Eso has hecho? Te dará igual, no sufras, un hombre como él no se dará por vencido. Y menos cuando se trata de luchar por una mujer como tú.

—No, le he apartado de mí. Le he dicho que se vaya, que estoy con otro.

Entonces entró Ángela en mi dormitorio. No necesitaba ser invocada, no era un espíritu. Aparecía cuando le daba la gana y así lo hizo.

—¡¡Abracito a tres!! —nos soltó en ese momento. Qué tortazo tenía la tía… No me gustaba nada el cariz que estaba tomando aquello.

—Ya, ya…—me separé.

—Chanel, ¿por qué has hecho eso? ¿Por qué le has mentido a Carter? —me preguntó él.

—Ya vale, no sé por qué te cuento nada. Ahora me darás la chapa y no estoy para eso. Esta noche debo acudir a un servicio muy importante, ya te lo he dicho.

—Ya, a uno que seguro te dejará pasta a tutiplén mientras que te roba tus ilusiones, ¿de verdad te merece la pena?

—Liam, no empieces que hoy no estoy para moñadas. Qué sabrás tú de mis ilusiones.

—Más de lo que te puedas imaginar, ¿me oyes? Nunca te he visto la carita que se te pone cuando tienes noticias de Carter Lennox. Además, es el único tipo con el que has quedado en todos estos años.

—¡¡Ya vale!! ¡¡Maldito Carter Lennox!! —vociferé.

—No lo hagas, no lo eches de tu vida. Y menos con una mentira. Odio las mentiras, ya lo sabes.

—Liam, no vayas por ahí, que estoy muy calentita e igual sales escaldado—le miré con el convencimiento de que si seguía buscándome la lengua no podría esperar. Quería darle con las pruebas de quién era Ángela en toda la cara y aun así cabía la posibilidad de que me soltara antes el pico.

—Me da igual que estés calentita. Ya está bien de que aludas siempre a que tienes mucho genio para salirte con la tuya. Yo también tengo genio, ¿sabes?

—Es verdad, Liam tiene razón—se metió Ángela por medio.

—¡¡Tú te callas!! —la señalé con el dedo—. Que eres el último mono que ha llegado a esta casa y no te me vas a subir a la chepa.

—¡¡No le hables así!! —me ordenó él.

—Da igual, Liam, no debí meterme—le quitó importancia—, solo lo hice por tu bien—me miró—, porque las mentiras tienen las patitas muy cortas.

Me puso a mil, no pude soportar el comentario viniendo de ella y exploté.

—Lo dices por experiencia, ¿no, Ángela? Tú has desatado la furia asesina, ¡¡que te jodan!!

—¿Qué estás diciendo? —me preguntó Liam totalmente furioso.

—Estoy diciendo que ella es la mentirosa de verdad, porque yo le he dicho eso a Carter para apartarlo de mí, pero Ángela está casada, os engaña a los dos: a su marido y a ti.

Él la miró totalmente espantando, sin dar crédito.

—¿Ángela es eso verdad? —le preguntó con los ojos desencajados.

—¿Cómo? ¡¡Claro que no es verdad!! ¡¡Esta tipa está loca!! —me chilló.

—La mejor defensa, un buen ataque. Grita, grita, no por eso serás menos adúltera.

—¿De dónde te has sacado eso? Es que no me lo puedo creer, ¿estás majara? Ella estaba que se tiraba de los pelos.

—Da igual el numerito que montes. Te advierto que no te hará menos culpable.

—Liam, te juro que eso no es cierto. Te lo juro…

—Que te enseñe mejor papeles, que jurar es gratis. La escuché hablar con su amiga Adriana. Le hablaba de su marido, de que no sabría lo vuestro hasta que no le interesara.

—¿Es eso? ¿Lo dices por eso? —se echó a reír nerviosa, con unas ganas casi incontenibles de tirarme de los pelos…

—Claro, ¿por qué habría de decirlo si no? Yo no me invento las cosas, te he escuchado con estas orejitas tan bien puestas que tengo.

—Sí, si tú lo tienes todo muy buen puesto, de eso no hay duda. Igual que no la hay de que se trata de una confusión—me soltó.

—Confundido estaba este el día que contactó contigo. Si es que no se puede comenzar algo con gente de la que no tienes ni una jodida referencia. Luego pasa lo que pasa.

—Chanel, ¿puedes dejar que se explique? —me pidió Liam.

—Gracias, amor. Evidentemente, hablaba de mi marido con Adriana, sí. Pero es que así te hemos nombrado las dos desde la primera vez que le hablé de ti.

—¿Le llamas marido con tu amiga? ¡¡Tú estás zumbada!! Eso no es cierto, te lo acabas de inventar. No solo los bajos te funcionan bien, que te sigo escuchando gritar por las noches, también le das genial al coco.

—Esto es de risa, de risa… Es muy cierto. Le llamo marido porque desde el comienzo mi amiga me dijo que era mi futuro marido, desde la primera vez que me escuchó hablar con él. Y es una broma entre ambas. Tengo un montón de mensajes para demostrarlo. Voy a por mi móvil…

Salió corriendo y entendí que la había cagado, pero bien.

—Yo lo escuché y no me digas que no es mosqueante porque lo es.

—Dios, Dios, no sé qué está pasando aquí. ¿Y por qué no le preguntaste al escucharla hablar así? ¿A dónde querías llegar con todo eso?

—No me culpes a mí, te lo advierto. Aquí la única que abrió el pico para mencionar a un marido fue tu brasileña.

—No vuelvas a llamarla así si no quieres que tú y yo terminemos mal. Ya está bien, no sé qué te pasa. Estás de lo más irascible. Si no quieres darle una oportunidad al amor, no se la des, pero ¡¡admite que lo hagamos los demás!! —me chilló.

Estaba muy nervioso también y no era para menos. Yo había abierto la caja de los truenos y le puse sobre una pista falsa de su chica que no le gustó nada.

Ella llegó con el dichoso teléfono y se lo enseñó. A él se le dibujó una cariñosa mueca en la cara y se la comió a besos.

Podía haberme mirado triunfal y no lo hizo. Ángela parecía estar hecha de otra pasta, ser una buena chica, pese a mis reticencias.

No dijo nada más. Salió de mi dormitorio y me dejó con él.

—Creo que le debes una disculpa, ¿no te parece? Sé que lo has hecho por protegerme, pero

ponte en sus zapatos. Por una vez, ponte en los de alguien…

—Está bien. Luego me disculparé.

—¿De verdad lo vas a hacer? Menuda novedad.

—Y también contigo, lo siento, Liam.

—Vale y ahora, ¿se puedes saber qué te pasa? ¿Dónde vas esta noche? No me lo has dicho todavía y he de tomar nota.

—¿Qué haré el día que no estés aquí conmigo? Se acabaron las notas, que alguien sepa qué servicio hago, que se preocupe si no llego…

—Siempre estaré para ti. No podré ocuparme de eso, vale, aunque no por ello me perderás. Te doy mi palabra.

—Ok. Esta noche vuelvo a la mansión del jeque saudí.

—No me lo puedo creer, ¿por eso no me habías dicho nada todavía?

—Claro, porque te pondrías justo como te estás poniendo.

—¿Y cómo quieres que me ponga? ¿Qué vas a hacer allí?

—He pactado un servicio con él y retirará la demanda.

—¿Un servicio? ¿Vas con Violet?

—No, voy yo sola.

—¿Tú sola? No me gusta, esto no me gusta.

—No te pongas nervioso, no me pasará nada.

—¿Y Violet por qué no te acompaña?

—Porque no tuvo la culpa de nada y he querido sacarla de este servicio.

—¿Y eso por qué? No te hubieras tomado tantas molestias de no ser algo especial.

—No es especial, no empieces. Especial eres tú, ¿por qué te preocupas tanto?

—Porque te quiero y porque me escama mucho todo lo que tenga que ver con ese tío, Chanel. No soy tonto.

—Un poquillo sí que eres—disimulé porque estaba tirando de la madeja y no me interesaba.

—En serio, ¿qué vas a darle?

—Placer con este cuerpo, ¿te parece poco?

—Me parece que es de infarto. No obstante, ese tío puede tener el cuerpo que quiera, sin excepción, y a ti te la tiene jurada. Me cuesta creer que retire la demanda solo porque te acuestes con él. No te lo pondría tan fácil.

—Oye, pues se habrá antojado de mí, qué se yo. Maldita sea, Liam, deja de decir pamplinas. No te estoy mintiendo. Y ahora déjame, que necesito terminar de prepararme.

—Como quieras…

Salió del dormitorio y terminé de arreglarme. Un coche del jeque me recogería en la puerta. No lo hacía por caballerosidad, era una de las normas pactadas para asegurarse de antemano de que no le volvería a dejar tirado, haciendo el ridículo ante sus amigos.

Cuando estuve lista, salí. Y entonces me encontré con Ángela, que estaba en el salón.

—Yo… Yo quiero pedirte disculpas—titubeé.

—No pasa nada. Sé que lo has hecho por proteger a Liam y, solo que por eso, ya tengo que quererte—me dio un beso.

—¿Tú por qué eres tan asquerosamente perfecta? —le pregunté con una sonrisa.

—No soy perfecta, puedes estar segura de eso. Pero también de que le quiero… Le quiero con toda mi alma. Liam es mi alma gemela, estoy segura.

—Sí, sí, yo también lo estoy, porque sois los dos igual de tontorrones. Venga, quita de en medio, que me voy.

—Vas deslumbrante. El tipo que te tenga esta noche puede darse por dichoso.

Giré sobre mis talones. No, ese tipo solo se daría por vengado, porque era venganza lo que quería. Me debía odiar y sentía que me costaría mucho, porque no me acostaría solo con él, sino con cuatro tipos más.

Me resultaba muy imponente, hay que ponerse en el caso. Nunca había practicado ese tipo de sexo grupal y llevaba la carne de gallina.

Liam no salió a despedirse de mí. Era su forma de decirme que estaba en desacuerdo conmigo. Ya eran varios años de convivencia y nos conocíamos a la perfección. Y eso que no sabía la verdad, que le habría puesto totalmente enfermo.

El coche me esperaba en la puerta. Hasta el chófer me trató con aspereza, con apenas un saludo al entrar y ni una sola palabra por el camino.

Me sentí más sola que nunca y pensé en Carter, en ese Carter que, poco a poco, se había ido colando por las pocas grietas que debía haber en la coraza que siempre llevaba puesta.

Tomé aire al llegar a la verja de aquella mansión. A la nueva, a esa que habían colocado y que era distinta a la anterior, la cual nos llevamos por delante Violet y yo.

Capítulo 36

Entré en la mansión y, por primera vez en mi vida a la hora de hacer ese tipo de servicio, me sentí un rehén más que otra cosa.

El jeque charlaba en el salón junto con aquellos cuatro tipos. Al pasar por la puerta, me pareció que uno debía ser compatriota suyo y los otros tres norteamericanos.

No me gustó nada la pinta de ninguno y no porque fueran mal vestidos ni nada parecido, por supuesto que no era eso. Aquella era una panda de millonarios degenerados dispuestos a pasarlo bien conmigo.

Me llamó la atención que en esa ocasión no salió a recibirme ninguna chica de servicio. Era como si la casa estuviese a solas y eso me hacía recelar más. Quien salió fue el secretario del jeque, como la otra vez, quien no participaría de aquel circo.

Me dio más instrucciones sobre que tenía que pasar a una sala contigua, donde debería esperar y así lo hice.

Desde allí, noté cierto movimiento como si estuviesen transportando cosas al enorme salón en el que se supone que se celebraría la orgía.

Cuando por fin me dieron “permiso” para entrar, noté que había ciertos síntomas de preocupación en el rostro del secretario, el cual me condujo hasta el salón y salió por donde había venido.

Noté la lascivia en todos ellos cuando me vieron llegar tal como me habían pedido. Pero eso no fue lo peor que vi. En una de las paredes, habían colocado una vitrina con todo tipo de artilugios de *bondage* duro que me hicieron estremecerme hasta niveles que nunca hubiera sospechado.

—Así que ya estás aquí—murmuró el tipo sosteniendo mi barbilla. Sus ademanes de jeque todopoderoso me hacían vomitar.

—Estoy aquí, aunque creo que me voy a marchar. Lo he reconsiderado y no quiero hacer el servicio.

—¿Otra vez esta conejita piensa abandonar la madriguera? ¿Lo veis? ¿Veis por qué hay que castigarla? —le preguntó a los demás con una voz cavernosa y siniestra que me echó para atrás al máximo.

—Déjame, ¡¡déjame en paz!! —le pedí tratando de zafarme porque me había cogido por detrás y me estaba sobando. Se acabaron mis buenos modales con aquel criminal.

—Y ahora me pide que la dejemos en paz, cuando lo que queremos es guerra, ¿verdad? —les preguntó a los demás, quienes me miraban babeando y casi me hacían vomitar con solo verlos.

—¡¡Que me dejes en paz!! —le chillé de nuevo y entonces utilicé uno de mis zapatos de tacón para pisarle con todas mis ganas.

No sabía cómo saldría de esa, pero tenía que intentarlo porque el muestrario de látigos, fustas, cera, enemas, *plugs* anales de tamaño extremo y dispositivos de electroestimulación que veía en la vitrina me dejaba claro que de allí había más posibilidades de que saliera con los pies por delante que bien.

—¡¡Serás puta!! —me chilló.

No le contesté ni una palabra. No lo hice porque solo quería correr en dirección a la puerta. El jeque me agarró entonces por la cintura, cara a cara, al hacer que me volviera hacia él.

No me anduve con contemplaciones. Sin pensarlo, le di una fuerte patada en los huevos, con toda la fuerza que pude.

—¡¡Zorra!! ¡¡Me las pagarás!! —me chilló en ese momento en el que me cruzó la cara con un buen par de sonoras bofetadas, tras la cual me tiró sobre aquellos tipos.

—No te voy a pagar nada y no te tengo miedo—le aseguré.

—Nos vas a pagar a todos… A ellos no los conoces, pero jodiste sus coches. Son mis amigos y ningún putón como tú ofende en mi casa a mis amigos y se va de rositas, ¡¡y tampoco a mí!! —me chilló.

Me agarró en ese momento por el cuello, llegando hasta donde me tenían aprisionada entre todos. Miré entonces al techo y casi me desmayé. De él pendían diversos instrumentos de tortura. Los conocía bien. Nunca practiqué *bondage* duro pero, como profesional del sexo, lo había estudiado.

Me estremecí mucho más. Me habían tendido una trampa a la que llegué por mi propio pie. Aquello no estaba pensado para hacerme cosquillas, sino para practicar un sexo de predicamento extremo, que así se llama, cuyas consecuencias podían ser fatales para mí.

Sentía que me mareaba, aunque también que debía estar más lúcida que nunca. Entre todos, me arrancaron la ropa y me fulminaron con la mirada cuando me quedé solo con la interior, la cual me terminaron quitando a tirones, haciéndola trizas.

Hubo una vez en mi vida, años atrás, en la que me sentí tremendamente desamparada y con mucho miedo. Aquella situación me recordó a esa otra, si bien la primera no tuvo connotaciones sexuales.

Me sentí morir cuando bajaron aquella especie de plataforma del techo de la cual pendían unas bridas y unas cuerdas con las cuales comenzaron a atarme de cara a la pared.

Estaba aterrorizada, puesto que sabía que ese tipo de desalmados lo primero que hacen es fustigar a sus víctimas para doblegarlas, para que les duela hasta el alma y se dejen hacer.

Supe que iba a ocurrir cuando el maldito aquel tomó de la vitrina un látigo tremendo que no era precisamente de esos con las puntas de tela, suaves, que sirven poco más que para hacer cosquillas en pareja… Aquel estaba destinado a hacer daño, mucho daño.

—¡¡Ahora sabrás lo que es bueno!! —me chilló cuando lo blandió en el aire.

Me di por muerta. Iba a ser tal el daño que me hicieran que probablemente ni sobreviviera después de aquella dura sesión entre cinco. Miré al techo y le rogué al universo que no lo permitiese. Podía mostrarme fría, pero eso no me convertía en una mala persona, solo que la vida me hizo así.

—¡¡Señor, tenemos un problema!! —escuché decir entonces al secretario, que entró de improviso en el salón.

—Desgraciado, ¿cómo te atreves a entrar aquí así? —le habló.

—Lo siento, señor, pero su equipo de seguridad ha encontrado a un tipo fisgoneando en la entrada. Le han apresado y amenaza con llamar a la Policía si no le dejan entrar.

—¿Qué clase de anormal haría algo así? ¿Quién tendría tan poco cerebro para jugársela de ese modo?

A mí se me ocurría un nombre… El de la única persona, junto con Violet, que sabía que estaba allí, ¿lo habría hecho? ¿Liam se la habría jugado así por mí?

Esperaba que no… Cualquier otro menos él. Liam no se merecía que aquella gentuza le hiciera picadillo, lo mismo que me sucedería a mí.

—Señor, no se marchará. Creo que sus amenazas son serias…

—¿Que sus amenazas son serias? Hazle entrar. No sé de quién se tratará, pero esta noche deseará no haber nacido.

No pasó ni un minuto hasta que Liam entró en el salón. Lo habían apresado entre varios guardaespaldas y lo lanzaron por los aires, cayendo a los pies del jeque.

—¡¡Chanel!! ¿Qué te han hecho? —me preguntó con el pavor en sus ojos.

—Estoy bien, Liam, estoy bien. Huye tú que puedes, por favor. Esto es cosa mía…

—¡¡Malditos hijos de la gran puta!! Si le llegáis a poner una mano encima…

—¿Qué? —le preguntó el jeque dándole una patada en el pecho, pues cayó de rodillas delante de él. Le tiró de espaldas y luego se agachó, cogiéndole del pelo—. Te voy a enseñar modales, cabrón, ¿así que eres quien se tira a esta puta? Pues entonces bienvenido, porque has llegado a tiempo de ver cómo le damos una lección que no olvidará en su vida.

—¡¡Soltadla, cabrones!! ¡¡Soltadla u os mato!! —chilló.

—¡¡Que nos mata, dice!! —se dirigió hacia los demás—, ¿le damos un escarmiento antes a él?

—¡¡No, por favor!! ¡¡Soltadle, os lo ruego!! —chillé.

Comenzaron a patearle en el suelo y me sentí morir. Cada una de las patadas que recibía, juro que me dolía como si la estuviera recibiendo en primera persona.

—¡¡Soltadlo, que lo vais a matar!!

—Pues una rata menos. La podríamos enterrar aquí mismo, en mi jardín, y no se enteraría nadie, ¿quieres correr la misma suerte? —me preguntó el jeque mientras me pasaba amenazante el mango del látigo por la cara.

—Señor, tenemos otro problema—habló entonces de nuevo el secretario, quien entró tan rápido como descompuesto.

—¿Qué puto problema tenemos ahora, panda de inútiles? ¿Es que no podéis solucionar nada por vosotros mismos?

—Lo siento, señor. Se trata de una chica, dice que quiere entrar y que no se irá.

—¿Es guapa o se trata de un callo? Porque si es fea, la ejecutaré en la misma puerta.

—No, señor, es una chica muy bella, latina.

—¡¡Ay, Dios!! —me dije entonces temiéndome lo peor.

No me equivoqué. Ángela entró custodiada por otros cuantos guardaespaldas.

—Amor, te dije que no entraras bajo ninguna circunstancia, ¿por qué lo has hecho?

—Porque temí que te hicieran esto, ¿cómo estás? —se agachó llorosa.

—Estoy bien, estoy bien—le decía Liam con el rostro ensangrentado, pues hasta en él recibió.

—Está mucho mejor de lo que estará en un rato, encanto, ¿y tú de dónde has salido? Menudo regalito—la desvistió el jeque con la mirada.

—¡¡Si le pones un dedo encima te mato!! —le chilló él.

—Qué positivo eres, ¿así te has ligado a este monumento? Suerte que esta noche descubrirá lo que son hombres de verdad y no pusilánimes como tú.

La cogieron entre ambos. Ella le hizo un gesto de que uno de los guardaespaldas le quitó el móvil y entendí que significaba que no le dio tiempo a llamar a la Policía.

Estábamos perdidos, los tres lo estábamos.

—Te lo pido por favor. Haz conmigo lo que quieras, pero suelta a mis amigos—le rogué.

—Tienes mucha fe. La fe es buena. Yo creo en mi dios, ¿sabes? Y me ha ido muy bien en la vida.

—Si existe tu dios, dejará de irte bien. Eso dalo por seguro.

—¡¡No blasfemes, puta!! —me dio un golpe en la mejilla y me la hizo arder.

A continuación, se fue para Ángela y le dio otro similar. En mi caso seguía atada, pero en el suyo cayó de espaldas y uno de los tipos la sostuvo.

—A partir de ahora, ella correrá tu misma suerte.

—¡¡No!! —chilló Liam.

—¡¡Lleváoslo!! —ordenó—. O no, dejadlo aquí. Este es el compañerito de piso de la zorra y el novio de esta otra zorrita, que sufra mirando.

—Te has tomado tu tiempo para investigarnos, por lo que veo—le solté con el rostro tan dolorido que me costaba hablar.

—Uno siempre debe saber de quién se rodea. La seguridad es lo primero—me contestó.

Yo, que siempre tuve eso por bandera y que fui tan comedida, había acudido en aquella ocasión directa a la trampa. Y lo más doloroso era que arrastré a mis amigos conmigo.

—¡¡Te juro que me las pagarás!! —decía Liam cuando escuché que le sonaba el móvil al jeque.

—Lo siento, ahora no puedo atenderte—comentó a quien lo había llamado—. ¿En la puerta? ¿Y qué haces en la puerta? Te digo que ahora mismo no puedo… Está bien, ¿qué tienes que ver tú con todo esto?

Le vi salir muy nervioso. No sabía con quién estaba hablando, pero al volver a entrar en la casa escuché la voz de Carter.

—Sé que ella está aquí, no me lo vayas a negar. Hay muchas maneras de arreglar esto. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas.

Mi asombro era total. Nunca hubiera imaginado que vendría a mi rescate esa noche ni que le hablara en esos términos a alguien con tan malas pulgas como el jeque. ¿Cómo se había enterado?

—¿Qué dices de por las malas? Te tengo por un respetable hombre de negocios, Carter, ¡¡no lo jodas todo por una puta!! ¿Qué te une a esa tipa? ¿Qué estás haciendo? ¡¡Suelta esa pistola!!

A continuación, entraron ambos en el salón. Posó su vista en mí y sentí que le dieron arcadas al verme en tal situación. Traía al jeque encañonado por la cabeza.

—¡¡Tirad las armas y que nadie se mueva!! —gritó tanto a los guardaespaldas como al resto.

—Carter Lennox, qué alegría verte—le dijo Liam quien, como un pato mareado por los muchos golpes que se había llevado, trató de ponerse de pie.

Ángela corrió hacia él y lo abrazó.

—Pobre mío, pues no sé ni cómo lo ves… Mira cómo te han puesto los ojos.

—Más bien lo he oído, pero bueno.

La situación no podía ser más delicada. Los guardaespaldas miraron al jeque y él les chilló.

—¿No le habéis oído, panda de imbéciles? ¡¡Todas las armas al suelo!! ¿O vais a dejar que me mate?

—Yo misma te mataría si pudiera—le hablé.

—¡¡Soltadla de inmediato!! ¿Estás bien, Chanel? —me preguntó.

—Estoy bien, no me han hecho nada, Carter—le contesté avergonzada porque se veía a las claras lo que fui a hacer allí.

—Que den gracias al cielo por eso o les saco el alma aquí a cada uno. Me alegro de conocerte, Liam, ¿cómo estás? —miró a mi amigo.

—He tenido días mejores, Carter. Siempre quise tener un coche de tu marca, pero me ha dado más alegría verte que poseer uno de esos.

—Da por hecho que lo tendrás. Te regalo el que quieras cuando saquemos a las chicas de aquí, ¿te parece?

—No hace falta que me regales nada, las vamos a sacar, colega.

—Lo prometido es deuda, tendrás ese coche—parecía que él mismo se motivaba al decirlo.

En ese momento, sentí que todo nuestro plan se desmoronaba al ver aparecer al secretario del jeque con otra pistola, encañonando desde atrás a Carter.

—Suéltalo o eres hombre muerto—le dijo.

—Tendrás que matarme. De aquí no me voy sin ellos—le contestó.

—Qué duro, ¿no, Carter? ¿Qué te has creído? De nada te valdrá tu fortuna cuando estés fiambre—le aseguró el jeque.

—Ni a ti la tuya, porque caeríamos ambos a la vez.

La tensión se podía tocar con las manos en el ambiente cuando, de pronto, vimos a entrar a aquel grupo de operaciones especiales con su uniforme al completo y dando gritos.

—¡¡Entregaos!! ¡¡Estáis todos detenidos!! —chilló el que debía ser el jefe del operativo.

—Suerte que habéis llegado, se me ha hecho muy largo—les miró Carter, quien les había llamado, era obvio.

—¡¡Aprieta el gatillo!! —le ordenó el jefe a su secretario—. Prefiero que este miserable me mate si también cae él—se refirió a Carter.

—No quieras demostrar ahora que tienes huevos cuando mira lo que les haces a las mujeres indefensas—me señaló.

—¡¡Que aprietes!!

—No, señor… Si lo aprieto me matarán y tengo familia. Prefiero que me vean en la cárcel que muerto.

—Muertos de hambre se quedarán porque no volveré a pagarte, desgraciado de mierda, ¡¡que dispares!!

El secretario tiró el arma y suspiré aliviada. En cuestión de unos segundos, todos estaban apresados y reducidos en el suelo.

—Carter Lennox, eres un canalla, y pensar que estuviste como invitado en mi casa, ¿no te da vergüenza?

—¿Vergüenza? Mira a tu alrededor y dime lo que ves, criminal, que eres un criminal—le decía mientras me desataba.

Me abracé a él. Yo sí que sentía mucha vergüenza, si bien él no parecía censurarme para nada con la mirada. Más bien me miraba con amor, con mucho amor, con el mismo que me abrazó.

—Carter, ¿cómo has sabido que estaba aquí? Yo, yo…

—Lo he sabido por Violet, ella me llamó preocupada después de que Liam la telefoneara.

—¿Todos estabais en el ajo?

—Yo la llamé porque no me quedé tranquilo cuando te fuiste y le dije que vendría a olisquear por la casa—me contó Liam.

—Qué locura, de verdad—murmuré.

—Y yo le dije a Liam que aguardaría en la puerta cuando quiso entrar para ganar tiempo.

Sospechaba que no estaba pasando nada bueno aquí. Mi cometido era llamar a la Policía, pero me apresaron y me quitaron el móvil—añadió Ángela.

—Violet estaba inquieta y no podía dar con ellos, así que me llamó y me dijo dónde estabas y que tenía miedo.

—Y tú cogiste un arma sin pensarlo, también han podido matarte.

—Antes me tiro a su yugular de un bocado—señaló al jeque—. Llamé a la Policía desde la puerta porque sospeché que la cosa era seria.

—Y vinimos lo antes posible. Me llamo Edward y soy el jefe del operativo, ¿quién de ustedes ha recibido daños aparte de este hombre? —señaló a Liam, que estaba hecho un cristo.

—Sois todos unos mierdas, ¡¡todos!! Soy un hombre muy importante en mi país, ¡¡soy intocable!! —nos chilló el otro.

—Las cosas no funcionan así. Será juzgado con todas las garantías. Ya le estábamos mirando con lupa porque habíamos recibido un chivatazo de que sus perversos gustos le llevaban a torturar a chicas. Tenga presente que no volverá a ver la luz del día salvo en el patio de la cárcel, donde de nada le valdrá todo su poder, lo mismo que a sus amigos—le aseguró Edward mientras le esposaba.

Vimos cómo se los llevaban y Carter me seguía abrazando.

—Les necesito a todos en comisaría. Va a ser una noche muy larga—nos advirtió.

—Allí estaremos, no lo dude—le contestó.

—Usted debería pasar antes por el hospital. Le esperamos más tarde a no ser que le dejen ingresado. La ambulancia viene de camino—se dirigió a Liam.

Me acerqué a él y le abracé también.

—Te han podido matar, menuda paliza te han dado. Si hay algo que pueda hacer, si yo puedo…

—En realidad sí que hay una cosa que puedes hacer, cariño.

—Dime, haré lo que sea, lo que sea…

—Empieza a confiar en los hombres, por favor—me pidió mirando a Carter.

—Trataré de hacerlo—suspiré.

—No lo trates, hazlo. Iban a maltratarte físicamente, esos tipos iban a hacerlo y es un crimen, aunque no es menos el que te haces cada día, te maltratas con una supuesta necesidad de soledad. No lo hagas más. Te quiero mucho, Chanel.

—Piénsalo, hay hombres como ellos que merecen la pena—añadió Ángela.

Capítulo 37



Estuvimos prestando declaración en comisaría. Cuando íbamos saliendo, llegaron Ángela y Liam.

—¿Qué le han dicho? —le pregunté a ella.

—Oye, que te puedo contestar yo también. La lengua no me la han pateado.

—Pues debe ser lo único, corazón.

—¿Chanel me ha llamado corazón? Que lo metan también en la declaración. Es señal de que cosas muy raras nos están pasando.

—Venga ya, ¿qué te han dicho?

—Un par de costillas contusionadas y moretones hasta en el cielo de la boca. Nada que no se cure con unos días de mimos.

—Se los daré, no te preocupes—me comentó ella.

—Pero te vas en unos días, ¿no es así? Sé que planeas quedarte a vivir pronto en Nueva York, aunque no creo que de momento…

—Si es lo que le estaba diciendo a mi amiga antes por teléfono, cuando me escuchaste, que no quería contarle nada hasta que no fuera del todo seguro, pero parece que me puedo cambiar de aerolínea casi de inmediato. No creo que tenga que volver más que a recoger mis cosas a Brasil, y eso puede esperar.

—No, si resulta que a ti te va a salir el cuento al completo, ya lo verás.

—Será porque soy un prota bueno y me lo merezco, niña.

—Y magullado también, que parece que te ha pillado el metro, pobre mío.

Les dejamos declarando. Me notaba muy cansada y ellos le pidieron que me acompañase. Carter estaba encantado y eso que las circunstancias fueron las que fueron esa noche.

—Carter yo… Siento haberte mentido, no hay nadie más en mi vida. Es decir, no hay otro hombre—miré hacia el suelo del coche una vez montada.

—Vente a pasar la noche conmigo. Tenemos muchas cosas de las que hablar, ¿sí?

—Supongo que te lo has ganado.

—Y tanto que me lo he ganado. Con los bombones quieres decir, ¿no?

Arrancaba guiñándome el ojo cuando vimos avanzar en dirección a la puerta de la comisaría a Violet, a quien habían citado y quien estaba al tanto de todo porque la telefoneamos.

—Lo siento, chicos, ¿cómo estáis? No he podido llegar hasta ahora—nos comentó muy nerviosa.

—¿Un atasco a estas horas? Si ya son las tantas. Menos mal que no conduzco porque cada día está peor el tráfico en esta ciudad.

—¿Qué atasco? En todo caso sería de mis tripas, pero no. Es justamente todo lo contrario. No me podía levantar del wáter después de saber todo lo que os ha sucedido. ¿Cómo estáis?

—Bien, cariño, estamos bien. Suerte que te dio por llamar a Carter porque si no, podría no haberlo contado.

—Mira, es que me echo a morir solo de pensarlo. No sé para ti, pero para mí se ha terminado esta profesión. Todo lo que tengo, lo voy a invertir. Hablaré con Liam.

—Me parece sensacional, cariño.
—Y tú deberías hacer lo mismo, yo no es por nada.

—Venga, nos vemos, ¿ok?

Nos fuimos a casa de Carter. Al contrario de lo que hubiera sucedido con otro hombre, no mostró ninguna impaciencia por saber. Su gesto denotaba paz una vez que me tuvo consigo.

Llegamos a su casa y, antes de que le contara, me dijo que tomara una ducha. No entró conmigo, sabía que no era sexo lo que necesitaba esa noche, sino compañía y comprensión.

Cuando salí, me había preparado una taza de deliciosa sopa caliente que me vino genial para el cuerpo.

—Esto resucita a un muerto, de veras, qué rica—murmuré sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Tú misma podrías estarlo. No sabes el miedo que pasé por ti desde que Violet me llamó, ¿cómo te encuentras?

—Muerta, pero de vergüenza. Soy escort, no prostituta, escort… De todos modos, ya sabes que mi profesión incluye servicios sexuales muchas veces. Nunca orgías, eso iba a hacerlo por primera vez para saldar mi deuda y la de Violet con ese malnacido.

—Sois las chicas que causasteis los destrozos aquella noche.

—Eso es. Aquella noche en la que hui porque te vi entre los invitados del jeque y no quise que descubrieras mi secreto. No quería que tu concepto de mí cambiase porque en el fondo… en el fondo ya me gustabas—le confesé.

—Lo doy todo por bien empleado ahora que te escucho decir eso.

—Pero ¿no te repugna conocer mi secreto?

—¿Repugnarme? Lo sé desde el primer momento, yo también te vi aquella noche cuando salías de la casa.

—¡¡Maldita sea!! ¿Y por qué no me dijiste nada?

—Porque eso formaba parte de tu intimidad y no quería hacerte sentir mal y porque deseaba, desde el fondo de mi corazón, poder conquistarte y sacarte de esa vida para siempre.

—¿Sacarme de esa vida? Es todo lo que sé hacer, lo que he hecho siempre y lo que me ha dado…

—Mucho dinero, lo sé. No lo necesitarás si estás a mi lado y podrás dedicarte al Márquetin si quieres.

—¿También has investigado eso?

—No, me lo contaste la noche que nos conocimos en casa de Pol, ¿no lo recuerdas?

—Ya no lo recordaba, la verdad. Esa noche estaba demasiado nerviosa.

—¿Yo te pongo así de nerviosa?

—Tú me pones mucho… Y nerviosa también.

—Esa es la parte que más me gusta de esta noche.

—Así que conocías mi secreto y no te ha importado.

—No puedo juzgar a nadie por su pasado, aparte de que tampoco soy juez.

—Es una buena respuesta, de un tipo inteligente. Y hablando de eso, ¿qué hacía un hombre como tú en casa de ese miserable?

—Me llamó para hacer negocios. Lo conocí esa misma noche y, con todo el revuelo, como que no pudimos hablar de nada.

—O sea, que te jorobé la posibilidad de ganar una millonada.

—No la necesito y, además, que no quiero hacer negocios con una sabandija como esa.

—Así se habla.

—Lo que no significa que dejes de estar en deuda conmigo por ello.

—Vaya, ¿y cómo puedo saldarla?

—Con un beso. Dame un beso, Chanel.

Había llegado el momento de la verdad. Carter deseaba ese beso tanto como yo deseaba dárselo. Y en medio de todo ese maremágnum de sentimientos, acercó sus labios a los míos y le besé… Le besé con tanta pasión que apenas podía creerme que estuviera saliendo de mí.

Tras ese beso, me quedé abrazada a él, en su sofá, y el sueño comenzó a rendirme. Cuando le pareció que estaba lo suficientemente cansada, me llevó en brazos a la cama.

Como siempre, fue muy cauto y no hurgó en la herida. No me preguntó por qué elegí ser escort ni nada parecido. Se limitó a pedirme que lo dejase, lo mismo que Liam.

—Dime una cosa—le pregunté al borde del sueño.

—Claro, ¿qué quieres saber?

—Cuando hace unas horas te dije que había alguien más en mi vida, ¿me creíste?

—Solo en parte…

—¿En qué parte?

—Creí que había alguien más, pero no vivo. Me refiero a que debían ser fantasmas. Fantasmas con la suficiente fuerza como para que no quisieras ser nada mío. Y por eso colgué. La suerte estaba echada.

—Tú no dejarías de intentarlo, ¿o sí?

—No, no pensaba dejarlo. A mí me gusta tentar a la suerte.

Capítulo 38

Desperté en sus brazos. Me sentía muy contenta de tenerle allí. No había sido una noche fácil.

—Preciosa, ¿has tenido pesadillas? Hablabas entre sueños y te removías.

—Me temo que sí, Unas pesadillas horribles con ese tío.

—Lo entiendo. Sabes que me encargaré de que no vuelva a salir de prisión en la vida como dijo Edward, ¿cierto?

—Cierto.

—Mis abogados serán implacables.

—También los suyos, no lo olvides. Conozco uno que tiene guasa.

—No más que los míos y piensa en que ha sido él quien se ha saltado la ley. Un salto olímpico ha dado el muy maldito.

—Tendríamos que ir a ver a Liam, ¿no te parece?

—Por supuesto. Además, que si está en condiciones de acompañarnos, tengo un regalo que hacerle.

—¿Le vas a regalar el coche?

—Claro. Gracias a él te encontré sana y salva. Y también a Violet. A ella le devolveré todo lo que pagó por el suyo.

—¡¡Toma ya!! Se van a volver locos, con lo que les gustan los coches.

—También habrá uno para ti. Lo personalizaremos como quieras…

—No, eso sí que no. No quiero un coche para nada. No sería un regalo que aceptase de buen grado.

—¿Cuál podría hacerte entonces?

—Un viaje, me gustaría hacer un viaje contigo. ¿Crees que podremos?

—¿Y por qué no podríamos? Iremos donde quieras, ¿al Caribe por ejemplo?

—No, quiero ir a Europa, porque nunca la he pisado.
—¿No? Eso lo tenemos que remediar. ¿Dónde te gustaría?

—Deseo visitar París. Pol habla maravillas y Rose también.

—¿Directa a la ciudad del amor? ¿No constituye un peligro para ti?

—No me digas eso que me lo pienso dos veces.

—No lo hagas. París bien vale que te vacunes de esa extraña alergia tuya. Lo preparé todo.

Llegamos a mi casa y allí estaba la parejita. Les abracé a los dos al mismo tiempo.

—¿Cómo has dormido, cariño? —le pregunté a Liam.

—A ratos, me duelen hasta las pestañas, aunque estoy muy contento porque todo salió bien.

—Me alegra mucho escucharlo. Supongo que Ángela te estará cuidando mucho, al final va a ser tu angelita de la guarda. Y también la mía—la miré.

—Ay, qué bonito eso que dices—me devolvió el abrazo.

—Gracias, tú también te jugaste el pellejo al entrar en esa casa. No veas…

—Lo hice por vosotros dos, por Liam y por ti, y no me lo pensaría a la hora de volver a hacerlo.

—Ay, si al final tendré que quererte a ti también.

—Yo creo que sí, que se lo debes—se encogió de hombros Liam.

—Ella también se merece un premio. Se me había ido por alto—me soltó por lo bajini Carter.

—Y se lo lleva cada noche, el premio digo. No veas si chilla la condenada, como si la estuvieron matando.

—¿Qué cuchicheas de mí? —me preguntó.

—Nada, bonita, nada. Que te vas a llevar otro premio gordo.

Aunque magullado hasta las cejas, Liam estuvo en condiciones de acompañarnos hasta la fábrica de coches, donde Carter le ofreció que escogiera uno.

—Tío, no es necesario. Yo lo haría una y mil veces—le recordó porque no lo había más legal.

—Lo sé y, aun así, quiero que te lleves una alegría.

—Pues esta preciosidad podría dármela entonces—afirmó mirando un modelo deportivo que le iba como anillo al dedo.

—Me voy a poner celosa. Qué miradita le has echado—silbó su chica.

—Ni la mitad de la que te echo a ti, bombón brasileño—le dio una palmada en el culo.

—Creo que sobramos. Igual les va el morbo de montárselo aquí, rollo taller y tal…

—Vale, pero nos iremos cuando también Ángela escoja uno.

—¿Yo? Pero ¿por qué?

—Porque también te jugaste el pellejo y quiero que disfrutes de un cochazo cada día que te recuerde lo guay que eres—le contestó Carter.

—Si eso ya me lo recuerda Liam cada día…

—Qué mona. Da igual, tú cógelo—le dije.

—Lo dices como si se tratase de un caramelo. Es un cochazo, porque aquí todos lo son.

—Y si me lo permites, aquel modelo tipo sub lo veo muy de tu estilo, ¿no te parece? —le señalé uno.

—¿Te has fijado también? Yo le tenía echado el ojo.

—Pues entonces no se diga más. Adjudicado a la una a la señorita, adjudicado a las dos y adjudicado a las tres…

Nos echamos unas buenas risas y luego fuimos a comer a casa de Carter. Quería que la conocieran y agasajarlos.

—Menuda chabola—silbaba ella.

—Es para perderse aquí. Tirar la llave y vivir de por vida—señaló Liam.

—Deja, deja, es una maravilla y no por ello hay que olvidarse de ver mundo—le comenté.

—¿De pronto quieres viajar? No te lo has permitido en estos años en los que amasabas billetes —rio mi amigo.

—No vuelvas con esas que cobras más que una alfombra al quitarle el polvo, ¿me oyes?

—Pues ya sería lo que me faltase, guapa, como he cobrado poco.

—Eso es verdad, amor, que te han dejado baldado. Y, ¿dónde queréis ir? —se dirigió Ángela en ese instante a mí.

—A París, lo tenemos decidido.

—Por favor, qué buena elección. Yo me he llevado años viajando por todo el mundo y París nunca defrauda.

—Igual que ella, que no me va a defraudar—le comentó Carter.

—No te las prometas tan felices, que yo soy de liarlas mucho.

—Eso es verdad. Tiene un gran corazón, también te lo advierto. Ahora bien, hay que buscarlo porque tiende a enterrarlo—le comentó Liam.

—Estoy haciendo todo lo posible por sacarlo a flote y en París espero encontrar un gran aliado para eso—le respondió Carter.

—Me estoy empachando un poco con tanto dulce, cuidadín. Os lo digo a todos.

—Ella es así, Carter. De todos modos, estás haciendo un gran trabajo. Nadie había llegado tan lejos con ella como lo estás haciendo tú. Y hace años que la conozco.

—Sí, sí, que este la conoce estupendamente. No te enceles, que yo tampoco lo hago—le comentó Ángela quien, como Liam no podía beber por las pastillas para el dolor, estaba bebiendo por los dos.

Nos lo estábamos pasando de maravilla. Se trató de un almuerzo sensacional rodeada de gente magnífica. Gente que, justamente, eran mi gente; la que una escoge para hacer más fácil el camino de la vida, ese en el que en ocasiones nos topamos con grandes piedras.

Me hacía enorme ilusión ese viaje a París y con él. Ante mí se abría una nueva vida y tenía que abrazarla. Debía dejar atrás ese objetivo por el que luché durante años y que fue en vano, porque no me llevó a nada. Debía abrirme a la vida y tratar de ser feliz.

Capítulo 39

Esa misma tarde fuimos a ver a Pol. Cuando le contamos, se hacía cruces.

—Ay, mi niña querida. Si te llegan a hacer algo, yo es que me muero… Llevamos años tratándonos y te he cogido mucho aprecio.

—A partir de ahora, nos trataremos de un modo distinto, Pol—reí.

—Oye, espero que tú no me lo tengas en cuenta—miro a Carter—. Ni siquiera le he puesto jamás un dedo encima a ella ni a Violet. Lo único que me interesaba de ambas era la belleza de las escenas, muy plásticas y motivadoras.

—Marchantes de arte, qué te voy a contar—le di un abrazo.

—Yo no te lo tendré en cuenta en absoluto, Pol. Gracias a ti la he conocido.

—Y estás tan enamorado de ella como yo de esa otra obra de arte con patas que viene por ahí, miradlo.

Giramos el cuello y vimos avanzar a Henry, quien también estaba sensacional de físico, en bañador tras salir de la piscina climatizada.

—No me digas que vosotros…

—Estoy en ello, pero para eso tengo que pedir el favor de la Virgen de Lourdes, que es francesa y muy milagrosa, pero no sé si estará por la labor de ayudar a un pecador como yo.

—Pero si eres muy buena gente.

—Buena gente es, pero pecador también—nos sonrió Henry.

—Si ya no tengo peligro, mira la que me cayó encima—miró al techo.

—No, la lámpara no te cayó—bromeé.

—No, esa si se me cae encima me deja en el sitio. Me refiero a lo demás… La silla…—suspiró—. Entiendo que él…

—La silla no es un obstáculo entre nosotros—le recordó con mucho cariño Henry—, lo es la falta de confianza.

—Si solo te quiero a ti, ¿cómo te lo puedo demostrar?

—Lo tienes francamente difícil…

—Y así todo el día, no hay manera de convencerlo y eso que lo quiero con locura. Qué hombre…

—Nosotros queremos ir a París, Pol.

—¿A mi París? Qué buena idea, niña. Yo he hecho una promesa: no volveré hasta que Henry lo haga conmigo.

—Ay, Dios. Me voy a dar una ducha—suspiró el otro.

—Estoy muy contenta, Pol. Por fin voy a ver todos esos sitios impresionantes de los que siempre me has hablado. Y con mis propios ojos.

—Es lo único que cuenta, querida. Lo que veas con los tuyos. Nunca dejes que nadie te cuente lo bueno de la vida. Eso lo tienes que comprobar por ti misma.

—Eso mismo le digo yo…

—Tú hazle caso a Carter. Él siempre ha sabido vivir.

—Prefiero no hacerle mucho caso que siempre se sale con la suya, Pol.

—Mi trabajo me cuesta, no me sale gratis.

—Ya he escuchado cosas al respecto. El mundo es de los valientes, Carter.

—Opino lo mismo.

—¿Y dónde os alojaréis?

—Yo siempre lo hago en el mismo hotel cuando…

—Deja, deja, Carter. Ella necesita una experiencia más personal esta vez. Un lugar con vida propia, creado expresamente para que los sentidos explosionen uno tras otro—pareció entrar en trance.

—Qué místico eres, Pol—observé.

—¿Y dónde puede crearse esa explosión en tu opinión? Eres el parisino.

—En mi castillo, naturalmente. No vais a encontrar otro lugar con más encanto para alojaros en todo París.

—¿Nos prestas tu castillo? —le pregunté.

—Lo dices como si fuera un libro. Un castillo no se puede prestar. Lo que se puede es permitir su entrada deseando que los demás experimenten lo mismo que uno en él. Si lo hacéis, descubriréis un nuevo mundo de sensaciones.

—O sea, que se trata como de aceptar un reto.

—Lo has captado, niña. Eres muy inteligente. Una pregunta, ¿qué tal Violet?

—Está bien. Lo va a dejar igualmente. Se asustó mucho con todo lo sucedido.

—Chica lista. Tiene buen olfato para los negocios, lo mismo que tú.

—Exacto. Por eso me las presentaste como las emprendedoras del siglo—le recordó Carter.

—No me lo tengas en cuenta que te quedas sin castillo y entonces corres también el riesgo de quedarte sin cuento. En mi castillo ocurren cosas que en ningún otro lado.

—¿Y por qué no te llevas a Henry allí? Igual se obra el milagro.

—Lo estoy intentando. Lo que se sucede es que es muy listo y no quiere.

—Y que te conoce. Sabe que te has emperrado y que será complicado que no te salgas con la tuya.

—Es cierto. Y en París, más complicado todavía. Por eso no quiere venir conmigo.

—Sois ideales los dos. Formáis una pareja preciosa.

—¿Pareja? Ojalá—suspiró.

—Sois un par, pase lo que pase, seréis pareja. Volváis juntos o no—aprecié.

—Se lo estás diciendo a un millonario excéntrico y caprichoso. No me vale con eso.

—Conozco bastante bien tus caprichos, sí.

—Pues entonces no se diga más. Cuando volváis, trataré de llevármelo allí. Lo trataré más todavía, digo.

—¿Y si no volvemos? ¿Y si nos quedamos de okupas allí? —le retó Carter.

—Cuidado, chaval, que te quedas sin llave y sin cuento.

—Ya tengo aquí a la princesa, Pol, eso no puede ser.

—Pero el cuento no se termina hasta que no comes las perdices con ella.

—Eso no lo hemos hecho todavía.

—Pues será de lo poco que no hayamos hecho, porque con la marcha que tienes—le recordé.

—La marcha me la provocas tú. Sin ti no sería nada.

—No cuela en absoluto. La marcha la tenías ya cuando te conocí.

—No lo recuerdo. Es que mi vida sin ti era muy aburrida.

—No le hagas caso, siempre supo vivirla como yo.

—Ya me lo imagino, Pol. Es que le gusta hacerse la víctima. Conmigo no le valdrá.

—Ten cuidado, es lista, tiene buen olfato para todo y se las sabe como nadie.

—¿Es una mujer o un peligro en potencia, Pol?

—Es una mujer explosiva, mi querido Carter.

—Tú sí que eres explosivo, Pol. Dinamita pura…

—Lo era antes, niña. Ahora me he quedado sin mecha…

Capítulo 40



Dos días más tarde, cuando estuvo aclarado todo el suceso con el jeque, nos pusimos en marcha.

Habría de celebrarse un juicio, por descontado y, sin embargo, contábamos con la enorme baza a nuestro favor de que les pillaron con las manos en la masa. A él y a sus compinches, a quienes también les quedaba una buena temporadita a la sombra.

Ni que decir tiene que se les acabó el chollo de exigirnos nada más a Violet y a mí. Como gesto de buena voluntad, y para tratar de lograr algún beneficio que finalmente no llegaría porque la habían liado parada, retiraron la demanda.

Mi patrimonio quedó intacto, igual que el de mi amiga. Y la reputación de todos aquellos malhechores hundida de por vida. Tras mi denuncia, otras chicas declararon dando fuerza a un relato que los sumergiría en el lodo. No era la primera vez que maltrataban a algunas de ellas esos malditos.

Las pesadillas aún me asaltaban, aunque sabía que era cuestión de tiempo que desaparecieran para siempre. Volar junto con Carter rumbo a París era la mejor medicina que podía tomar para paliarlas.

Lo había logrado. Carter se metió en mi corazón, el cual estaba enterrado. Se empeñó tanto que dio con él y con la intención de okuparlo, igual que haríamos con el castillo del bueno de Pol.

—De verdad que no se lo tengas en cuenta—bromeaba en el avión—. Ese gay cascarrabias solo veía en nosotras una expresión de la belleza, ya lo sabes.

—No se lo tendré. Es que no se puede ser tan bellas, sobre todo tú.

—Violet es mi mejor amiga.

—No tienes muchas, ¿verdad?

—No, mis amigas quedaron atrás hace años.

—¿Y qué hay de tu familia? ¿No los ves? Nunca hablas de ellos.

—Me encontré con mi hermano Nick en el despacho de mi antiguo abogado hace poco, cuando el jeque nos demandó.

—¿Le había demandado también a él? Pues sí que es listo el tío.

—No, claro que no. Nick es abogado, uno de los mejores de Nueva York, por lo visto.

—¿Hacía mucho que no le veías?

—Años, hacía años.

—Y eso ¿por qué?

—Hubo problemas con mi familia—carraspeé.

—¿Con toda tu familia?

—Los tuve con mis padres y Nick entró en el pack, simplemente.

—¿Y por qué los hubo?

—Me gustabas más antes, cuando no preguntabas.

—Antes no estaba junto a ti. Si, lo estaba, de otra manera. No como ahora… Ahora es distinto.

—Ahora tendrás que confiar en mi palabra y no meterte. Es algo entre ellos y yo.

—Pero quizás fueras más feliz si te reconciliases con ellos.

—Ni en sueños. No hay reconciliación posible. Para mí están muertos. Y lo de Nick es un daño colateral.

—Es que no quiero daños en tu vida, amor.

—Lo sé y podrás evitar los que me vengan a partir de ahora. No los del pasado, esos ya dejaron muescas.

—No deseo que lleves muescas en tu preciosa piel.

—Pues entonces me tatuaré algo encima, ya que las tengo. No quiero hablar más de esto, Carter.

Le di a entender que para mí era importante guardar silencio al respecto. Hay heridas en las que no se debe hurgar porque están cerradas en falso y no me permitiría que volviesen a sangrar.

Hacía años que todo aquello quedó atrás. La antigua Chanel resurgió de sus cenizas y se hizo una mujer fuerte e independiente. La misma que no necesitó a nadie más hasta que encontré el amor en Carter.

Yo misma estaba muy sorprendida. Quererle como le estaba comenzando a querer no era algo que entrase en mis planes. Y durante aquellos años de vida adulta en los que tomé las riendas de la mía, lo tuve todo planeado.

Carter me cuidaba en todo momento y lo mismo hizo durante aquel vuelto que me llevaría a Europa, ese lugar en el que nunca aterricé pese a las muchas ganas que tenía de hacerlo.

No me había permitido vivir. No cuando solo perseguí un objetivo que motivó mi vida al completo, el mismo que se terminó desvaneciendo entre mis dedos porque nunca llegó a cumplirse.

Supongo que pensé que la vida iba de que una tiene que saber cuándo apartarse, dando un paso al lago… No se puede vivir en una espera eterna sin correr el riesgo de que la vida pase y lo único que hayas hecho sea eso… Esperar y esperar.

Era hora de comenzar a vivir, dejando de sobrevivir, porque mi vida había sido tan lujosa como agónica. Esos años los veía como si fueran flases y lo único que hubiese hecho fuese tratar de nadar contra corriente.

En París encontraría una de las ciudades más hermosas del mundo, junto con la posibilidad de vivir unos ´días fantásticos al lado de un hombre que me había demostrado que, aun sin conocerme apenas, era capaz de arriesgar su vida por mí.

A veces tenemos que aferrarnos a lo que está pasando en realidad y dejar en el pasado el fantasma de lo que pudo ser y no fue. A veces hay que abandonar eso por lo que siempre te levantaste, por lo que viviste y con lo que soñaste… A veces debes entender que, quizás, una vida nueva pueda enterrar una antigua y, junto con ella, a todos sus fantasmas.

—Ya vamos a aterrizar, preciosa—me dio un beso.

—¿Cuántos van en este viaje?

—No lo sé, ¿un millón? Ahora que puedo dártelos no pienso renunciar a ese placer ni tampoco a ninguno más.

—Eso ya me lo imagino.

—Quiero que vivamos aquí los días más apasionados del mundo, quiero que no desees volver.

—¿Okupar el castillo? No sería mala idea, aunque igual a Pol le mosquea un poco.

—No, donde deseo que no quieras volver es a tu vida anterior. A Nueva York tendremos que regresar.

—¿Sí, no? Pues entonces regresaremos. Lo haremos juntos, me hace ilusión.

—¿Has dicho ilusión? No sabes lo que me supone escuchártelo.

—Pues me hace ilusión, ilusión, ilusión—le repetí.

Capítulo 41



Creo haber comentado en alguna ocasión que mi amigo Pol era el hombre más original que conocía. La persona en general, más bien diría.

De entre todos los adjetivos que pudiera buscar para calificarlo, el que más se correspondía con su personalidad era el de irreverente, estoy segura de lo que digo.

Su castillo, también lo tenía claro, debía ser un alarde de exclusividad. Lo pensé mientras avanzábamos por la carretera hacia él. Íbamos en taxi, ya que hubiera sido de memos alquilar un coche cuando en su garaje nos encontraríamos con una colección de ellos, pues Pol siempre fue fanático del automovilismo.

—Es aquel que ven al fondo—nos comentó el taxista mientras yo conversaba con él en un perfecto francés que hacía las delicias de Carter, que me miraba con mucho amor.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida—le comenté mientras que clavaba mi vista en aquella maravilla que era un verdadero y magnífico vestigio del pasado, con una situación ideal, muy cerca de la capital y rodeado de toda una propiedad forestal que hacía del castillo un sitio inigualable.

—Tú eres más bonita…

—¿De verdad que nos vamos a alojar ahí? —le preguntaba porque no me lo creía, negando por su comentario.

—A no ser que prefieras que vayamos a comprar una caseta de campaña, si es más de tu gusto —se burló.

—No, soy de pico fino. Me volví así con los años…

—Con los años, como si fueras mayor. Eres una niña, Chanel. Estás comenzando a vivir.

—No, estoy comenzando mi segunda vida en todo caso. Yo ya llevo otra a mis espaldas.

—Todos cargamos con una mochila, aunque suele ocurrir más tarde—murmuró acariciándome.

—No quiero hablar de eso. Ahora entiendo por qué Pol dice siempre que su castillo tendría que ser declarado Patrimonio de la Humanidad.

—No me extraña. Menuda choza—silbó conforme nos fuimos acercando.

Era una de esas perlas que salpican los alrededores de la capital parisina. A mí me dejó ojiplática. Carter no paraba de abrazarme. Cierto. Pol había acertado cuando pensó que ningún sitio como su "humilde morada", como se refería al lugar en ocasiones en tono jocoso, para acogernos en los que estaban llamados a ser unos días únicos.

—No son los jardines de Versalles, pero les falta poco—observó en cuanto accedimos a ellos.

El mismo taxista, que nunca había estado en el interior del recinto, lo miraba con pupilas entusiasmadas. Cualquier mortal lo haría.

—Cómo vivís los ricos—le decía mientras me abrazaba fuerte, muy fuerte.

—Tampoco a ti te fue mal del todo.

—No compares. Yo necesité una hipoteca para mi apartamento.

—Pues ahora olvídate de hipotecas y de todo lo que tenga que ver con preocupaciones. Vamos a vivir, en toda la extensión de la palabra.

—Vamos a vivir, sí—suspiré.

Sus jardines eran suntuosos realmente y la construcción que constituía el castillo en sí, realmente sublime.

Su fachada se caracterizaba por una antigua arquitectura de fortaleza que constituía un recreo para la vista. Junto a ella, destacaría la torre del homenaje y su capilla, de las que también me habló Pol en diversas ocasiones.

—Ojalá me llegues a mirar un día como estás mirando a este castillo—me decía él.

—Qué bobo eres… No podré mirarte así nunca, ¿tú has visto que preciosidad? —le piqué.

—Tú sí que eres preciosa.

—No estoy mal, pero no compares—le decía resoplando porque el castillo me tenía loca, sencillamente.

En ese justo instante, Pol nos hizo una videollamada y descolgamos.

—Dime que no sientes una fuerte presión en el pecho y que, cuando lo miras, sientes haber retrocedido en el tiempo mientras que un súbito enamoramiento recorre cada milímetro de tu sedosa piel, Chanel.

—No lo hubiera descrito mejor, la verdad. Estoy absolutamente entusiasmada, ¡¡es la bomba!!

—No menciones la palabra bomba al lado de mi fantástico castillo o yo mismo iré a echarte de allí con una escoba. No volando, que no soy una bruja, pero sí iré a darte con ella un buen palo.

—Me parto contigo, Pol, te prometo que me parto.

—Venga, niña. Ahora a pasarlo bien. Y dile a Carter que cuide de una de mis dos chicas favoritas. Te quiero mucho.

—Y yo a ti también te quiero.

—Vale, pues que sea la última vez que nos pongamos así de sentimentales porque no nos pega nada a ninguno de los dos, ¿me oyes?

Colgué con los ojos aguados.

—Me encantaría que le fuera bien con Henry. Se lo merece. Ha sufrido mucho y es un tío con un corazón muy grande. Solo hay que ver lo bien que nos cuida.

—Lo es, es un tío estupendo. Vamos dentro.

Si impactante era el exterior, no digamos ya el interior. Aunque con todas las comodidades, dentro del castillo habían recreado los escenarios que un día debieron lucir en aquel lugar.

—Es de película, te prometo que es de película—le comentaba recorriéndolo entusiasmada.

—Y tú eres la protagonista indiscutible, preciosa. Eso eres tú—me decía.

—No te pongas tan sentimentaloide que no me hace falta, ya lo sabes.

—Algún día terminaré de echar abajo tu coraza. Te lo aseguro.

—Para corazas las que debieron llevar los señores que vivieran aquí, ¿no crees?

—Lo creo, lo creo… Suponía que este lugar te entusiasmaría. Y ahora veo que me quedé corto.

—Es que lo veo de cuento…

Nos abrió una chica de servicio y un mayordomo no tardó en aparecer por allí para darnos la bienvenida.

—Bienvenidos. Me llamo Alain y estoy aquí para hacerles la estancia lo más agradable posible. Pol me ha dicho que son sus amigos.

—Así es. Yo soy Carter y ella es Chanel.

—Si me lo permite, señor, le comentaré que, entre todas las obras de arte que hay en esta casa, usted tiene tomada por la cintura a la más preciada.

—Me cae bien, Alain—le sonreí.

Él mismo nos condujo al dormitorio, tras enseñarnos algunas de las dependencias principales. Nos fue hablando por el camino, pues aquello era para recorrerlo en patinete, de la historia del castillo.

—Pero este debe ser el dormitorio principal, no podemos aceptarlo—le comenté a la vista de aquella extraordinaria cama con dosel, una joya en sí.

—Pol ha insistido en que se queden en él. Cuenta con las mejores vistas, no se las pierdan—descorrió las cortinas y los ojos se me aguaron.

—¿Está usted bien? —me preguntó entonces.

—No, Alain, estoy tonta… No sé qué me pasa, pero estoy rematadamente tonta. Yo no soy así, no crea. Y ya que le he contado mi secreto, le voy a tutear. Haga lo mismo, estaremos más cómodos todos.

—Como quieras, Chanel.

—Sí, te confirmo que es dura de pelar, Alain. Pero mira, resulta que este lugar parece estar tocándole lo que viene siendo el corazoncito.

—Y él, aquí donde lo ves, tiene su guasa.

—Puedo tener lo que quiera. Si yo te contara la de bombones que me ha costado tenerla aquí.

—Así que de eso se trata—nos sonrió porque era muy amable. Se trataba de un sesentón cien por cien encantador.

—Justó de eso, te lo confirmo. Se trata de que un bombón se conquista con más bombones.

—Me vais a empalagar y no respondo—reí.

—Os dejo que os pongáis cómodos. Bienvenidos de nuevo. Formáis una pareja preciosa.

Una pareja… Conociéndome, lo normal sería que me hubiese chirriado, pero no lo hizo.

Alain salió y él se sentó en la cama, conmigo encima, besándome.

—No sé si será pecado sentarnos sobre este edredón. Mira qué tacto—observé pasando la mano por encima.

—No tiene ni la mitad de tu suavidad, Chanel, ni la mitad.

—¿Tú no estarás perdiendo la cabeza por mí? Porque no te lo aconsejo.

—Yo ya la tengo totalmente perdida, bonita. Para eso has llegado tarde, demasiado tarde—me comentó mientras me abrazaba tan fuerte que me aprisionaba.

Capítulo 42



Habíamos llegado a París a primera hora de la mañana y, aunque lo cierto es que nos costó salir del dormitorio, me podían las ganas de recorrer la capital de Francia, esa ciudad con la que tantas veces soñé.

—Guauuuu—me dijo a la vista de esa boina roja que me coloqué a juego con mi bufanda del mismo color sobre un chaquetón de pelito blanco que era una monada. Lo conjunté con jeans azules oscuros y con unas botas de estilo militar también claritas, de esas que se llevan tanto, que eran una monada.

—¡Lista para recorrer París! —di una vuelta delante de él.

Hacía mucho, demasiado tiempo, que no me permitía ser feliz. No es que pensase que podría llegar a serlo del todo porque determinadas cicatrices siempre te recordarán unas heridas que un día te partieron en dos, pero sí que era mi deber intentarlo.

Me lo debía a mí misma. Muchos años de sufrimiento a mis espaldas validaban mis palabras. Me había ganado el derecho a tratar de vivir como una chica de mi edad y, sobre todo, a darle a Carter una oportunidad que se merecía de sobra.

Abrimos el garaje de Pol y nos encontramos con un parque móvil de impresión. Entre otros muchos coches nos recreamos la vista con algunos de época que eran verdaderas reliquias.

—Esto es un tesoro—me eché las manos a la cabeza.

—Y para alguien como yo, que fabrica coches, ni te cuento. Está claro que nuestro amigo tiene el mejor de los gustos—me guiñó el ojo.

Por razones prácticas, no optamos por ninguno de ellos. Carter se puso al volante de un coche moderno y cómodo, de lo más confortable, para recorrer los escasos kilómetros que nos separaban de la capital, dado que el castillo contaba con una situación privilegiada.

Me moría por llegar y contemplar con mis propios ojos el icono de París, la Torre Eiffel, y

recorrer de su mano los Campos Elíseos con su emblemático Arco del Triunfo. Un barrio de lo más elegante con el plus de contar con una historia increíble a sus espaldas.

Lo primero que hicimos una vez dejamos el coche en un parquin fue dirigirnos al Trocadero, ese lugar que cuenta con la suerte de albergar a la Torre Eiffel.

Alain, muy previsor, nos había preparado un desayuno que tomar allí mismo, en los jardines, como hacían los propios parisinos.

Se tomó esa molestia que le agradecimos porque nada mejor que poder tomar ese segundo desayuno de la mañana sentados allí, relajados y con una vista espectacular.

El día estaba frío, pero con el cielo totalmente despejado y eso, dado la fecha del año en la que nos encontrábamos, era oro puro en París. Pensábamos aprovecharlo a tope. No fuimos hasta allí para hacer una visita a medio gas. Pensábamos aprovechar cada minuto de nuestra estancia en una ciudad que por supuesto que no me defraudó, sino que me fascinó más por momentos.

No podía apartar la vista del río Sena. Me tenía totalmente fascinada y él lo notaba.

—Si lo llego a saber, te secuestro y te traigo antes…

—Más barato te habría salido que tanto bombón, eso desde luego, ¿a cuánto ascendió la factura?

—Pues no tengo ni idea ni me importa. Hubiera inundado tu apartamento de ellos de no haberme hecho caso.

—¿Te he dicho alguna vez que tu insistencia llega a dar miedito? —apreté los dientes y contuve la sonrisa.

—No, mi insistencia lo que da es frutos. A la vista está.

—No, si pesado eres un rato largo. Madre mía…

—A ver, pues no sé. Dime tú cuánto peso—me preguntó poniéndose encima.

—Eres más loquito… Quita de encima, hombre, que nos van a mirar todos.

—Me importa un bledo que nos miren y más todavía lo que piensen.

—Pueden tomarte por un acosador, ¿qué pasaría entonces? Dime, qué pasaría…

—Pues pasaría que tratarían de apresarme y que lo llevarían muy chungo, preciosidad, eso es

lo que pasaría.

—Tú lo que quieres es que me apresen a mí también junto contigo.

—Tú ya me vas conociendo demasiado bien, guapísima. Nadie nos va a separar, tenlo en cuenta.

—¿Lo ves? Das miedito.

Me levanté y salí corriendo. Me pilló por detrás y me abrazó. Tropecé y salimos rodando porque estábamos subidos en un pequeño montículo desde el que obtener las mejores vistas.

—¡Ay! —se quejó al llegar abajo porque justo se dio con una piedra en la cabeza.

—¿Y tú te quejas? Es la pobre piedra la que debería quejarse. Seguro que la has roto.

—¿Tan duro de mollera me crees?

—No, un poco más todavía—reí.

—Ven aquí, ¿sabes que me dejaría partir la cabeza en dos por ti?

—Sí, ya lo he comprobado. Si no, ¿de qué iba a estar aquí contigo?

—Ya, ya… Así que me quieres para que te haga de guardaespaldas.

—No, eso nunca me hizo falta.

Habíamos volado hasta Francia sin su equipo de seguridad, a todo esto. Se trataba de un viaje privado y Carter allí pasaba mucho más desapercibido que en Nueva York.

Quisimos hacerlo así para que se tratase de un viaje tan inolvidable como íntimo. La idea era disfrutarlo de principio a fin sin la más mínima intromisión y así lo haríamos.

El viaje había arrancado de la mejor manera; ubicados en el mejor de los escenarios y con muchas ganas de pasarlo bien por parte de ambos. Carter me mimaba en todo momento. Era un hombre con un rollo muy chulo, que le hacía el más seductor a mis ojos. Y luego le salía la vena cuidadora, ya que velaba muchísimo por mí.

Capítulo 43



Paseando por la zona, como dos turistas más y cogidos de la mano, pasaron las horas y se nos hizo la del almuerzo.

—¿Tienes apetito ya? —me preguntó mirando su lujoso reloj.

—Algo, y eso que hemos desayunado un par de veces. Debes ser tú, que me das hambre.

—¿Te doy hambre o te doy alergia? ¿En qué quedamos?

—Las dos cosas, aunque la alergia está comenzando a remitir.

—Mira qué bien, ¿y cómo has conseguido el antídoto?

—Tú lo que quieres es buscarme la lengua y que te diga que es en forma de inyección. Pues te vas a quedar con todas las ganas.

—Lo que quiero en realidad es que esa alergia desaparezca para siempre, encontrar la verdadera cura. Y me da que este viaje será el primer paso para ello.

—Venga, tú empléate a fondo y yo ya te aviso, si eso…

—Es lo mismo que me dices en la cama y no me avisas, la punta de la lengua se me queda muerta—se quejó en broma.

—¿No te aviso? Es que soy muy despistada, ¿no te lo he comentado nunca?

—Eres despistada de conveniencia, mi más preciosa despistada.

—Oye, ¿y dónde vamos a comer? Porque seguro que todos los restaurantes de alrededor están ya de bote en bote.

Coincidía que era fin de semana, que el buen tiempo hacía que tanto turistas como parisinos se tirasen a la calle y que estaba llegando la hora de llenar los estómagos.

—Pues no sé. Habrá que improvisar algo, no lo he tenido en cuenta.

—¿Carter Lennox sin tener eso en cuenta? Me cuesta asimilarlo.

—Igual sí hay un sitio que reservé. No sé, déjame pensar.

—Ya me extrañaba a mí. Pero mucho que me extrañaba.

Tiró de mi mano y nos dirigimos de nuevo a la Torre Eiffel, a la que aún no habíamos subido.

Cuando sacó aquella reserva para uno de sus restaurantes, le cogí la cara y no se la borré a besos de milagro. Con él me salían unos gestos espontáneos que me dejaban perpleja. No me reconocía ni yo, si bien debía reconocer que me invadía una enorme alegría… Una alegría que me llevaba a sonreír más en aquellos días de lo que lo hice en años.

Hasta Liam, a quien llamamos desde allí para preguntarle qué tal seguía, lo observó.

—Yo estoy bien, pero tú estás mejor, cariño—nos decía mientras nos veía la cara en esa videollamada. A su lado estaba su inseparable Ángela.

—No empieces, que me sonrojas.

—Si es que no sabía que pudieras sonreír tanto.

—Y luces linda con la boina y la bufanda. Qué glamur—me decía ella.

—Gracias, chicos. Os quiero mucho, a los dos—recalqué—. Y mirad dónde estamos—hice una panorámica para que lo vieran.

—Guauuuuu, disfruta, nena, te lo mereces.

No era de redes sociales. No las utilicé durante años en los que reservé mi privacidad debido a mi trabajo. Tampoco me interesaban en aquel momento.

Mis amigos, mis mejores amigos, se contaban con los dedos de una mano y esos era los que quería que supieran de mí. El resto no me interesaba. Tampoco tenía familia, así que vivía a mi aire y al margen de todo lo que tuviese que ver con lo que le importase a la gente.

Estábamos situados en la cima, y no me refiero a la de la felicidad, que no me tengo por alguien tan cursi y mucho menos en aquellos momentos en los que estaba saliendo de una larga

época en la que mi textura fue poco menos que la de una lima, áspera como yo sola.

Por tanto, en la cima en la que estábamos situados era en la de la Torre Eiffel. Lo digo porque tras el especial almuerzo, subimos a tomar una copa a la cima, en el Bar de Champaña, que te ofrece la más chispeante de las experiencias al permitirte degustar una copa de champán mientras que París entero queda bajo tus pies.

—Aquí se pierde la noción de la realidad—murmuré.

—¿A qué te refieres?

—A que la vida no consiste en estar metido en estas burbujas—señalé a las de mi copa.

—¿Qué temes, preciosa? ¿Crees que esas burbujas puedan explotar?

—Y de hecho lo hacen, mira—moví mi copa para lograr ese efecto.

—Chanel, la vida es muy bonita. Y si a uno le acompaña la persona perfecta, mucho más.

—¿De verdad la vida es tan bonita? —me apoyé en su hombro.

—No tanto como tú porque eso es imposible, pero sí…

—No digas bobadas.

—No es ninguna bobada. Tú eres preciosa y la vida lo es también. Te lo quiero demostrar. Mira dónde estamos, ¿se te ocurre alguna manera de estar mejor?

—Tienes un pico de oro, ¿te lo he dicho alguna vez?

—¿Del mismo color dorado que este champán?

—Más o menos… Solo que más apetecible aún.

—Mmmmm, esto se pone más interesante por momentos. Quiero que veas París al detalle, todo lo que tengo pensado para ti, pero también que pasen las horas para verme contigo en ese dormitorio.

Me pellizcó el trasero. Su deseo era incontenible, lo mismo que el mío. Ambos estábamos muy deseosos del otro, de compartir esos momentos tórridos y fogosos de intimidad que nos daban vida.

Carter estaba logrando que concibiera el sexo de otra manera. Con él todo era un renacer. No

solo le ponía lujuria, sino también pasión. Y en esa pasión que me contagiaba consistía la novedad.

—¡¡Por nosotros!! —brindó desde ese inigualable escenario parisino que supone la cima de la famosa torre.

Le miré y le besé. Todos los besos que guardé durante años los tenía de más para entregárselos a él. Y me gustaba hacerlo de un modo tan apasionado como pausado.

Él me abrazaba, me cogía por la cintura y mantenía el contacto corporal conmigo en todo momento. Me sentía bien a su lado, tan bien que me costaba pensar que todo aquello fuera cierto. Y lo era. El caso es que lo era y que no quería renunciar a algo tan sorprendente que la vida me había puesto por delante en el momento en el que menos lo pensaba. Quizás en el más interesante, eso sí, ya que todo aquello por lo que había vivido y trabajado tanto parecía desvanecerse, como uno de esos fantasmas a los que ya he aludido en alguna ocasión.

Capítulo 44



La noche fue formidable también. Nos habíamos pasado toda la tarde deambulando por los Campos Elíseos y alrededores…

Una foto por aquí, la compra de un recuerdo por allá, una conversación distendida, una risa que me sacaba, un abrazo a orillas del Sena prometiéndome cosas al oído que me costaba creer…

Aquello era vida. También compramos unos deliciosos buñuelos de chocolate que degustamos a dúo.

A menudo, me lo encontraba mirándome sin decir nada, recreándose en la escena de verme sonreír o disfrutar de un pequeño detalle. Cuando eso ocurría, su sonrisa me deslumbraba, exhalaba felicidad por todos sus poros. Se trataba de un hombre muy alegre que contagiaba su alegría. Era justo lo que necesitaba, pues la mía la perdí años atrás. Me convertí en una adulta muy distinta a la que me hubiese imaginado de cría.

Entre los buñuelos, una cosa y otra, no tenía ganas de cenar, Mi estómago estaba lleno y no podía más. Esperábamos con la ilusión de ver la Torre Eiffel iluminada. Tenía ese capricho y él no estaba dispuesto a que nos recogiéramos sin ver que se cumplía.

Cuando llegó el momento, me abrazó fuerte una vez más. Lo hacía a cada momento, como para recordarme que no estaba sola, que esa que estábamos viviendo era una experiencia de ambos, tan bonita como memorable.

Y llegó el momento en el que la icónica torre nos mostró su mejor *outfit* nocturno. Para ello, se vistió de dorado en forma de luces y, por si eso fuera poco, cada hora destinaba cinco minutos a iluminar París en forma de destellos convirtiéndose así en una especie de faro para la capital.

—Miras como si fueras una niña pequeña. Me encanta—me decía con una dulzura que solo sacaba conmigo.

—Es que me salen esos ojos. Mira, es formidable—le indicaba.

—Lo formidable para mí es verlo conmigo. Si no fuera así, perdería parte de su esplendor.

Como era de esperar, la torre se había iluminado en cuanto se puso el sol. Entonces, su faro se encendió y empezó a girar al mismo tiempo que las luces doradas.

Ese color dorado lo bañaba todo, mis ojos chispeaban y veía la misma chispa en los suyos. Me alegraba tanto de haber hecho ese viaje con él…

Nos quedamos allí, como hipnotizados, hasta un buen rato después. Suerte que mis botas eran cómodas, igual que su calzado, porque nos habíamos pateado un buen número de kilómetros recorriendo la zona durante todo el día.

—¿Volvemos ya al castillo? Si quieres, mañana regresamos y ves las luces otra vez.

—Me lo dices como si fuera una niña a la que tuvieras que convencer dándole un caramelo para llevártela.

—Se me ocurre algo que pudiera darte y que es mejor que un caramelo—me dijo pícaro.

—Ya, algo que tomar en esa cama de Pol que estás deseando estrenar.

—¿Solo yo estoy deseando hacerlo?

—Solo tú—le piqué.

—Pues a ver si te aclaras, porque tu boca me dice una cosa y tus ojos, justo la contraria.

—¿Me estás tomando por loca?

—Quizás por esa loca que me vuelve loco.

—¿Se te está trabando la lengua? Porque igual necesitas un mordisquito para que se te destrabe.

—Puede que sí, ¿por qué no pruebas a dármelo?

—¿El mordisquito?

—Venga, inténtalo.

—Para eso tienes que sacar la lengua—le reté.

Lo hizo y se la mordí. Él me tomó por las muñecas y me llevó hacia su cuerpo. La dureza de

su miembro me recordó que estaba deseando volver al castillo y pusimos rumbo a él.

Entramos casi de puntillas porque no queríamos hacer ruido. El personal de servicio ya descansaba y no nos cruzamos con nadie. Por suerte, Pol también se las sabía todas y el ala en el que se alojaban todos ellos estaba muy separada de su dormitorio. Eso nos garantizaba que nadie nos escucharía.

Desde que me pasó lo que me pasó, unos días antes, él todavía se entregaba más en el sexo, pero con un derroche de cariño que lo inundaba todo.

—Puedes darme más fuerte, que ni me voy a partir ni me voy a asustar—le comentaba porque así sería.

Entonces aumentaba el ritmo y alcanzábamos uno frenético. Eran horas las que compartíamos piel con piel, con él metido dentro de mí. Cada vez subía más el listón y me hacía alcanzar cotas inesperadas, unas cotas de placer que me llevaban a que mi cuerpo terminase derrotado sobre el colchón tras librar con él la más ardiente de las batallas.

Me gustaba muchísimo ese momento en el que me tumbaba a su lado y no se dormía hasta que mis ojos se cerraban. Carter se había convertido en el guardián de mis sueños.

Las pesadillas por lo sucedido en casa del jeque comenzaron a remitir, puesto que era seguridad la que él me transmitía. Al lado de su musculoso cuerpo, dormía con la certeza de que estaba en el mejor refugio del mundo; en el de sus brazos.

Con Carter todo en mi vida estaba dando un giro de ciento ochenta grados. Como en Huracán Carter, el famoso título, también lo había arrasado todo en mi vida a su paso solo que, al contrario que otros huracanes, al contrario que uno de esos que constituye una fuerza irrefrenable de la naturaleza, no dejaba desolación a su paso. De hecho, era ilusión la que regaba en mi vida cada vez que me dirigía una de sus sugerentes miradas.

Carter era un verdadero fenómeno, uno capaz de poner patas arriba mi mundo y de devolverme algo que me había sido arrebatado; el deseo de ser feliz y, sobre todo, la capacidad para creer que podía merecérmelo.

Capítulo 45

París me tenía atrapada, pero no más que Carter, quien se estaba metiendo en mi vida cada día más y a pasos agigantados.

Ya llevábamos tres días allí; tres días plagados de visitas, pero también de sexo y lujuria, porque eso crecía entre ambos por momentos. La necesidad de estar juntos, de unir nuestras pieles, de respirar el mismo aire… Todo se hacía notar entre ambos.

A Carter no le estaba costando que recuperase el tono tras lo que viví. Apenas lo hablábamos siquiera porque así se lo pedí. No le consentiría a ese tiparraco que me aguase la fiesta. Porque mi fiesta era París en ese momento. Un lugar del que estaba enamorando a la par que lo hacía de ese hombre que se convirtió en mi sombra.

Por la mañana, habíamos visitado el Museo del Louvre y me quedé impactada ante la archifamosa Mona Lisa, un cuadro que no puede ser más emblemático.

Él me observaba en todo momento, no me quitaba ojo de encima. Carter era muy observador y quería captar cada una de mis emociones. Allí, todas se iban desarrollando de la mejor forma.

Pol me había prevenido; no podría volver a mirarle a la cara de volverme sin visitarlo. Para demostrarle que así fue, Carter me tomó una foto en cuyo fondo salía el cuadro y se la envié de inmediato.

Quería que todos estuviesen contentos, como que disfrutasen con nosotros de la experiencia, si bien en la distancia. A mis amigos les iba bien, a todos ellos, y eso me alegraba mucho.

Salimos y nos fuimos a almorzar a un lujoso restaurante de los alrededores. A pesar de que hacía frío, apenas había lloviznado en un par de ocasiones desde que estábamos allí, y el buen tiempo nos acompañó allá donde íbamos. Sin embargo, para esa tarde, la previsión cambió.

—Espero que nos deje seguir visitando lugares, me gustaría que viéramos luego Los Inválidos y el Puente Alejandro III. Te gustarán.

—¿Me gustará el tal Alejandro III? —le busqué la lengua.

—Espero que nadie te guste más que yo. No seas retorcida y no me busques, anda.

—¿Eres celoso, Carter?

—Solo de un modo sano, pero si te refieres a si sufro si pienso que puedas estar con alguien más, no lo dudes.

—No me dijiste nada cuando supiste a qué me dedicaba. Eso es de agradecer. Es más, te pusiste como meta conquistarme a pesar de eso.

—Entiendo que tuvieses tus motivos, aunque nos los comparta. Eres una chica inteligente que no tomaría esa decisión por gusto.

—¿Y te conformas con eso? Si quieres que esto funcione, me gustaría saber que no lo dices ahora y luego me exigirás más.

—Estás calibrando la situación, eso me gusta porque me da a entender que te importa.

—¿Si no me importara habría venido a París contigo?

—No has venido a hacer trabajos forzados precisamente—rio.

—No, eso es cierto. Me gusta saber que tu mente está abierta, que puedes entender muchas cosas.

—Y no por ello dejar de importarme, aunque lo importante es que ahora estás aquí, conmigo, y que todo lo demás quedó atrás.

—Vas a lograr que te empiece a querer un poco. Te lo has propuesto y terminarás por conseguirlo. Me da en la nariz.

—¿En esa preciosa naricilla respingona que tienes?

—Pensé que solo te fijabas en mi culo respingón, no en mi nariz.

—¿Tan superficial me crees? Es cierto que tu trasero me pone… No hay palabras para describir cómo me pone. Pero por tu nariz podría hacer locuras también.

—Ya hiciste una. Todavía tiemblo cuando… Deja, dijimos que no lo hablaríamos.

—Quiero que sepas que me estás demostrando que apuestas por mí y que, solo por eso, lo doy

por bien empleado. Si hubiera tenido que pagar un alto precio, lo habría hecho.

—Eres muy grande, Carter Lennox, y no solo me refiero a alto…

—Habló la bajita, ese trasero que me tiene trastornado está a la altura de la matrícula de un avión.

—Me gustan los aviones, ¿lo sabes?

—Pues prepárate porque volaremos mucho. Me encantará recorrer el mundo contigo.

—Me lo estás pintando todo muy fácil. No sé si deberías hacerlo.

—Es lo que se hace con la persona con la que quieres compartir tu vida.

—¿Aunque esa persona no se abra del todo a ti? ¿Aunque conozcas su presente y proyectes tu futuro con ella, pero sin conocer su pasado?

—Confío en que esa persona, de quien hoy sé quién es, me cuente algún día quién fue también en el pasado.

—Hay cosas a las que no podemos acceder. No todo es posible, Carter.

—Está bien. Deja que lo intente y, si no lo logro, me conformaré con lo que quieras compartir conmigo. Todo menos perderte, Chanel.

Podría ser rico, mucho, y ello no lo convertía en un tipo excéntrico ni mucho menos intransigente. Eso me acercaba todavía más a él, a su persona, a ese hombre que me hacía la vida tan fácil que me costaba creer que fuese de carne y hueso.

Un rato después tiramos para Los Inválidos y me agaché a ponerme los cordones de mi bota. En ese momento, le entregué mi bolso a Carter para que me lo sujetara.

—¿Quieres que te los ate yo? —me preguntó.

—¿Estás de broma? ¡¡Nadie me atará los cordones de mis botas!! Tengo dos manitas—se las refregué por la cara sacándole la lengua.

Ese fue mi último gesto antes de que se desatara el caos. Ninguno vimos venir aquella motocicleta cuyo conductor iba ebrio y terminó subido en la acera. La gente comenzó a correr en estampida, ya que la motocicleta se le cruzó por delante a un coche que también terminó colisionando contra la terraza de un bar.

—¡¡Soy Policía!! ¡¡Despejen la zona!! —nos ordenó un tipo que sacó su placa, pero que estaba vestido de paisano tomando algo con una mujer.

Puso sus brazos delante de mí y me caí de espaldas. Me encontraba conmocionada, solo podía mirar a mi alrededor y apenas entrar en contacto con la realidad.

Un chico había resultado atropellado. En ese momento, paseaba con su novia por la acera cuando el motociclista le arrolló. Estaba herido y gritando. Sus gritos se metían en mi cabeza, martilleaban mis sienes… Hacía muchos años que no soportaba los gritos y todo tenía un porqué, el cual no venía al caso. Solo sabía que no podría soportarlo durante demasiado tiempo.

Me levanté, totalmente trastocada, y eché a correr en dirección a la primera calle que me encontré. En ningún momento vi a Carter por ningún lado, pero es que tampoco me acordaba de él en ese momento en el que sufrí un episodio de pánico, de miedo insuperable, de esos que llevaban años sin darme.

Cuando estás sufriendo uno de esos, y pese a que tu percepción de la realidad es débil y desdibujada, sientes un enorme miedo en tu interior y tomas conciencia de que algo no va bien. No por ello puedes evitarlo, sabes que estás fuera de ti. Punto, no hay más.

Corría y corría. De pronto, caí en la cuenta de que no llevaba mi bolso, el cual le acababa de dar justo antes de que ocurriera la desgracia. Estaba desconectada y sin un euro encima. Pero lo peor de todo no era eso, lo peor era que estaba tan confundida que solo recordaba mi nombre de pila, Chanel, pero ni siquiera sabía con quién estaba allí, por qué motivo o en qué ciudad me encontraba.

Las gotas de lluvia comenzaron a caer y solo venían a mi mente recuerdos de otra situación igual en el pasado que tampoco acertaba a identificar. Me veía sola y desvalida en la calle, años atrás, llorando y gritando, y sin saber hacia dónde dar un paso. El pelo se me empapaba y solo percibía una desgarradora sensación de soledad. Y eso que también pasaba mucha gente por mi lado, como aquel día.

No reconocía ninguna de aquellas calles y ni siquiera sabía si se trataba de mi ciudad. Me encontraba como en trance, buscando algo… algo a lo que agarrarme, suponía, porque tampoco recordaba qué era.

Esa tarde de París me encontraba igual; sola y desvalida de un momento para otro. Comencé a llorar a mares, pero es que también a mares empezó a llover. De pronto, cayó una tremenda tromba de agua.

Una anciana entraba en ese momento en el portal de su lujoso piso. Y me habló.

—¿Qué haces ahí, hija?

—No lo sé, señora. Estoy perdida y confundida—le contesté.

—Mi nombre es Eleonora. ¿Por qué no entras en mi casa y esperas a que escampe?

Supongo que mis ropas le dieron a entender que, a primera vista, no parecía una maleante, sino una chica totalmente desorientada.

—¿Puedo pasar al portal? Cae mucha agua, sí—le agradecí porque, entre otras cosas, me sentía muy asustada.

—No, puedes pasar a mi casa. Tienes cara de buena persona. No creo que pretendas robar a una anciana que te tiende la mano.

—¿Robar? Eso nunca… Detesto a quienes hacen ese tipo de cosas. Robar es uno de los actos más deleznables del mundo.

—Pues entonces, ven—me dio la mano para entrar.

Cruzamos un hall impresionante, ya que estábamos en uno de los barrios más glamurosos de París, y enseguida llegamos a su casa en el ascensor, situada en la primera planta.

—Ay, hija, yo antes me bebía las escaleras, pero desde que me dio ese dichoso ictus, me siento muy torpe. Y eso que me dijeron que debería andar con tacatá y me niego, aunque para eso hago mucho ejercicio. Ahora vengo del gimnasio.

Me fijé en ese momento en que era cierto. Venía con ropa deportiva. Era muy fuerte lo de Eleonora.

—A mí también me gusta el deporte, creo.

—¿Lo crees? ¿No lo sabes?

—Es que no sé qué me pasa… Escuché gritos y salí corriendo.

—No eres de aquí, se nota en tu acento, ¿de dónde entonces?

—No se asuste, simplemente no lo recuerdo.

—¿Estás bien? ¿Cuál es tu nombre?

—Chanel, me llamo Chanel.

Me hizo pasar a su salón y me dio una toalla para secarme mi empapado pelo. Ella usó un

paraguas y por eso llegó bastante más seca. Yo, en cambio, iba hecha una sopa.

—Voy a buscar algo de ropa de mi hija. Vive en Bruselas, es una importante abogada igual que lo era su padre. La echo tanto de menos que siempre que viene de visita le pido que deje alguna prenda en el armario. Así la siento más cerca. Es que vivo sola, ¿tú con quién vives?

—Yo… Yo no tengo ni idea.

Me sentía desprotegida y eso que Eleonora era totalmente encantadora y se ocupó de buscarme algo de ropa seca y hasta un par de deportivas que me venían casi bien.

—Pues no sé qué hacer contigo, salvo darte algo calentito, que estás aterida.

—No se moleste, por favor.

—Si no es molestia. Hija, ¿y no podrás hacer algo de memoria? Seguro que a una chica tan bonita como tú la están buscando. Yo tenía una cara parecida de joven, ¿te lo puedes creer? Era bella, ahora las arrugas han tapado mi belleza.

—No diga eso. Sigue siendo muy bella. Mi amigo Pol dice que la belleza está en… Perdone, he hablado de mi amigo Pol, ¿verdad?

—Sí, ¿quién es ese amigo tuyo? ¿Vive aquí?

—No lo sé, déjeme pensar… No—le contesté de momento porque ciertos recuerdos se me vinieron a la mente—. Él es el dueño de un castillo, de uno maravilloso que hay a las afueras con una torre del homenaje y…

Le di unos cuantos detalles de él porque, de pronto, lo vi todo nítido.

—Yo sé qué castillo es ese. ¿Estás segura de que te alojas allí? ¿Con su dueño? —me preguntó extrañada.

—Con su dueño creo que no. Él es mi amigo, pero creo que no está aquí. Está lejos, en otro sitio, quizás en mi ciudad. No sé de dónde soy.

—Cielos, qué tragedia. Hija, ¿quieres que te acompañe allí?

—Sí, por favor.

—Ya no conduzco. Llamaré a un taxi.

—Es que costará muy caro y no llevo mi bolso. Aunque allí alguien le pagará, alguien habrá

que pague por mí—me encogí de hombros.

—No es necesario, de verdad. Tómate un vaso de leche calentita mientras pido el taxi.

Enseguida estuvo en la puerta. Quiso acompañarme. El taxista nos escuchaba hablar y no puedo evitar la intromisión.

—¿Y está segura que se aloja allí? Es uno de los mejores castillos de la zona…

—Creo que sí, que me alojo allí.

—Espero que sea eso y no que esté zumbada—soltó en alto.

—Mucho cuidado con lo que dice—le advirtió Eleonora, a quien le salió el genio de inmediato para defenderme.

Le calló para el resto del viaje. Cuando llegamos al castillo, ella se bajó conmigo y el taxista se marchó.

—Me cae fatal ese tío, ¿es que cree que estoy loca?

—Hija, tú estás un poquito rara, la verdad, pero seguro que loca no, ¿esto es por algún hombre?

—No tengo ni idea, la verdad.

Picamos la puerta y Alain nos abrió.

—Por el amor de Dios, ¡qué alegría verte, Chanel!

—¿Por qué? ¿Es que te debo algo? ¿O se lo debo al dueño de este castillo? No, si ese es Pol y es mi amigo.

—¿Qué te pasa? Soy Alain, el mayordomo. Carter te está buscando, desesperado. Llamó para decir que le avisáramos si venías por aquí.

—Carter—comencé a recordar de golpe—. Carter Lennox, ¡¡sí!!

—¿Es tu novio, Chanel? —me preguntó ella.

—Sí, ¡¡desde hace muy poquito!! Ya me acuerdo de todo. Pensábamos a ir a Los Inválidos y hubo un accidente.

—Vamos, que quien pudo acabar inválido fue uno de vosotros…

—Ay, sí… Un chico resultó atropellado, me caí y al levantarme no recordaba nada.

—¿Por el golpe? ¿Esto te ha pasado alguna otra vez? Qué susto, hija.

—Me ha pasado hace años—suspiré—. Tenemos que llamar a Carter.

—Ha dejado su número de teléfono, lo marcaré—se ofreció Alain.

Carter llegó todo lo rápido que pudo. Su rostro era de consternación total cuando entró y me vio.

—¿Estás bien, amor? Dime que no te ha pasado nada.

—Estoy genial, ¿no me ves? Me di un golpe en la cabeza… Eleonora me llevó a su casa y me dio esta ropa y estas zapatillas tan chulas—se las enseñé.

—Gracias, señora—le besó las manos.

—Es que parecía un cachorrillo abandonado, hijo. No sabía quién era.

—¿Y eso cómo puede saber?

—Ya me pasó alguna vez en el pasado. Es por el tremendo estrés, olvídalo.

—No puedo olvidarlo…

—Sí que puedes, te lo digo yo.

—Que no, que tiene que verte un médico. No me quedaré tranquilo hasta entonces.

—No quiero que me vea nadie, de veras. Estoy fantástica, yo controlo.

—Todo esto ha sido muy raro, Chanel, muy raro.

—Nadie te dijo que fuese una mujer común, ¿o te lo parezco?

—No, no se lo debes parecer. Eres una chica muy particular—se metió por medio Eleonora.

—Es una chica fantástica, pero dispuesta a matarme de un susto—le comentó él.

—Pues sería una pena, joven, porque estás de muy buen ver—le sonrió ella.

—Creo que ni siquiera os he presentado, perdón.

—Tú tranquila, que ya me he presentado yo solita.

Me encontraba muy cansada. La desolación me hizo su presa durante todo el rato que pasé entre tinieblas. Eleonora y Carter, con su luz, me sacaron de ellas. Él le ofreció llevarla a casa, algo que no consintió.

—Me pido ahora mismo un taxi. Tu lugar está aquí con ella. Vigila que todo vaya bien—le dio un beso en la mejilla y luego otro a mí.

—Eleonora, muchas gracias por todo. Pasaremos a despedirnos antes de volver a Nueva York y te llevaré la ropa.

—Quédatela. La visita sí que te la acepto, que me siento muy sola.

—Como yo hace un rato. Millones de gracias, de corazón.

Carter se aseguró de dejarla montada en el coche. Si no insistió más en llevarla fue porque quiso quedarse a cuidarme.

—No me pongas esa cara, que estoy bien.

—Me he llevado el mayor susto de mi vida, y eso que creí que con el de la otra noche había cubierto el cupo.

—Pobrecito mío, ven aquí.

—¿Qué es lo que ha pasado, Chanel?

—Nada que no me hubiera sucedido en el pasado. Perdí la memoria durante un rato, tienes que olvidarlo.

—No puedo olvidarlo, ¿de qué se trata? ¿Es algo que tienes diagnosticado?

—Es por el estrés, solo por eso.

—¿Por el estrés? ¿Qué clase de estrés es ese? No escuché algo similar en mi vida.

—Hacía años que no me sucedía y seguro que no me volverá a suceder. Estate tranquilo, quiero tomar una ducha ahora.

—Es que no me puedo quedar tranquilo, no puedo.

—Tienes que hacerlo. Siempre me has pedido que confíe en ti y al final lo he hecho. Ahora eres tú quien debe confiar en mí, ¿vale?

No le vi cara de estar ni mínimamente convencido, aunque no le quedó más remedio.

Yo era la primera sorprendida y, aun así, preferí no darle importancia porque era mejor no hacerlo. Cuanto más foco pusiera en un episodio así, peor me iría. Lo sabía muy bien por experiencia.

Nos quedamos en casa el resto de la tarde. Entre que terminó diluviando en París y que no teníamos cuerpo para salir más, permanecimos en el dormitorio entre arrumacos y bajamos a la hora de la cena, que nos sirvieron en uno de los impresionantes salones.

—Mira, aquí hay otra de esas lámparas de las que tanto habla Pol—observé.

—¿A qué te refieres?

—A que dice que tenemos que vivir siempre como si no hubiese un mañana por si se nos cae una de estas encima—saqué su sonrisa.

—Pol es muy sabio, tendremos que hacerle caso…

Capítulo 46

Tras lo vivido, me ofreció mimos esa noche en la que, sin embargo, le reclamé sexo. Lo necesitaba después de lo que sufrimos.

—Que sí, que el sexo es el mejor remedio para el estrés—le convencí no por falta de ganas por su parte, sino porque no sabía cómo tratarme para que estuviese bien.

—Vale, pues entonces puedes darte por desestresada oficialmente.

—Me parece la mejor idea.

Llenó un jacuzzi que había en el cuarto de baño privado de Pol. Uno con todo lujo de detalles, bañera exenta, cabina de ducha… Más parecía un spa que un cuarto de baño.

Me llevó hasta él en brazos. Me desnudó y me fue sumergiendo poco a poco en el agua.

—Ya puedes soltarme, que esto no es el fondo marino—me burlé.

—Ea, pues coloca dentro tus posaderas
.
—Te pone tela mi culo, ¿eh?

—¿Tanto se me nota?

—Mogollón.

Se colocó delante de mí, arrodillado, también metido en el agua. La había puesto a la temperatura ideal y entonces tomó uno de mis pies. Solía hacer maravillas en casos así. Como en otras ocasiones, chupó mis dedos hasta lograr una aceleración tal en mi pulso que creí que me iba a desmayar.

—Tranquila, tranquila—me pidió en ese instante.

Me dejé caer hacia atrás… él seguía succionando mis dedos, pero con la otra mano comenzó a estimular mi clítoris. Un fuerte jadeo salió de mí en ese instante en el que comencé a echar fuera todo ese estrés que se me acumuló durante el día.

Mientras seguía con ambos movimientos, el corazón se me ponía a todas las revoluciones que podía dar y hasta me imaginaba que sería visible porque mi pecho subía y bajaba de un modo que me hacía estremecer.

Una vez me corrí, me penetró en aquella postura, tan solo levantando un poco mis piernas, separándolas del fondo, llevando mi sexo hacia él.

Mi cuerpo se curvaba del modo más insinuante, me volví una provocación en mí misma, deseaba despertar en Carter la máxima de las pasiones.

Lo sucedido durante aquel día me llevó a entender que, en contra de lo que pensé durante años, debía dejarme ayudar. Y que Carter era mi tabla de salvación, aparte del hombre que desataba mi locura… Una locura desenfrenada que me llevaba a querer entregarme a él una y otra vez.

Mientras me volvía a correr, mis piernas le rodearon y entonces ambos salimos del agua. Me lo siguió haciendo allí, de pie, entrando y saliendo de mí mientras el movimiento provocaba que botase contra él ofreciéndole mis senos.

Me notaba arder, todo mi cuerpo ardía y eso que estaba empapado. Me dejó caer sobre la encimera de los lavabos, dándome la vuelta. Así lograba que pudiera verme reflejada en el enorme espejo que me devolvía la más lasciva de las miradas.

Carter me tomaba por el mentón y acercaba mi rostro al suyo. Me encantaba sentirle así, tan apasionado conmigo y creando lo que venían siendo los momentos más eróticos posibles.

Mis muslos temblaban por la mucha excitación mientras una explosión de todo tipo de sensaciones inundaba el cuarto de baño.

Pol sabía muy bien lo que se decía cuando aseguraba que se trataba de un lugar mágico en el que cada uno de los sentidos se amplificaba. Yo también lo sabía… Lo sabía porque lo noté desde el primer día y allí mi conexión con él iba a más.

Terminamos en la cama un rato después, tras deleitarnos con esas imágenes. También allí, en el cabecero de la cama, teníamos otro enorme espejo. Quise verme reflejada en él mientras le bailaba la más erótica de las danzas encima, mientras la dureza de su miembro me indicaba que todo tiene un límite y que, de seguir así, le haría estallar.

Jugué con mis movimientos, me contoneé de un modo que le costaba seguirme con los ojos…

Era mucha la excitación y más aún las ganas. Tan estimulado como estaba, me tomó por la cintura para que le cabalgase más, para que saltase con cada una de las embestidas que me daba, pese a que estuviese colocada encima de él.

Me corrí de nuevo a voces en medio de una especie de río de lava que se desató desde mis entrañas y que me quemaba por dentro. Mi corazón iba a tope y entonces vi que también le estaba pasando. Bajé un poco el ritmo para permitirle experimentar un orgasmo más pausado, largo e intenso del que me informó a golpe de rugidos.

Pensé que necesitaría al menos unos minutos para recuperarse, pero no… Conforme íbamos adquiriendo más afinidad en la cama, se recuperaba antes, presto para un nuevo asalto con el que hacerme cara.

Tenía ganas de ir a más esa noche y así se lo hice saber. Para eso, tan solo tuve que contonear mi trasero delante de él. Me sentía traviesa y con ganas de sentirle tanto que llegara hasta lo más profundo de mí.

Era muy particular, Carter no hacía las cosas de cualquier manera y así me lo demostró una vez más. Me hizo sentar sobre su boca, restregando mi sexo con ella… Buscaba hacerme correr de nuevo porque su afán por lograrlo no parecía tener fin y porque sabía muy bien que eso facilitaría las cosas.

Su lengua no paró hasta lograrlo y, una vez hubo saboreado lo que ese orgasmo sacó de dentro para él, me deslizó hacia delante y comenzó a humedecer ese otro agujero por el que iba a acceder a mí.

Lo hizo de un modo controlado. “Beso negro” lo llaman… Para muchos es una práctica tabú. Para otros, una forma más que placentera de estimular el ano y una alternativa ideal para preparar a su pareja para el sexo anal de una forma morbosa y original.

Carter no era de los que decía a nada que no en el sexo. Me refiero a si se trataba de algo que pudiera proporcionarme placer. Hay mucha gente que también lo ignora, pero en esa delicada zona se concentran un buen número de terminaciones nerviosas que pueden hacer que esa práctica se convierta en la mejor aliada a la hora de penetrar analmente a su pareja.

Todo eso y más, lo sabía por mi trabajo. En cuanto a él, el sexo no tenía secretos para un Carter que hacía todo lo posible por excitarme al máximo.

Lo logró, yo chillaba mientras sentía su lengua jugar con esa zona mía que pronto sería penetrada. A mí no me intimidaba en lo más mínimo, lo deseaba tanto que le supliqué que lo hiciese.

—Voy por un juguete que te hará gritar de placer—me informó en ese momento.

—No, deja los juguetes para otro momento, lo que quiero es jugar con tu palanca—le pedí echando mano a su sexo, al que encontré como un mango duro, grueso y firme que manejar con mis dedos.

Bajé hacia él y lo lubriqué con mi boca. Se excitó muchísimo y, aun a riesgo de que aumentase aún más de tamaño, seguí y seguí. No me importaba en absoluto que así fuera porque el sexo anal, igual que cualquier otro tipo de sexo, hacía mucho que dejó de tener secretos para mí.

Carter contaba con una potencia sexual impresionante. No obstante, para mi primera vez con él por la puerta de atrás me dejó decidir.

Un hombre inteligente como él sabe que una mujer encuentra la mejor postura a la hora de ofrecerle esa parte de su cuerpo. Y que de la adecuada elección de esa postura depende en gran medida el disfrute de ambos.

Para su sorpresa, elegí volver a colocarme encima de él. Nada más placentero que notarle entrar en mi ano desde abajo mientras me succionaba los senos. Tenía muy claro que lo haría así.

Justo en el momento de la entrada, me eché un poco para atrás, así podría apreciar mi cuerpo al completo en todo su esplendor. Yo misma masajeé mis senos mientras se relamía.

Me fui dejando caer lentamente hasta que su miembro hizo tope en mí. A continuación, comencé a moverme con ritmo… Primero más despacio y luego más rápido, hasta prácticamente botar sobre él. El control era de ambos al mismo tiempo y entonces me dejé caer sobre su rostro para que disfrutase de mis senos.

No tuvo el menor reparo en hacerlo. Todo lo contrario, una vez que me tumbé sobre él, dejó descargar toda la experiencia de su lengua sobre mis senos.

Trataba de que me corriese y para eso no lo dudó… Me penetró con tanta pasión y trató de que su lengua surtiera efecto en mis senos que lo hice nuevamente a chillidos y mirándole a los ojos de un modo que le decía lo mucho que me gustaba que me poseyera.

Cuando ya llevábamos un rato haciéndolo en esa postura, hizo algo que me pareció tan excitante como cariñoso; siguió penetrándome por detrás haciendo la postura de la cucharita.

Me volví porque me pareció muy tierno y comenzó a besarme de un modo tan apasionado que cada uno de los poros de mi piel se pronunció, dejándome una textura en ella que hablaba de las increíbles sensaciones que estábamos sintiendo.

Una vez que terminó, que el alivio le llegó en el más prohibido de mis agujeros, se quedó abrazado a mí.

—Te quiero Chanel—afirmó alto y claro.

—Yo también te quiero, Carter—me volví para decirle—. Y mira que querer a un hombre no entraba en mis planes.

—Pues no sabes lo que me alegra haber sido el hombre que te los haya cambiado, que te haya curado esa alergia. Porque está curada, ¿verdad?

—Creo que sí. Y en un tiempo tan corto que es para darte un premio.

—No, si yo ya he recibido un buen premio esta noche.

—¿No me digas? Si no lo había notado.

—Lo que no me digas es que no has notado nada, que me tiro entonces por una almena del castillo.

—Ni se te ocurra hacerlo. Te necesito mucho como para eso.

—¿Me quieres solo para la cama, Chanel?

—No, muy a pesar te diré que te quiero para todo. Eso sí, lo negaré si me interroga un juez.

—Eres lo más bonito que me ha pasado…

—Y también lo más complicado, ¿no?

—Es cierto que hay cosas de ti que me inquietan, pero más por lo que puedan perturbarte a ti que a mí. Estoy seguro de quererte, sea lo que sea que te atormente.

—Tengo mis tormentas internas, es cierto, no puedo negarlo.

—Me alegra que me lo reconozcas. Navegaré contigo entre esas tormentas hasta lograr que el sol salga para ambos.

—Si es que, ¿cómo no voy a quererte? Si encima eres capitán de barco y no lo sabía.

—No te burles de mí, hazme el favor.

—¿Cómo? Me secuestras, me seduces y me cambias el chip, ¿y encima quieres que no me burle? Perdona, pero eso ya es abusar de mí.

—¿Abusar de ti? Yo sí que voy a abusar de ti. Ven aquí, que vuelva a ver ese trasero.

—Le has cogido gusto a mi trasero, pobre de él…

—¿Pobre de él? —me dio una palmada en ese momento—. Oye, si me vas a dar, da fuerte…

—Pero bueno, ¿tú qué clase de provocadora eres?

—¿Yo? La más sexy del mundo, ¿o es que todavía no te has percatado? Así que dame fuerte, ni se te ocurra pensar en que me harás daño.

—Está bien, eres una guerrera fuera de la cama y dentro de ella, por lo que veo.

—Más todavía en la cama—le reté a darme más fuerte.

Nos estábamos excitando nuevamente y eso hizo que se pusiera en marcha, una vez más, esa maquinaria del sexo que tanto me gustaba probar con él. Y a él conmigo. Apenas éramos dos desconocidos, que ya comenzaban a amarse, y la implicación en la cama entre ambos era bestial.

Nos sobraba tiempo y también ganas, de manera que esa noche se prolongaría como otras tantas, porque todo el tiempo nos parecía poco cuando se trataba de compartir eso que tanto nos entusiasmaba a ambos.

Capítulo 47



Era nuestra última noche en París después de una serie de días maravillosos que tan solo se vieron ensombrecidos por aquel suceso difícil de explicar por mi parte, el día del accidente cuando Carter me perdió de vista y yo perdí… Perdí la memoria.

Por lo demás, todo había sido fantástico y, para aquella última velada, él me había preparado un plan especial.

Aunque París podría ser visitada decenas de veces y siempre se encontrarían motivos para volver a ella, recorriendo nuevos rincones con encanto dados los muchos que tiene, habíamos visitado los principales destinos y nos apetecía un poco de intimidad.

Digamos que el viaje, con tanta visita y con tanto sexo en cuanto encontrábamos un lugar en el que practicarlo, había resultado un tanto movidito y ajetreado. De lo más emocionante y erótico, eso sí, pero que no habíamos parado. De ahí que él me dijese de no salir aquella noche.

Me pareció la mejor idea. Alain nos ofreció con agasajarnos y lo hizo ordenando preparar una gran cena.

Entre los muchos tesoros que encontré en París, se encontraban su gastronomía y sus dulces, esos que supusieron una delicia para nuestros paladares durante el tiempo que permanecimos allí.

A pesar de que se trataba de una cena en casa, quisimos rendir homenaje a Pol, a ese hombre que, cuando menos, te recibía con una pajarita puesta. Nuestro amigo era amante de la etiqueta “hasta para ir al baño” como solía decir, de manera que Carter me recibió en esmoquin mientras que yo entré en el salón con un precioso vestido de fiesta en dorado, haciendo juego con el champán que tomaríamos, de manga abullonada y muy sexy, con una cinturilla que se ceñía mucho, de lo más glamuroso.

Alain me miró y le sonrió.

—Tienes mucha suerte de contar con una mujer así en tu vida, Carter. Cuídala mucho.

—Lo haré, amigo—le dio una palmada en el hombro porque se había portado fenomenal con nosotros.

La cena consistió en un par de platos principales a base de ternera estofada en vino tinto, así como de unos exquisitos caracoles que nunca había probado y que, pese a que a primera vista no me tiraban mucho, terminaron por encantarme.

Como postres, nos endulzamos el paladar con unos creps con naranja y una tarta sobre base de flan que se deshacía en el paladar.

Una vez hubimos cenado, y dado que estábamos en aquel inmenso salón, me invitó a bailar con él. Ya lo habíamos hecho algunas de las noches anteriores y era un verdadero gusto porque Carter se reveló como un gran bailarín.

—Algún día te haré un estriptis—susurré en su oído.

—¿Algún día? ¿Cuándo? Cielos, no puedo esperar…

—No me seas impaciente. Se me acaba de pasar por la cabeza. Además, que aquí no…

—Ya, ya, eso es algo muy íntimo. Estoy de acuerdo.

—Y aunque no lo estuvieras… Me da algo si nos pilla Alain o algún otro de los miembros del servicio. Nunca me gustó bailar para la gente, ¿sabes? Me refiero a…

—A aquella fiesta, por ejemplo, en la que me viste y la liaste.

—Correcto. Fui por Violet, por no dejarla tirada, pero antes incluso de saber que estabas allí, me sentía muy incómoda.

—Ok, pues eso le da mayor valor todavía a que me hagas uno.

—Cuenta con ello. Una noche de estas te sorprendo.

—¿Una sola? Ojalá sean muchas…

—Con un estriptis, digo, ¿o es que piensas que te haré uno cada noche? Perdería la emoción.

—¿Perder la emoción con algo así que venga de ti? Eso no es posible… Quiero que no nos falten noches para eso.

—Ya, que me querrás secuestrar una sí y otra también.

—No, que eso sería delito y no quiero pasar ni un día entre rejas y sin ti.

—No sé qué me estás queriendo decir. Te veo muy convencido.

—Toma mi chaqueta, por favor—se la quitó.

—¿Qué pretendes?

—Solo que te asomes al jardín, quiero que veas algo.

A renglón seguido del salón había una enorme terraza a la cual salimos. No lo esperaba y, de pronto, aquel ruido me hizo cerrar los ojos.

—Siento si te asusté, cariño, pero mira…

Alcé la vista al cielo y me sorprendió un luminoso espectáculo de fuegos artificiales.

—¿Esto lo has preparado para mí? ¡¡Es una preciosidad!!

—Preciosa eres tú. Y no dejes de mirar, por favor, que necesito que me contestes.

—¿Contestarte? No entiendo.

—Un poco de paciencia, mi amor, un poco de paciencia…

Le hice caso y me quedé mirando expectante al cielo. Tuvo el precioso detalle de hacer que lo escribieran en francés, iluminando al cielo con una petición de "¿Te vienes a vivir conmigo?" que me pareció que esparció pimienta porque inundó mis ojos.

—¿Quieres que me vaya a vivir contigo? ¿De verdad me lo estás diciendo?

—¿Me ves pinta de bromear con algo así, amor? Sería lo mejor que me pudiera pasar. Estoy deseando que me digas que sí.

—¿Es que tengo otra opción? —le pregunté con llanto hiposo. Era la primera sorprendida porque esas cosas me tocasen tanto el corazón.

—Ninguna porque es una mera formalidad. De otra forma, sí que me estarás obligando a que te secuestre.

—No, prefiero que no. No te conviertas en un prófugo de la justicia por mí. También prefiero tenerte a mi lado.

—¿Y ya? ¿No me costará más bombones ni nada?

—No tientes a la suerte, que todavía puedo arrepentirme.

—No. La Chanel de antes ni siquiera se lo hubiera planteado, pero a la de ahora le seduce lo suficiente la idea como para no arrepentirse.

—Tú has sido el motivo de ese cambio o, mejor dicho, el culpable.

—¿Sí? Pues bendita culpabilidad esa mía. No sabes cómo la estoy disfrutando.

Me cogió en brazos y me llevó hasta el dormitorio. Tocaba celebrar la gran noticia, ¡¡nos íbamos a vivir juntos!

Capítulo 48



Al día siguiente volvimos a Nueva York. Liam y Ángela nos esperaban en mi apartamento.

—¿Qué le has hecho en París? Si ha vuelto más guapa—le preguntó a Carter.

—¿Crees que eso es posible?

—Igual un poco, aunque guapísima ya era.

—Va, va, ¿y Ángela qué? A ver si ahora que la trago resulta que hacéis que me coja manía por vuestra culpa.

—Yo no podría cogerte manía. Te tengo mucho cariño…

—Y mira que te inventé un marido por toda la cara. Eso no te lo he contado, ¿no, Carter? La pobre aguantó el tipo.

—Y qué iba a hacer… La verdad siempre termina saliendo a flote. Estaba más sorprendida que ofendida.

—Eso me lo tenéis que contar junto con una buena copa de vino francés.

—De ese no tenemos aquí—le comentó Liam.

—Lo hemos traído nosotros.

—Hoy ya puedo beber, que no estoy tomando nada, ¿me oyes, Ángela? Es que no veáis, será azafata, pero como enfermera es bien dura…

—Eso, tú sé implacable que, si no, se nos van de las manos.

—Nos están acorralando entre las dos—le advirtió Carter.

Nos metimos en la cocina a abrir la botella. Todos los detalles que allí había los coloqué en su día. Se me hacía raro pensar que no iba a vivir más allí.

—¿Por qué brindamos exactamente? —nos preguntó Liam.

—¡¡Por nuestra nueva vida, por la de las dos parejas!! —le contesté y me hicieron caso.

—Te tengo que agradecer que me abrieras las puertas de tu casa, ¡¡por tu hospitalidad!! —brindó también Ángela.

—De eso os quería hablar, chicos—carraspeé.

—Ya, que va siendo hora de que nos busquemos un nidito de amor propio, ¿verdad? —me preguntó ella.

—Pues lo cierto es que no. Os cedo este, os podéis quedar viviendo aquí si os gusta.

—¿Y tú dónde irás? —me preguntó de inmediato Liam.

Carter le miró y yo me reí.

—Ya te lo ha contestado, ¿no? Resulta que tanto bombón surtió efecto.

—Los bombones, ¡¡si todavía quedan un montón!! —fue Liam por una caja.

Tenía un aspecto estupendo. Y me refiero a él, no a los bombones, que también. Se había recuperado muy pronto de los golpes, señal de que estaba muy bien cuidado.

Nunca hubiera imaginado que dejaría mi apartamento así. Invertí en él con la intención de tener liquidez cuando la necesitase. Esos fueron mis planes y luego la vida fue disponiendo.

Un rato después me despedí de ellos. Tan solo me llevé algo de ropa con la intención de volver en los siguientes días por más.

—Te has salido con la tuya, te has salido…

—Me he salido, sí. Todavía no me creo que vayas a vivir conmigo. Quiero que conozcas también a mis padres y a mi hermano Arthur.

—¿Eso quieres?

—Sí. No suelo presentarles a nadie y, sin embargo, esta vez quiero hacerlo.

—Apenas hablas de tu vida anterior tampoco, ¿alguien reseñable? —le pregunté.

—Varios amores. Algunos duraron más y otros menos, pero ninguno como para plantearme el futuro.

—¿Y conmigo sí? ¿No te estarás precipitando?

—Contigo me tiro a la piscina y donde tenga que tirarme. Lo tengo clarísimo.

—Algunas veces pienso que esto no puede estar pasando y otras… Otras pienso lo mismo— bromeé.

—Es real, está pasando y lo mereces. Quiero que te tomes un tiempo de descanso. Llevas toda la vida trabajando duro y ahora tienes la ocasión de pensar qué te apetece hacer realmente.

—Algunos no estarían de acuerdo con que eso fuera trabajar duro.

—No todo el trabajo duro viene de picar piedra. Sé que has estado sometida a mucho estrés. Y deseo que no vuelva a pasarte nunca.

—¿Y tienes algún deseo más?

—Ya puestos, lo del estriptis ese que me debes, ¿cuándo será?

—Hoy no, que vengo reventada.

—Claro que no… Hoy te voy a preparar un bañito y solo tendrás que dejarte hacer.

—Eso suena genial, aunque luego me das un tute que no veas…

—¿Tienes quejas?

—Ninguna, ninguna.

Lo hizo. Me preparó ese baño. Era especialista en crear todo tipo de escenarios eróticos. Siempre tenía un juego preparado, una novedad, una sorpresa para mí. Y siempre terminaba en gritos de placer para él.

Esa noche, si lo pensábamos bien, estrenábamos oficialmente la casa como pareja.

Todo estaba sucediendo muy rápido. Me había pillado de improviso y me arrolló… Carter me arrolló como si fuera un tren que tuve que pillar sí o sí porque era consciente de que podía ser que no pasase otro como ese en la estación de mi vida.

Como bien me dijo, me dejé hacer y, como bien le dije yo a él, me dio por todos los lados. Y no metafóricamente. Era tremendo en la cama, puro ímpetu y garra. El sexo con él me estaba enganchando más de lo que pude pensar nunca, si bien aún me enganchaba más el hombre que me estaba demostrando que era.

Por primera vez en mi vida, me acosté sin tener que pensar en servicios, en ganar cada vez más dinero y en tratar de amasar una fortuna. Era real que nunca tuve la ocasión de relajarme y Carter me la estaba dando.

Mi vida había cambiado totalmente de perspectiva. La que se abría ante mí me daba una serie de posibilidades que no hubiera aceptado en otro momento y, no obstante, ya era hora de darle un giro de tuerca y dejarme querer.

No solo se trataría de eso; también yo le querría. Es más, ya lo estaba comenzando a hacer. Carter, con su forma de tratarme, me estaba ganando con mucha rapidez y ya era parte indispensable de mi vida.

Lo pensaba todo aquella noche cuando trataba de dormir tras el sexo. La emoción era mucha y, junto con ella, tenía que gestionar la sensación de estar haciendo lo correcto. El conflicto seguía existiendo en mi cabeza pero es que nada podía hacer… El objetivo de mi vida nunca llegó y, ante eso, solo me quedaba seguir adelante.

No era justo que me atormentase cuando solo pretendía una parcela de felicidad como la de cualquiera. La mayoría de la gente tiende a buscarla. Yo me la había encontrado y no sería lógico que le diese la espalda.

Capítulo 49

Cuando la vida te sonríe, no solo le devuelves la sonrisa, sino que el tiempo pasa volando.

Hay quienes opinan que, cuantos más años tengas, antes se te pasará el tiempo. Tras la experiencia que viví en aquel momento estoy en condiciones de decir que no hace falta ser mayor para eso, pues los días volaron al lado de Carter.

Ya estábamos en Navidad. En nuestra casa, tan entrañables fechas se recibieron con un decorado de ensueño que me encargué de elegir personalmente.

Me tomé unas semanas libres, tal como me sugirió él, aunque tenía en el pensamiento comenzar a trabajar en mi nuevo proyecto profesional en cuanto pasaran las fiestas.

Iba a montar una agencia de Márquetin. Así lo había decidido tras despedirme de todos los que un día fueron mis clientes y me hicieron ganar unas cantidades de dinero bastante interesantes que seguían formando parte de mis ahorros, aparte de que invertí en mi apartamento.

Mi esfuerzo de todos esos años no se había perdido ni mucho menos y me serviría para montar un nuevo negocio que cobraría forma en cuestión de pocos meses. Eso fue lo que proyecté.

No hace falta decir que Carter insistía en que no los tocara y en que él me dejaría el dinero necesario para hacer realidad cualquiera de mis sueños, aunque no lo necesitaba.

Lo que estaba claro era que, a su lado, pasase lo que pasase con mi nuevo negocio, no tendría que preocuparme de apuros económicos. Sin embargo, estaba acostumbrada a valérmelas por mí misma, me había convertido en lo que era desde cero y quería seguir demostrándome que no necesitaba a nadie para ponerme en funcionamiento.

No le diría que no a los muchos viajes que estaba por proponerme, esa era una cuestión aparte. Carter siempre se había dedicado a recorrer el mundo y deseaba seguir haciéndolo y con todo el lujo posible. A nadie le amarga un dulce y acompañarle en esa maravillosa aventura me hacía una tremenda ilusión.

El día de Navidad amaneció con una montaña de regalos para mí delante del árbol. Suerte que, conociéndole, fui previsora y también le encargué a Santa Claus que dejara unos cuantos para él, pues de otro modo me hubiese muerto de la vergüenza.

Joyas, ropa de marcas con precios desorbitados, perfumes de los más caros del mercado… Todo le pareció poco a la hora de obsequiarme en un día que ya era de por sí especial y que Carter convirtió en mágico.

Una vez me los hubo entregado todos y recibió también los míos, salió del salón pidiéndome que le esperase allí.

—No me vayas a decir que hay más porque me caigo muerta—le comenté.

—¿Muerta? No, por favor, te necesito muy viva—me besó.

—Vivo eres tú. No tardes, que ya me has puesto nerviosa.

—No tardo nada, impaciente.

Lo era. Eso me costaba controlarlo. Siempre me lo decía. Yo quería vivirlo todo como en el momento, como si el siguiente segundo pudiera no existir, quería comerme la vida a bocados rápidos y a veces me atragantaba.

Cuando llegó con aquella preciosidad en brazos, no me desmayé de milagro. Carter logró que mis ojos se convirtieran en un par de cataratas cuando me lo dio para que lo cogiese.

—Te he visto acariciar en ocasiones al de nuestra vecina y he querido que tengas uno—me contó mientras me ponía al cachorro más bonito de Husky Siberiano que hubiese visto nunca en el regazo.

—Carter, es… es totalmente irresistible—le dije acariciándolo.

—Estoy seguro de que él te ayudará a tranquilizarte, a alcanzar ese equilibrio emocional que necesitas para dejar el estrés atrás y comenzar una nueva vida.

—Para eso me podías haber regalado un sillón masajeador, esto es mucho más—sonreí entre lágrimas.

—Lo más bonito es verte así de feliz con él en brazos, amor, ¿estás contenta?

—¿Te vale si te digo que es el mejor de los regalos?

—Me vale, me vale…

Lo acaricié y me miró con sus enormes ojos azules. Era un cachorrito precioso, uno que me trajo unos recuerdos increíbles, reviviéndolos en piel propia.

Aparté de inmediato los pensamientos de una vida pasada que se clavaban en mi corazón como dagas. En mi familia hubo un perro. Venus se llamaba y yo lo amé muchísimo. Hasta que un día salí de ella y lo perdí. Lo que más sentí perder de aquello fue a Venus. Ciertamente, así fue, por mucho que a algunos les cueste creerlo. Simplemente, fue el único que me demostró su cariño y apoyo incondicional.

—Es un perrito precioso—le decía acariciándolo sin poder parar.

—En realidad es una perrita, es chica…

—Anda, ¡si no la había levantado! Mucho mejor, así seremos dos para darte caña.

—Ya me imaginé que no era la mejor de las ideas.

—Si a ti te gusta la caña, por eso estás conmigo.

—En el fondo, creo que es así.

—Se llamará Kora, ese quiero que sea su nombre.

—Me parece una elección perfecta. De ese modo, ya se la podemos presentar oficialmente al resto de mi familia.

—A ella y a mí. Estoy nerviosa, ¿crees que les gustaré?

—Creo que les entusiasmarás. Mis padres me apoyan en todo y ya les he contado cómo me haces sentir. Solo por eso, te quieren aun sin conocerte. Y mi hermano Arthur es un gay ideal… Te caerá de fábula. Se pasará todo el almuerzo hablando contigo de moda, ya lo verás.

—Qué divertido…

—Sí, quiero que sean unas Navidades inolvidables para ti.

—Te lo agradezco. Llevo años sin celebrarlas por mucho que Liam se empeñase en llevarme con sus familiares en esos días.

—¿Y te quedabas sola?

—Más de una vez haciendo un servicio para algún solitario como yo. Perdona, igual no debo hablarte de…

—Debes hablarme de todo lo que tenga que ver contigo. No te cortes, de verdad.

—Pues eso.

Al poco llegó su familia. Carter, su padre, era empresario también y Hellen, su madre, nunca tuvo un oficio conocido, si bien se dedicó a amadrinar tantas causas benéficas en Nueva York que eso ya constituyó un trabajo de por sí para ella.

Noté enseguida que no se había equivocado. Les caí fenomenal. Me trataron con gran naturalidad y cariño desde el primer momento. Y no digamos ya su hermano Arthur, quien se dirigió a mí poco menos como si fuese la musa de alguno de los grandes modistos del momento.

—Por favor, Carter, si es una diosa de la belleza… Mírala.

—No diría yo tanto, me vas a sonrojar.

—Da igual. Si lo digo es porque lo pienso. Y yo de moda entiendo cantidad.

—¿Te dedicas a eso, Arthur?

—¿Yo? No. Tengo una clínica veterinaria.

—Anda, no lo sabía… Tu hermano no me lo dijo.

—Eso es porque este CEO y este otro hombre de negocios—señaló a su hermano y a su padre

—, no entienden mucho a lo que me dedico. Sin embargo, tengo mis miras… A mí me sirve para ligar con los papás perrunos—bromeó mirando a mi Kora con mucho cariño.

Había elegido para la ocasión un elegantísimo traje negro de fiesta, de encaje, ajustado a mi cuerpo. Una obra de arte hecha prenda que lucí con toda la ilusión para conocer a mi familia política.

Me las apañé bien con ellos. Me lo pusieron muy fácil, tratándome como una más de la familia desde el primer momento.

Enseguida se aplacaron los nervios que sentía porque no estaba acostumbrada a tratar con familias políticas y el encuentro me tensaba. Todos ellos eran encantadores.

—¡Prueba superada! —me dio una palmada en el aire Carter cuando se marcharon.

—Parece que les he gustado, ¿puede ser?

—Les has enamorado. No tanto como a mí porque eso es imposible, pero enamorado.

—Ha sido un regalo. El día de hoy al completo lo ha sido—le dije mirando a Kora quien todavía era muy chiquitita y dormía en la camita que le habíamos preparado. Me inspiraba una ternura impresionante. Sentía que la quería.

—Sí que lo ha sido…

—Y a ti todavía te falta por recibir un regalo.

—¿A mí? Si el barbudo barrigón se largó por patas esta mañana, ¿acaso ha vuelto?

—No, este regalo no tiene nada que ver con el barbudo barrigón. Ven—le tomé de la mano.

Capítulo 50

Le llevé al dormitorio y le pedí que me esperase allí. Entré en el baño con aquel *outfit* interior que me había comprado para la ocasión y con el que le sacaría la más libidinosa de las sonrisas.

Me lo coloqué con mimo y me recogí el pelo en una coleta alta. Así le daría relevancia al conjunto a la hora de bailar para él, a la hora de hacerle ese estriptis que le tenía prometido y que esperaba con ansia.

Carter sopló antes de comenzar a silbar cuando me vio aparecer con ese elegante *body* de escote *halter,* negro y de pedrería, que se anudaba de un seno a otro con una serie de cuerdas entrelazas. También salían un par de ellas de los laterales para sostener el minúsculo tanga. No le faltarían tampoco unos panties que llegaran hasta la alta parte de mis muslos y unos taconazos de vértigo.

—Sexy, sexy a rabiar—soltó junto con un gruñido.

La canción la tenía en mente desde la primera vez que le prometí que le bailaría de ese modo tan insinuante. La versión de Christina Aguilera, Lil Kim, Mya and Pink de “Lady Marmalade” que se hizo tan famosa al incluirla en la banda sonora de la película “Moulin Rouge” era mi predilecta para que Carter acabase aún más chiflado por mí de lo que ya estaba.

Salí y su sonrisa me lo dijo todo. Parecía tan loco por mí como yo por él. Comencé mi baile del modo más insinuante posible con un movimiento de cadera y de pecho que él acompañaba con un seguimiento por parte de sus ojos que me lo decía todo.

El *feeling* entre ambos era tremendo. Cuando me di la vuelta y quedó mi sugerente trasero a su vista, comenzó a silbar y, al voltearme, noté cómo tragó saliva por la mucha excitación que estaba sintiendo.

Entonces seguí bailando, acercándome cada vez más a él. Le agité por completo al moverme sexy, rabiosamente sexy, a milímetros de su cuerpo. Él trataba de tocarme y lo impedía echándome para atrás en ese momento.

—Taquicardia, siento taquicardia—murmuraba poniendo cara de niño bueno y llevándose la mano al pecho.

En esos momentos sí que me sentía una diosa, su diosa. Me ocurría porque él me miraba como si lo fuese. Carter tenía unas ganas tremendas de mí, se notaba. Y Yo… yo contaba los segundos para estremecerme en sus brazos.

El momento estelar, el momento en el que me quitaría el *body* coincidiría con la última vez que sonara el insinuante estribillo de *"Voulez vous coucher avec moi, ce soir?"* que se traduce como "¿Quieres acostarte conmigo esta noche?".

Conforme la canción iba avanzando y estaba a punto de llegar, más atrayente y tentadora me mostraba.

Sonaron las palabras mágicas y tiré del cordón que ataba el *body* a mi espalda. Con un insinuante movimiento, me quedé tan solo con las medias y él ya no pudo más.

—Ya eres mía—murmuró al levantarse y, agachándose un poco, cogerme por las piernas y llevarme entre sus fuertes brazos hasta la cama.

No hubo preliminares en una noche en la que me salió volando hasta el pequeño sombrerito que me coloqué, al que creo no haber hecho alusión. Una monada en forma de tocado para completar ese *oufit* que cumplió el cometido de hacer que los ojos se le salieran de las órbitas.

Una vez me tuvo en la cama, me miró como si fuese uno de esos dulces y exclusivos bombones que en su día me envió, con la intención de degustarme por completo.

Iría directo al grano en esa noche en la que le puse a mil sin ni siquiera tocarle. Era evidente que su ansia saltaba a la vista y que la mía también.

—Penétrame, Carter—le pedí sin dilación cuando le tuve encima de mí.

Ni siquiera se había quitado la ropa. Mientras se desabrochaba a toda velocidad los pantalones, le abría aquella camisa que se dejó puesta, pues era tanta su prisa que no se entretuvo más.

Con el torso al descubierto y ese rostro, el más atractivo del mundo, comiéndome con la intensidad del negro de sus ojos, semejante al de la noche, entró en mí.

Me hizo removerme por completo, llegó a mis entrañas y se las encontró ardientes. Era un amante de diez, el mismo que levantó una de mis piernas para encontrar una postura que le permitiera acceder incluso más dentro, explorando en lo más íntimo de mí mientras que sacaba mis gemidos placenteros y convertía mi garganta en un torrente de interminables jadeos.

Me hizo el amor de una forma descomunal; entrando y saliendo de mí hasta hacerme ver que ningún otro hombre en el mundo podría hacerme sentir lo que él. Carter se estaba metiendo en mi cuerpo al mismo tiempo que en mi corazón, y su experiencia se lo dejaba ver.

Me aferré a su cuello y me dejé besar en los senos por él. Después sustituiría los besos por una de esas mordidas suyas que me ponían al límite.

Mi primera corrida estaba en camino y bien sabía que no sería la última. Estábamos celebrando que merecía la pena todo lo que pasó, que había que darlo por bueno, ya que los momentos que estábamos viviendo y los que estábamos por vivir ya no nos los quitaba nadie.

De entre todas las posturas que practicamos aquella madrugada me quedo con las que nos permitieron clavar la mirada en el otro. Poder contemplar sus ojos mientras me hacía el amor se convirtió para mí en otro de los mejores regalos de una Navidad inolvidable, de la que había de ser la primera de muchas.

Capítulo 51

El tiempo seguía pasando muy pronto. Se lo decía un par de semanas después a Kora, mi cachorrita, quien ya estaba mucho más espabilada y me hacía una tremenda compañía.

Me pasaba muchas horas al día en casa, trabajando en mi nuevo proyecto, pues ponerlo en marcha no era cualquier cosa. Algunas mañanas quedaba también con Violet para desayunar.

—Yo, como te dije, no pienso pegar palo al agua. Gané lo suficiente como para que, con la ayuda de Liam, pueda vivir de las rentas.

—Te alabo el gusto. Sin embargo, yo necesito traer algo entre manos o me volvería loca.

—¿Más todavía? —bromeó.

—Mucho más todavía, nena. Por cierto, no sé si sabes ya que el juicio se celebrará en breve.

—Sí, lo sé. No va a ser un trago dulce, aunque hay que pasarlo lo antes posible.

—Me consta que Carter ha movido todos los hilos por agilizarlo.

—Pues ha hecho bien. Cuanto antes pasemos página del todo, muchísimo mejor.

—Tendremos que declarar las dos, lo sabes. ¿Tienes miedo?

—¿Después de lo que querían hacerte esos animales? Cantaré todo lo que tenga que cantar para que se pudran en la cárcel. No se irán de rositas. Además, que no hay artimaña que puedan hacer sus picapleitos para que se libren. Los cogieron con las manos en la masa.

—Así es. Revivir todo aquello no va a dejarnos buen sabor de boca. Y, pese a todo, es imprescindible para comenzar nuestra nueva vida.

—Ya la tenemos. Entiendo lo que dices y, mal que les pese, la tenemos. Y tú hasta con

cachorrita incluida. Por favor, si es una monada.

—Sí que lo es…

Me la llevaba a todas partes. Carter se había empeñado en asignarme un chófer para que no tuviese que estar de taxi en taxi. Mi amiga se solía reír de eso.

—Y tienes hasta chófer. Ese ha llegado para quitarme el puesto a mí.

—¿El bueno de Sam? Es un gran hombre… Me suele contar las cosas de su familia cuando me lleva de aquí para allá. Está tan enamorado de su mujer como el primer día y eso que llevan 30 años de casados.

—Hay condenas mucho más cortas que esas—me silbó.

—¿Qué dices? Si tú siempre has sido una romanticona, no me vengas ahora con esas.

—Pues mira, para serlo yo y tú no, eres quien ha encontrado el amor antes.

—Es verdad. Son cosas que pasan, ¿no? Todavía no doy crédito en muchas ocasiones, ¡¡cómo nos ha cambiado la vida!!

—Y lo que nos puede cambiar todavía, bonita.

—A mí no me marees, que todavía estoy digiriendo esto.

—Más bien lo estás disfrutando. Carter es un hombre formidable y te quiere con locura. Eso no pasa todos los días. Aún no encontré a nadie así.

—Pues no lo busques, que ya te digo yo que vienen solos.

Y llegó el día del juicio, el cual se celebraría a lo largo de aproximadamente unas cinco o seis sesiones, ya que era mucha la estrategia por parte de la defensa para tratar de desacreditarnos.

—Ya pueden decir misa, no tienen nada que hacer porque los pillaron *in fraganti*—nos decían nuestros abogados y era muy cierto.

Carter me tranquilizaba por completo en unos días que no estaban siendo fáciles para ninguno de nosotros. Tampoco para Violet, Liam y Ángela, pues junto con el mismo Carter se vieron arrastrados a ese lío en el que les metí a todos.

Nuestros abogados no solo fueron implacables, sino que junto con el testimonio de la Policía y de todos nosotros llevaban las de ganar desde el primer minuto.

La estrategia de la defensa, por muy contundente que fuese, tan solo podía basarse en tratar de invalidar algunas de las pruebas porque, según ellos, se habían obtenido de modo ilícito al ocurrir los hechos en una propiedad privada.

—Aquí no funcionan las cosas así—les aclaró el juez desde el principio—. Aquí, si la integridad física de una mujer está en juego, la Policía tiene el deber de entrar a socorrerla sin necesidad de una orden judicial que avale esa entrada. Se trata de un delito que está ocurriendo en ese mismo momento y que, por tanto, hay que evitar a toda costa. Suerte que estas personas, todas ellas, mostraron que les unen unos lazos capaces de hacerles perder su vida por el resto. Aplaudo la actuación de todos y cada uno de ellos. Si el mundo se moviera por lazos similares, nos iría mucho mejor de lo que nos va.

Les echó un buen rapapolvo in situ. Era sin duda un avance de la sentencia que emitiría en unos días, dado que el jurado estuvo con nosotros desde el comienzo.

No había nada que pudiera exonerar de culpabilidad a unos tipos que me hubieran matado sin piedad, llegado el caso, y también a ellos tres. Todos permanecimos unidos durante aquellas sesiones.

El veredicto del jurado, claramente condenatorio, se emitió unos días después. Aquellos cinco desgraciados se pudrirían en la cárcel y, en cuanto al secretario del jeque, también le caerían unos buenos añitos por su intervención en los hechos.

—¡¡Esto hay que celebrarlo!! —chilló Liam cogiendo a Ángela en brazos en el momento en el que salimos de la sala.

—Claro que sí, ¡¡nos vamos a almorzar todos juntos!! —nos propuso Violet.

—Yo lo siento muchísimo, pero tendréis que ir sin mí. Tengo un compromiso de trabajo… ineludible—carraspeó Carter.

No lo esperaba y me cayó regular. Él podía hacer lo que quisiera, era el CEO y el dueño de la empresa, todo en uno, ¿cómo era que tenía que ausentarse ese día?

Además, que el hecho de que mencionase lo de “ineludible” me sonó a cuando no quise ir a cenar con él porque tenía el servicio con el jeque.

Le dejé marchar y Violet me lo notó al cogerme del brazo.

—¡¡Quita esa cara de funeral! ¡¡Que hemos ganado!!

—Lo sé. Es que creí que Carter vendría a celebrarlo con nosotros.

—Pobrecita la princesa. Te recuerdos que eras la tía más independiente del mundo, ¿es que ahora necesitas a tu chico para todo?

—No, claro que no… Si no es eso.

—No te estarás rayando. Carter te adora y está a *full* contigo. Me imagino que estos días lo habrá tenido que desatender todo para estar a tu lado y, con lo mucho que lleva para delante, ahora se dará patadas en el culo.

—Claro, es eso. Qué tonta soy, ¿verdad?

—Pero que mogollón de tonta, guapa. Y ahora, ¡¡alegra esa cara!!

Capítulo 52



Carter llegó a casa ya bien entrada la noche. Le esperaba con un conjunto de ropa interior en rojo pasión que me hacía una figura escultural.

En cuanto escuché la puerta, adopté una de sus posturas favoritas. Ya nos íbamos conociendo muy bien y eso de encontrarme bocabajo, apoyada en mis codos y con las piernas cruzadas en alto, leyendo, le ponía malo, muy malo.

De reojo, vi cómo se desaflojaba la corbata. No venía con la mejor de las disposiciones para el sexo, lo noté enseguida porque apenas se paró a mirarme. Entró directo al cuarto de baño.

—Buenas noches—murmuró.

—Buenas noches, Carter—me quedé un poco cortada.

En los últimos días le venía notando un poco más distante. Nada que no pudiera tener que ver con los nervios propios del juicio. No obstante, la cosa parecía ir a más.

Salió y me miró.

—Estás despampanante con ese conjunto—observó.

—¿A que sí? Es lo que tiene ir a ver a mi amiga Rose, que todo lo que me saca es una verdadera tentación.

—Tú eres la tentación, aunque si te digo la verdad, esta noche no estoy para mucha jarana.

—Vaya… Y yo que te esperaba ardiente—le comenté mientras me acercaba a él.

Sin más, metí un par de mis dedos en su boca y los lamió. A continuación, los llevé hasta mi sexo y los introduje dentro, mientras ladeaba el tanga. Me toqué a placer ante sus ojos y comencé a jadear.

Con la otra mano, busqué mi clítoris. Lo encontré enseguida porque parecía expectante por ser tocado también. Me arqueé, comencé a emitir una serie de gemidos intermitentes y no le quité la mirada de encima.

Obvio que no ignoró semejante numerito, si bien tampoco estaba para tirar cohetes.

—Esto lo arreglo yo—le dije al llegar hasta su bragueta y no encontrarle en las óptimas condiciones que solía estar.

—Es que ya te he comentado…

—¿Vas a dejar que te relaje o no?

No hubo más objeción por su parte. Hubiera sido ridículo, ciertamente, porque lo que estaba por hacerle lo hubiera deseado cualquier hombre en el mundo.

Tomé su pene y comencé a masajearlo. Tras hacerlo, y notarlo ya erecto, me lo llevé a la boca. Entre mis labios y mi lengua hicieron el resto. Sobre los primeros, se deslizaba y la segunda, lo recorría de un modo que hubiera levantado a un muerto.

Noté que se estremecía y que se entregaba. Por fin parecía meterse en el papel de amante y eso me tranquilizó.

Carter no solía dejar que le pasara en mi boca, pues antes que eso prefería salir y penetrarme. Y, si acaso yo insistía y le pasaba, se venía arriba de inmediato para mostrarse erecto de nuevo y preparado para penetrarme.

Aquella noche no insistí porque lo que realmente deseaba era tenerle dentro de mí. De ahí mi total sorpresa cuando traté de sacármelo de la boca y él no estuvo por la labor.

—Quédate, por favor—me pidió.

Como me quedé fue un poco descolocada, la verdad. Tampoco era cuestión de darle más importancia. Igual le apetecía y más tarde… Más tarde me daría lo mío.

Hice que llegase hasta el final y le saboreé… Lo que no hubiera hecho con ningún cliente jamás no me costaba hacerlo con él. Se trataba de mi pareja, del hombre que luchó para que tuviese una nueva vida, y le amaba. A esas alturas del partido le amaba muchísimo.

Cuando le pareció salió de mi boca y entonces entró en el baño. Me chocó que no me dijese nada. Solía ser muy detallista en momentos como esos.

Al poco, volvió. Y lejos de tratar de complacerme, me pidió que nos echásemos a dormir.

—Esto… pero si no has cenado—disimulé porque me quedé muy cortada y no entendía nada.

—Tomé algo por ahí, lo que necesito es descansar, ¿vale? Ha sido un día largo.

No es que fuese una egoísta en el sexo, es que él nunca se había comportado así. Carter jamás se fue a dormir sin haberse asegurado de que, como mínimo, recibiese el mismo placer que él.

Me fui al baño muy rayada y allí me quité ese delicado conjunto que de nada me sirvió porque no le atrajo en absoluto.

Cuando salí, ya estaba dormido. Tampoco nunca antes se durmió sin haberme dedicado unas palabras de cariño y abrazarme como lo hacía cada noche, de ese modo que sientes que todo está bien a su lado, que nada malo te sucederá mientras estés junto a él.

A mí me costó dormir. Lo terminé haciendo por cansancio, aunque me desperté varias veces en la noche. Esperaba otro comportamiento por su parte al amanecer. Y no lo hubo.

—Buenos días, me tengo que ir pitando. Me espera una mañana dura—me dijo. Ya de por sí, el "buenos días" a secas me arañó un poco. Él siempre añadía algo que lo adornaba más.

—Está bien, como quieras.

—No te molesta, ¿verdad? Es que lo tengo todo descuidado y he de priorizar.

—No, claro que no. Dale prioridad a lo que pienses que se la debes dar—le dije con retintín.

—Está bien. Me alegra que lo comprendas—me contestó como si no lo hubiese captado en absoluto. Es que no parecía importarle lo más mínimo lo que dijese.

Capítulo 53



Por mi profesión, conocía muy bien a los hombres.

Con los años, desarrollé una especie de sexto sentido con ellos. Algunos me solían decir que les conocía mejor que nadie. Y es que parecía tenerlo. Por eso terminó Carter por ganarme, porque vi la pasta de la que estaba hecho y su verdadero interés por mí. Es más, me lo demostró jugándosela por mí en casa del jeque.

Dicho esto, también os diré que conocí a muchos hombres que, a pesar de querer a sus mujeres, llevaban la infidelidad en el ADN, y eso hacía que se fijasen en otras por mucho que no pretendieran hacerles daño.

Era así. Había visto a más de uno grande como el castillo de Pol desmoronarse después de una separación, llorando a moco tendido al reconocer el mucho daño que le hicieron a sus esposas y lo mal que se sentían por no haber frenados esos instintos que les llevaban a comportarse como verdaderos animales.

Ese sexto sentido me decía que algo estaba sucediendo con Carter. No me chupaba el dedo. También sabía que, igual que yo, se trataba de un hombre de mundo con muchas vivencias a sus espaldas.

Pol me llamó para que tomase el aperitivo con él. Parecía contento. No pude decirle que no. Y, además, que me vendría bien despejarme.

—Querida, te tengo una sorpresa—me adelantó en cuanto llegué.

—Ay, por favor, que por la forma que tienes de decirlo, tiene que ver con Cupido.

—Más tiene que ver con Henry. Cupido puede que nos esté mirando desde ahí arriba también… lo mismo es que quiere hacer un trío.

—Qué brutísimo eres…

—Es que estoy muy contento porque ¡¡me voy a mi castillo con él!!

—Dijiste que no lo pisarías más hasta que fuera en su compañía. ¿Sí? ¿Se va contigo? —uní las manos en forma de súplica al cielo para que así fuera.

—Que sí, que me va a dar una oportunidad, ¡¡que lo he conseguido!!

—¡¡Si es que eres el mejor!!

—Y no solo él me la va a dar…

—Espera, no querrás meter a otro en el ajo. Que ya perdiste a Henry en su día por tontear…

—No, claro que no… Que el otro que me va a dar una oportunidad es el universo, niña.

—No entiendo…

—Es que verás… Menos mal que contigo lo puedo hablar todo abiertamente.

—Sí, te recuerdo que hay confianza.

—La hay, la hay. Pues eso, que el otro día comencé a sentir un cosquilleo.

—En el estómago. Ya, son las mariposas esas de las que hablan. No creí que las sintiera nunca y también me pasó con Carter. Son unas okupas, las tías.

—No, el cosquilleo fue más abajo del estómago, ¿lo entiendes?

—¿No me digas que sentiste algo?

—¡¡Eso es!! Y hasta se me puso algo morcillona.

—Me parto con tus expresiones…

—No sabes lo que me supuso, si hasta la miré y me puso a cantarle… a mi minga, como dice mi amiga Celia, la cubana.

—¿Y lo has consultado con un médico?

—Sí, el urólogo me ha dicho que existía una remota posibilidad de que me volviese a funcionar, tan remota que prefirió no mencionarla. Claro que ese no me conocía.

—Ya te digo que no, Henry. No sabes lo que me alegro…

—Lo sé, lo sé, mi niña.

—Y ahora, dejemos de hablar de mis patéticas erecciones, pues de momento no son más que eso, y centrémonos en ti.

—Yo estoy bien, ¿cómo voy a estar?

—Te he visto mucho más entusiasmada otras veces y teniendo en cuenta que el jeque ese y sus amiguitos se van a pudrir en la cárcel, deberías estar dando saltos de alegría.

—Y lo estoy, estoy muy contenta.

—Pero… porque hay un "pero", no me lo niegues.

—Es que he notado a Carter un poco raro en los últimos días y ayer más todavía.

—¿Ayer? Pues normal, tendría los nervios a flor de piel. Me pongo en su lugar y todo esto ha tenido que ser muy difícil para él.

—Lo sé, lo sé, pero que está raro, de veras.

—Chica, dale un respiro, ¿por qué lo dices?

—Porque me parece que le encuentro un poco más ausente, más distante.

—Chanel, tú siempre has sido muy independiente. Al igual que yo, estás feliz de tener al hombre que amas al lado, lo cual no significa que necesites que esté 24/7 con los ojos puestos en ti, ¿no es así?

—No, claro que no.

—Pues entonces, déjate de tonterías y alegra esa cara, ¡¡que tienes mucho que celebrar!!

—Tienes razón, Pol.

—¿Y cuándo no la tengo? Carter es un tío de fiar y te quiere. No hay más. No le atosigues, también es un tipo con mucho poder que necesita respirar.

—Está bien, está bien.

—Solo faltaría que te convirtieses en una de esas tías tóxicas que…

—¡¡Que no!! ¿A que te arreo con un cojín?

—Vale, pero prueba a darme en mis partes nobles, que estoy todo el día comprobando si siento algo.

—Yo sí que voy a sentir que te vayas a París, tontorrón.

—Me voy solo por una temporadita, niña, que sabes que este parisino también es neoyorquino de corazón.

—Lo sé, lo sé, amor…

Me lo pasé muy bien con él. Me estuvo contando sus planes con Henry cuando llegasen a París. Su vida social era para alucinar. Pol se movía en las más altas esferas.

También lo era la de Carter. Tendría que acostumbre a que el hombre con el que compartía mi vida tenía entre manos muchísimos temas importantes y decisiones trascendentes que tomar.

Cuando uno tiene la cabeza tan caliente, está más disperso. Que me lo dijeran a mí, que me centré durante años tanto en un objetivo que me olvidé de todo lo demás.

En realidad, de lo principal que me olvidé fue de vivir. Me llevé unos años con mi vida en pausa y era hora de mirar hacia delante y compartir con él la bonita relación que juntos estábamos creando.

Capítulo 54



No me lo pensé. Me fui a buscar a Carter a su despacho. Tenía un mensaje de él preguntándome si quería que almorzásemos juntos.

Me había quedado mal sabor de boca cuando se marchó por la mañana y no quería sentir eso. Además, que cualquiera podía estar pasando por una etapa más estresante y manifestar síntomas. Sobre eso podía hacer un doctorado.

—Hola, Candy—le dije a su secretaria al llegar.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? Qué alegría verte, no sueles dejarte caer por aquí.

—Es verdad. Me voy a llevar a Carter un ratito. Seguro que me lo agradeces.

—No es un jefe cascarrabias, pero ¡¡vale!! —me dijo graciosamente.

Entré en el despacho y me lo encontré concentrado.

—Ya está aquí lo más bonito de tu vida—pronuncié efusiva y me fui hacia él para besarle.

—Hola, ¿ya has llegado? —me preguntó ignorando mi comentario.

—¿Eso es una pregunta? Pues claro que ya he llegado, ¿o no ves que este cuerpo es de carne y hueso? No te hicieron pruebas para dirigir esto, ¿no? —me burlé.

—Ven aquí, anda—me dio un beso—. Me refiero a que se me ha pasado la mañana volando.

—Creí que eso solo te sucedía conmigo.

—No te enceles, también me sucede con el trabajo. ¿Me esperas un momento aquí? Tengo que hablar una cosita con Candy.

—Claro. No tardes, ¿tienes hecha la reserva?

—No, vamos a tener que improvisar.

—¿Improvisar tú? Qué va. Siempre la tienes hecha, no me mientas.

—En esta ocasión, no. De veras que se me ha ido. Ve pensando dónde quieres ir y hazla, por favor. Dispongo de una hora y algo…

—¿Una hora y algo?

—Lo siento, es lo que tengo, ¿vale? —me preguntó con un desdén que no era propio de él.

—Pues nada, almorzamos a paso ligero y punto.

—Disculpa, estoy un poco acelerado.

—¿Un poco? Como un cohete de la NASA al dispararse estás.

—Disculpa, de verdad.

Me quedé al lado de su silla. Había mogollón de papeles en su mesa y, entre ellos, encontré varias facturas. Una llamó mi atención al ver el nombre de la empresa, ¡¡era la de los bombones!!

Me sacó la sonrisa… Estaría muy estresado y, pese a ello, si esa factura estaba en su mesa y con fecha de ese mismo día suponía que me había encargado otra caja de esos exclusivos bombones por lo del día anterior.

Sonreía pensando en ello cuando volvió a entrar en el despacho.

—¿Y esa sonrisita?

—Nada, nada, cosas mías…

—Te conozco muy bien, preciosa, y solo puede significar que estés enredando.

—¿Enredando? ¿Qué quieres decir con eso?

—En esa cabecita tuya que no para, porque no para.

—No enredo nada. Solo disfruto del momento.

—Eso es muy Pol…

—Y tú muy listo. Vengo de verle. Tengo cositas que contarte. Novedades en su vida.

—¿Buenas?

—Muy buenas, de hecho.

—Me alegro por Pol, se lo merece.

—Sí, gracias a él has tenido el enorme privilegio de conocerme.

—Así es, bonita, ¿nos vamos ya?

No parecía estar en lo que estaba. Normalmente, hubiera rebatido mis bromas, contraatacando. Y no, no lo hacía para nada.

Nos fuimos hacia el restaurante y tampoco hubo ninguno de esos gestos suyos tan propios de ponerme la mano en el muslo mientras conducía ni nada parecido.

Durante el almuerzo, tampoco es que se volcase en mí precisamente. Se alegró por lo de Pol, charlamos durante el poco tiempo que tuvimos, y luego se fue por patas.

—Cariño, no me dará tiempo de llevarte a casa. Llama a Sam y que te recoja.

—Vale, vale, ya lo llamo.

—No te molesta, ¿verdad?

—No, no, qué me va a molestar.

Tampoco le conocía desde hacía tanto y cada cual maneja el estrés como buenamente puede.

Me fui a casa y le pregunté a Maggie, la chica de servicio que solía estar a esa hora, si había llegado algo para mí.

—De momento nada, hoy no llegó ningún paquete ni para ti ni para Carter, Chanel.

La chica debía tener mi misma edad y nos tratábamos con mucha familiaridad.

—¿Estás segura? Mira que sé que me viene una cosita de camino.

—Pues entonces no tardará en llegar. El oído lo tengo muy bueno y aquí no ha llamado ningún repartidor.

—Está bien, está bien.

Una vez pagados, lo normal es que me llegaran de inmediato. Igual el repartidor se había retrasado o qué sabía yo.

Por la noche, los bombones seguían sin llegar. Tampoco Carter, quien lo hizo tarde y con el aliento oliéndole a alcohol.

—¿Has bebido? —le pregunté.

—Bonita manera de recibirme. Un par de copas, quizás tres, ¿eres poli tú ahora?

—No, no lo soy. Es que me extraña porque nunca bebes cuando trabajas.

—He tenido una reunión muy importante a última hora y luego me he ido a tomar unas copas con mis clientes, ¿te importa?

—No. Solo una pregunta, ¿alguna era mujer?

—¿Celosa? No me lo puedo creer, ¡no tienes motivos! —me chilló.

—Responde, por favor.

—Pues no, lista…

—A mí no te dirijas así, ¿me oyes?
—Es que no me gusta que me cuestionen. No me lo merezco.

—Vale, vale, cálmate—le vi muy alterado.

—No tienes ningún motivo para malpensar de mí…

Él no lo sabía, pero sí que tenía un par de ellos; la factura de los bombones que no me llegaron y la pequeña marca de carmín que no pasó desapercibida para mí en el cuello de su camisa.

Me callé. Soy consciente de que hay batallas que son inútiles de empezar antes de disponer de todas las armas.

—Venga, no quiero problemas—le calmé.

Esa noche no le busqué para nada. Es más, tampoco cenó. Se acostó porque venía algo bebido y se volvió a dormir sin dedicarme ninguna palabra de cariño.

A mí me costó más dormir. Incluso me levanté y me fui al sofá porque no estaba cómoda dando vueltas a su lado. No supe si se percató de ello o no. Levantarse para ver dónde estaba yo, eso no lo hizo.

Capítulo 55



Carter se fue por la mañana tras tomarse un café rápido. Solíamos desayunar juntos y aquella no, porque apenas tuvo tiempo.

—Me voy…

—¿Del tirón para la oficina? —le pregunté.

—No, tengo varias reuniones fuera.

—Ok, ¿te veo para almorzar?

—Sí, lo intento, ¿ok?

—Ok—se fue dándome un beso tan rápido como su café. Menos ardiente, en cualquier caso.

Salí de casa al poco de hacerlo él. Cuando nos conocimos, me contó que Candy se encargaba de hacer los pagos y demás, así como de los regalos o de cualquier detalle de ese tipo. Ella lo pagaba todo con una tarjeta de empresa y luego le pasaba las facturas.

Por lo que vi el día anterior en su mesa, entre tanto papel podía haber alguna más que me diese alguna pista de qué traía Carter entre manos.

Llegué y ella estaba al teléfono.

—Espere, por favor—le dijo a su interlocutor—. Hola, Chanel, Carter no está.

—¿No? Qué contrariedad. Venía a invitarle a desayunar, ¿te importa si paso a su cuarto de baño?

—¿Te imaginas que me importase? Técnicamente, eres mi jefa también—bromeó.

Siguió a lo suyo. Carter contaba con su propio cuarto de baño, para él solo, al que se accedía a través de su despacho.

Me metí en él, quiero decir en el despacho, y rebusqué entre los papeles de su mesa.

—¡¡Maldito seas!! —dije en alto en ese momento como si me pudiese oír.

Lo que había encontrado era la factura de un hotel con fecha del día anterior. Por la hora que ponía en ella, la reserva se hizo por la mañana y fijo que la disfrutó por la tarde. De ahí que almorzase conmigo como las balas, que me dejase en el restaurante y que se largase volando. Y también que pimplase y llegase contentito por la noche.

Hacía mucho que no me sentía tan tonta como ese día. Los bombones no me llegaron porque no eran para mí. Tan simple como eso.

La misma técnica que utilizó conmigo, la utilizó también con la siguiente incauta que cayó en sus manos. Me dolía, me dolía mucho reconocerlo. No por ello podía negarlo; Carter era de ese tipo de tíos que se llevaban todo lo que podían por delante.

El dolor era grande y, no obstante, era mayor la decepción. Y no con él, sino conmigo. Yo no quería confiar en ningún hombre y terminé haciéndolo a ciegas en Carter. Y era evidente que me la había dado.

Por alguna razón, le llamé la atención más que otras y me llevó a vivir con él, quizás porque le supusiera un reto el alejarme de mi vida de escort para tenerme en exclusividad. Y una vez que me tuvo en su cama para él solo, me dejó colgada como a un juguete viejo.

Disimulé al salir porque no quería que Candy le previniese de nada. Mi deseo era pillarle desprevenido y asestarle un buen mazazo. Lo digo en sentido metafórico. También por mi gusto le hubiera dado en el literal, lo digo como lo siento.

Tenía varias llamadas de Violet cuando salí de su despacho.

—¿Te vas? —me preguntó Candy.

—Sí, bonita, me voy con viento fresco—le contesté con sorna.

—Pues disfrútalo, guapa. Quién pudiera salir a tomar el solecito.

Me reuní con Violet en la cafetería de siempre. Ella seguía eufórica por la condena de aquellos hijos de mala madre. A mí me encontró un poco menos eufórica.

—Pero mírate, ¿Qué te pasa? Si parece que vienes de ver al mismísimo demonio, niña.

—Y es que vengo de verlo. O más bien, vengo de descubrirlo. Es Carter.

—¿Qué dices de Carter? ¿Qué le pasa?

—¡¡Que me la ha jugado!! El muy maldito está con otra.

—¿Con otra? ¡Eso no puede ser!!

—¿Y por qué no puede ser si es un tío y todos se comportan como gusanos rastreros?

—Espera, espera, ¿tienes pruebas de lo que estás diciendo? Que tú te has montado tus películas de siempre con lo de las maldades de los tíos. Y sí, al mejor de todos lo llamas Satán.

—¡¡Claro que las tengo!! Ha vuelto a regalar bombones a una tía y se ve con ella en un hotel de todo lujo. Por eso anda con tantas prisas y con la cabeza en otra parte.

—¡¡Joder!!

—A eso, a eso va justamente. A joder con ella.

—Nena, ¿tú los has visto con tus propios ojos?

—¿A las facturas? Pues claro.

—No, a ellos…

—A ellos no. Si no, él sale arañado, te lo prometo. Ella me importa un bledo, pero él, ¡¡lo dejé todo porque me lo pidió!!

—Y en eso tienes que darle las gracias. Casi te matan por estar en ese mundillo.

—Ya y si te parece también le chupo el culo.

—No estoy de broma y entiendo tu dolor. Solo te expongo que a veces las cosas…

—Ya, no son lo que parecen. Como abogada defensora no tendrías precio, ¡¡sé que me está mintiendo!!

—Háblalo con él.

—¿Hablarlo? En cuanto acabemos de desayunar me voy para su casa y recojo todas mis cosas. Me tienes que ayudar.

—¿No has venido con tu chófer? Que ahora pareces una congresista.

—Le dije que se marchase, ¡¡y a la mierda todo lo que tenga que ver con Carter!

—Creo que te estás precipitando. Hay indicios, es normal que sospeches.

—¡Y una mierda! Lo tengo más claro que el agua. Además, que nosotras sabemos cuándo está pasando algo por la mente de un tío y este lleva días muy raro.

—Pues también es mala suerte.

—No es cuestión de mala suerte. Es que soy una mema y no me lo perdono, ¡¡no me lo perdono!!

—Nos están mirando aquellos, Chanel—me hizo un gesto para que mirase a la única mesa que estaba ocupada en ese momento al lado de la nuestra.

—También son tíos, ¡¡que se vayan a la misma mierda!! —les chillé.

—Vámonos nosotras, te lo pido por favor—me cogió del brazo.

Capítulo 56



Le estaba esperando al mediodía con las maletas hechas. Me dijo de almorzar conmigo y le cité en casa.

—¿Qué estás haciendo, Chanel? —me preguntó un tanto sorprendido.

—Pues nada, aquí preparando un mercadillo benéfico, ¿qué crees que hago? ¡¡Me lo estoy llevando todo!!

—Ya lo veo, ¿y por qué?

—Ahora viene la parte que más me jode… Es esa en la que te haces el panoli y lo niegas todo, ¡¡porque te acuestas con otra, joder!! —le chillé en toda su cara—. No, al menos no lo vas a negar, me sorprende. Por lo menos, no eres tan cobarde.

—¿Cobarde? Por supuesto que no, ¿por qué habría de serlo? ¡¡Yo me acuesto con quien me salga de los cojones!! —me gritó en ese momento.

—A mí con ese tonito no, ¿eh? —me acerqué y le crucé la cara—. Hay que ser degenerado. ¿Me puedes contar por qué lo hiciste? —le pregunté porque no daba crédito.

—Porque se me puso a tiro y porque en el escote llevaba metidos un par de poderosas razones, ¿necesitas algún detalle más?

—Eres un cabrón, eres el tío más cabrón que he conocido en mi vida, ¿y sabes por qué?

—Porque ahora tienes que echar fuera toda la mierda que llevas dentro. Lo entiendo, adelante, cúlpame de todos tus males.

—No, no es por eso. Es porque he conocido a muchos malnacidos. Simplemente lo parecían y pude obrar en consecuencia. Tú, sin embargo, vas del tío más legal y romántico del mundo cuando eres una auténtico hijo de la gran puta, con perdón de tu madre, que supongo que no lo

será. Y digo supongo porque a partir de ahora no volveré a confiar en nadie en toda mi puñetera vida.

—Lo mismo que hacías antes—se permitió decir.

—Y lo mismo que nunca debía dejar de hacer. De todos modos, no era eso lo que te preguntaba, ¿por qué yo?

—Por puro morbo, por eso.

—Ya. Sacar del mercado a una tía que les generaba morbo a muchos y quedártela para ti, ¿iba de eso?

—Justo de eso, ¿sabes el placer que me producía? Aparte de que hay que reconocer que haces maravillas en la cama.

—¡¡Cabrón!! Por supuesto que las hago, pero me podías haber pagado como los demás. Si solo me querías para eso…

—Yo no soy uno más. Siempre tengo que quedar por encima del resto, ¿qué parte es la que no entiendes?

—No me he encontrado con un tío más cabrón en toda mi vida, te lo juro.

—Te estás repitiendo, nena.

—No me llames nena, no se te ocurra. Y entonces, ¿lo de entrar a por mí en casa del jeque? Espera, deja que lo acierte… Te va lo de liberar adrenalina. Te pusiste en peligro por el mero placer que te produjo quedar por encima del resto.

—Correcto y que todos tuvieran claro que esa tía a la que deseaban sería mía. Que solo yo me la follaría.

—Me das asco, me das verdadero asco.

—Me importa un carajo lo que te dé. Y ahora tienes dos opciones: quedarte aquí y calladita o…

—¡¡La B!! ¡¡La B!! —le solté con total retintín.

—La B es que salgas por esa puerta y no vuelvas a molestarme en la vida.

—No te preocupes, procuraré olvidar hasta que estás en el mismo jodido mundo que yo.

—Haces bien.

—¿Quién es ella, Carter?

—Nadie reseñable, solo alguien a quien desecharé tan pronto como le eche un par de polvos más.

—Un día me dijiste que no hubo ninguna mujer reseñable en tu vida, ahora lo entiendo. Ninguna lo somos.

—Date por dichosa. Eres la única que se ha quedado en esta casa.

—¡¡Y con putos fuegos artificiales que me lo pediste!! Hace falta ser cínico, guarro…

—Guarro no, que huelo impresionantemente bien.

—Aquí lo único impresionante es la maldad que has tenido. La vida te pondrá en tu sitio, Carter Lennox. ¡¡Me voy!!

—Te vas porque quieres. Podrías quedarte si te apeteciera.

—¿Para lamerte el culo y ser tu querida? No, prefiero que me lo lamieses tú a mí como lo hiciste y hasta literalmente—le recordé con sorna—. Hay que reconocer que en el sexo eras bueno. Quédate con eso, porque en lo demás…

—Ya está bien, ¿ok? Si te quieres largar, estás tardando. Llévate todas tus mierdas contigo y déjame en paz.

Eran muchas, muchas, las maletas de ropa que saqué. Ni siquiera se dignó a ayudarme. Violet me esperaba en la puerta y enseguida se acercó.

—Mira, he llamado a una furgoneta—me la señaló—, porque como tuviéramos que llevar esto en mi coche daríamos mil viajes.

—Has hecho bien, cariño, estás en todo—le decía tirando también de mi perrita Kora, a quien no dudé en llevarme porque ella sí que era leal y no la dejaría con él.

—¿Avisaste ya a Liam? No sea que encima llegues a casa y te lo encuentres follando ahí a tope con Ángela en tu antigua cama.

—Vaya plan, no había caído. ¿Y por qué iban a hacerlo en mi cama ahora que lo pienso? La suya es igual de grande.

—Y yo qué sé, lo mismo les da morbo cambiar de dormitorio.

—Eso, tú anímame.

Llegamos a mi bloque y enseguida lo tuve todo arriba. Quien se alegró al verme volver fue el portero, Ryan.

—Señorita Chanel, dichosos los ojos que la ven por aquí, ¿vuelve a casa?

—Sí, Ryan. Y no precisamente por Navidad.

—No, que esas ya pasaron. Me alegra verla, mucho.

—Nunca me tuteaste, Ryan, ¿por qué?

—Porque la respeto mucho, por eso.

—Y yo también a ti y lo hago. Venga, que ya es hora—le pedí—. Que he vuelto, me vas a ver mucho por aquí. Y también a ella, mira es Kora—se la presenté.

Él nos ayudó, igual que el chico de la furgoneta. Llamé a la puerta cuando lo tuve todo delante por si acaso me encontraba una escenita porno, que tenía toda la razón Violet al recordármelo.

Me abrió Liam y, si os digo la verdad, no traía pinta precisamente de estar dándole al tema, sino de llevar un par de noches sin dormir y más por dolor de estómago que por sexo.

—Chanel, ¿qué haces aquí y con todo esto?

—¡¡He vuelto, cariño!! Oye, ¿ y a ti te han vuelto a baldar a palos o qué te pasa? Menudo careto que tienes—le dije metiendo las cosas en casa y despidiendo a Violet, que tenía el coche en doble fila.

—No, ahora ha sido solo un palo; me lo ha dado Ángela.

—¿Qué me cuentas? Si ella te adora…

—Sí, me quería un montón. Me quería a mí, quería a su marido…

—Espera, espera, ¿qué dices?

—¡¡Que no te equivocaste!! ¡¡Estaba casada!!

—Un momento, un momento, ¿era cierto lo que escuché?

—Tanto como que es de día, como que has vuelto y como que tampoco te ha ido bien.

—Espera, que yo te cuento luego. Tú vas antes, ¿se lo inventó todo? Cuando le pregunté y nos dijo que te llamaba así de broma con su amiga…

—Correcto. Por lo visto, lo tenía pensado desde un rato antes, ¿sabes? Sospechó que la escuchaste hablar y me grabó así en su agenda. Hasta le envió algún mensaje a la otra en el que apenas ni me fijé, con ese tipo de charlas entre ambas. Todo sobre la marcha. No veas si le da al coco la tía…

—Pues lo mismo que al sexo, ¿no? Porque de eso te has hartado.

—Es para lo único que le interesé.

—¿Y cómo te enteraste de todo?

—Pues fíjate; por un anónimo. Me llegó hace un par de días. Sospecho que es de su propio marido, que se ha enterado desde Brasil, y como igual se considera un cornudo le dio vergüenza dar la cara.

—O igual lo que le da vergüenza es reconocer que quiere recuperarla.

—Igual sí, a mí me da lo mismo ya. A partir de ese momento tiré del hilo y me lo reconoció todo… Solo me quería para establecerse en Nueva York, para que le pusiera las cosas fáciles. Es una tía problemática. La salida de la otra aerolínea no es tal; la echaron. Y logró entrar en otra de aquí con mentiras. Nos mintió a todos.

—Joder, nos han visto cara de gilipollas; a ti y a mí. Y tú, ¿cómo estás?

—Destrozado y solo. Lo de solo, a juzgar por tus maletas, creo que es cosa del pasado ya.

—Cierto, He vuelto para quedarme. Carter no es mejor que Ángela; también me ha puesto los cuernos.

—No jodas, ¿en serio?

—Menudas ganas que tengo de bromear sobre el tema, ¿tú qué crees?

—Que no tendrás ni putas ganas de hacerlo, bonita.

—Por supuesto que no. El tío va de flor en flor. Le llamé la atención por dedicarme a lo que me dedico. Es un narcisista. Y quiso tenerme solo para él.

—Ya le vale, menudo cabrón.

—Pues sí. Al menos tú has ganado un coche.

—Es cierto. Y Ángela otro, ¡¡encima!!

—Sí, generoso es… Va repartiendo de todo por el mundo, incluido su amor.

—Chanel, hemos caído en desgracia.

—No, yo no pienso llorarle.

—Piensas odiarle, no sé qué te hará más daño.

—Llorarle… No quiero llorar a nadie más en mi vida.

—¿Eso significa que alguna vez lo hiciste por alguien?

—Así es.

—Nunca me contaste nada.

—No, ni tampoco lo haré ahora.

—Sabes que estoy aquí para ti, ¿verdad?

—Como siempre. Estás aquí como siempre; eres el único hombre que merece la pena, Liam.

—Mujer, que me vas a hacer llorar. Estoy muy sensible, ¿sabes? Y que digo yo que alguno más habrá.

—¿Me ayudas a guardar mis cosas o te quedarás ahí lamentándote por quien no se lo merece?

—Me encanta la forma delicada en la que me tratas.

—Lo que no nos mate nos hará más fuertes.

—Pues yo no sé si quiero hacerme más fuerte. Ya con los palos que me dieron tuve bastante.

—Pobre mío, te sacudieron bien.

—Me da igual. Daría lo que fuera por ti. Me tienes para lo que necesites.

—Lo sé, lo sé.

—Chanel, no vuelvas a ese mundo, por favor.

—Tengo que pensar…

—Sé que traes entre manos un proyecto de Márquetin muy chulo. Es el momento de mirar adelante, hazlo.

—Supongo que tienes razón. No me presiones e igual me lo pienso.

—Es que tú vales mucho más que todo eso, cariño.

—Y tú también vales mucho. Venga, demuéstralo colgando ropa conmigo.

—¿Toda tu ropa? ¿Sabes que nos darán las tantas de la madrugada haciéndolo?

—¿Tenemos alcohol en casa? Porque si lo tenemos ya se me ocurre una manera más llevadera de afrontar todo esto.

—¿Emborracharnos mientras trabajamos?

—¡Y hasta echar un polvo si quieres!

—Pues mira, hoy no te diría que no, la verdad.

—Pues ¡polvo adjudicado también!

No es que nos encontrásemos mejor, sino que teníamos que buscar la forma de llevarlo. A él se le veía devastado tras la marcha de Ángela. Mi amigo nunca había sufrido una pérdida similar y tenía la piel más finita que la mía, la cual se encontraba mucho más curtida.

Entré en mi dormitorio con la cabeza muy alta.

—Dime que en mi cama no follasteis.

—No, tranquila, aunque debió ser el único lugar de la casa en el que no.

—Vale, yo voy colgando la ropa entonces.

—¿Y yo qué hago?

—Tú dale una buena fregada a las encimeras de la cocina, a las mesas y a todos los sitios donde pueda haber puesto sus brasileñas posaderas la farsante esa.

—Vale, vale, lo capto.

—Y alegra esa cara, ¡que aquí no se ha muerto nadie!

—Se ha muerto mi corazón. Ese sí que se ha muerto…

—No, no, déjate de tontunas. Ven aquí, que a tu corazón lo pongo a funcionar ahora mismo.

—Que ese no es mi corazón, ¿dónde vas, loca?

—No, pues palpita que da gusto—le dije cogiéndole el miembro.

No es que tuviese ganas de follar. De lo que tenía ganas era de venganza. Y tantas que allí mismo me volví a acostar con Liam, como tiempo atrás, como antes de que Carter Lennox rompiera mi corazón en mil pedazos.

Capítulo 57

—Chao, mi amor. Te veo a la hora del almuerzo, ¿qué tenemos para comer? —me preguntó Liam aquella mañana cuando salía hacia su trabajo, un mes después de mi vuelta a casa.

—¿Eres consciente de que me estás hablando como si estuviéremos casados? Y lo que es todavía, peor, ¡¡como si lleváramos 30 años casados!!

—Es verdad. No sé qué me pasa…

—Te pasa que sigues hecho polvo por lo de la brasileña, eso te pasa. Y no te puedes aferrar a mí; no soy tu pareja.

—Es que la echo mucho de menos—se desmoronó.

—¿Y cómo puedes echarla de menos si era una mentirosa patológica y jugó contigo?

—Porque no es de eso de lo que me acuerdo cada día, sino de cómo me hacía sentir cuando creía que lo nuestro era de verdad.

—¿Qué verdad? Si el amor no existe.

—Te volvió la alergia y esta vez más fuerte, me temo.

—Ten por seguro que esta vez no habrá antídoto para ella. No ha nacido el tío que me haga volver a creer en el amor.

—Pues mejor para ti, ¿sabes por qué? Porque yo sí creo y estoy sufriendo mucho. Estoy sufriendo una barbaridad.

—Ya lo sé, ya lo sé. Tienes que hacer por calmarte, ¿vale? Mantente firme, cabeza alta, mirada al frente, andares seguros… —le indiqué.

—¿Qué haría yo sin ti? Me dio mucha penita que volvieras, porque también sufriste, pero encuentro mucho consuelo a tu lado. Ahora siento que no quiero estar solo.

—No te me hagas un dependiente que así no te comerás un rosco; a las tías no nos gustan los tipos dependientes.

—No, no he dicho que no pueda estar solo. Lo que he dicho es que no quiero estarlo. Eso lo cambia todo.

—Vale, vale. Pues ya se verá. Lo del amor es una lotería. Yo de ti pondría las miras más bien en el trabajo.

—El trabajo no me acaricia cuando llego a casa, tampoco me hace al amor ni me pregunta cómo me fue el día, Chanel.

—Y, en contrapartida, no te da disgustos. A mí me vale, ¿por qué a ti no?

—Porque somos muy distintos, cariño—me dio un beso en la mejilla y se fue.

En ese momento, me sonó el teléfono. Antes incluso de ver que se trataba de un número desconocido, el corazón me dio un vuelco.

Algunas cosas carecen de explicación científica. No pueden ser explicadas, así de fácil. Las sientes o no las sientes, y yo sentí que mi vida estaba a punto de dar un giro tremendo antes incluso de escuchar su voz. Nunca me había pasado con ninguna llamada y eso que llevaba años esperando aquella; exactamente ocho años.

—¿Sabes quién soy? —me preguntó y me tambaleé.

—¿Qué tal estás, David? —le pregunté con toda la sangre fría del mundo, rogándole al cielo que no colgase, que no tardase otros ocho agónicos años en volver a ponerse en contacto conmigo.

Con el corazón en la mano, había perdido la esperanza de que esa llamada se produjera nunca. Consideré lo que aquel día me dijo, la última vez que lo vi, como una más de sus fanfarronadas. Y, aun así, por si algún día me llamaba, trabajé duro con el objetivo de conseguir todo el dinero posible para aniquilarle.

—Estoy bien, muy bien, pero tengo la seguridad de que no estás interesada en saber eso. No seas hipócrita, no juegues conmigo, te lo advierto. Ya conoces las consecuencias; lo hiciste una vez y lo estás pagando caro, ¿o necesitas que te lo recuerde?

—No es necesario, lo recuerdo cada día de mi vida, cada hora, cada minuto y cada segundo,

¿cómo está Nico?

—Está fantástico. Si pudieras verle… No sabes lo que te has perdido por egoísta. Hay malas madres y después… Después estás tú.

—¡¡Yo no renuncié a él!! ¡¡Te lo llevaste!! —le chillé sin poder aguantar las lágrimas.

—Otra salida más de tono como esa y cuelgo el teléfono. Me imagino la tortura de no saber cuántos años volveré a tardar en levantarlo o si no lo haré nunca más.

—No lo hagas, David, te lo ruego… No lo hagas. Ya ha cumplido ocho años… Ya los ha cumplido.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Soy su padre. Lo tengo todo minuciosamente grabado. Su cumpleaños fue precioso. Todos los años lo ha sido. Lástima que te lo perdieras.

—No quiero perderme ninguno más. Te lo ruego, te lo ruego—me llevé la mano a la boca para tratar de evitar un llanto que no podía contener.

—Ese tono ya me va gustando más…

—Vale, David, haré lo que quieras. Te lo ruego, lo que quieras…

—¿Sin trampas? Porque te juro que si me tiendes una no vuelves a ver a Nico en lo que te queda de vida. Ten presente que no sabe quién eres, no tiene ni idea.

—¿Jamás le hablaste de mí? ¿Es posible?

—No, ¡¡te negaste a que lo criáramos juntos!! ¿Qué tipo de padre sería si le hubiese hablado de una madre así? Quisiste sacarme de vuestra vida y tuve que darte un escarmiento.

—Era muy joven, David, e inexperta. Si pudiera dar marcha atrás—traté de excusarme ante el ser endemoniado que llevaba tantos años torturándome.

—¿Y habrás aprendido algo? Porque no dejaré que le hagas daño. Lo soy todo para Nico…

—Ya me lo imagino, ¿y cómo puedo saber que está bien? ¿Cómo? Pónmelo al teléfono, pónmelo.

—¿Y que le llenes la cabeza de pajaritos sin darme nada a cambio? Ni siquiera sé si serás capaz de sacrificarte por él, ¡ya me la jugaste una vez!

—Perdón, perdón, perdón… Te lo ruego, perdón.

—Menos lágrimas y más mover el culo. ¿Estás dispuesta a hacer lo que te pida?

—Por supuesto que sí, te lo juro, te lo juro—le contesté en falso.

—Buena chica. Si sigues así, tendrás tu recompensa. Por el contrario, si tratas de volver a engañarme, te juro que jamás volverás a ver a Nico. Me lo llevaré a un lugar distinto, como si tengo que dar tumbos con él por todo el planeta. Cualquier cosa menos que te salgas con la tuya, ¿entendido?

—Por completo. Esta vez no habrá más errores.

—Más te vale, porque me bastará con la sola sospecha de que hayas hablado con alguien o de que me denuncies a la Policía para asegurarme de que no vuelves a tener ni una sola noticia de nosotros en tu puta vida, ¿entendido también?

—Entendido por completo—le respondí absolutamente abatida.

—Está bien. Te enviaré la dirección en la que tienes que presentarte.

—Ok, envíame ubicación. Estaré allí cuanto antes. Hoy mismo, ¿a cuántas horas estáis de aquí?

—¿Piensas venir nadando? Porque será mejor que cuentes horas de vuelo, ¿o me crees tan necio de vivir cerca de ti para que hubieras podido echarme el guante? Qué joven eres, qué joven sigues siendo…

—Todo me pasó por joven e ingenua, eso es cierto.

—¡¡Y una mierda!! Sabías muy bien a lo que jugabas cuando te metiste en mi cama, de la que no debiste salir nunca… ¿Volverás a ella ahora?

—Por supuesto, David. Haré lo que me pidas, lo que me pidas con tal de volver a ver a mi hijo. ¿No podrías enviarme una foto, un vídeo o algo?

—Y tener su rostro actual en tu teléfono, ya. Nunca fuiste tonta… Ni de coña.

Discrepaba con él. Claro que lo fui… lo fui el día que confié en él. Por hacerlo pagué el más alto de los precios.

—Está bien, ¿dónde tengo que volar?

—A Roma, en Italia. Tienes 24 horas para llegar aquí. Si no lo haces o si vienes acompañada, no nos encontrarás, te lo prometo.

Me envió una dirección y colgó el teléfono. Yo me caí de espaldas en ese momento. Comencé a llorar como una loca mientras abría la App de vuelos para conseguir el más rápido posible a Roma.

Cuántas veces me había preguntado dónde lo tendría y si estaría bien. Estaba a punto de recuperar a mi hijo, a ese que vi por última vez cuando tenía tres meses de edad…

Conseguí vuelo para unas horas después. No podía esperar más; preparé una pequeña maleta, pedí un taxi y me fui pitando para el aeropuerto que me llevaría a subirme a un avión con rumbo al destino más importante de mi vida; recuperar a Nico.

A Kora la dejé en casa junto con una nota para Liam de que debía cuidarla. No me la podía llevar a atravesar medio mundo ni tampoco sabía cuándo la volvería a ver.

Capítulo 58

Subida en ese avión, no podía evitar hacer un repaso al calvario que viví al lado de David.

No hay nada peor que una cabeza trastornada y cuando le conocí, a los 19 años, no supe ver que la suya lo estaba.

Son muchas las decisiones que tenemos que tomar a edades demasiado tempranas; qué estudiar, con quién emparejarnos aunque sea de primeras…

A mí todo me vino grande porque como ya expliqué al principio de mi historia, en mi casa el ambiente no era el mejor.

Mis padres se tomaron muy a mal que no me matriculase en una carrera como mi hermano Nick y optase por hacer un módulo más sencillo de dos años. Para ellos, terminaría siendo una doña nadie sin un título universitario bajo el brazo.

El módulo lo estudié, muy a su pesar, en un instituto y en una etapa de mi vida en la que deseaban verme en la universidad. En ese contexto, en el que todo eran malas caras en casa, conocí a David.

En principio, me pareció fascinante. Él tenía 35 por aquel entonces, 16 años más que yo, y me cautivó por completo. Era guapo, muy guapo, y con una labia increíble.

Se presentó como nuestro profesor de Estudio de Mercados, cuando lo que yo ignoraba es que también hacía otro tipo de estudios; el de qué estudiante podía caer en sus brazos.

No le costó nada llevarme a la cama… Yo ya había tenido relaciones con algunos chicos de mi edad, por lo que le resultó más fácil seducirme. Para mí, representaba madurez e independencia, y me agarré a él como a un clavo ardiendo.

Llevábamos meses acostándonos cuando me enteré de que estaba casado, por eso odio tanto las mentiras. También los robos, porque David me robó a mi hijo, a nuestro hijo.

Me puse enferma porque en ese momento ya estaba enamorada de él. Me prometió por activa y por pasiva que la dejaría, que dejaría a su esposa para estar conmigo.

Loca de celos, mantuve esa conversación a gritos con él desde mi dormitorio. Cuando terminé, mi madre me esperaba en el quicio de la puerta para abofetearme.

—Te pasas todo el día en el limbo y supuse que la razón era un chico, pero es un hombre, ¿de quién se trata?

Mantuve un silencio inicial que la sacó por completo de sus casillas. Ella siempre debía llevar la voz cantante y no soportaba no estar al tanto de las andanzas de su hija.

Me sacó la respuesta a bofetones. Cuando lo supo, me prohibió verle nunca más.

—No puedes hacer eso, él dice que la dejará.

Todavía hoy puedo recordar lo atronadora que sonó su risa cuando lo dijo.

—¡¡Eso es lo que dicen todos, idiota!! ¡¡Jamás la dejará!! Ella es su mujer y tú… Tú solo eres la putita a la que se está tirando.

—No, mamá. Él me quiere… Ha cometido un error al no contármelo, pero es que temía perderme. Temía que, si me enteraba de la verdad…

—¿Esa milonga te ha contado? ¡¡Eres una estúpida!! ¡¡Te prohíbo que vuelvas a verle!! —me chilló tirándome del pelo.

Cuando es tu propia madre la que habla así de ti duele como si más que palabras soltara dardos envenenados por su boca. Su actitud, su forma de maltratarme, igual que la de mi padre, me hacía cada día más rebelde.

Siempre eché de menos unos padres más cercanos, pero mi decisión de no ir a la universidad hizo que se pusieran en mi contra.

Entre que no podía soportar sus prohibiciones y que David cumplió su promesa y abandonó a su esposa por mí, volví a su lado…

Ese fue el fin. Mi madre no pudo soportar haberse equivocado y le exigió a mi padre que me echase de casa. A él tampoco le costó hacerlo y me vi en la puerta de la casa de David con las maletas.

Cuando abrió y me vio así, lejos de molestarle, me confesó que deseaba vivir conmigo con toda su alma y que era lo mejor que me podía haber sucedido.

—¿De veras? ¡¡Te quiero, te quiero, te quiero!! —salté sobre él loca de alegría.

—De veras, pequeña. Yo siempre te protegeré—me contestó. De ahí que no soportase que ningún otro hombre me volviese a llamar así, de ese modo tan protector, a lo largo del resto de mi vida.

Al principio viví con él en una luna de miel perpetua. Al tratarse de mi profesor, íbamos juntos al instituto y también volvíamos. Todos los momentos le parecían pocos para buscarme entre clase y clase.

—¿No es un poco intenso? —me preguntó mi amiga Gloria un día.

—¿Intenso? No sabes lo que dices. Lo que sucede es que David no es un chico de nuestra edad. Él es un hombre hecho y derecho de los que saben lo que quieren, ¡¡y me quiere a mí!!

Me sentía en una nube, en una nube que me envolvió tanto que no supe interpretar las primeras señales cuando llegaron.

—¿Qué te estaba preguntando Jim? —me preguntó un día muy serio al verme charlando con un compañero.

—Ah, nada, que si asistiría a su fiesta de cumple el viernes.

—Le habrás dicho que no, ¿verdad? Sabes que todos los viernes por la noche vamos a la bolera y seguirá siendo así—me aseguró en el más imperativo de los tonos.

—Sí, ya sabe que no puedo ir—le contesté con cierta tristeza porque era la primera vez que me hablaba así.

—Mírame, ¿qué te pasa?

—Nada, que me he puesto un poco triste, solo eso.

—No será porque te gusta, ¿no? ¿Te pone caliente ese niñato? —me preguntó y me quedé paralizada.

—No, claro que no. Yo… Yo te amo, David.

—Y que no me entere yo. Me lo he jugado todo por ti, ¿te enteras? Algunos piensan que soy un asalta cunas por estar con una chica de tu edad. Esos gilipollas no entienden que lo nuestro está por encima de lo que ellos entienden por amor, ¡¡lo nuestro será para siempre!! ¿Lo tienes claro?

—Sí, claro, por supuesto—le contesté.

Anterior a esa, hubo otras señales menos explícitas que ignoré: que si esa falta es un poco corta, que si parece que ese chico te mira mucho, que si no deberías entretenerte tanto en hablar bobadas con Gloria…

No obstante, fue ese día el primero que me percaté de que había algo en David que no funcionaba bien. Me asusté mucho, ¿cómo no asustarme si casi me doblaba la edad y su tono me resultó amenazante?

Esa noche, apareció por casa con un precioso ramo de flores. Había salido sin que me diese cuenta, mientras me duchaba, y lo dejó caer sobre la cama.

Cuando lo vi, mis ojos se empaparon porque estaba muy sensible. Esos tipos sabes cómo hacer las cosas.

—Esto es porque igual te asusté esta mañana. Siento haberme puesto así, es que no puedo soportar que un niñato de esos crea que puede darte lo que yo. Lo hago por ti, mi amor, lo hago por protegerte y por proteger lo nuestro, ¿sabes? Hemos construido algo muy bonito como para que ningún imbécil pretenda colarse ahí.

—No te preocupes, que no lo permitiré—le dije cogiendo mi ramo de flores y mirándole con inmenso amor.

—Me alegra escucharlo porque no lo soportaría, ¿sabes que no soportaría vivir sin ti?

—Lo sé, lo sé.

—¿Y tú sin mí? Porque de eso no dices nada.

—Yo sin ti tampoco, amor. Yo sin ti tampoco…

—Ah, vale. Es que no te había escuchado decirlo.

A partir de ese día, me dio una de cal y otra de arena. Sus ataques de celos cada vez iban a más y eran más constantes. Me comencé a agobiar, mucho. Y un día le insinué que, de seguir así, lo nuestro se acabaría.

Me prometió cambiar y me tendió una trampa, todo al mismo tiempo. Comenzó a decirme que con el preservativo no podía mantener la erección y varias veces se lo quitó, convenciéndome de que controlaba y de que no pasaría nada.

Me asusté alguna de ellas al ver que le había pasado dentro. Era muy joven para pensar en ser

madre y la idea me daba pavor. Lo hizo a conciencia, si bien trataba de convencerme de que no, de que era muy exagerada y de que no pasaría nada. Hasta que pasó, claro.

El día que constaté que estaba embarazada me encontraba con Gloria y ella se asustó tanto como yo.

—¿Por qué no se lo dices a tus padres y te apartas de él? Porque te conozco y querrás tenerlo.

—No podría deshacerme de mi bebé. Eso no entra en mi cabeza. Respeto a la gente que lo hace, pero yo no podría. Voy a tener este niño.

—Pues entonces, tenlo lejos de David o te arrepentirás—me advirtió.

—No sé lo que me ocurrirá, pero a casa de mis padres no vuelvo ni loca.

No le hice caso. David llevaba días notándome rara y supo cómo hacer las cosas. Aquella noche se mostró muy cariñoso y me sonsacó.

—Es que estoy embarazada—murmuré.

—Mi amor, ¿cómo no me lo dijiste antes? Es lo más bonito que nos podía pasar…

—¿Tú lo sabías? ¿Tú sabías que nos pasaría? —le pregunté.

—No, ha sido un accidente. Nuestro más precioso accidente.

Hasta le creí. Y ahí dio comienzo mi verdadero viacrucis a su lado. David se hizo fuerte sabiendo que teníamos un nexo que nos uniría para siempre; un nexo al que decidimos llamar Nico el día que nos confirmaron que se trataba de un niño.

Para entonces, ya me controlaba por completo y había hecho de su vida una auténtica obsesión por mí. Una obsesión que le llevaba a maltratarme verbalmente. Pronto me llamó puta, igual que hizo mi madre en su día. Y me sentí acorralada.

No fue lo peor ni mucho menos. A los seis meses de embarazo me vio hablando con otro profesor en el pasillo, a la salida de clase. Se trataba de otro joven y atractivo, igual que él. Mi castigo fue patearme las costillas en el suelo para enseñarme a portarme como era debido, según me dijo una vez me pilló en casa.

No era la primera vez que me ponía la mano encima, pero sí la más grave. Las anteriores consistieron en bofetones, tirones de pelos; maltratos menos duros que aquel, aunque igualmente hirientes y humillantes.

Ni siquiera tuvo en cuenta, y eso fue lo que más me dolió, que pude perder a Nico. Como todos esos miserables, unas horas después ya me estaba pidiendo perdón. De rodillas se puso el muy cabrón, implorando que no se lo tuviera en cuenta y prometiéndome que no volvería a suceder.

Yo estaba asustada, sola y no sabía dónde ir. Por eso me quedé a su lado rogando al universo que sus palabras fueran ciertas y que volviera el David del principio.

El día que Nico nació, la estampa fue poco menos que idílica. Un maltratador a menudo es un intérprete de Óscar y hasta la matrona dijo que nunca había visto a un esposo sentir más devoción por su mujer, pues él le mintió diciéndole que estábamos casados. Si me libré de estarlo fue porque aún no tenía el divorcio de su mujer, con quien estaba librando una batalla en los juzgados para tratar de dejarla sin nada.

Allí mismo, en paritorio, me prometió que seríamos una familia feliz, que era consciente de que no todo lo había hecho bien, pero que por mí estaba más que dispuesto a cambiar. Menos mal…

Bastó con que pasáramos algunas noches en vela por los llantos de Nico para que volviese a increparme.

—¿Qué clase de madre eres tú, que no sabes ni calmar a tu hijo? ¿Es que no eres capaz ni de amamantarlo, inútil? No pretenderás que lo haga yo—me decía.

—Es que tiene gases, por eso llora, David.

—Porque no vales ni para sacárselos. Eres una puta cría de mierda, una desgraciada, una…

Me estaba volviendo loca. El maltrato era brutal, aunque no volvió a darme ninguna paliza… Hasta que lo hizo.

Sucedió el día en el que fuimos a bautizarlo. Al salir de la ceremonia, en la que estuvimos solos con el niño y un par de amigos suyos que actuaron de padrinos, se armó el taco.

Él estaba de muy mala leche porque sus padres no quisieron acudir. Se habían puesto del lado de su ex, a la que consideraban que estaba tratando de dejar desvalida sin razón alguna.

Le pasé al crío en el justo momento en el que soltó un poco de leche por la boca que le manchó su traje nuevo, el que estaba estrenando para la ocasión.

—Ahora nos vamos los cuatro a celebrar el bautizo del chavalín, ¿no? —le preguntó su amigo, quien hizo de padrino.

—No, ella está indispuesta—me señaló.

—No me atreví a contradecirle. En realidad, era cierto. Solo que me indispuso la forma intimidatoria en la que me miró.

En cuanto llegamos a casa, me dio una soberana paliza que me dejó sangrando. Al rato, se emborrachó. Decía que tenía que celebrar el bautizo de su hijo y que ninguna puta como yo le aguaría la fiesta.

Mientras bebía como si no hubiese un mañana, cogí al niño y salí corriendo. No tenía donde ir y, a pesar de todo lo mal que me trataron, terminé picando la puerta de mis padres.

Fue mi padre quien me abrió y quien me encontró en esa situación tan tremenda. Mi madre no tardó en llegar. Sabían por terceros de mi embarazo y en ningún momento habían hecho por conocer a su nieto.

—Dejadme entrar, por favor. Me ha dado una paliza y, si me encuentra, me dará otra—les pedí.

—¿Y ahora vienes? ¿Ahora? Te dije hace mucho tiempo que ese tipo sería tu ruina. Mírate, mira en lo que te has convertido. Y ese niño… Ese niño es ya el colmo, ¿cómo vas a convertirte en alguien en la vida si ya llevas ese lastre?

—Os lo ruego. Si no lo hacéis por mí, hacedlo por él. No tiene la culpa de nada…

—Ni nosotros tampoco y estamos pagando el precio de que todos sepan que nuestra hija es una ramera que decidió arruinar su vida para estar con un tipo casado.

—Ya vale. Por favor os lo ruego.

—¡¡Vete de aquí, Chanel!! Tienes lo que te mereces…

—Lo que tengo es miedo, mamá, por mí y por él—le supliqué mirando a mi niño a mis 20 añitos recién cumplidos.

Por toda respuesta, me dio un portazo en las narices. Nick abrió entonces la puerta.

—Chanel, lo siento. Ojalá pudiera convencerles, ¿qué puedo hacer por ti? —me preguntó mientras mi madre tiraba de él hacia dentro, amenazante.

—Nada, Nick. Si no puedes convencerles, solo olvídate de que tienes una hermana.

Quien no se olvidó de mí fue el maldito de David. Ese se dio cuenta de mi marcha y salió a

buscarme en el coche. Conducía haciendo eses cuando me vio.

—Móntate ahora mismo o te mato—me amenazó al encontrarme al lado de la casa de mis padres.

No tuve opción. Sentí que lo decía muy en serio.

—Solo una cosa; déjame conducir a mí. Te lo suplico por el bien de nuestro hijo.

Lo convencí y lo hizo. Fue la última vez que conduje en mi vida. Lo hice con la certeza de que si no me mataba en medio de la calle, lo haría al llegar a casa.

Por eso no había vuelto a conducir en mi vida, porque me quedé traumatizada de aquella experiencia.

Por lo que creí que fue una gran suerte para mí, se quedó dormido al llegar a casa. Era tanto el alcohol que había ingerido que cayó casi en coma.

Había cerrado, eso sí, la puerta con llave y me quitó las mías. Hasta ahí calibró lo que tenía que hacer.

Me acosté en nuestra cama con mi hijo y terminé durmiéndome también. El estrés y el cansancio que me provocaron sus golpes me llevaron a caer rendida.

Fue unas horas más tarde, cuando hubo amanecido… Noté que tiraban de mí y Nico comenzó a llorar.

—Déjalo, ¡¡que le harás daño!!

—Dámelo, ¡¡zorra!! —tiró del crío y huyó con la intención de volver a cerrar la puerta con llave.

—No te lo lleves, por favor…

—Si gritas o haces que me detengan, te juro que lo mato—me advirtió—. No te atrevas a salir hasta el mediodía. Ahora vas a saber lo que es bueno. Te daré un escarmiento. Tardaré mucho en llamarte, pero quizás algún día lo haga, cuando me olvide de lo ramera que eres.

No me atreví, fijaos. Rota de dolor y de miedo me quedé allí, en la cama, esperando al mediodía para comenzar a chillar y que los vecinos avisasen a la Policía.

No lo encontraron, fue como si la tierra se lo hubiese tragado y a mi niño con él. Yo casi llego a enloquecer. No tenía donde ir y acabé en un sanatorio mental, en el que comencé a

experimentar pérdidas de memoria.

Un día me escapé de allí. Llovía a mares y la calle, a la cual llegué enseguida, estaba llena de gente. Solo veía cómo el agua me empapaba sin recordar siquiera qué hacía allí o quién era. Años más tarde me volvió a pasar; en París. Fue Eleonora quien me encontró. Todo sucede por algo, fue como si revivir ese tipo de sucesos me estuviera anunciando que pronto vería a Nico. También aquel día, hacía años, hubo un accidente y la gente gritaba. Y yo por eso… Por eso detestaba los gritos.

Quiero añadir que mis padres jamás volvieron a interesarse por mí. Y eso que supieron que me quedé sin mi hijo, al que jamás consideraron su nieto.

Capítulo 59



Llegué a Roma con un pequeño margen de un par de horas; el suficiente para hacerme con una pistola en el mercado negro.

Las cosas son como son y la aparición de Carter lo había cambiado todo en mi vida. Si trabajé tanto a lo largo de esos ocho años, si lo hice poniendo el piloto automático y no teniendo en cuenta que me lo estaba perdiendo todo, fue para reunir una gran cantidad de dinero con la que pagar a alguien que aniquilase al padre de mi hijo cuando conociese su paradero.

Entiendo que, tal como lo estoy diciendo, puedo dar apariencia de asesina. Premeditar a sangre fría un asesinato no es algo que vaya conmigo, lo juro. Sin embargo, hay que ponerse en el caso; antes de llevárselo, David me llegó a hablar de hacerle daño, de acabar con Nico si yo gritaba o movía un solo dedo para que le detuviesen.

¿Qué clase de padre hace eso? Por Dios bendito… Y encima le separó de mí durante ocho largos años y amenazaba con seguir haciéndolo.

Repito que, en aquel tiempo, mi idea fue contratar un asesino a sueldo cuando llegase el momento. Lo que no pensé fue que, una vez que diera señales de vida, tuviese que mover ficha tan rápido y viajar a un país distinto al mío. Como se suele decir, me había cogido en bragas y, en mi caso, nunca mejor dicho.

Tendría que ocuparme yo misma del trabajo sucio; compraría una pistola en el mercado negro y esa misma noche lo haría.

Alguien puede pensar que, para eso, mejor delatarle, denunciarle a la Policía, pero no… Sus amenazas las cumplía y, por medio, si sospechaba, cualquier cosa pudiese ocurrirle a mi niño.

No me arriesgaría; él había sido tajante en su petición y esa vez no estaba dispuesta a cometer errores. Cualquier cosa salvo volver a perder a Nico.

En cuanto aterricé, comencé a moverme. Una mujer de recursos como yo, que me había movido con gente de todas las esferas, sabe los palos que hay que tocar para lograr una pistola

nada más llegar a un país; y los toqué de inmediato.

Una vez la tuve, me fui hacia una juguetería y pedí una serie de juguetes para Nico y un juego de esos de mesa que se supone que son para jugar en familia. Elegí uno que tuviese piezas con un cierto peso. Conocía muy bien a David y me cachearía al llegar. No se fiaría de mí.

Esperé el momento que la juguetería se quedase vacía y le puse un fajo de billetes sobre el mostrador al chaval que la llevaba.

—Necesito que me eches una mano—le rogué.

—¿Vas a pagarme todo eso por el juego? Vale mucho menos, pero si quieres…

—No, lo que necesito es que me ayudes a ocultar esto ahí—saqué la pistola.

Debíamos hacer un trabajo de precisión. David estaría muy atento a cualquiera de mis movimientos y la caja debería pasar totalmente desapercibida a sus ojos para tener acceso a ella cuando la necesitase.

La abrimos minuciosamente entre los dos, retirando el papel transparente que la envolvía. Él fue por pegamento, con el que volver a pegar con todo el disimulo las esquinas. Y el resultado fue genial, ¡¡no sospecharía que la habíamos manipulado!!

Una vez hecho, cogimos la caja, la comparamos con otra igual, y ¡¡daba el pego por completo!!

Cogí todo el arsenal de juguetes y, ya sí, me fui hacia la dirección en la que me había citado David. No lo hizo en su casa directamente, por lo que pudiera pasar, me dio la de un parque.

Nunca me habían temblado las piernas de emoción como en aquel momento. Nunca… Y entonces los vi. Mi niño jugaba con él a la pelota. Era el más bonito del mundo, qué os voy a contar yo. Cuando lo miré, encontré en él mis grandes ojos verdes y un pelo rubio como el mío.

Si digo que morí de amor me quedé cortísima. Nico no me conocía en ese momento, no todavía y, sin embargo, fui consciente de que había heredado mi sexto sentido porque me miró, hizo un gesto raro y siguió mirándome fijamente.

Su padre contemplaba la escena sin dar demasiado crédito; el crío sospechaba que algo raro estaba pasando y que tenía que ver conmigo. Mis ojos querían llorar y tenía que tratar de contener lo que era casi incontenible por no asustar a mi niño.

Me fui acercando lentamente y él ya había parado de jugar. Su sonrisa era la más preciosa del mundo. Nunca había contemplado otra más bonita, jamás en mi vida. Ya lo estaba viendo, solo

me faltaba olerlo.

Durante todos aquellos años en los que me convertí en un ser introvertido y obsesionado con la seguridad, cada vez que cerraba los ojos por la noche siempre podía sentir, como si estuviera a mi lado, el olor a bebé de Nico. Esa fragancia tierna y dulce me acompañó durante todas las noches de aquellos largos años.

Llegué a la altura de Nico, y David, con un gesto, me dio precisas instrucciones de que dejase la bolsa a un lado. Por supuesto que sospechaba que yo tramase algo.

—Son juguetes para él, ya los suelto—murmuré echando la bolsa al suelo.

—Está bien. Nico, ven—le pidió.

—Papá, ¿quién es ella? —me siguió mirando, interrogándome con la mirada más verde e intensa que mis ojos hubiesen contemplado a lo largo de su vida.

—Es ella, Nico, es tu mamá. ¿Lo ves? Te dije que el día que se pusiera buena, volvería con nosotros—. Comprobé que, a pesar de que se estaba criando en Roma, hablaba con su padre en inglés y eso me facilitó las cosas.

—¡¡Mi mamá!! —abrió tanto sus inmensos ojos verdes y se puso tan contento que mi corazón se desbocó por completo.

—Sí, soy tu mamá, Nico—asentí cayendo de rodillas ante él y dándole el más fuerte de los abrazos que se le pueda dar a un hijo.

—¡¡Ha venido mi mamá!! —chilló él para que le escucharan el resto de los niños del parque, tan feliz y orgulloso—. ¿Ya te has puesto buena?

—Sí, cariño, ya estoy buena, por eso he venido—le seguí el rollo ante la patraña que le había contado su padre.

En realidad, casi que se lo debía agradecer, me refiero a la patraña, porque en su inocencia Nico pensó durante aquellos años que estaba enferma y no que le hubiese abandonado, como podría haberle dicho.

Dado lo perturbado que estaba y lo pérfido que era, no lo hizo ni por mí ni por el niño, eso también lo sé. Lo hizo porque Nico me aceptase el día que decidiera que yo volvería a su vida.

—¿Y te vas a quedar para siempre conmigo, mamá? —me preguntó. Cualquier respuesta que diera, igual que cada uno de mis gestos, serían mirados con lupa por su padre.

—Por supuesto que sí, cariño, no te voy a dejar nunca.

—Eso es, Nico. Mamá estaba deseando reunirse con su familia y por fin lo ha hecho. Ella sabe que su lugar está con nosotros y que ya no puede irse nunca—le aclaró.

—Claro, lo sé, lo sé…

David no le perdía ojo a la bolsa y fue hacia ella. Si por casualidad descubría el contenido de la caja del juego, era mujer muerta. Abrió la bolsa e inspeccionó lo que había dentro.

Uno a uno fue sacando los juguetes y, al llegar a la caja del juego, la sostuvo entre sus manos. Me dio la impresión de que la inspeccionó más que el resto de las cajas. Sería eso o que los segundos se me hicieron horas mientras lo hacía.

—Lo demás son juguetes, esa es una caja de un juego familiar para que juguemos todos una de estas noches—murmuré tratando de dominar mi miedo.

—Veo que has pensado en todo. Buena chica—me dijo soltándola en la bolsa.

Respiré aliviada. Hasta ese momento, hasta el momento en el que hizo sus comprobaciones, no se acercó a mí para darme un beso.

No hace falta que os diga las náuseas que sentí. No quería volver a besar a ningún hombre, no desde la nefasta experiencia con Carter, pero menos que a ningún otro, a David.

No tuve más remedio que entrecerrar los ojos y dejarme llevar. Al hacerlo, reviví el horror de mi vida con él, si bien la mirada de alegría de Nico me dio las fuerzas suficientes como para soportar ese beso.

—Está bien, está bien. Va siendo hora de que nos vayamos a casa, ¿no os parece? —nos preguntó cogiéndome fuerte por la cintura y acercándome tanto a él que me daban arcadas.

—Claro, lo estoy deseando—murmuré.

—Te va a gustar. He creado una vida perfecta para ti—susurró en mi oído—. Una vida perfecta de la que no podrás escapar si sabes lo que te conviene.

—Lo sé, lo sé, no te volveré a fallar. Lo prometo.

—Más te vale, ¿me oyes? O volveré a convertirla en una pesadilla y querrás acabar con ella. Me encargaré de que no quieras vivir más.

Cuando te han amenazado tanto en el pasado, cuando te han hecho pasar por lo peor y cuando

vuelven a hacerlo, tu mente va varios pasos por delante. Y la mía estaba en esa pistola que él mismo portaba en la bolsa sin saber que sería su sentencia de muerte.

Capítulo 60

Llegamos al edificio de apartamentos dando un paseo. Un paseo que fue el más tenso de mi vida.

Justo entrábamos en él cuando un chico salía a toda velocidad y no me dio tiempo a ver nada más. Fue demasiado rápido. Parecía que el chaval no nos vio y arrolló a David, quien rodó por los tres escalones de acceso al bloque.

Imaginaos la boca de ese tipo que sentía cualquier cosa menos empatía por los seres humanos. Le cogió por la pechera y la gente acudió, incluido el portero del bloque. Al ver venir hacia nosotros a ese hombre, perfectamente uniformado, casi me tuve que frotar los ojos, ¿cómo podía parecerse tanto a Alain, el mayordomo de Pol?

Al llegar a nuestra altura, hizo como que se metía en el tumulto, aunque en realidad me miró durante un segundo en el que metió algo en el bolsillo de mi chaqueta, ¡¡era Alain!! No se le parecía, lo era.

Me hizo un gesto para que no dijese nada en ese momento y se ocupó de socorrer junto con los demás a David.

—¡Que me soltéis! ¡Que le voy a dar lo que se merece a este niñato!

—Señor, lo siento. Iba distraído con el móvil.

—¡Puto móvil! Lo cogió y lo estampó contra el suelo ante el estupor del chaval.

A Nico le tenía los ojos tapados y también los oídos.

—David, ya, ha sido un error, déjale ir.

—Sí, señor, déjele ir, solo es un chaval despistado.

—¿Y tú quién mierda eres? —le preguntó a Alain.

—Soy el portero sustituto, Lorenzo está enfermo, señor. Permita que le eche una mano.

—¡¡No soy ningún inútil!! —vociferó tratando de levantarse y recomponerse.

El chaval, tras ver lo que le hizo a su móvil, salió por patas. Y no era para menos.

Durante el trayecto en el ascensor, me quité la chaqueta porque había algo metálico en ella y temí que se percatase al acercarse a mí.

Refunfuñando, abrió la puerta de la casa.

—Aquí vivimos, mamá, ¿te gusta? —me preguntó entusiasmado mi niño.

—Me encanta, cariño…

Observé al menos que la casa era bonita, que mi hijo no estuvo obligado a vivir en cualquier antro inmundo durante aquellos años.

—Me alegra que te guste, porque vas a pasar muchas horas aquí—me amenazó—. No saldrás si no es conmigo, olvídate de tener llaves—murmuró en mi oído.

Estaba muy loco. Los años no hicieron sino acentuar ese trastorno que le conocí.

—Claro, lo acepto de buen grado—me mostré sumisa.

—Nada como un buen castigo para hacer entrar en razón a la gente—me sonrió tétrico.

Me hablaba por lo bajini para que el niño, que me enseñaba entusiasmado la casa, no se percatase.

—Y este es mi dormitorio, mamá, ¿te gusta?

—¡¡Es el más bonito de todos!! Me encanta, ¿quieres colocar ya aquí tus juguetes nuevos?

—¿Puedo, papá? —se dirigió a él—. Es que papá siempre me dice que no acepte regalos de desconocidos, siempre me lo repite, pero tú no eres una desconocida, ¡¡eres mi mamá!! —me cogió la cara y me la besó. Me derretí por completo.

—Puedes…

Una a una, abrió las cajas de aquellos muñecos, del camión de bomberos, del tren… Hasta

llegar a la del juego de mesa y temblé.

—¿La abrimos también?

—Esa tiene mil piezas y si se cae una, se fastidia todo. Mejor cuando vayamos a jugar—le aconsejé.

—Sí, que se te da muy bien perder las cosas, hijo—asintió su padre y vi el cielo abierto.

En cuanto Nico no me viera, quitaría de en medio la caja para no ponerle en peligro y para tenerla a mano cuando llegase el momento. Lo haría esa misma noche. Minuto que pasáramos allí, minuto que estábamos en riesgo.

—Necesito ir al baño—le pedí.

—Ya sabes dónde está. Y mucho cuidadito, que tengo ojos en todas partes—me sonrió con malicia.

—Claro, no te preocupes.

Me fui al baño y saqué lo que Alain metió en el bolsillo de mi chaqueta. Estuve segura entonces de que David no fue arrollado por ese chico por casualidad, de que todo estaba ideado para que el mayordomo pudiera acceder a mí, ¿cómo podía ser que Pol se hubiese enterado?

En el interior del bolsillo, me encontré con unas llaves y una nota.

"No hagas lo que estás pensando, no te arruines la vida. Son las llaves de la casa. Esta noche, a las doce en punto, se producirá un apagón. Estate preparada para, entre la confusión que genere, coger al niño, abrir la puerta y salir corriendo. Te estaremos esperando fuera".

Me quedé de hielo. Pensé en comerme la nota, aunque me di cuenta de que era más práctico hacerla pedazos y tirarla a la cisterna.

—¿No estás tardando ya mucho? —me preguntó el maldito aquel aporreando la puerta, y eso que no hice más que entrar.

—Estoy haciendo aguas mayores, lo siento—le comenté sentándome de inmediato en el inodoro por si le daba por entrar, ya que no había pestillo ni posibilidad ninguna de intimidad.

—Está bien, está bien…

Capítulo 61

El día lo pasé como pude. Logré guardar entre mis pertenencias la caja con la pistola, le seguí el rollo en todo a ese maldito y viví como si estuviera en una jodida película que fuera del suspense al terror.

Mi cabeza no paraba de dar vueltas, ¿cómo se había enterado Pol de lo que pensaba hacer? ¿Y cómo llegó Alain hasta allí antes que yo?

Por otra parte, Pol no estaba en condiciones de enfrentarse a David. Me dijo que me esperarían fuera. En realidad, podía ser tanto con Alain como con Henry, ellos dos le esperarían.

Me lo pensé bastante. Si ese bastardo de David quedaba vivo, nunca podría vivir tranquila. O sí, porque Pol era un hombre con muchísimo poder que se encargaría de que se pudriera entre rejas toda su vida. En esas fechas se encontraba en París con Henry, de ahí que acudieran tan pronto, igual que Alain, aunque seguía siendo un total misterio para mí como se enteraron de todo.

Me debatía entre acabar con David o tratar de escapar. Una cosa era cierta, si me salía mal la jugada y solo lo hería o si acababa con él y me pillaban, tendría que rendir cuentas con la justicia y quien acabaría en la cárcel sería yo, aunque fuese por un tiempo.

Decidí confiar en mi amigo, si bien la pistola la tendría a mano por lo que pudiera pasar.

Aquel día era de fin de semana y, por esa razón, Nico no se fue temprano a la cama.

—Papá, un poquito más, que es mi primer día con mamá y no quiero acostarme—le decía.

—¿Y por qué no quieres acostarte?

—Porque no quiero levantarme y ver que todo ha sido un sueño. Quiero que mamá esté aquí por la mañana—le contestó.

Volví a morir de amor porque era un crío no solo precioso, con la sonrisa más cautivadora del mundo, sino cariñoso a no poder más.

—Estaré para ti todas las mañanas de mi vida, te lo prometo…

Serían como las once y media cuando terminó por quedarse dormido en su camita. Me eché a temblar, pues faltaba media hora para el apagón y estaba segura de que él no la querría malgastar.

Ideé algo… Todo menos que me pusiera una mano encima… No podía soportar esa idea y tampoco podría negarme si era lo que pretendía.

—Ya está metido en la cama y sopa. No se despertará hasta por la mañana, duerme toda la noche—me informó.

—Qué bien…

—Pero bien, por fin te tengo para mí solito. Me gusta verte en tu faceta de madre, aunque hay otras cosas que un hombre necesita y que solo me puedes dar en momentos como este—me dijo abriendo los botones de mi camisa.

Se le notaba tan obsesionado conmigo como siempre o más. Su mirada me producía pavor. Estaba segura de que podría llegar a martirizarme como nunca, a hacer cualquier locura e incluso a matarme si descubría que le estaba tendiendo una trampa.

Debía ir con pies de plomo, pues me lo estaba jugando todo.

—Tengo algo para ti—murmuré melosa en ese momento y sus ojos brillaron a lo grande.

—¿Qué tienes, pequeña? —me llamó así y lo odié.

—Es una sorpresita… Me gustaría bailar para ti, antes de… Ya me entiendes.

—¿Hacer un numerito de esos? —se lo pensó.

—Claro, solo para ti—pronuncié las palabras mágicas.

—¿Y dónde has aprendido a hacerlo? ¿No será con otro?

—No, claro que no—le besé para calmarle y sentí tremendas náuseas—. Lo he ensayado solo para ti.

—Está bien, porque si llego a sospechar que has estado con algún otro en estos años, si llego a

sospechar que no me has sido fiel, ¡¡te corto el pescuezo!! —me amenazó con un gesto.

No me intimidaba, ya no. Prefería que me matase a volver a separarme de mi niño. No tenía nada que perder ante el hombre que me lo robó todo un día, que me robó mi vida y la posibilidad de ser feliz, que se llevó consigo mi alegría al arrebatarme lo que más quería.

Le entretuve lo suficiente. Primero le dije que necesitaba mi tiempo para arreglarme para él. Por lo que pudiera pasar, porque previ distintas situaciones antes de salir de mi apartamento, llevaba un conjunto ideal para seducirle, el cual comencé a colocarme.

—¿No tardas mucho? —me preguntó aporreando de nuevo la puerta del cuarto de baño.

—Lo suficiente para ponerme bella para mi marido—le dije y casi poto.

—¿Has dicho tu marido? ¡Así me gusta! Veo que lo estás entendiendo todo. Muy pronto lo seré de verdad, ¡nos casaremos!

Hice una mueca burlona en el interior del baño. No me casaría con él ni muerta. Ese momento no llegaría nunca.

Salí al poco luciendo lo más sexy posible. Me miró y negó con la cabeza.

—Pareces una putilla, pero serás mi putilla ahora—me amenazó cogiéndome del pelo y llevando mi boca directa a su bragueta.

No puedo describir la intensidad de las arcadas que sentí en ese momento y apenas entiendo cómo pude contenerlas. Cuestión de supervivencia.

—No, por favor, no lo estropees… Eso después, primero quiero bailar para ti.

Tenía que ganar tiempo y lo hice.

—No, esta canción no me gusta… Espera, mejor pongo esta otra.

—Chanel, que es para hoy. Pon la puta canción que sea ya y haz el jodido bailecito. Total, yo lo que estoy es deseando follarte—farfulló.

Logré sincronizarlo todo. Apenas faltaban cuatro minutos para las doce en punto. Esperaba que los chicos fuesen puntuales, aunque conociendo a Pol y lo perfeccionista que era, no tenía nada que temer.

Elegí una canción que duraba cinco pensando en que el apagón me pillase bailando y no tuviese que hacer nada más con él.

Comencé a contonearme y le pedí al cielo que sus lujuriosos ojos me dejasen seguir bailando y no se abalanzasen sobre mí, igual que el resto de su cuerpo.

Me las fui ingeniando y, en el momento preciso, la luz se fue.

—¿Qué diablos es esto? —se preguntó.

—Por favor, por favor, haz algo… ¡Me da mucho miedo! Desde que te fuiste, no soporto la oscuridad—le hablé con la voz entrecortada.

—No te preocupes, pequeña… Iré a por mi móvil.

—¿Y no tienes una linterna más grande? Necesito luz, te lo ruego—le engañé.

—Buscaré una, sí… La tengo en el lavadero, donde las herramientas.

Por suerte para mí, se trataba del rincón más apartado de la casa. De puntillas, me fui a por la pistola y, a continuación, le busqué. Estaba agachado y le di con toda la culata en la cabeza, un golpe seco, que le dejó inconsciente.

Fue cuestión de un segundo que sacara a Nico de su cama y que tomara las llaves… Abría la puerta cuando vi a Pol y a Henry, acompañados de Alain.

—Querida, querida….

Noté en ese momento el frío del acero en mi cuello. Pol tomó al niño y lo sentó en su silla, se lo llevó para que no viese la escena. Henry se lo había pedido con la mirada.

—¿Dónde está mi mamá? —le preguntó inocente porque no se percató de nada.

—Ahora voy, mi vida, ahora te doy alcance—le dije sin que me viera, con el cuchillo que apretaba su padre contra mi cuello. Se ve que no le di tan fuerte como pensé o que tenía la cabeza aún más dura.

—No se lo darás, puta, ¡¡te mataré ahora mismo!!

—No se te ocurra hacerlo—le exigió Henry.

—¿Y tú quién cojones eres? ¿Y tú? —miró a Alain entonces— ¡¡Tú no eres el portero nuevo!! ¡¡Le metiste algo en la chaqueta!! ¿Me equivoco? No sabía lo que era, pero vi un movimiento raro cuando llegamos a la casa y la putita se metió en el baño.

—¿Tenías puesta una cámara?

—Sí, es un espacio demasiado privado, no quería correr riesgos. No veía qué tenías en la mano y no quería creer que tramabas algo. Preferí pensar que fuese una casualidad, las cuales ya veo que no existen. Te advertí que tenía ojos en todos lados, ¡¡tú te lo has buscado!!

Tiró de mi mano y se quedó con la pistola, la cual rodó hacia el interior de la casa mientras me seguía amenazando de muerte con el cuchillo.

—No me mates, por favor, podemos llegar a algún tipo de acuerdo.

—¿A algún tipo de acuerdo? Claro… Te vas para el otro mundo, luego me cargo también a estos dos y digo que…

Fantaseaba como si también pudiera salir bien parado de aquella. Y entonces escuché su voz.

—Y no dices nada. Lo único que dirás será ante un juez y no te servirá. Suéltala—le habló con determinación Carter desde el interior de la casa.

¿Era magia lo que había hecho? No, más bien fue uno de sus trucos… Carter entró por la terraza a través de la de los vecinos de David. Y cogió mi propia pistola, con la cual lo encañonó.

No obstante, y por si eso fuera poco, tenía detrás a todo su equipo de seguridad. ¿Qué hacía allí cuando me había demostrado que no le importaba un comino y que fui una más de sus conquistas?

—¿Y quién cojones eres tú? —se revolvió como un bicho David para preguntarle sin calibrar que, al hacerlo, me dejaba en libertad.

Henry tiró de mí y entonces Carter le apuntó en la frente.

—¡¡Me tiro al suelo!! ¡¡No quiero morir!! ¡¡No quiero morir!! —le chilló.

Aquella sabandija se dio por vencida. O eso era lo que yo creía porque en ese momento volvió a coger el cuchillo con la intención de clavárselo en el vientre. Carter logró echarse atrás y le volvió a apuntar.

—Podría matarte ahora mismo pero, ¿sabes qué? Entonces renunciaría a pasar todos los días de mi vida con la mujer a la que amo más que a mí mismo y con su hijo, al que criaré como si fuera mío—le soltó y mi aturdimiento fue a más y a más.

—Antes de que te los quedes te mataré, ¡¡hijo de puta!!

—No podrás hacerlo desde la cárcel, cabrón.

No entendía nada, ¿de qué me hablaba Carter? En ese momento escuché las sirenas de la Policía y entendí que lo tenían todo orquestado.

Él me miraba y me decía que ya me lo explicaría todo, que tuviera paciencia.

—¡¡David Brown, queda detenido por secuestro de su hijo!! Y por otros cargos más que se irán añadiendo—le dijo el agente que le detuvo a la vista del cuchillo.

Se lo llevaron mientras gritaba y blasfemaba. Pol había metido al niño en casa de una vecina desde donde se encargó de que no escuchase nada. En cuanto se fueron, Carter se vino hacia mí y me dio un beso de tornillo que Henry y Alain aplaudieron.

—No es posible, ¿qué es eso de que me amas? Si me dijiste unas cosas horribles, Carter.

—Nada que pensara en realidad. Te lo explicaré todo. Confía en mí.

Pol salió con el niño y me tiré encima de él.

—Mamá, se llama Pol y es mi amigo, ¿sabes? Es muy divertido.

—Sí, cariño. Lo conozco, lo conozco muy bien. Los conozco a todos. Él es Carter—le presenté.

No sabía qué pensar de todo aquello, si bien dejé que lo tomara entre sus brazos.

—Ven aquí, chiquitín, ¿así que tú eres el famoso Nico?

—¿Famoso? ¿Es que voy a salir en la tele?

—No, cariño, no vas a salir en la tele, pero eres lo más importante para mí. Eres el motor de mi vida, Nico—le confesé.

—De la vida de tu mamá, que es la mujer más valiente que conozco—le explicó Carter.

—Entonces, a lo mejor es una superheroína y sale en la tele y en los cómics, ¿no, Carter?

—Pues a lo mejor sí…

Me abracé a todos ellos. Después tuve que ir a declarar a comisaría y, mientras los demás se quedaron en su hotel con Nico, Carter me acompañó.

Capítulo 62



Me lo contó todo mientras le hacían la ficha policial a David, quien tenía formada la marimorena en la comisaría.

—Empecé a sospechar cuando sufriste el episodio de pérdida de memoria en París. Demasiado para ser estrés. Lo consulté con un psiquiatra y me comentó que tendrías que haber sufrido otros similares en el pasado, como tú misma dijiste, pero que no se trataría de simple estrés.

—Y lograste mi historial médico.

—Así es… Todo me llevó un tiempo. No fue de un día para otro. Entonces, tirando de la madeja, llegué hasta ese maldito de David y al secuestro de tu hijo.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que tenía un hijo?

—Y todo lo que rodeó a su desaparición, amor mío—me abrazó.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque le puse vigilancia y supe que entraría en contacto contigo pronto. Se lo contó a un tipo que se infiltró en su círculo de amistades y que estaba pagado por mí. Él le animó a llamarte, a no esperar más tiempo.

—¿Y qué?

—Pues que debías estar sola cuando llegase ese momento. No sabía hasta qué punto ese cabrón pudiera estar vigilándote a través de algún antiguo conocido común o algo parecido, así que te aparté de mi lado. No me resultó difícil engañarte, pero sí muy complicado verte sufrir. Me sentí el peor tipo del mundo.

—Y aun así lo hiciste por mí.

—No quería que corrieses riesgos ni que estuvieras en contacto conmigo por ningún medio. Cualquiera podría ser un chivato, él podría infiltrar a alguien en tu círculo como yo en el suyo, ¿quién sabía? Y si se enteraba de que estabas conmigo, igual te torturaba de por vida.

—Eso es verdad…

—Además, llegada la hora de la verdad actuarías mejor sin ataduras sentimentales. Conozco lo valiente que eres y ya estaba al tanto de tu motivación. Harías lo que fuera por recuperar a tu hijo. Y enamorada como estabas de mí, era más fácil que cometieras un error.

—Pensaste en todas las posibilidades…

—Y decidí que tenía que desaparecer del mapa.

—Y para eso, nada mejor que hacerme creer que me habías puesto los cuernos…

—Estaba compinchado con Candy, mi secretaria.

—Ella también estaba en el ajo.

—Por supuesto. También tengo cámaras en mi despacho, no es solo este desgraciado quien las tiene.

—¿Tú también las has puesto en el baño?

—No, en el baño no. Solo en el despacho. Comprobé que viste la factura de los bombones y que te llegaste al día siguiente a mi despacho en busca de más pruebas… Candy ya había dejado allí la factura del hotel.

—¿No estuviste allí con nadie?

—Ni muerto. Lo peor fue ver cómo te marchabas y tener que decirte todas esas cosas que no pensaba para que te alejases de mi casa y de mi vida, para que volvieras a la tuya para cuando te buscase David.

—Pero yo vivía con Liam…

—Eso llevaba pasando años y en sus redes lo que aparecía era su relación con Ángela. A Liam no lo vería como tu pareja, si es que investigaba algo, porque con lo chapucero que ha sido ese criminal…

—¿Sabes que Ángela está casada?

—Igual lo sé un poco. Ya puestos a investigar, tenía que saber el pie del que cojeaba antes de enviarte de vuelta a casa.

—No me digas que fuiste tú quien envió…

—¿El anónimo? Igual un poco también. Liam no se merecía que lo engañasen.

—Cielo santo… Y luego supiste de la llamada de David.

—Así es. Y avisé a Pol y Henry. Estaban en París. Necesitábamos alguien que te diera la llave de casa para salir. Conociendo los antecedentes de David, te encerraría en cuanto entrases sin darte ningún juego de llaves.

—Y de ahí lo del chico, el que saliera del bloque.

—Eso es. Necesitábamos a alguien de confianza que se acercase a ti. De ahí que utilizásemos a Alain.

—Que pasó de mayordomo a portero.

—Así es. La Policía habló con el antiguo para darle unos días de vacaciones.

—Mira qué bien… Y me seguisteis una vez aquí, ¿no es así?

—Pensamos que sería mejor no entrar en contacto contigo porque él podía estar vigilándote a través de alguien desde tu aterrizaje.

—Pues menos mal que no, ya que me fui…

—A comprar una pistola en el mercado negro, eso fue muy arriesgado.

—Estaba dispuesta a matarle. Si no llega a ser por vosotros…

—Lo entiendo muy bien. La pesadilla ha terminado. Ese tío no volverá a pisar la calle en muchos, muchos años… Y para entonces, Nico ya será un hombre hecho y derecho.

—¿Y qué le diremos ahora cuando pregunte por su padre? Es lo único que ha conocido hasta ahora. David es su referente.

—A juzgar por cómo te mira Nico, te digo que está infinitamente mejor contigo que con él, ¿qué le contó David de ti?

—Que estuve enferma estos años.

—Pues ahora dile que el enfermo es su papi. Y cuando sea mayor le explicaremos la verdad y que todo lo hicimos para protegerle.

—¿Y ya? ¿Cogemos a Nico y nos vamos a casa?

—Mañana mismo si quieres, mi amor.

—¿Y empezamos una nueva vida?

—Empezamos una nueva vida por completo. La mejor de todas las vidas…

—¿Resulta que al final el amor romántico existe? Imagina que no fue boca la mía cuando me fui de tu casa.

—Lo imagino… Y sí, existe, y te lo pienso demostrar cada uno de los días de mi vida.

—Te quiero, Carter Lennox, te quiero con todo mi corazón.

—Y yo a ti, mi niña…

—Por cierto, tengo que pedirte algo—carraspeé.

—Lo que sea.

—Y no te hará gracia, es lo que tienen estas situaciones.

—Me vas a decir que te acostaste con Liam a tu vuelta, me lo imagino.

—¿Tú por qué eres tan listo?

—Porque sabía que eso pasaría, mi amor. Tenía que pagar un precio más por tenerte. La factura seguía subiendo.

—¿Y me lo perdonas?

—Si me prometes que este cuerpo solo será mío a partir de ahora, procuraré no volver a pensar en ello. Pero, a cambio, quiero pedirte una cosa también.

—La que sea.

—Quiero que aceptes que pueda criar a Nico como si fuera mi propio hijo.

—¿Y lo dudas? Casi me corro cuando se lo espetaste antes a David.

—O sea, que estás de acuerdo.

—Si el apuesto Carter Lennox desea ser su padre, ¿quién soy yo para impedirlo?

—Su bellísima madre. Eres su bellísima madre, amor.

Nos besamos en las dependencias de esa comisaría donde comenzaba nuestra nueva vida. Una vida que fabricaríamos a nuestra medida porque ya estaba bien de que otros tomaran las decisiones por nosotros.

Contra todo pronóstico para mí, el amor había triunfado. Lo hizo de la mano de Carter el hombre que, por segunda vez, se la jugó por mí. Y en esa ocasión también por mi hijo.

Capítulo 63

Había pasado un año desde aquel día. Desde el día en el que recogimos a nuestro hijo, porque ya era tal, y con él pusimos rumbo a Nueva York.

Liam y Violet, mis mejores amigos, no dieron crédito al verme aparecer con un niño que era mi hijo y del que nada sabían.

Recogí a Kora y me la llevé a casa, no sin agradecerles a ambos que fueran de lo mejor que me pasó en la vida.

A Nico no le costó nada amoldarse a nosotros y en pocos días ya nadie diría que no llevábamos toda la vida juntos.

En cuestión de un par de meses, cuando todo se asentó un poco, Carter me pidió que me casara con él. En esa ocasión no lo hizo con fuegos artificiales. Simplemente, una noche, en la cama y tras hacer el amor, se me quedó mirando fijamente y me lo pidió.

No tuve ni que contestarle, estaba esperando el momento. Lo deseaba con todas mis ganas y decidimos hacerlo a finales de ese mismo verano. No existía ningún motivo para esperar más. Lo podríamos organizar con total rapidez puesto que contábamos con todos los medios para ello.

Lo que menos costó elegir fue el escenario.

—Tiene que ser en París y en mi castillo—nos pidió Pol—, porque allí se comenzó a fraguar este amor que no se ha cocido a fuego lento, sino rápido.

Estuvimos de acuerdo. Se lo debíamos a quien nos presentó y a quien no dudó en ayudar a Carter a salvarme de las garras de David.

Además, que no se nos ocurría un escenario mejor para una celebración a la que había que sumar otra: Pol había recuperado la sensibilidad de esa parte de su cuerpo que tanto le importaba y a esa alegría había que añadir que eso abría una puerta a la esperanza… A la esperanza de que sus piernas, que también comenzaba a sentir un poco, pudieran volver a hacerle caminar un día.

Llegamos a París unos días antes de la boda. En aquellos meses nos desplazamos varias veces. Allí encargué mi vestido de novia a medida, el más sexy del mundo, con cuerpo de sirena y confeccionado en el más delicado de los drapeados, una verdadera maravilla.

Lo luciría junto con mi melena suelta, pues era mi símbolo de identidad, de la identidad de quien fui todos aquellos años.

En tan idílico escenario, nos dimos el "sí, quiero" con Pol y Henry como anfitriones. En cuanto a los padrinos, todos estuvimos de acuerdo en que habían de ser Liam y Violet, esos amigos que me sostuvieron y no me dejaron caer nunca.

Los padres y el hermano de Carter fueron otros de los invitados de honor, aunque la joya de la corona francesa se materializó ese día en nuestro pequeño Nico, quien portó orgulloso los anillos con un frac que era una réplica del de Carter y con Kora a su lado, pues nuestra perrita sentía devoción por él y le cuidó muchísimo desde el primer día. Ella lucía una diadema que era una monada y todos les aplaudieron.

Se trató de la ceremonia más emotiva y después de la celebración más disparatada e inolvidable, ya que Pol nos hizo de *wedding planner* y, como regalo de bodas, nos entregó un cuadro realizado por un pintor que lo estaba petando en París en el que aparecíamos Carter, Nico, Kora y yo… Uno que presidirá para siempre nuestro salón como muestra de cariño y como recuerdo de unos años que fueron los primeros que pasamos juntos, pero que no serían los últimos.

—Enhorabuena, estás preciosa, Chanel—murmuró Nick cuando me pidió bailar conmigo y acepté.

Me refiero a mi hermano, sí. Con el paso de los meses, Carter me hizo entender que él no tenía la culpa de la aberración que mis padres cometieron conmigo. También era un chiquillo en ese momento, al que hubieran echado de casa igual que a mí de haberme ayudado.

Nick nunca tuvo mi carácter y no supo enfrentarse a ello. Con los años, lo lamentó mucho y supe que había llegado el momento de perdonarle. Estuvo encantado de asistir a mi boda y bailé con él alegre.

—Me alegro infinito de que recuperases a Nico.

—Sé que quieres a tu sobrino. Me lo estás demostrando desde que le has conocido.

—Lo suficiente para no querer saber nada nunca más de nuestros padres. También he roto el cordón umbilical con ellos. Tarde, pero lo he hecho. Solo quería que lo supieras y ahora, ¡¡a bailar!!

Después de hacerlo con él me tocó volver a bailar con Carter. Aunque había mogollón de gente que deseaba bailar con nosotros, siempre encontrábamos el momento para entrelazar nuestros cuerpos en la pista de baile.

—Nena, no sabes cómo me estás poniendo. Esta noche habrá fuegos artificiales…

—Será ya al amanecer, porque no nos acostaremos pronto.

—No, no, los habrá ahora—me dijo pidiendo que mirara al cielo.

—Mamá, ¡¡mira qué chulada!! —me indicó Nico, quien estaba bailando ¡¡con Kora!! Eran para troncharse juntos.

Señaló con su dedito al cielo donde se pudo leer un "Te quiero, mi seductor desafío".

Los ojos se me pusieron vidriosos.

—Así que eso soy para ti, el seductor desafío del CEO.

—Justo eso, ¿algún problema? Porque espero que me sigas seduciendo todos y cada uno de los días de mi vida.

—Eso es mucho tiempo… Te lo tendrás que currar cantidad.

—Lo pienso hacer todas y cada una de las noches.

—Y de los días, y de los días, que no se te olvide… A mí me gusta a todas las horas y en los sitios más originales.

—Y a mí me gusta que pidas por esa sugerente boquita, que para eso tus deseos son órdenes para mí.

—O sea, que tú eres el CEO, pero las órdenes las doy yo. Eso me pone, me pone mucho…

Estábamos ardiendo, como siempre. Y esa noche nos quemaríamos una vez más en las brasas de la pasión.

Se trató de un enlace fantástico en el que no faltó ninguna de las personas que eran importantes para nosotros. Rose entre ellas y también Eleonora, la mujer que no dudó en brindarme su hospitalidad cuando más la necesité, ese día que me sentía tan perdida en París. Tampoco faltaron Candy y todos aquellos que, de una manera u otra, hicieron nuestra vida más plena.

Nunca más me sentiría así de perdida porque todo había terminado. La pesadilla acabó con la detención de David, que tenía para largo en prisión, y con la recuperación de Nico, ese precioso objetivo que logré alcanzar después de ocho años rogando al universo que me lo devolviese.

Junto a él iniciamos una luna de miel mágica que nos llevó a recorrer todo el sudeste asiático. Los días los vivíamos en familia, con planes dedicados al peque, y de las noches nos adueñábamos Carter y yo.

La chispa que sentíamos el uno por el otro no dejaríamos que se apagase jamás, sino que la avivaríamos para vivir envueltos en las llamas de esa pasión que nació entre ambos.

A la vuelta, nos esperaba una vida hecha a nuestra medida en la que no descuidaríamos ni un ápice lo que tanto nos había costado crear; por fin éramos una familia y nuestra principal baza para continuar siéndolo era el amor que nos profesábamos el uno al otro… Un amor indestructible porque nada podría acabar con el CEO, con su seductor desafío y con el hijo de ambos, que llegó para darle el más bonito de los sentidos a nuestra vida.

Epílogo



3 años después….

—Empuja, empuja, que ya casi sale, venga.

No os llaméis a engaño. Quien animaba era yo. Y se lo estaba diciendo a Violet, que estaba dando a luz a Daniel, su precioso hijo, ¡¡y también el de Liam!!

De una boda sale otra boda. Y yo los vi tontear en la nuestra. A su vuelta a Nueva York, les dio por reunirse bastante con la excusa de que él velaba por las inversiones de ella… Y también terminó velando sus sueños.

Para mí fue una de las grandes alegrías de aquellos tres años. Que mis dos mejores amigos se hicieran pareja y tuvieran un hijo fue un gran regalo. Ellos siempre creyeron en el amor romántico y se merecían saborearlo. Cómo no… Si hasta yo, que dejé de creer en él, lo estaba viviendo con la máxima de las ilusiones cada día.

No fue la única noticia maravillosa que recibimos. El día que Pol se presentó en nuestra casa, apoyado en Henry y caminando por su propio pie, descorchamos nuestra botella de champán más cara.

—Querida, ¡¡lo he conseguido!! —me abrazó.

—Sabía que lo harías. Nadie como tú para hacerlo, ¡¡me alegro tanto!!

—Pues dame también la enhorabuena, ¡¡que me caso con Henry!

Y se casaron, se casaron… Y no lo hicieron como nosotros en su castillo, sino que junto a ellos vivimos la más paradisíaca de las bodas en Hawái… Para que vierais a ese Pol bailando como una hawaiana más. Qué delicia contemplar cómo los tuyos son felices.

Yo tampoco me quedé de brazos cruzados. Mientras que mi marido seguía vendiendo coches

como rosquillas y recibiendo premios a tutiplén, monté mi propia agencia de Márquetin ¡y di el pelotazo!

—Si es que donde pones el ojo, pones la bala—me dijo aquel día que comprobé que los dividendos del primer año eran de impresión.

—No me digas. Si aquí el de la puntería eres tú—le aseguré mientras miraba a mi barriguita.

—¿De verdad me lo estás diciendo? —me abrazó con lágrimas en los ojos.

Le anuncié así el nacimiento de Eleonora, a quien le puse el nombre en honor a la anciana que acababa de fallecer. Y deseé que nuestra hija tuviese la misma fuerza y el arrojo que ella.

Ya había cumplido un año y no solo nos tenía locos a su padre y a mí… Para Nico supuso el mejor regalo del mundo y Kora ya tenía dos razones de las que cuidar. ¡Y cómo lo hacía! Contábamos con la mejor niñera perruna.

Eleonora heredó mi pelo rubio y los ojos negros de su padre. Era una preciosa mezcla. Carter la amaba con locura, aunque no más que a Nico, a quien acogió como a su verdadero hijo desde el día que le conoció.

Os dije al principio que os contaría mi historia y he procurado hacerlo. Esta es la historia de una chica que se convirtió en escort de lujo sin saber que el verdadero lujo de la vida se encuentra en esos pequeños detalles que hoy me hacen sentir tan dichosa.

Todo lo hice con un objetivo; recuperar a mi hijo. Quizás no lo hubiera conseguido de no ser porque en mi camino se cruzó Carter Lennox, el hombre de mis sueños que me vio como un seductor desafío al que pronto comenzó a amar.

Con el paso del tiempo, ese amor suyo por mí se incrementó igual que el mío por él. Cada uno de mis amaneceres y anocheceres, teñidos de pasión, agradezco al universo no solo el tenerle como amante, sino como esposo y padre de mis hijos.

Como mujer, dejando al lado el resto de las facetas, puedo afirmar que el universo me premió con el más ardiente de los hombres, con un hombre que supo ver en mí la seducción porque la conocía bien; era su filosofía de vida.

Carter Lennox marcó un antes y un después de lo más fogoso en mi vida, en la que dejó un reguero de pasión que permitiría que nunca me saliese del camino, pues las brasas me lo indican junto con un intenso calor que solo puedo sentir a su lado y que me estremece cada vez que le tengo piel con piel, como tanto deseo, como tanto desea… Y todo ello mientras conduzco por el camino de la vida, porque, amigos, volví a ponerme a un volante, ¡¡ya que todo pasa y todo vuelve a su sitio!!

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz